

Conversaciones y memorias

Conversaciones y memorias

Estela Davis

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. CARLOS MENDOZA DAVIS
Gobernador del Estado de Baja California Sur

MARÍA CRISTINA GARCÍA CEPEDA
Secretaria de Cultura

PROFR. HÉCTOR JIMÉNEZ MÁRQUEZ
Secretario de Educación de Baja California Sur

DIP. PROFRA. DIANA VON BORSTEL LUNA
Presidenta de la Comisión de Educación del Congreso del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

LIC. LUIS ALBERTO ROCHÍN BÚRQUEZ
Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Primera edición, 2017

D.R. © 2017 ESTELA DAVIS

D.R. © 2017 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN 2017: 978-607-8478-62-0

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito de la autora y del Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

Diseño y formación electrónica: Luis Chihuahua Luján

Diseño de portada: Grafik Arte de Loreto, BCS, Javier Eduardo Davis y Rocío Godínez

Impreso y hecho en México

Prólogo

La memoria colectiva se nutre de valiosas recordaciones individuales que conforman, al paso de los años, una urdimbre que da fuerza y detalles de color a la historia con minúsculas. En las páginas siguientes danzarán las joyas de la memoria que Estela Davis rescató del olvido entre gente cercana, padres, tíos, amigos, interrogados con esa difícil sencillez que no teme a los «por qué», a los «cómo»...

Tras la máquina que graba el afán de decir de los entrevistados, está la vena acuciosa de una inquisidora que no cesa en su afán de avanzar, historia arriba, por los afluentes que cada respuesta incompleta le sugiere. Los cofres nemotécnicos van abriéndose al paso de la curiosidad de esta mujer que interroga sobre las pequeñas grandes cosas, enseres, costumbres, vestimenta, animales, viajes, alimentación; asuntos que van dejando el telón de fondo histórico de las generalidades para ocupar el centro del escenario: cómo vestían los vaqueros cuando salían a campear y para qué las armas, las polainas, la cuera, los cojinillos, el lonche, las fatigas, el clima. Qué vestidos, de qué tela eran confeccionadas las prendas de las muchachas bailadoras y fiesteras de Loreto.

El siglo XX, y más atrás, desfila en los recuerdos de los viejos, nimbados con las gasas y las fotografías en sepia de la nostalgia. Casi al final del libro, la autora incorpora algunas postales literarias de su infancia, vistas desde esta época y esta edad, con gran nitidez y excelente sentido del humor (resultado de la mezcla genética inglesa y sudcaliforniana) tan

escaso en obras de este tipo, dominadas generalmente por la solemnidad y el uso de terminología socialmente correcta.

Estelita es una niña lista, apasionada por la lectura de novelas, que se divierte —desde el presente— narrando sus impresiones en los ranchos en que vivió su primera infancia y en Loreto, aquella «Primera Capital de las Californias» venida a menos, empobrecida y golpeada por el infortunio, pero alegre, algo despreocupada y siempre orgullosa de su origen.

Estela hurga en los recovecos de la memoria aquellas vivencias atesoradas para desenterrarlas y pulirlas, para luego mostrárnoslas en este tomo. Si en las entrevistas iniciales («conversaciones», corregirá) sorprende la eficacia reporteril de la autora, en sus propios recuerdos presentados como breves golpes de luz brillan escenas impregnadas de inocencia y ternura.

Un universo tejido de nostalgia y recuerdos de la niñez aparece aquí evocado como homenaje a su estirpe y a la del resto de esa tribu de mujeres y hombres que nacieron a un lado y otro de La Giganta y de Guadalupe, sierra madre que da vida a Loreto, San Javier, Comondú, Canipolé, La Purísima, Mulegé...

El ejercicio memorioso revela la vocación historiográfica de la narradora. Sus textos se hunden en las raíces vitales de la aldea en la experiencia común, sin arrogancias, para salvar esos trozos de existencia colectiva tan alejada del interés de los historiadores tradicionales. Caminatas, milagros, caguamadas pantagruélicas, visitas presidenciales, músicos pueblerinos, campos de amapola, intentos de homicidio, serenatas a la luz de la luna de octubre, recuas que transportan vino, El Urano en que navegó Jordán, una perla hueca y un vestido azul, sismos, tsunamis, ciclones, inundaciones y muerte, pero también bodas, paseos, baile, jolgorio y vida social pueblan las páginas, en el lenguaje sencillo del habla popular, pero tachonadas de notas a pie de página que denotan la investigación y el trabajo que la obra trae aparejados.

Parientes cercanos o lejanos, amigos, conocidos, personajes que habitaron el territorio yermo y escabroso que conforma el centro de la península californiana, graban en la cinta sus pedazos de vida. Son mujeres y hombres curtidos por las décadas, fascinados con la idea de ser un hilo más en la tela de la saga que es común a los antiguos californios.

El esfuerzo de reconstrucción que deja Estela Davis a las generaciones presentes y futuras ha de medirse no por las gestas que vivieron, sino porque legan conocimientos, habla, modos, formas sencillas de existencia que los libros de historia con mayúscula no recogen. Los habitantes de su memoria (y la de los cuestionados) prestan el material necesario para la arquitectura de este libro de género inclasificable: entrevistas, memorias, genealogía, historia regional. ¿Qué importa? Nos queda claro que salvar, guardar, honrar la propia memoria y la de los suyos es el objetivo.

Juan Melgar

Introducción

Cuando cumplí los ochenta años, me puse a revisar las conversaciones que a lo largo de varios años había tenido con algunas personas, la mayoría, bastante mayores que yo, empezado con una larga charla con mi papá. En su momento se suponía que se trataba de entrevistas de las cuales conservaba los textos o grabaciones, pero luego me di cuenta que sólo eran como dije al principio, conversaciones. Empecé a releerlas y me gustaron las cosas que me contaron y pensé en lo que iba a suceder con este material el día que me fuera de este mundo, así llegué a la conclusión que tenía que compartirlas para que al igual que yo, otros conocieran las vivencias de muchos de los sudcalifornianos que nos antecedieron. Y aquí aprovecho para contarles una pequeña anécdota:

Hace unos meses estaba una de mis hermanas de visita en mi casa, de pronto se quedó muy pensativa con la barbilla apoyada sobre el puño. La vi mover la cabeza en sentido negativo y me asustó, —¿Qué pasó, qué tienes? —le pregunté. —Quien lo va a creer —me dijo. —¿Qué cosa? —inquirí, alarmada. —Apenas se puede creer que ya nos llegó la edad de morirnos... —respondió. De momento me pareció muy gracioso y me reí mucho. Pero...

La realidad es que uno se puede morir en cualquier tiempo, aunque no deja de ser cierto también que las posibilidades aumentan con la edad.

La anécdota, aparte de darme risa, me puso a pensar y decidí que tenía que poner orden y tomar decisiones acerca del material, en gran parte inédito, que atiborra mis cajones.

Algunas de estas conversaciones han sido publicadas, unas en La Mala Mujer y un par de ellas en la revista del Cobach que ya no existe. Por lo que decidí compilarlas en un libro, donde también aparezcan mis memorias infantiles en el rancho, inéditas por supuesto, y las de una tía a quien sus hijos le iban a publicar sus memorias de todos los ranchos donde vivió, también inéditas sólo que los hijos murieron antes de lograrlo, mientras ella sigue viva a los 95 años. Creo que este material puede servir de mucho para dejar testimonio, especialmente, de la vida del rancho y los rancheros sudcalifornianos, que todos debemos conocer y sobre todo no olvidar.

Organicé las conversaciones por orden de edades, empezando con el mayor de mis interlocutores que fue mi papá, después Lupe Verdugo, Dominga Amao, etc.

Ojalá y este material les guste y sobre todo, les sirva de algo.

Víctor Manuel Davis Pérpuly

Esta es una conversación con mi papá: Víctor Manuel Davis Pérpuly, realizada en su casa de Loreto, BCS. Mi papá nació en Loreto, el 8 de septiembre de 1907 y murió el 30 de diciembre de 1999. Sus padres fueron Simón Davis Monroy y Cruz Pérpuly Márquez.¹

En esta conversación, como en las siguientes, la que pregunta soy yo, Estela, su hija, y está simbolizada por la primera letra de mi nombre E: y de igual manera en el caso del interlocutor V: de Víctor.

E: ¿Dime papá, cómo estuvo eso que me ibas a contar, de que no vinieron las chivas y no sé qué más?

V: Ah sí, pero eso le pasó a tu mamá, que por cierto ya le andaba... Fíjate que se habían quedado las chivas en el campo, no llegaron para la ordeña pues, y fue don Gero² a buscarlas. Don Gero era un viejo que nos ayudaba ahí en el rancho, era el compañero que ella tenía, mientras nosotros pescábamos tiburón, en aquella época tan buena de la pesca

1 En nuestra familia, heredamos por parte de mi abuela paterna la sangre italiana de los Pérpuly, y la sangre guaycura por parte de los Márquez. Márquez era un soldado que vino con Salvatierra y se relacionó con una mujer guaycura con la que tuvo varios hijos, entre ellos mi bisabuela, paterna.

2 Gerónimo Ramírez.

del tiburón,³ bueno, pues no las halló el pobre de don Gero⁴ y entonces se fue ella a buscarlas al otro día, en la mañanita se fue y se subió al cerrito de las sayas⁵ por el camino que va a Canipolé, es un cerrito blanco, que está a media distancia entre la Ascensión y Canipolé, y se subió al cerrito a ver si las oía sonar, y las oyó sonar arriba de la Veta Blanca que le dicen, es una veta de piedra blanca que hay ahí, enfrente de la Ascensión, ahí en la Sierra Madre en la punta del cerro que sale así...

E: ¿La Sierra Madre se llama el cerro?

V: No, pues la sierra madre es todo, la sierra pues... ahí se subió ella, pues, es una cuchilla que nace de la sierra madre pero es independiente... detrás de eso ya están los terrenos de Canipolé y más abajo los de Bombedor... Bueno ahí se subió porque las oyó sonar⁶ y las divisó que estaban hasta arriba de la Veta Blanca, altísimo estaban, se bajó del “cerrito de las sayas” y ahí va, encumbró hasta arriba, donde estaban las chivas, ya cuando llegó les dio la vuelta y las arreó para acá, y ahí vienen las chivas y ahí vienen, pero había una parte en que estaba muy resbaloso el monte. Había unos resbaladeros grandes. Las chivas se dejaron ir para abajo, porque son muy buenas para andar en cualquier monte, pero ella se quedó encorralada allá arriba. No hallaba como hacerle para bajarse, por fin dijo “en obra sea de Dios”, me voy a bajar por aquí, y ahí viene y ahí viene, por donde habían bajado las chivas, pero las mismas chivas habían aflojado más la tierra que estaba llena de piedritas sueltas, y a ratos se resbalaba y se venía de nalgas, se le hizo pedazos el vestido en los tepetates llenos de grava suelta, y en una parte se puso muy peligroso porque ya no se pudo controlar y venía resbalando, por suerte había una

3 Se refiere a los años de la 2da. Guerra mundial, cuando el hígado de tiburón era muy bien pagado por los norteamericanos que lo usaban para la elaboración de vitaminas para los soldados que iban al frente.

4 Y la “pobre” de mi mamá... ¿qué? Ella murió el 23 de abril de 1983.

5 La saya, es un tubérculo propio de la sierra y el desierto, la planta es de unos 25cm de alto, tiene de 1 a 3 ramas que salen de la raíz. Las hojas son de color verde oscuro, semejan a estrellas aserradas, parecidas a una palma pequeña. El tubérculo de color rosado, es parecido a una zanahoria. En escases de alimentos los rancheros las comen hervidas con los frijoles. También la utilizan como medicamento para la picadura de un alacrán o viuda negra, cocidas en bastante agua, se le dan a comer a la persona picada y a beber el agua en que se cocieron.

6 Se refería a que escuchó el cencerro de la caponera.

mata de palo blanco, allí en un voladerito, tendida para abajo, y ahí logró agarrarse de la mata de Palo blanco, que tenía unos varejones largos, de modo que ya calculó ella que agarrada de los varejones podía llegar hasta abajo. Y ahí se vino bajando agarrada de los varas del palo blanco hasta llegar abajo, ya de ahí ya no tuvo peligro...

E: Yo me acuerdo perfectamente. Llegó hasta en la noche, porque estuvo colgada no sé cuantas horas en el voladero...

V: ¿Entonces ya lo sabías tú?

E: Ya lo sabía, cuando mi mamá llegó estábamos llorando a gritos todos.⁷ Porque se había ido desde en la mañanita, no habíamos comido en todo el día, ni ella ni nosotros. Sergio en la cuna estaba orinado y zurrado, yo era de las grandes, fíjate. Y para nada recuerdo haber visto a don Gero en todo el día.

V: Yo creí que no te acordabas...

E: Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, pese a que tenía apenas cuatro años. Cuando llegó nos abrazó y lloró mucho ella también al ver como estábamos, nos contó todo lo que le había pasado, ¡con quién más iba a comentarlo!, luego nos dijo que no le fuéramos a decir nada a mamá Chole que iba a pasar en esos días para Loreto. Pues... Híjole, nomás llegó mi mamá Chole y tarde se me hacía para contarle el chisme, me daba mucha lástima mi mamá y se me figuraba que mamá Chole, siendo su mamá, tenía la obligación de cuidarla y protegerla así como ella cuidaba de nosotros... Pero mejor no hablemos más de cosas tristes, que te parece si me cuentas de las campeadas, dime... ¿Cuál es el sentido de ir a campear? ¿Qué significa?

V: Mira, lo que sucede es que cuando llueve, los animales se van de un rancho a otro, por ejemplo, y a nosotros siempre nos pasaba eso, porque

7 Me refiero a mis hermanos Ricardo, el mayor de seis años, la que esto escribe de cuatro, mi hermana Celia de dos y Sergio de unos cuantos meses.

aquí, aquí en la Ascensión, en la cumbre de la sierra, siempre llueve más temprano. Cuando comienzan los aguaceros o en las equipatas, siempre llueve primero en la sierra.

E: Entonces campear es ir a buscar el ganado que se va... ¿Cuánto tiempo se llevan en una campeada?

V: Exactamente, el ganado se va para la sierra, pero te voy a decir una cosa, el ganado es de una condición, generalmente se regresa solo, vuelve a su tierra, uno que otro agarra querencia y se queda por allá en otras partes, pero la mayoría del ganado regresa solo. Por ejemplo a nosotros: en el mes de Julio comienzan los aguaceros en la sierra, para lado de la cumbre de la Teballe y de Comondú Viejo. Entonces al ganado por instinto natural, empieza a oler a campo verde y tira a andar buscando lo verde, pues. Se llevaban muchas reses a Comondú Viejo, toda la vida ha existido ese problema,⁸ ese rancho fue después de Ricardo Aguilar, que era el que tenía más ganado que nadie... El más rico.

E: ¿Por qué se llama Comondú Viejo, papá?

V: Porque ahí fue donde comenzaron los que formaron Comondú, son cosas de la historia ya muy antigua, y no les dio resultado, luego se dieron cuenta que el ojo de agua del mero Comondú era más grande, ¿no? Abandonaron Comondú Viejo y se fueron al meramente Comondú, (San Miguel de), donde está ahora.

E: ¿Y dónde queda Comondú Viejo?

V: Pues está cerca de Comondú...

E: ¿En lo plano o en la montaña?

V: No, en la sierra también, mira por ejemplo sube uno de Bombedor, por la Teballe, me acuerdo porque cuando anduve de novio con Merce-

8 Se refiere a un problema de abigeato.

des Murillo, me iba de Bombedor al mediodía y para la noche ya estaba en Comondú, es muy cerca por ahí.

E: ¿Hay alguna brecha?

V: No, no hay brecha, es un camino por el monte nada más.

E: ¿Hay alguna vereda o algo así?

V: No, tampoco, pero uno que conoce el monte no tiene problemas, había tramos de veredas que el mismo ganado hace, caminos de herradura, pues. No hay mejores ingenieros que las reses, ellos hacen los caminos, para ir al agua y de un lugar a otro y cómo andan juntas hacen cordón y así van abriendo las veredas.

E: ¿Hay algún ojo de agua en Comondú Viejo?

V: No precisamente, yendo por la Teballe arriba de la sierra, hay un lugar que le dicen los llanitos, allí cuando llueve se junta bastante agua y dura muchos meses, de modo que allí ya transita el ganado de Comondú Viejo, tienen camino andado al agua y nomás cruzas los llanitos.

E: ¿Y cuándo van a vender ganado, también tienen que ir a campear?

V: Sí, naturalmente, tiene uno que juntar los animales que va a vender...

E: ¿Van solos o acompañados?

V: Normalmente va uno acompañado. Por ejemplo, yo me iba a campear con Luis Salorio del Copalito, o con Jesús Higuera del Rosarito, que eran los vecinos más cercanos.

E: Para esto de la campeada, ¿cuáles son los preparativos que tienes que hacer?

V: Pues en primer lugar, alistar el lonche y la bestia...

E: ¿El lonche, para cuantos días?

V: Pues depende de los animales que vayas a arrear. Mira, yo por ejemplo me iba a la cumbre de la Teballe y de ahí a los llanitos, todo eso. Me venía en la mañanita de allá de la Ascensión...

E: Pero... ¿cuántos días puede durar la campeada?, cuando vas a vender ganado, por ejemplo.

V: No pues hasta tres o cuatro días, depende. Como te digo uno ya más o menos sabe donde andan los animales, por lo que antes te dije de las lluvias, y normalmente es en la sierra adonde se suben. Entonces te vas y encuentras uno o dos animales y los arreas para Comondú viejo, ahí pides permiso y los amarras o los encierras en el corral, y otro día madrugas a buscar otro y así hasta que a completas la cantidad y entonces ya los arreas a todos juntos adonde los quieras llevar, en el caso de nosotros era a los ranchos de Bombedor o la Ascensión. Lo natural en estos casos es que entre los mismos rancheros se den la mano, porque por ejemplo a los rancheros de la sierra se les baja el ganado en la primavera, porque arriba de la sierra hay poca primavera, casi no hay cardón, y acá en la Ascensión y Bombedor hay mucho cardón, mucha flor que es uno de los principales alimentos del ganado, les gusta mucho.

E: ¿Cómo le hacen para comerse las flores?

V: Es que los cardones echan mucha flor, una parte se les pega y la otra se les cae, esta es la que se come el ganado... Entonces, cuando los de la sierra bajan a camppear, uno les ayuda. Entre los rancheros existe mucha ayuda (solidaridad) en estas cosas.

E: ¿Qué bestia es la mejor para camppear, la mula o el caballo?

V: Nooo, pues la mula... para la sierra es mejor la mula, es más fuerte la mula, o el macho.

E: ¿Y qué clase de equipo tienes que llevar, silla charra o vaquera?

V: Pues mira, como yo nunca fui muy vaquero, no tenía silla vaquera, de modo que llevaba silla charra que es más elegante, pero usaba las armas y las polainas para las choyas.

E: ¿Era mejor usar las armas?

V: Sí, porque las armas son de vaqueta gruesa, por ejemplo cuando vas arriando el ganado le pegas a las armas con el ramal y truenan. Eso te ayuda a que obedezcan los animales.

E: ¿Usaban más el ramal que el fuate?

V: Pues sí, porque el ramal es tejido de cuero y lleva por dentro una alma de alambre grueso, lo que hace que se asiente mejor al golpear para el arreo.

E: Aparte de la silla charra, ¿qué otro lujo se daban los rancheros?

V: No... pues varios, por ejemplo: había un ranchero, don Espíritu Romero se llamaba, era de un rancho que se llamaba “Las Piedras Paradas”. Yo me acuerdo muy bien de él. En ese tiempo yo trabajaba con el tío Fidencio (Péropuli). Este ranchero era muy volado,⁹ muy elegante, al modo de los rancheros de aquel tiempo. Le gustaba mucho lucirse, por eso el adorno de plata que en ese tiempo era muy barata. Hacían ellos mismos unos sombreros con una ala muy ancha, así como los de Zapata, luego le ponían un barboquejo lleno de listones y con motas de cerda acá abajo, unas “motonas”¹⁰ eran, muy elegantes, luego le ponían una toquilla de cerda, llena de botones de plata. Vieras nomás las elegancias. Ese viejo era el peor, por ejemplo: usaba un cinturón muy ancho, lleno de botones de plata, yo calculo que el puro cinto no pesaba menos de 5 kilos. Era el adorno de ellos, pues, entre mas plata llevaran mejor. De modo que entre el cinto, las espuelas y los adornos de los correones que se usan para amarrar las espuelas, todo era de plata. Yo conocí

9 Creído, presumido.

10 Motas grandes.

muchos que venían a la tienda de mi tío Fidencio, pero este era al que le gustaba lucirse, pues, ¿sabes por dónde se venía?, llegaba y entraba ahí, por donde está ahora el municipio, pero antes de llegar se bajaba por ahí donde estaba la casa de don Inocencio, le componía la silla al macho luego montaba y con una mano llevaba las riendas y la otra se la ponía en la cintura, de ahí se iba hasta la playa, para que lo vieran, pues, y luego de ahí agarraba para la tienda del tío Fidencio, y como ya tenía entrenado al macho nomás oías donde le tronaban los cascós en el trotecito que agarraba. Las polainas eran igual, llenas de plata y como era un viejo muy gordo y muy panzón, pues imagínate el cinto que usaba era muy grande, yo creo que fácil, entre todos los adornos andaba con unos diez kilos de plata encima. Decía la gente que en el rancho tenía una cría de pavoreales para comerse los huevos, porque los de gallina le parecían muy corrientes, quien sabe si sería verdad...

E: Pues no sería de extrañar siendo un hombre tan presumido. Oye papá y dejando a don Espíritu Romero, recuerdas tú alguna cosa que les haya sucedido en las campeadas, tú campeabas por el rumbo de la Teballe, donde decían que había muchos leones, ¿nunca les pasó algo peligroso por ahí?

V: No, a mí por lo menos, no, nunca nos encontramos ningún animal peligroso.

E: Oye y cómo estuvo aquello de la mula con la rabia que nos contabas cuando éramos chiquitos, ¿te acuerdas? Creo que la mató un perro o algo así...

V: Sí cómo no, si me acuerdo. Era una mula que teníamos para jalar el agua, entonces no había noria ahí... La mula del cubo...

E: ¿La mula del cubo, dices?

V: Si era la del cubo. El cubo era un tanque grande para acarrear agua, era con lo que se regaban las huertas, entonces no había norias, echaban

el cubo al pozo y luego lo jalaba una mula para regar, con eso se regaban las siembras. Era un tanque grande para agua, a veces se hacía de cuero...

E: ¿Lo vaciaban en alguna pila?

V: No, directamente en las regaderas lo volteábamos, le poníamos un hacha vieja por un lado y se volteaba inmediatamente.

E: ¿En las regaderas?

V: Si pues, en las regaderas, ese lugar donde vacías el agua que se distribuye a los diferentes tablones, cuando se acaba de regar uno, tapas ese surco con el azadón y abres otro, así hasta que terminas de regarlos todos.

E: ¿Qué capacidad tenían los cubos?

V: Unos cuarenta litros, era igual a dos tambos, más o menos. Un tambo son 20 litros. En Bombedor cuando estuvo ahí Jesús Higuera sembraba muchísimo y con eso regaba, con cubo.

E: Oye, ahorita que dices Bombedor, ¿sígueme contando que pasó con la mula con la rabia?

V: Era la mula del cubo precisamente. Desde un día antes la habíamos notado muy triste, no quería comer y estaba con la cabeza agachada y de repente pegaba como unos grititos, como unos lloriditos, como que le daba dolor y temblaba... y ya empezamos a pensar que si sería la rabia o serían torzones, no sabíamos pues.

E: ¿Se convulsionaba?

V: Exactamente... pues no sabíamos que tenía el animal, ninguno de los que estábamos ahí, sabía. Ahí Estaba Pedro, ¿te acuerdas de él? Que estuvo muchos años en el rancho, fue el que dijo a lo mejor le quiere dar la rabia, total que la soltamos y le dimos un riatazo nomás y salió en fuerza de carrera. Ya no volvió en todo el día. Y en la noche temprano

nomas oímos la tropelada donde venía, y pues llegó el animal y empezó a echarle patadas a la casa nos asustamos, me acuerdo que el Güero mi hermano era chavalo todavía y estaba muy asustado. Ahí junto al corredor había un mezquitito, así que nos subimos al mezquitito y de ahí al techo del corredor y ahí nos quedamos, nomas oyendo los destrozos que el animal hacía adentro de la casa, pues se metió hasta dentro. Quebró a patadas algunas de las tablas de cardón de las paredes y cuanto encontró, lo único que no quebró fue el tinajero que estaba en el corredor... hizo pedazos las tablas de cardón de las paredes... Eso fue en abril de 1933, por suerte, tu mamá se había ido a Loreto para tener a Ricardo [mi hermano mayor], de modo que no le tocó esta tragedia.

E: ¿Y cómo le hicieron, la mataron o qué?

V: No, pues, no teníamos armas. No estaban más que los perros del rancho, el Sultán, el Arlequín y la Chivera. Uno de ellos era muy bravo, el Sultán se llamaba. Los tres le ladraban a la mula, pero nomás se los tuteé, y el Sultán se le fue encima y la mordió de las narices y ya no la soltó y así estuvo hasta que la mató, no la dejaba respirar pues. Se salieron para fuera y ahí lo llevaba la mula colgado de las narices y no la soltó a pesar de lo mucho que la mula se defendió. Empezó a bufar la mula y a patear, pero nunca la soltó. Sabía el peligro tan grande que era la mula, ¡cómo saben los animales! ¿No?

E: ¿Pero, cómo? ¿Qué raza de perro era el Sultán?

V: El sultán era medio bulldog, quien sabe que otras cruzas tendría porque era muy grande y muy fuerte. La mula pataleaba y resoplaba, pero mira, lo curioso es que nunca la soltó el perro hasta que la mató. ¡Cómo saben los animales! Más cuando el peligro es tan grande.

E: ¿Y qué pasó con él, lo mataste o qué?

V: No... pues fíjate que se murió luegoito, como a los tres días, pero a causa de los golpes que le dio la mula. Lo lastimó mucho y se murió. Le decíamos el Tan, por cierto.

E: ¿Es por este Sultán que hemos tenido tantos perros con ese nombre?

V: Pues sí, nunca lo olvidamos, fue un animal muy valiente... Y también el Arlequín...

E: ¿Y quién era Pedro, papá?

V: Pues fíjate que Pedro era un viejo que había trabajado con mi papá muchos años, ahí, en Bombedor.

E: ¿Era de aquí de Loreto?

V: No, no era de aquí, era de La Presa Vieja, hermano de don Hilario Romero, de otro que se llamaba Cocheyo, otro se llamaba Trinidad, eran varios hermanos ellos, muy trabajador Pedro. Nunca se casó.

E: ¿Era joto?

V: No, no era joto, era un hombre normal nomás que nunca se casó. Muy buen hombre y muy trabajador. Allá estuvo muchos años en Bombedor hasta que ya no pudo; después de que se murió mi papá, tío Pedro que viajaba mucho para Santa Rosalía, llegaba allí con él. Un día tío Pedro le dijo “te veo muy fregado tocayo”, ¿has estado medio malo? sí, viera que amolado estoy, he estado medio malo contesto él. ¿No quieres irte para allá con tus hermanos y tus hermanas, le preguntó? (Ellos vivían para allá para la Presa Vieja, más adelante de San Javier) Si quieres yo les puedo decir que te ayuden con unos centavos para que te vayas para allá. Que te curen, pero luegoito se murió, solo, ahí en Bombedor.

E: Pero también alcanzó a trabajar con mi mamá y contigo ¿verdad?

V: Sí, porque cuando nos casamos nos fuimos a vivir a Bombedor un año, en ese tiempo yo hice el ranchito de la Ascensión y ya luego nos fuimos para allá, pero cualquier cosa que se ofrecía nos llevábamos a Pedro para que nos ayudara o acompañara a tu mamá cuando yo salía. Bombedor estaba muy cerquita de la Ascensión, como a unos tres kilómetros, más o menos. ¡Era muy buen hombre Pedro! Muy bueno era.

E: Oye papacito, que otra cosa te quería preguntar yo... Ah, sí, eso del bozal de las bestias, ¿para qué sirve?

V: El bozal es una especie de anillo de cuero que rodea el hocico de la bestia. Va primero el bozal y después el freno, tiene cabezadas¹¹ y todo igual que el freno, lo que pasa es que va por encima del hocico y el freno va adentro de la boca. De modo que el bozal es para ayudar, como te dijera yo, a jalar las riendas les pones el bozal un poquito apretado que no deje abrir la boca a la bestia al jalar el freno, si jalas las riendas del freno y no tienen el bozal bien puesto, que no las deje abrir la boca, pues les lastima el freno y entonces el animal no obedece. Al principio les lastima, pero luego aprenden o se acostumbran.

E: Oye, y cuando te ibas a las campeadas, ¿te tocó alguna vez no encontrar el animal o que encontraras muerta la res que ibas a buscar?

V: Sí cómo no, muchísimas veces. Una vez andaba buscando una vaca que iba a matar, me la iba llevar a Loreto, para matarla allá, muy gorda estaba la vaca. Y temiendo yo, que le hubiera dado *la mancha*, pues sí, la encontré muerta. Resulta que siempre que llovía en invierno, de las equipatas, nomás empezaban a engordar y nosotros contentos por eso y por las lluvias, pero al ratito se empezaban a morir, pues el campo ya estaba infestado de *la mancha*. Y en ese tiempo como no había inyecciones (vacunas para las reses) ni nada, ahora por ejemplo esa enfermedad que le dicen *la mancha* se previene, se inyecta al animal, antes de que comience la enfermedad. Porque cuando viene, ¡que bárbaro!, hay veces que se mueren hasta cuatro o cinco animales en un día. Les da la enfermedad y al ratito ya están muertos, y con la inyección ya no, y eso es lo que hacíamos nosotros, las inyectábamos (vacunábamos) y ya. Primero se nos morían un montón de animales, cuando ya empezó a venir la vacuna, pues ya se desterró la enfermedad.

11 (Según el Larousse) significa "Correa que ciñe la cabeza de las caballerías". Son dos correas, una va del bozal que es un anillo de cuero que rodea el hocico de la bestia a la cabeza del animal, y la otra va por detrás de las orejas.

E: Aquí decido hacer un espacio para descansar y dejar descansar a mi papá que aprovecha para contarme un chiste de su época:

Me estoy acordando del Buzo, aquel que criaron las Telechea,¹² ¿te acuerdas? Era muy re flojo, se la pasaba acostado nomás.

¡Ándale Josecito, levántate! Le dijo un día doña... Lola, me parece. Mira que si no te levantas temprano no llegarás a ser gobernador. ¡Hijo de la chingada! Dijo el Buzo levantándose de un brinco. Era famoso de flojo.

E: ¿A quién más criaron las Telechea Papá?

V: Al Yaqui, ¿te acuerdas de él?

E: Sí me acuerdo, trabajó en el rancho con ustedes, y también me acuerdo de una muchacha que se llamaba Libia, muy bonita, por cierto.

V: Esa muchacha, era hija de María Romero, tuvo esa muchachita con Podochi y después se casó con Félix Gómez de Comondú, así que la crió doña Anselma¹³. Doña Chema le decían de cariño.

En este punto llega mi hermano Bachi,¹⁴ (B), ranchero también y participa en la charla refiriéndose al ajuar del vaquero, del cual nos describe las piezas que lo componen...

B: Yo creo que una de las cosas más importantes es el sombrero del vaquero. Consiste en el uso del sombrero, no hay cosa más ridícula que un vaquero ande en el campo con cachucha o con gorra, porque el sombrero te protege de los golpes de los palos del campo y de las espinas.

E: ¿De qué material es el sombrero?

B: Bueno, pues el que se usa aquí, el tradicional, es un sombrero grueso, de palma trenzada y recosida, ese es el sombrero tradicional desde que yo

12 Las Telechea, eran siete mujeres mayores y solteras, hijas de un ranchero de Notrí, muy acomodado para sus tiempos. Construyeron una casa grande en Loreto, cerca de la playa y ahí vinieron a vivir.

13 Estos datos me los confirmó y corrigió mi prima Ada Salorio Davis, quien fuera muy amiga de Libia.

14 Blas Ignacio Davis Garayzar, mi hermano menor.

me acuerdo. La cuera es una vestimenta mucho muy importante, pues aparte de que sirve, para protegerte, sirve para cubrirse del frío, también se usa en verano, es térmica, pues nomás sudas un poquito debajo de la cuera y ya sientes el frescor de la ropa. La cuera está dotada de sobrepiezas que le llamamos los rancheros, en los hombros, en los codos y en los puños (en las muñecas) que es donde golpea más el monte, de modo que la forma de defenderse de los rancheros, de las ramas, de los palos del campo es con las mangas, con los brazos, pues, de modo que eso que aparentemente son adornos, son también protecciones, tanto para la cuera como para el cuerpo de uno.

Ahora la forma de usar la cuera no es como la usan los Huizapoles que se la amarran con un cinto. La cuera tiene una forma especial de doblarla, se dobla hacia los lados, se cruza y amarra con una fajacuera que es un trenzadito de 3 o de 5 hilos de cuero de venado. Entonces se amarra y te cubre lo que es la parte de las caderas o de los cuadriles, como dicen los rancheros. Entonces al quedar montado uno queda perfectamente protegido con la cuera doblada desde el estómago hasta las caderas, y hasta ahí mismo llegan las armas de la silla. Las armas de la silla cubren la parte de abajo del cuerpo, los muslos, debajo de las rodillas y a veces hasta el tobillo.

E: Perdón Bachi, ¿las armas se usan con cualquier tipo de silla o nada más con la vaquera?

B: Con la silla vaquera.

E: ¿La silla vaquera es la especial para estos campos?

B: Sí claro, es la especial para estos campos, porque la silla charra es de lujo, no es de trabajo, es como para pasear o caminar por el camino, nada más, no es de trabajo. Es de lujo. Entonces lo que las armas no alcanzan a cubrir, de antemano están protegidas desde las rodillas hasta el tobillo por las polainas, pues.

E: ¿Cuál es la diferencia entre una silla charra y una vaquera?

B: La diferencia entre una silla charra y una vaquera, es que la vaquera protege mucho también a la bestia, ¿verdad? Protege a la bestia y está dotada de tres piezas o mejor dicho forrada por tres piezas, la primera es la camiseta que es la que tapa el fuste, es un cuerito chiquillo, luego están las mochillas que son casi tan grandes como los cojinillos, luego están los cojinillos, ¿verdad? Entonces uno va montado en los cojinillos, o montado, o ahorcado en las armas, como se puede decir, entonces es una buena forma de cubrirse uno y al animal. Es mucho más cómoda para montar y sobre todo tiene otra particularidad la silla vaquera, en cualquier accidente en el campo, que te tumbe la bestia por ejemplo o que se le salga la silla o que el animal repare, ¡cualquier accidente! Entonces el vaquero cae con todos los cueros de la silla, casi por lo regular, cuando mucho puede quedar la camiseta pegada en el fuste, entonces cae todo el equipo del vaquero, o sea que el vaquero en un momento dado no pierde prácticamente nada: no pierde el lonche, ni el tiento que viene siendo la maleta que va amarrada de los cojinillos atrás de la silla, o sea el equipaje del ranchero. Entonces, como te digo el vaquero cae junto con todo su equipo. Ese es pues el equipo de la montura.

E: ¿Cuáles son los cojinillos?

B: Los cojinillos son esa pieza grande que está sobre la silla... que la cubre toda.

E: Yo creía que los cojinillos eran las piezas esas donde llevabas el lonche...

B: Bueno sí, esas son las cajas de los cojinillos, van cocidos a la pieza esa que te digo que cubre toda la silla. Entonces hasta puede diferenciar uno, los cojinillos son donde llevas el agua y el lonche, el resto de la pieza son las mochillas de los cojinillos que es el resto del cuero que cubre toda la montura, muy adornados por cierto.

E: Entonces, ¿Los cojinillos son una especie de cajitas cosidas a las mochillas, como tú dices?

B: Sí y que al montar te vienen a quedar encima de los muslos. En cuanto a lo demás ya lo sabes tú, las polainas, los botines..., por cierto los botines fueron una pieza muy común, ahora ya no se usan tanto, lo fueron en la época que la gente usaba el guarache o la tegua, se ponían el botín para que las espuelas asentarán perfectamente en el pie, inclusive las personas que tienen el pie chico se ponen los botines encima de los zapatos, para que la espuela ajuste mejor. Las espuelas por lo general son de una medida estándar.

E: ¿Hay varios tipos de espuelas o nada mas uno? ¿El acicate por ejemplo?

B: Pues no, aquí no se usa el acicate. Se puede decir que hay dos tipos de espuela...

E: Esas que son muy sonadoras, ¿cuáles son?

B: Esas son las espuelas vaqueras, son más grandes, inclusive tienen sus aretitos y sus campanitas, para que suenen más...

E: ¿Y cuál es el objetivo de que suenen más? Porque yo me acuerdo que llegaban los rancheros arrastrando las espuelas y sonaban muy bonito.

B: No, pues nomas es un lujo, los verdaderos rancheros...

E: Interviene mi papá... Y recuerda que los rancheros de ahora no son tan elegantes como eran antes y pone por ejemplo otra vez a Don Espíritu Romero que solía vestir con todo el atuendo, adornado con botonaduras de plata y, sobre todo el cinturón. Bachi, agrega:

B: Se me olvidaba decirte una cosa que es importante, ¿por qué las cueras no tienen cuello? Porque eso evita que se ensucien, como es una ropa de trabajo, pues, y en ese tipo de trabajo precisamente, los cuellos de las camisas por ejemplo, se ensucian mucho, pero se pueden lavar, lo que no es el caso de las cueras que son de gamuza.

E: Mira nada nunca se me hubiera ocurrido preguntarte ese detalle. ¿De modo que ese es el chiste para que no ensucie la cuera?

B: Sí, y hay tantas cosas importantes que se usaron antes, era una cosa que le llamaban botas, que no era más que una tira de gamuza que se enrollaba en la pierna y se amarraba en el tobillo con una correíta...

E: El casete se terminó, Bachi tuvo que irse y después de un breve descanso, cambio el casete y sigo platicando con mi papá...

Segundo casete, lado “A”

E: Te quiero preguntar de la misión papá, de las tumbas que había ahí antes de que se reconstruyera la iglesia cuando quedó destruida por los temblores, ¿tú te acuerdas de quienes eran esas tumbas y cuántas eran?

V: Si había varias tumbas, las quitó el padre Sánchez, yo creo que ahí estaba uno de los Garayzar, de los más antiguos (José Garayzar). Y hasta decían que el padre se encontró un dinerito en una de esas tumbas y lo sacó, fue precisamente con eso que inició la reconstrucción...

E: O sea que se encontró un entierrito...

V: Si, pues, muchas gentes dijeron eso, pues no faltó uno que se diera cuenta y lo platicó. En ese tiempo iban a empezar a techar la iglesia... ¿te acuerdas que el techo estaba desfondado? Tenía un hueco enorme como a la mitad, prácticamente se le había caído más de la mitad del techo con los temblores, o sea que lo que quedaba ya no servía. Dicen, bueno, más bien unos decían que en una de esas tumbas, no sé si fue en la del Garayzar se encontró una ollita llena de dinero, luego también es cierto que se sacó la lotería y ya con eso tuvo dinero para la reconstrucción. Trajo gente de México, especialistas en estas cosas, pues. Pero no me acuerdo en que eran especialistas...

E: Bueno, mira yo me acuerdo que trajo unos albañiles, Lozano se apellidaba la familia que vino completa, esos fueron los que techaron y, los que hicieron la obra de albañilería y trajo también a unos tallistas de madera muy buenos, creo que eran de Guanajuato, fueron los que reconstruyeron o volvieron a hacer el altar. Ávila se apellidaban si mal no recuerdo. Pero más antes, yo me acuerdo cuando era niña que había en los muros de la iglesia vieja, en la parte más alta de la nave mayor en los muros a los lados del altar o del ábside, mejor dicho. Unas ofrendas que los indios hicieron y colocaron. Recuerdo que los muchachos de la escuela los apedreaban para tumbarlos. Consistían en un par de jaras cruzadas y en el centro unos bules pequeños con plumas de pájaros: guajes, sonajas, pedernales, flautitas de carrizo, en fin...

V: Lo que pasa es que durante muchísimos años dejó de trabajar la iglesia grande por los daños de los temblores y todos los servicios se daban en la capilla que está atravesada a un lado de la nave principal, hasta que el padre se sacó la lotería.

E: ¿Había sacerdote de planta?

V: No, no había, durante muchos años no hubo un sacerdote de planta, venía uno de Mulegé, también durante muchos años, iba y venía, creo que se apellidaba Castaldi.

E: ¿Él te bautizó?

V: No, no recuerdo si fue él, aunque a lo mejor sí fue. Estuvo aquí un tiempo dicen, y después ese Castaldi se fue a Mulegé y de allá venía, creo que allá murió, no estoy muy seguro pero me parece que allá murió. Porque entonces Loreto era diatiro muy pequeño, no tenía vida y muy poquita gente, no tenía de que vivir la gente, entonces Mulegé valía un poquito más, porque era la cabecera del municipio más grande con Santa Rosalía y se conservó así por muchos años, después ya con el mineral del Boleo que creció Santa Rosalía, tenía mucha gente, la cabecera municipal se cambió para allá, pero Mulegé se siguió conservando igual el mismo de antes, ha mejorado un poquito, pero todas maneras,

hasta la fecha no es importante, ahorita está mucho mejor Loreto que Mulegé.

E: Oye papá, cuando tú naciste ¿ya existía la casa de mi Cuchita?¹⁵

V: Sí, ya existía. Era una obra muy antigua. Fíjate que yo me acuerdo que... estaba yo muy chiquito... hubo un temporal¹⁶ y ya estaba la casa hecha. La puerta que estaba para lado del corredor, ¿te acuerdas?, (no lo recordaba yo, por supuesto),¹⁷ estaba atrancada con una barra. Ahí estuvo muchos años esa puerta, después la cambió mi papá, yo me acuerdo cuando la cambiaron; y se vino un temporal muy fuerte y no tenía un corredor, tenía una enramada de vigas de palma así de gruesas ¿no? Pero era nomas para sombra. Después ya mi papá le cambió techo y le puso el corredor... Hasta la fecha ahí está el corredor, bueno, más bien están las ruinas donde se nota que ahí estuvo el corredor. Pero que te estaba contando... ¡Ah sí! Una vez, tenía yo cuatro años cuando se vino un temporal muy fuerte y estaba mi mamá muy asustada porque era mucho el viento entonces la puerta se movía mucho, porque la puerta tenía una aldaba y se movía mucho o sea que el viento la cimbraba y me acuerdo que dijo mi papá. “La va a arrancar el viento”, está demasiado fuerte... Entonces le metió una barra, la puerta tenía un barrotito atravesado y abajo del barrotito le metió la barra para acuñar la puerta y la amacizó bien y ¿crees que fue tanto el viento que estuvo dale y dale que la barra de tanto cimbrarse atravesó la puerta hasta el otro lado? Eso me quedó muy presente aunque era yo muy chiquito diatiro.

E: Fíjate nada más, perforó la puerta.

V: Sí, la perforó... Esas cosas me quedaron presentes a pesar de que como te digo, era yo muy chico...

E: Y en aquel tiempo papá, ¿de qué vivía principalmente la gente?

15 Me refiero a la casa donde nacieron mi papá y sus hermanos, una construcción del Siglo XIX. Donde vivieron mis abuelos Simón Davis y Cruz Pérpuly. Mi abuela hasta su muerte en 1973.

16 Ciclón o chubasco.

17 Mi abuelo Simón, murió cuando mi padre tenía quince años.

V: Mira el modo de vivir de la gente aquí era la pesca principalmente, siempre vivieron del mar, pero como es natural el producto no valía nada, pues, pero iban y sacaban mucho pescado para comer, caguamas, almejas, y vendían cualquier cosa. Fíjate que una caguama regular, y me acuerdo porque yo ya estaba grandecito, valía 50 centavos, ¿cuánto vale ahorita una caguama? O sea que en aquel tiempo no valía nada pues. Luego el pescado era muy barato, no había mercado. La gente iba a pescar, pero sacaban lo que se iban a comer nomás, pues había pescado en cantidad, ¡quién te lo iba a comprar! Almejas, las que quisieras. Allí en la orilla de la playa nomas escarbabas tantito y sacabas los montones de almejitas de piedra. Muy buenas para hacer caldo o con el arroz. Por cierto, me acuerdo que en esos tiempos los muchachos paseaban a las novias a caballo. Ellos se iban en ancas y la muchacha en la silla y luego se metían al mar en las bajamares y ahí iban los caballos pisando sobre las piedras, entre los bancos de almejas, nomas botaban para los lados las almejas de tantas que había. Estaban vírgenes esos bancos.

E: Fíjate nada más... qué maravilla. ¿Y siquiera recogían esas almejas?

V: No, que las iban a recoger. Lo bueno es que luego que subía la marea, solitas se volvían a acomodar. Fíjate que había aquí un viejo que se llamaba Exaltación Cortés,¹⁸ de eso vivía él, de las almejas y de las pitahayas, en época de las pitahayas iba a las pitahayas y las vendía a dos por centavo, o sea que por 5 centavos te daba 10 pitahayas grandes. Las almejas a 3 por centavo, de modo que por diez centavos te daban 30 almejas.

E: Y dime una cosa, papá, ¿con qué acompañaban el pescado la gente, con qué se lo comían?

V: Asado, generalmente.

E: ¿No lo acompañaban con verdura?

18 De los Cortés de Chuenque.

V: No, pues no había, una que otra gente sembraba algunas verduritas. Yo me acuerdo que sembraba don Rufino Talamantes el papá de Severa y Amada. Tenía otros hijos, no me acuerdo bien... pero recuerdo a don Tirso y don Tacho. Severa era una viejita que vivía enfrente de la casa de mi padrino Fidencio (Pérpuly) yo alcancé a conocer a don Rufino, el papá de ella. Yo tenía quince años y trabajaba con mi padrino Fidencio. Se murió don Rufino y Severa ahí andaba todavía, muy mañosa era, hacía enojar mucho a Blanca¹⁹ y a Cristina²⁰ que eran las dependientas de la tienda.

E: ¿Y siguió sembrando Severa después de muerto don Rufino?

V: No, después de muerto don Rufino se acabó la huerta, Severa era soltera, nunca se casó. Después sembraba don Tacho Talamantes, hijo de don Rufino, pero don Tacho ya era casado con doña Gregoria y vivía por su lado. Fue casado dos veces don Tacho, primero con doña Gregoria que tuvo muchas hijas y luego con... no me acuerdo como se llamaba. Pero tuvo más hijos.

E: Bueno papá y como tú dices que la gente vivía principalmente de la pesca, ¿cuál era entonces la otra actividad económica, por decirlo así, de la cual podían vivir...?

V: Bueeno, pues de los ranchos, lo que sucede es que los rancheros eran muy re pobres, aunque bueno, si había algunos que tenían algo de ganado. Me acuerdo cuando yo tenía unos 12 años, mi papá me llevaba en ancas a Bombedor, porque yo todavía no me animaba a andar solo a caballo. Madrugábamos de aquí y llegábamos a las tres o cuatro de la tarde, porque está lejos, para ir a caballo está lejos...

E: Entonces los ranchos no tenían tanta importancia, o ¿sí había rancheros ricos en este tiempo?

19 Blanca Verdugo Pérez.

20 Cristina Real.

V: Pues sí, si había rancheros ricos en ganado, nunca tuvieron mucho ganado tampoco. Yo del que me acuerdo, como ranchero rico, que tenía mucho ganado, era de don Vicente Telechea, que a base de hambre hizo dinero, era un hombre muy económico. Tuvo un montón de hijas mujeres, siete mujeres eran. Solteras todas, ninguna se casó. Luego por otro lado tuvo otras hijas con otras mujeres. Que yo me acuerde tuvo un hijo hombre nada más. Pasaron algunos años, así, sufriendo la gente. Después se puso la tenería de la suela Viosca en La Paz y eso fue una ayuda para los rancheros, porque vendían todos los cueros de los animales que mataban y por otro lado empezaron a vender el cascalote que es la cáscara del palo blanco que compraba la Viosca para teñir la vaqueta. Allí llegaban los barcos a cargar; a Loreto, San Basilio y San Bruno, también compraban la leña para el uso de los mismos barcos, las cocinas y las fundiciones de las minas del Boleo.

E: ¿En qué año naciste papá?

V: Yo nací en el 7 (1907)...

E: Estamos hablando de 1921, entonces... Oye y aquella familia Álvarez que dicen que eran muy ricos, que vivían en una casa muy bonita.

V: Ah sí, era la de don Pancho Álvarez. Tenían una casa muy bonita de dos pisos enfrente de la plazuela.²¹ Mira yo no me acuerdo por qué eran ricos, creo que él era militar, marino o algo así, porque le decían capitán Álvarez, más no sé...

E: Creo que tenía relación con la familia Salorio, ¿tú sabes en qué consistía esa relación Salorio?

V: Yo creo que la mujer de don Pancho era Salorio,²² me parece que era hermana de don Manuel Salorio. Eran muchas hijas mujeres las de

21 Donde ahora está el Palacio Municipal de Loreto.

22 Según la señora Ada Salorio Davis. La señora efectivamente era hermana de don Manuel Salorio, su abuelo, y llevaba el nombre de Elvira. El capitán Álvarez era marino, capitán de barco y comerciaba con productos que traía de sus viajes en barco, muy difíciles de conseguir en el comercio local de entonces.

don Pancho, y me acuerdo de tres hermanos Pancho (Francisco), Lacho (Horacio) y Choncho que creo que se llamaba Guillermo.

E: Y según esas pláticas que oías cuando eras niño respecto a las familias más antiguas de aquí, ¿cuáles serían?

V: Pues verás, déjame acordarme..., pues mi “grande”,²³ era de las familias más antiguas, Márquez se apellidaba...

E: Si pues, ella descendía del soldado Nicolás Márquez que vino con el padre Salvatierra...

V: Así es la cosa, eran descendientes de esos soldados que vinieron con los padres y dejaron aquí una que otra “cría”. También los Arias de San Javier son familias muy antiguas, el papá de don Gumersindo Arias, decía la gente, que era hijo de uno de los que vinieron a trabajar cuando se hizo la iglesia de San Javier.

E: Los Rodríguez de la colonia,²⁴ también son una familia muy antigua ¿verdad? Dicen que el primer Rodríguez también llegó con Salvatierra, Esteban Rodríguez de Lorenzo, se llamaba.

V: Pues yo no sé, la verdad, pero si me acuerdo de don Pedrito “El Mocho”, ¿te acuerdas? El otro era don Talpa, muy amigo mío, eran Rodríguez ellos. Don Talpa era pescador, por cierto, a mí me parecía muy curioso su nombre: Talpa, más bien se me hacía un nombre muy raro y le dije a la “vieja” (mi mamá) cuando tuvo niño; a este muchachito le vamos a poner Talpa, porque en esa época yo pescaba también, así que le dije a tu mamá: “por favor no me des la contra porque yo quiero que se llame así”. Don Talpa era un hombre muy correcto, muy atento, muy trabajador, muy honesto, no tomaba y sobre todo era muy marino. Muchas veces naufragó y nunca le pasó nada... Pero mira,

23 Se refiere a mi bisabuela, Aniceta Márquez, mestiza, concubina de Carlos Pérpuly de origen italiano.

24 Col. Zaragoza, antes La Zorra, de Loreto.

ahora que me acuerdo, creo que al final de cuentas se ahogó cuando ya estaba muy viejo...

E: Sí, yo me acuerdo que ustedes platicaban eso de que se ahogó en un naufragio... y que entonces tú le prometiste a la virgen de Talpa que le ibas a poner su nombre al niño, para que te cuidara y no te fuera a pasar lo mismo.

V: Sí, es cierto, tienes razón, como yo también andaba en el mar en esa época, en la pesca del tiburón, me pudo mucho la muerte de Don Talpa, así que por eso le puse así al niño.²⁵

V: Como te decía, don Talpa era hermano de don Pedrito “El Mocho”,²⁶ por cierto que don Pedrito vivía de acarrear agua en una palanca, agua para tomar. Dos tambos en cada viaje. A cinco centavos el viaje, para ganar un peso tenía que echar 20 viajes de agua.

E: ¿De dónde la acarreaba papá?

V: De donde vivía mi comadre Cristina, la mamá de la Puly.²⁷ Era la mejor agua de Loreto, y hasta la fecha funciona ese pozo²⁸ y de ahí la llevaba a cualquier lugar del pueblo. Cómo le faltaba el brazo hasta el codo, yo pienso que se le facilitaba un poco más este tipo de trabajo,

25 Mi hermano, Talpa Eduardo Davis Garayzar, nació el 17 de enero de 1945 y murió el 20 de octubre del 2011.

26 Esto de referirse a una persona mencionando su defecto físico, era una costumbre muy propia de Loreto, sin embargo ni siquiera se podía considerar que fuera en sentido peyorativo más bien como una forma rápida de identificación. Así como este caso había muchos, por ejemplo: “María la cabezona” y “Armando el cabezón” (ambos padecían hidrocefalia), “Manuel el loco” y “Guicho el loco, (ambos padecían de sus facultades mentales), “Juan el mudo”, “Panchito el guilito” y así sucesivamente: los defectos físicos o cualquier otro adjetivo eran agregados al nombre: “el guilo”, “la viuda”, “la panzona”, “el tuerto”, etc.... También era muy común mencionar a las personas, digamos que para su fácil identificación, como: Mariquita la de... podría ser el nombre del padre o el marido, en el caso de los hombres era igual Fernando el de... podrían referirse al nombre de la madre, el padre o la esposa, por ejemplo Juanito “el de Blanca” (la esposa), Víctor el de “la Mina” (mis papás) o la Mina de Víctor...

27 Se refiere a la Profesora Beatriz Fernández Real.

28 Ese pozo se nutre del manantial que existía en Loreto desde la época de la Colonia. Dicho manantial propició que la misión se fundara precisamente ahí.

porque era un hombre sumamente trabajador, el caso es que todo el día echaba viajes con la palanca²⁹ y dos tambos.

E: ¿Cuéntame de los remedios que se usaban antes para las enfermedades, papá?

V: No... espérame, es que me da risa acordarme de don Pedrito “El Mocho”, ¡era tan enamorado! Me acuerdo que una vez anduvo muy enamorado de Elena Álvarez, muy bonita mujer que se casó con Enrique Rubio y se fueron a vivir a San Felipe. Ella trabajaba con Mercedes,³⁰ y como te digo, era una mujer muy bonita, ¡qué caso le iba a hacer a don Pedrito!, pero él andaba muy enamorado de ella... Pues ella se casó y se fue de aquí. Allá viven en San Felipe, a mi me hubiera gustado volver a verla, pero nunca me ha tocado, porque sé que vienen de vez en cuando.

E: Pobrecito don Pedrito, papá; también tenía su corazoncito. Pero platicame de los remedios que se usaban antes, de este tema hablábamos el otro día Javier, Lorella y yo... Por ejemplo, para la mordida de una víbora venenosa ¿qué se hacía?

V: Ah sí, para los piquetes de víbora eran muy buenas las higueras de zalates, higueras cimarronas, pues, así les decían, dice riéndose. Eran muy buenas y el guaco, también.

E: ¿Y cómo se lo ponían?

V: En fomentos, ponían a hervir las ramas y luego le ponían fomentos en la mordida. Y sí eran muy buenas, porque nosotros curamos así reses o perros mordidos de víbora y no se morían, sanaban. Sobre todo el guaco, allí entre la Ascensión y Bombedor hay mucho guaco.

E: El guaco lo relaciono con el olor a aguarrás... ¿la mata tiene varejones o es un arbustito?

29 La palanca era un tronco como de metro y medio de largo que se cargaba sobre los hombros y en los extremos se colgaban los tambos de agua.

30 Profa. Mercedes Davis Pérpuly, hermana de mi papá.

V: No, no es de varejones, es una matita parecida a... a la rama parda, ¿te acuerdas de la rama parda?

E: Sí, si me acuerdo.

V: Es chica la mata, muy frondosa, pero chaparrita.

E: ¿Y lo de la yerba sin raíz?³¹ ¿Es cierto eso?

V: Pues hubo gente que si lo llegó a hacer, al no tener más remedio.
—Luego cuenta un chiste ranchero:

Me parece que fue al difunto Mudo al que mordió una víbora y le dijeron: pues no tenemos nada con que curarte, ¿quieres que te hierba un poco de yerba sin raíz para que te la tomes? —Pues sí —respondió—, y pásenme una poquita para írmela comiendo...

Último lado del segundo casete

E: Y para las llagas que salían en el cuerpo, ¿te acuerdas? ¿Por qué saldrían tanto esas llagas?

V: Pues yo creo que más bien era puro desaseo, pues en ese tiempo la gente no tenía nada con que asearse ni que untarse: un jabón, una crema, una pomada, nada de eso tenían...

E: ¿No sería también que la gente era poco bañadora?

V: Pues sí, también...Había quienes se bañaban, algunos, pero había otros que no se bañaban nunca. Por ejemplo la gente joven si se bañaba, pero como te digo, en ese tiempo no había nada que ponerse,³² nada, nada.

31 Yerba sin raíz se le llamaba al excremento humano.

32 Se refiere a algún medicamento cualquiera, una pomada, una crema, loción o algo así.

E: ¿Cada cuánto tiempo se bañaba la gente en esa época, papá?, porque yo tengo entendido que no era muy frecuente el baño.

V: No, pues no, no muy seguido en esa época, tal vez algunos dos veces por semana, y había otros que no se bañaban en años. Por ejemplo cuando eras joven, en tiempo de frío yo creo que no se bañaban, aunque había algunos que sí. Yo estoy seguro que había muchos que no se bañaban en todo el invierno.

E: ¿Y para la rabia había alguna medicina papá o no tenía remedio?

V: Pues no, en ese tiempo, aquí por lo menos no había medicina. La única medicina es que si mordía un animal rabioso a alguna gente inmediatamente que sucedía, nomás se echaban una cortada y ahí se estaban exprimiendo para sacarse la sangre y sí, llegaron a salvarse algunas gentes, pero eso tenía que ser rápido, pues. La cosa era evitar que circulara la sangre con el microbio. Me acuerdo yo que a don José María Aguiar lo mordió un zorrillo, no me acuerdo si fue en San Javier o en El Palmarito, y estaba rabioso el zorrillo. Inmediatamente él no esperó mas, mató al zorrillo que era un animalito chiquito, y luego, luego, se cortó con la navaja, y ahí se estuvo exprimiendo, le salió muchísima sangre y siempre por las dudas, allá en el sur había un curandero que curaba la rabia y hizo el viaje hasta allá. Él aseguraba que no tenía nada porque todo había sido muy rápido pues, nomás lo mordió el zorrillo, lo mató y se cortó para sacarse la sangre, luego se lavó las manos y se echó alcohol, y él aseguraba que no. Y efectivamente, no sé qué prueba les hacían allá en el sur para ver si tenían el microbio, pero salió bien. No le dio la rabia.

E: Y de las enfermedades, las plagas que había en aquel tiempo, ¿cuáles eran las más frecuentes?

V: El sarampión, los maldeojos, la gripa, eran las más frecuentes, en los niños sobretodo...

E: ¿Y cómo les curaban los maldeojos?

V: Se los curaban con cogollitos de mezquite, las hojitas tiernitas ¿no? Las cocían en agua a que hirvieran bien y luego con un algodón mojado en ese cocimiento les limpiaban los ojitos, y les exprimían el algodón para que les entrara el agua. Y sanaban, era muy re bueno. Mi mamá nos curaba con eso y otro día amanecíamos con los ojos pegados, entonces mi mamá tibiaba el agua y volvía a limpiarnos los ojos hasta que los abríamos y ya con eso quedábamos como nuevos.

E: ¿Es verdad que con la leche de pecho también los curaban?

V: Sí, por supuesto, cuando amanecíamos con los ojos pegados la mamá nos echaba leche de pecho y con eso nos limpiaba los ojos, y también con los orines del niño chiquito en turno.³³

E: Los cocimientos de copal para las llagas de la cabeza, también son muy buenos, ¿verdad?

V: Son muy buenos también, sí, sí. ¡Cómo pasan las épocas en la vida!, ¿verdad? Me acuerdo que nos platicaba “mi grande”³⁴ que cuando aquella vez que hubo unos temblores hace ciento y tantos años de eso, unos temblores muy fuertes aquí, estuvo temblando mucho tiempo, y había llegado un hombre, de esos bandoleros que andan rodando por el mundo, y llegó aquí y se reía muchísimo de la gente, porque estuvo temblando como tres meses o más de un jalón, temblaba, y al rato otra vez y así..., el caso es que se reía mucho de la gente, muy abusivo el amigo, dicen que llegaba a las casas en tiempo de calor y decía “con permiso, voy a tomar agua, ¡ay qué buena está el agua!”, y metía los brazos en las tinajas –eran puras tinajas de barro– y se enjuagaba la cara y los sobacos en la tinaja del agua que tomaba la gente, y no le decían nada, porque la gente le tenía muchísimo miedo, como no era de aquí y nadie sabía de dónde venía la poquita gente que vivía aquí, le tenía miedo y se reía muchísimo cuando

33 Según un doctor consultado, esto es posible dado que tanto la leche de la madre como los orines de bebé son elementos estériles...

34 Se refiere a su abuela mestiza, Lucía Monroy, casada con Pablo Davis Real, hijo de Peter Davis y Susana Real.

venía el temblor y la gente se tiraba en el suelo con los brazos en cruz y rezando y él riéndose de la gente. En una ocasión dice “mi grande” que se levantó el mar, porque el mar se levantaba y llegaba casi hasta la plazuela, ahí donde vivía Luis Gaona (frente a la plazuela) y ahí estaba la gente muy asustada y había un padre³⁵ aquí y la gente no lo dejó irse, porque no había padre en ese tiempo y dicen que la gente le suplicaba que no se fuera y no se fue hasta que pasaron los temblores, porque los sacerdotes a veces tardaban hasta diez años en venir y cuando venían había un montón de chamacos que bautizar. En esa ocasión, el padre se quiso ir porque estaba demasiado asustado, pero fue tanto lo que la gente le rogó que no se fuera que se quedó. El caso es que un día el padre le dijo a la gente que se fueran con él a rezar a la orilla de la playa para pedirle a Dios que no dejara que la mar invadiera el pueblo, porque se venían unas marejadas enormes que llegaban hasta la casa de tío Pablo,³⁶ casi hasta la plazuela. Y bueno algunas gentes no querían ir hasta que el padre las convenció y ahí van con él, la poquita gente que había, pues era muy conocido cuando el mar se iba a venir sobre el pueblo, porque se empezaba a enarbolar, como a hinchar. “Mi grande” platicaba eso. Y puso el padre un bastón clavado cerca de la orilla y les dijo –nadie se mueva de aquí– y ahí estaban todos rezando con él y venía la mar y mojaba el bastón, pero ¿crees que la mar nunca sobrepasó al bastón? Pues como te digo, las marejadas se venían hasta cerca de la plazuela...³⁷

Y así estuvo como tres meses. La gente estaba muy asustada y cuando paró de temblar se fueron para acá, para la sierra, para Las Parras, para Comondú y se alimentaban decía “mi grande”, por allá en la sierra con mezcal tatemado,³⁸ sayas y liebres. Las liebres las mataban con ondas,³⁹ que eran unas tiras de gamuza así de grandes, les ponían una piedrita

35 Sacerdote.

36 Pablo Davis Monroy, tío de mi papá, casado con Hermenegilda Rubio.

37 Coincide con la información proporcionada por el Dr. Jiménez Illescas del CICIMAR

38 El mezcal es una especie de agave, se le cortan las hojas parecidas a las del agave o la sábila y queda una bola en forma de piña que se pone a asar, entero o rebanado.

39 Igual que lo hicieron nuestros ancestros indígenas.

de buen tamaño y le daban vuelo a la honda, luego les tiraban y así las mataban.

E: Está sonando el teléfono...

V: Sí pues, contesta, ha de ser para ti...

Me levanto para atender el teléfono, al mismo tiempo se acabó el casete y damos por terminada la conversación.

Conversando con Lupe Verdugo Gastélum de 90 años

Loreto, 5 de junio del 2001

Lupe Verdugo Gastélum y yo, estamos sentadas en el corredor del hotel Oasis que da al mar. Juan Carlos nos trae unas enormes copas de limonada con mucho hielo. Es la una de la tarde, el mar y el cielo se confunden para dejar que las islas floten. Siento que soy una persona afortunada y se lo digo a mi amiga:

E: Lupe, no sabes qué privilegio es para mí tu compañía. Me siento dichosa por estar aquí, platicando con una persona como tú. Con tus años, con tu capacidad y con esa lucidez extraordinaria que tienes. Cuéntame cosas de tu vida. ¿Cuándo naciste, dónde?

L: Nací en Loreto, como todos nosotros. El 12 de enero de 1911. Mis padres eran Reyes Verdugo Acevedo y mi mamá Fidelia Gastélum Lucero. Entré a la escuela en 1918. Fíjate que en esos tiempos en 3er. año de primaria nos enseñaban raíz cuadrada.

E: Sí, siempre he creído que antes se le daba mucha importancia a la educación primaria. ¿Historia y Geografía universal, también?

L: En 5to. y 6to. año ya nos daban esas materias. En gramática te enseñaban la letra manuscrita. Tenía que ser perfecta y si no era así no pasabas el año.

E: ¿Cómo calificaban?

L: “M”, significaba mal y reprobabas; “B”, bien, pasabas y “PB”, perfectamente bien, sobresaliente.

E: ¿Era la letra Palmer?

L: No, el Sistema Palmer empezó a usarse cuando yo estaba en 6to. año. En Loreto hice del 1ro. al 4to. y en Guaymas el 5to. Salí con tan buenas calificaciones que de ahí me vine a Santa Rosalía a trabajar como maestra en la Escuela del Boleo, que por cierto tenía un edificio muy hermoso.

E: ¿Es el actual palacio Municipal, verdad?

L: Sí, ese edificio era la escuela. Tenía yo 13 años y ya era maestra. Me pagaban 70 pesos al mes. Me vine a Loreto al año y medio. No me dejaron seguir allá porque me puse de novia con un muchacho que se llamaba Armando Fernández. Le decían el “repcionista”, porque a todas las muchachas que llegaban de fuera las conquistaba o por lo menos lo intentaba.

E: ¿Era guapo?

L: No, porque era chaparrito, pero extremadamente simpático. En ese tiempo las muchachas se casaban de 15 o 16 años máximo. ¡Y a parir los hijos que Dios me dé!, era la consigna.

E: ¿Cómo fue tu regreso a Loreto, a qué te dedicaste?

L: Regresé en 1925 para terminar el 6to. año, porque en la escuela de Guaymas nada más había hasta 5to. Quería tener el certificado, para seguir trabajando. En ese tiempo en Loreto había una escuela para niñas y otra para niños.

E: ¡No me digas!, ¿dónde estaban las escuelas?

L: La escuela de los niños estaba en lo que fue la casa de Lolita de los Santos⁴⁰ ¿te acuerdas de ella? La directora era la señorita Eva Haro, quién después se casó con Ricardo Larrinaga, celador de la Aduana.

E: Recuerdo muy bien a Lolita. También a doña Eva, era mi madrina de confirmación.

L: La Escuela de las niñas, estaba en la casa de Juan José Romero, Pepe Romero, le decían. Después esa casa fue de Anastasio Talamantes,⁴¹ y después de la Cuchi,⁴² ahora es de Cinia su hija. La directora era la señorita María Rodríguez.

E: ¿Recuerdas quienes fueron tus maestros en Loreto?

L: Sí, cómo no. En 1ro. y 2do. fue la señorita Valentina Fernández, que por cierto murió en el Distrito Federal a los 102 años de edad. En 3ro. y 4to. la señorita María Rodríguez, en 6to. Ramoncita Agruel.

E: ¿Volviste a dar clases al regresar de Guaymas?

L: No, porque me casé antes de cumplir los 15 años con Ernesto Davis Drew, también celador de la aduana. Tuvimos tres hijos: Ernesto, Gloria⁴³ y Saúl.

E: ¿Y cómo le hiciste para tener sólo tres hijos?

L: Pues, nos cuidábamos con el condón. En ese tiempo empezaba a estar de moda.

E: ¡Qué maravilla, Lupe! ¿Me autorizas a escribirlo?

40 Lolita de los Santos, era la popular anfitriona del rancho “Las Parras”, en el camino a San Javier, donde vivía con sus hermanas.

41 Era más conocido como Tachino, un hombre muy estimado. En esa casa tuvo unos billares.

42 Se refiere a la señora Cruz Davis de Salorio.

43 Se refiere a Gloria Davis de Benzinger, dueña del hotel Oasis y ex diputada.

L: Pues, sí, ¿por qué no? Ya ves que ahora se recomienda tanto a los jóvenes su uso.

E: ¿Cuántos años estuviste casada?

L: 55 años. Todas las noches hablo con el retrato de mi marido y le digo: ¡flojo!, no me querías, por eso no has venido por mí.

E: ¿Por qué Lupe, acaso ya quieres irte?

L: Fíjate que sí. A los 90 años como que ya no le encuentro chiste a la vida. Tal vez si me hubiera quedado en mi casita..., pero después de muerto él, me puse a pensar que sola ya no tenía caso seguir viviendo en mi casa, la de los dos.

E: Cuéntame de tu juventud, de tu soltería. ¿Cómo eran los bailes?

L: Muy hermosos. Siempre se hacían en casas particulares, pues eran muy exclusivos, sólo para la sociedad. A veces eran en la casa de don Agustín Garayzar...⁴⁴

E: ¿Cuál era esa casa?

L: La que después fue de Ricardo Larrinaga. Ahí nacieron las Garayzar Encinas, Esther, la Minoja, la Chomi, la Prieta, Rebeca, la Yaya, Agustín y Gustavo. Eran muy bonitas las muchachas, todas.⁴⁵ Los bailes de año nuevo se hacían en casa de Inocencio Higuera, mi cuñado, casado con Juanita mi hermana. En la casa de Francisco Álvarez, aquella que después fue de Santiago Núñez, luego, de la Cuchi, quien la vendió al Gobierno para hacer ahí el Palacio Municipal. También se organizaban bailes de año nuevo y bodas muy elegantes en la casa de don Manuel Salorio y la Yaya Cunningham.⁴⁶

44 Casa considerada monumento histórico. Sus dueños actuales son del Estado de Guerrero. Tiene ahí un restaurante llamado "Canipolé".

45 En efecto, las Garayzar fueron famosas por su belleza. Minoja y Prieta se casaron con franceses.

46 Casa que ya no existe. Unos norteamericanos la compraron y demolieron para construir otra.

E: ¿Y qué músicos tocaban en los bailes?

L: Los mejores, eran Cruz Murillo (Trujillo) y Manuel Bastida. Cruz tocaba el violín y Manuel la guitarra. Los bailes duraban hasta el amanecer y luego las muchachas que teníamos novio, nos acompañaban a la casa con todo y músicos tocando por toda la calle. Era hermoso. Las piezas de moda en ese tiempo eran “El Apasionado”, “La Revolcada”, “El sauce y la palma”, “El Costeño”, “Sobre las olas”, “Jesusita en Chihuahua”. Fíjate que la primera pieza que yo bailé en Santa Rosalía, fue el “Zopilote remojado” y cuando llegué a Loreto, también fue la primera pieza que bailé.

E: Cuéntame algo de las tradiciones de aquellos años, de las que se han perdido, por ejemplo: ¿Recuerdas los paseos a caballo de las muchachas y de los muchachos, en año nuevo?

L: Sí, cómo no. Los paseos eran todos los días de la Pascua de Año Nuevo que duraba desde el 24 de diciembre hasta el 6 de enero. Las más elegantes eran las hijas de don Valentín Murillo el dueño de “Tecomajá” y otros ranchos, la casa familiar todavía existe, creo que ahora es de unos gringos.⁴⁷ Ellas tenían su caballo cada una y su albardón.⁴⁸ Y las Garayzar también eran muy elegantes. Eran las dueñas del rancho “Bonó”, también tenía cada una su caballo y su albardón, e incluso un carruaje⁴⁹ en el que venían desde Bonó⁵⁰ a pasear para las fiestas. Todas las muchachas montaban muy elegantes, con sus faldas largas especiales y sus sombreros adornados con flores y punto (tul). También participábamos las que vivíamos en Loreto y la que no tenía caballo, lo rentaba. A algunas las paseaba el novio montado en ancas. Pero eso, sólo los muchachos y las muchachas, la muchachada lo hacía en burro. Desde luego, este paseo correspondía a la “aristocracia”. No estaba al alcance de los pobres. Re-

47 Casa que se localiza en la calle Zaragoza, a media cuadra del malecón, en el barrio de “Los Arenales”.

48 Silla de montar de mujer.

49 También les llamaban “Arañas”.

50 Bonó, era un rancho cuyos terrenos quedaron incluidos en el desarrollo residencial de Fonatur en Nopoló.

cuerdo también que en esos tiempos, los niños se ponían guapos el 25 de diciembre para salir a pedir el “aguinaldo” a las tiendas y a las casas de familiares. Algo similar a lo que hacen ahora con el “jalouín”.

Otra tradición que se ha perdido, casi por completo, es la de “Los Pastores”.⁵¹ Empezaban el día 16 de diciembre, todos los días hasta llegar al 24, que le llamaban “el ensaye real”. Al terminar, salían los actores a pedir las albricias por el nacimiento de Cristo, de casa en casa. En algunas les brindaban menudo, en otras caldo de pollo o tamales. Desde luego, también les brindaban tequila o vino por lo que las albricias terminaban en borrachera.

Fíjate que la plazuela era también un sitio destinado a la “aristocracia”. Los de segunda no iban a sentarse a la plazuela. Hubo gentes de la colonia⁵² por ejemplo, que ni siquiera la conocieron. Los hombres y las mujeres de la sociedad daban la vuelta alrededor. Ellos por el lado derecho y ellas por el lado izquierdo en sentido contrario, para el coqueteo, pues, hasta que los muchachos lograban acompañar a la muchacha de su preferencia.

E: ¿Eran muy marcadas las clases sociales, Lupe?

L: Eran terriblemente marcadas entonces. Recuerdo que en un baile de año nuevo, mi hermano Reyes, Reyitos le decíamos, no se puso saco, sólo camisa y corbata. Invitó a bailar a la señorita Eva Haro y ella se negó a bailar con él, porque no iba vestido con el debido protocolo. Por cierto, ya después, Reyitos se mandó hacer su primer traje. Se lo hizo la señorita Pilar Davis Monroy.⁵³ Era la sastre de Loreto.

E: ¿Cosía a mano?

L: No, claro que no. Usaba una máquina Singer de manigueta, porque todavía no venían las de pedal.

51 Representación teatral que data de la época de la Colonia. Normalmente se representaba en los patios de la iglesia de la misión.

52 Se refiere a la Colonia Zaragoza, conocida anteriormente como el barrio de “La Zorra”.

53 Hermana de mi abuelo paterno, Simón Davis Monroy.

E: ¿Qué telas se usaban entonces?

L: Pues, para los hombres, el casimir. Para las mujeres el raso, la blanca (encaje), podesuá (piel de seda), lino, linón, cambray y otra que le llamaban carrancán,⁵⁴ era una tela corrientita, no me acuerdo bien. Para cada baile, los señores mandaban limpiar con tiempo sus trajes, con palvadán.⁵⁵

E: ¿Recuérdame el procedimiento de limpieza, Lupe?

L: Pues, se remojaba la cáscara del palvadán en una palangana con agua y se formaba una espuma, parecida al champú. En esta espuma se humedecía el cepillo de cerdas y se tallaba el casimir para limpiarlo de manchas y polvo, luego, se planchaba con trapo mojado. Entonces se usaban las planchas de fierro, calentadas en la lumbre. Para quitarles el hollín se tallaban en la tierra y se limpiaban con un trapo para no manchar la ropa.

E: ¿Quiénes eran las modistas?

L: Doña Lola Garayzar era una modista de altura. Cosía los vestidos de novia, los de baile...

E: Y los de quince años supongo...

L: No, en ese tiempo no se usaba festejar los 15 años, pues a esa edad las muchachas se casaban, si es que no lo estaban ya. Los primeros 15 años que se festejaron en Loreto fueron los de mi hija Gloria, después los de Betina, la hija de Juanita y Eulogio. Poco a poco se puso de moda festejarlos.

E: ¿Alguna otra modista que recuerdes?

54 En efecto, era una tela tan corriente, que para juzgar peyorativamente a alguien, solían decir “es más corriente que el carrancán”

55 Se refiere al “Palo Adán”.

L: Sí, para vestidos del diario, para la escuela y en general ropa común, era muy buena Teresa Romero. Tu mamá cosía muy bien, pero eso fue varios años más tarde.

E: Cuando tú hablas de aristocracia y sociedad, te refieres a gente que tenía mayores privilegios que los demás. ¿Tenía que ver con el dinero? Porque, yo he sostenido que más bien era con el color de la piel, es decir “no llevar sangre de indio en las venas; negar el mestizaje”. También he sostenido que era una aristocracia del color no tanto del dinero o de ser bien nacido, pues no importaba cuan pobre fueras; bastaba ser blanco para formar parte de la aristocracia. Porque no se puede decir que los primeros blancos que llegaron a Loreto, fueran precisamente aristócratas, más bien eran soldados, marineros o aventureros; ¿tú qué piensas?

L: Pues, sí, en efecto, la gente prieta o morena no era muy bien vista..., se le consideraba corriente.

E: En ese sentido, ¿quiénes eran entonces las de la aristocracia?

L: Pues, entre las que recuerdo estaban las Álvarez: Elvira, América, Raquel, Zarina y Graciela, hijas de Francisco Álvarez y Martina Salorio. Todas eran muy hermosas. De las Verdugo, mis hermanas: María, Juanita, Fidelina y María Jesús. Las otras Verdugo, eran Soledad, Dolores, Rosalía, Blanca, Carmen y Elodia, hijas de Jesús Verdugo y Blanca Pérez. Las Davis, Rebeca, Rosa, Mercedes, Cruz y Altagracia, hijas de Simón Davis y Cruz Pérpuly. Otras Davis, mis cuñadas Alejandrina, María de Jesús, Rosalina, Margarita, Rosario, Esperanza y Betina, hijas de Rómulo Davis y Juana Drew, mis suegros. Estaban también Isabel, Candelaria, Romana, Virginia y Concepción, hijas de Juan Felipe Lagos. De las Garayzar y las Murillo ya te hablé. Recuerdo también a las Drew, María, María de Jesús, Anita, Rosario y María Rosa, hijas de Pablo Drew y Francisca Higuera. Otras muchachas de esa época son Liberata y María, muy guapas las dos, eran hijas de José María Higuera y Anita.

E: De las supersticiones, ¿qué me cuentas?

L: Bueno, pues la gente creía mucho en fantasmas, en el mal puesto... Había una señora que se llamaba Lupe Arias, del rancho “El Puga”. Esta mujer practicaba la hechicería y logró enloquecer a una sobrina. La muchacha se quitaba la ropa, hablaba cosas fuera de orden, cantaba. Estaba embarazada y al nacer la niña, sanó.

E: Háblame de las comunicaciones.

L: Venían los barcos de Von Borstel “El Peninsular” y el “Sonora”. Hacían la ruta de La Paz, Tembabiche, Loreto, Muleg y Santa Rosalía. En estos barcos llegaban las mercancías para estas poblaciones. Fíjate que el correo entre Loreto, Las Parras y Comondú, lo hacía mi papá.⁵⁶ Lo hizo por más de 25 años, en mula.

E: Esos hombres sí que eran verdaderos héroes..., cuéntame algo de las privaciones, Lupe. Entiendo que en ese tiempo había también muchas carencias.

L: Ay, sí, demasiadas. Cuando soplaban las collas del noroeste, los barcos tardaban de 10 a 15 días para llegar, ni siquiera podían llegar a Puerto Escondido. Se quedaban resguardados en cualquier ensenada. Entonces sobrevenía la escasez de todo y la gente ¡a pasar hambre! Había familias que en todo el día no atizaban la lumbre porque no tenían siquiera agua que calentar. No tenían un fósforo para prender la lumbre ni para que prenderla. La gente que acostumbraba, como buenos loretanos tomar café; se enfermaban por la falta de esta bebida, y las mujeres se amarraban la cabeza con un trapo porque les dolía por la falta del café. Entonces, los que lo tenían, tostaban garbanzo para sustituir el café, y más aún, tostaban el ejote de dipuga.⁵⁷ Muchas veces, de nada servía tener dinero o cartera de crédito si en las tiendas no se conseguía ningún comestible.

E: ¿Cuáles eran las tiendas de entonces?

⁵⁶ Se refiere a don Reyes Verdugo Acevedo, de San Miguel de Comondú.

⁵⁷ Dipuga o dipúa, árbol del campo, se utiliza como forraje para el ganado. Produce ejotes de sabor dulzón.

L: Pues estaban las de los chinos, Luis y Felipe Yee; la de don Santiago Núñez, enfrente de la playa. Era una casa de dos pisos, muy bonita, aproximadamente a 200 metros de donde es ahora la orilla, también había un palmar alrededor de ella. Yo cada vez que paso por ahí, me espanto de lo que se ha metido el mar. Esa casa la tumbó un ciclón en 1918, fue cuando don Santiago compró la casa de Francisco Álvarez,⁵⁸ donde ahora está el Palacio Municipal. Mújica y Olachea quisieron construirlo ahí, porque estaba enfrente de la plazuela que construyó el jefe de la Aduana, don Ricardo Ruelas, en 1920.

La deliciosa comida que ordenó Lupe para las dos, llegó, y dimos por terminada esta emocionada charla, que comparto con ustedes.

Lupe falleció el 11 de enero de 2005, un día antes de cumplir los 94 años.

58 Se refiere a una hermosa casa de madera de dos pisos. Tenía muchas habitaciones y corredores con barandales de madera torneada.

Dominga G. de Amao

Crepúsculos

Es la hora del crepúsculo,
rueda por el cielo
un día más que se hunde
y no volverá...
No volverá,
¿entiendes la sentencia?
Así es la pasajera vida
como viajera,
como un día que se va,
los días dejan recuerdos
como estela bella esplendorosa,
a veces, dolorosos y tristes otros.
Así es este valle de lágrimas
que un día dejaremos,
como el día que en el
abismo se hunde.

A la entrada de San Antonio, BCS, nos indicaron el sitio donde vive Dominga G. de Amao, todos lo saben.

Nos recibió en su silla de ruedas, en la que circula por su impecable casa, a la que volvió después de 10 años de ausencia “para esperar la cita”;

dice, rodeada del amor de sus familiares, sus recuerdos y las antiguas fotografías que adornan las paredes.

Dominga, poeta y narradora, escribió y publicó aproximadamente 12 libros: *Confidente* (cuentos y poemas, 1974); *Íntimo* (puñado de dedicaciones, 1976); *Madrigales y cuentos* (1984); *Arco Iris* (poemas, 1986); *Antología* (poemas, 1989); *Ocasos* (recuerdos y dedicaciones); *Cuentos para Niños* (1992); *Raulito y su abuelo* (cuentos, 1993); *Los Indios, Nuestras Raíces* (ensayo, 1994); *San Antonio* (relatos, 1999); *Leyendas* (2000).

Dominga G. de Amao, dama ejemplar. “La Mujer del año” (1979), “Valor Cultural 1992”, que estudió periodismo por correspondencia para realizar sus sueños de mujer, nos habla de su vida.

E: ¿Dónde naciste, Dominga?, ¿cuándo?

D: Ya lo he dicho. Nací en un rancho cerquita de aquí, “El Rincón”, el 12 de febrero de 1912. Cumplí 90 años. Ya verás, se me está haciendo larga la vida.

E: ¿A qué edad te casaste?

D: Muy joven, de 17 años.

E: ¿Con quién te casaste?

D: Con mi esposo, Loreto Amao, él murió a los 91 años. Tuvimos cuatro hijos, viven dos hombres y una mujer: Alba, Manuel y Hugo. Yo atendía mi casa, atendía a mis hijos y estudiaba en las noches, periodismo por correspondencia. Ellos me mandaban las lecciones y yo las estudiaba.

E: ¿Periodismo por correspondencia? –Pregunto, sorprendida.

D: Sí, ya ves que en ese tiempo no había esa carrera de periodismo, de comunicación como le dicen ahora. Después ya empecé a escribir en *La Voz del Sur*, fueron casi 20 años. Escribí en el *Sudcaliforniano*; con Felipe Ojeda en *El Guaycura*, también en el de Javier Benítez Casasola, en *El sol*

de La Paz. Así, en diferentes periódicos. También estuve escribiendo con Armida Caloca en su revista y así que...

E: ¿Tu marido te apoyó en tus aspiraciones de estudiar?

D: Sí, me apoyaba, pero tenía que cumplir con mis obligaciones en el hogar. Por eso estudiaba en la noche. Y otra cosa, no teníamos luz, nos alumbrábamos con lámparas de petróleo. Y ahí me estaba hasta muy tarde, a veces durmiéndome, para leer todas las lecciones y contestar los cuestionarios.

E: ¿Te titulaste, Dominga?

D: Sí, como periodista. Ahí tengo mi título colgado en la pared, míralo verás.

En efecto, un documento enmarcado sencillamente, certifica que Dominga G. de Amao, se tituló en el *Instituto de Capacitación del Periodista*, de México, D.F., el 20 de Agosto de 1960. —A la edad de 45 años—, agrega Norma, la orgullosa nieta, presente en la charla.

D: Cómo verás, ya no era una muchacha.

E: 45 años, es una edad muy productiva en la mujer.

D: Entonces no había centros de educación como ahora, tantos lugares donde se pueden educar las muchachas. No había más que hasta sexto año de primaria, era el más elevado, podías estudiar y de ahí salías hasta de maestra. En La Paz, nos tocó la Escuela 2. Nos tocó en ese Colegio porque nos fuimos a vivir allá. Mi papá se murió cuando éramos muy chicos, y mi mamá tuvo que trabajar para mantenernos a mi hermano y a mí. Trabajó mucho. Ella nos cuidaba, nos vestía, y todo. Y yo fui a estudiar a esa escuela con maestros de Enseñanzas especiales. Lolita Angulo daba clases de corte y confección y nos enseñaba de todo; Carmen Moreno era maestra de curiosidades, creativos le llamaban. Chole Casillas Gaume, era la de solfeo, Conchita Casillas de educación física; Beatriz Gon-

zález Rubio de inglés, y don Tereso Hernández de música; tanto que se formó una estudiantina. Fue cuando yo me hice amiga de Rosaura Zapata, pero Rosaura ya era una institución y nosotros éramos chamacas. Éramos muchas.

E: ¿Qué edad tenías cuando conociste a Rosaura Zapata?

D: 12 años. Ella andaba fundando jardines de niños por todas partes. Venía de México y visitaba todas las escuelas y se hacía amiga de todos. Y especialmente, fue amiga mía. Me mandaba regalos de México: labores, cuadernos, costuras, hilazas, y todas esas cosas, me las mandaba por conducto de la directora que era Rosario Rosas, ellas tenían amistad. Son mis recuerdos de entonces. De esa niñez.

E: ¿Toda tu infancia la viviste en La Paz?

D: No, nos fuimos un tiempo a Santa Rosalía y después volvimos aquí. Como nací aquí cerquita, nos venimos a vivir a San Antonio definitivamente. Luego, mi esposo compró esta casita, donde vivimos 59 años. Aquí nacieron mis hijos, aquí se murió uno de ellos, aquí se murió mi esposo, por eso le digo “la casa del recuerdo”, y aquí me voy a morir yo. A eso vine.

E: Seguramente, Dominga, ¿ese es tu deseo?

D: Seguramente, a eso vine, para eso regresé a mi lugar.

E: A eso regresa uno al nido...

D: Sí, yo estoy consciente..., estoy esperando esa cita. Ya se me hace muy pesada esta vejez. Oigo poco, veo muy mal y luego miles de epidemitas, que ya esto que ya lo otro, que la gastritis, ¡bueno!, que la reuma, que las operaciones... Tengo dos prótesis en las caderas a cada lado, porque tenía descalcificación en los huesos, tenía, esto... ¿cómo se llama?

E: ¿Osteoporosis?

D: Sí, eso. Pero entonces, todavía no padecía mucho, todavía me rendía el tiempo y trabajaba mucho en el hogar, porque en ese tiempo carecíamos de luz para todo el día. Teníamos a veces un foquito. Pero ya te digo, estudiaba con lámpara de petróleo. No teníamos refrigerador, no teníamos plancha, no teníamos ninguna de esas comodidades. Plancha de leña. A lavar a mano y todo. Trabajaba mucho.

E: Pero lo importante es que tu marido te apoyaba...

D: Sí, él era un hombre pobre. Trabajaba y se ayudaba con un ranchito que tenía, pero no era rico. Y vivíamos así, trabajando los dos.

E: ¿Ya desde entonces escribías poesía?

D: Sí, siempre me ha gustado. En la escuela escribía cuentos y mi maestro se reía de mí, y me decía. “Mira, tienes madera de poeta, pero no te dediques porque te vas a morir de hambre”. —Dominga y yo reímos—.

E: Apenas si tenía razón el maestro, afirmé.

D: Sí, pues. Nunca vendí un libro. Sólo en una ocasión vendí unos, nada más. Ese ensayo que hice de los Indios y unos cuentos de niños, ahí en la librería de este señor... ¿Cómo se llama?

E: ¿Ramírez?

D: Ramírez, pero fueron poquitos. Pero después en las... cómo se llama... A todas les mandaba yo, a las escuelas, a las..., ¿cómo se llaman?

E: ¿Bibliotecas?

D: Sí, en todas las bibliotecas de La Paz están mis libros. El que se compadeció un poco de mí un día, fue el profesor Rubén Sandoval.

E: Sí, él es así, siempre generoso. Recuerdo que una de las Jornadas de Literatura Regional que él organiza por la Universidad, llevó tu nombre. Me tocó participar en ella.

D: Y también yo tenía amistad con el profesor Cesar Piñeda, con Armando Trasviña, con todos esos compañeros. Todavía hace poquito, Trasviña me mandó el último de sus libros. —Lo acaba de leer —interviene Norma—, se llama “*Candados del Destino*”. —Así es, éste me lo mandó uno de sus hijos, pero todavía no está dedicado. Hasta que él venga. Me prometió que iba a venir.

E: Si él te lo prometió, seguro que así va a ser.

D: Manuelita Lizárraga ha venido por aquí, Oscar Arvízu, del canal 10. Armida Caloca, también ha venido por aquí.

E: Nada más faltaban las de *La Mala Mujer*,⁵⁹ que tanto te admiramos...

D: Mira, les estaba diciendo yo. Nunca escribí para que me llamaran, ¿cómo te diré? Valor cultural y cosas así. Una vez las mujeres del trabajo me nombraron “La Mujer del Año”, pero yo no buscaba todo eso; yo ni me imaginaba...

E: ¿Qué buscabas Dominga?

D: Yo buscaba dejar un recuerdo a mis hijos y a mi familia. Dejar un recuerdo para todos los amigos. No buscaba ensalzarme...

E: ¿No buscabas fama, ni reconocimiento? —Ni honores —agrega Norma.

D: No, no esperaba todo eso. Han sido satisfacciones, pero muchas veces también por causa de los buenos amigos. Pero no era eso lo que yo ambicionaba, nunca pensé en eso, solamente pensaba dejarles un recuerdo, porque casi todos mis libros tienen cosas de la vida.

E: ¿De tu vida, Dominga?

59 Revista que Estela Davis, Leticia Garriga y Ana Rosshandler editamos durante un año para dar a conocer la obra de las mujeres en la literatura en BCS.

D: De mi vida también, de mi niñez, de muchas cosas, pero con otros nombres. También de mis sueños, de mis ilusiones, de viajes que hubiera querido realizar. Siempre soñé con visitar España...

E: ¿Has sido una mujer feliz?

S: Sí, hasta cierto punto, sí. Porque yo siempre he sido una mujer conforme con lo que Dios dispone. Siempre he sido así, me conformo.

E: ¿No hay frustraciones en el alma de Dominga?

D: ¡Nooo! Cualquier problema que surge en la vida, se pasa, porque en la vida hay muchos problemitas, sean económicos o de otro tipo. También decepciones y esas cosas... Pero esas eran como un impulso para seguir luchando...

E: Claro, no te dejabas vencer por los problemas...

D: No me dejaba vencer. Siempre he sido así. Aún ahora que estoy toda... Que ya no puedo... Que necesito del cariño. ¡Principalmente del cariño...!

E: ¿Del cariño, principalmente?, ¡qué bella eres Dominga!

D: Porque mira, así como estoy, principalmente necesito del cariño, así es, ¿verdad?

E: ¿Recibes el cariño que necesitas ahora?

D: Pues sí, si lo recibo, con el favor de Dios. Aunque sea en medio de economías y de pobreza, porque no creas que la situación es muy boyante, pero el cariño lo llena; el amor de la gente y de los amigos, con eso me satisfago. Yo solo le pido a Dios que los cuide. Que sean buenos. Porque yo soy católica en primer lugar, siempre lo he sido. Mis padres se habían casado por la iglesia y llevaban una vida honesta.

E: ¿Te casaste aquí o en La Paz?

D: Aquí. Mi esposo también era de aquí, de San Antonio.

E: Cuéntame, ¿cómo era San Antonio en ese tiempo? ¿Crees que era mejor antes?

D: Sí, cómo no. ¡San Antonio estaba en su esplendor! Era muy bonito, las minas trabajaban y había mucha gente. Había familias muy grandes que ahora han emigrado por falta de trabajo. ¡Vieras que ferias tan bonitas se hacían el día del patrón! Se siguen haciendo, pero ya no son como las de antes, ¿conoces la iglesia? Ya ves que tiene el estilo de las misiones, pues se llenaba el día del patrón, había matrimonios, comuniones, bautizos. Hubo un pastor comboniano que estuvo más de treinta años aquí, se llamaba Bruno Adame. Era muy trabajador, hizo muchas cosas buenas aquí en San Antonio. En ese tiempo yo tenía muchas actividades. Porque estuve ayudando en el IPI, entonces no era el DIF, era el Instituto de Protección a la Infancia. Yo les ayudaba, pensando en mis hijos o a veces en sobrinitos que tenía aquí. El caso es que siempre tenía algo que representar como madre, ¿no? Y siempre me daban algún cargo.

E: ¿Te pagaban por ello?

D: No, no, nunca me pagaron sueldo.

E: ¿Cuánto tiempo estuviste en el IPI?

D: Estuve casi dos años...

E: ¿Quién era el gobernador, entonces?

D: Creo que era Salinas Leal. Sí, tuvimos con ellos una reunión en La Paz. Nos llevaron especialmente para eso. Mi esposo me apoyaba mucho en esas cosas también.

E: ¿Te gustaba la política? ¿Incursionaste en eso?

D: No, nunca me metí en política. Nunca me gustó. No me gustaba andar adulando. Me gustaba ser atenta con la gente, pero no me gusta..., este..., adular a ninguno.

E: ¿Te consideras un espíritu libre?

D: Sí, sí. Siempre.

E: ¿Siempre? A pesar de estar atada por situaciones de la vida, tu espíritu seguía siendo libre, ¿era así? –Dominga ríe, y su risa evoca la frescura de una muchacha.

D: Yo me sentía así, con esa franqueza, porque él siempre me apoyaba. Me decía, “a ver vieja, ¿qué escribiste ahora?” Y le leía lo que había escrito, “mira te estás volviendo loca”, –me decía–, “pero si te empiezas a desnudar te voy a encerrar”.

Reímos juntas y le platico de la impaciencia de mi padre, cuando mi madre leía hasta altas horas de la noche, alumbrándose, como ella, con una lámpara de petróleo. Mi padre no comprendía esa necesidad de evasión de su mujer, y pensaba, como muchos hombres de su tiempo, que la fantasía contenida en los libros, en exceso, podía trastornar la mente.

D: Así leía yo. ¡Obras enteras leí!

E: Háblame de eso, ¿qué leías?

D: Pues mira, leí completo *El Tesoro de la Juventud*, la Historia de Francia, la de Rusia y muchos autores rusos. La historia de México que es muy bonita; y luego este..., tenía..., conseguía muchos libros. *El Quijote de la Mancha*; *Pito Pérez* y *Mi Caballo* de José Rubén Romero; y del pensador mexicano Fernández de Lizardi *El Periquillo Sarniento* y otros libros. Me gustaban mucho los autores mexicanos y la historia de México, tanto que escribí ese ensayito histórico sobre las raíces de nuestros indios.

E: ¿Cuántos libros has escrito?

D: Escribí, como unos doce.⁶⁰

E: ¿A qué edad enviudaste, Dominga?

D: Ahora verás... hace doce años, tenía 78 años. Ahora tengo 90.

E: ¿De qué murió tu esposo?

D: Del corazón, tenía angina de pecho.

E: ¿De soltera, fuiste una muchacha pachanguera, bailadora?

D: No mucho, pero si iba a reuniones y fiestas. Me gustaba mucho declamar.

E: ¿De veras?, ¿a quién declamabas?

D: A Amado Nervo y otros. Me gustaban los poemas, *En Paz*, y *A Memphis*, *El brindis del Bohemio*, y muchos más. [Y su voz cascada y emocionada, declama]: “Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo vida”(…) “Amé, fui amada, el sol acarició mi faz...”

E: ¿Fuiste muy amada, Dominga?

D: Pues yo creo que sí, como yo también... amé mucho.

E: ¿Fuiste noviera, tuviste muchos novios?

D: Sí, tuve algunos, pero de la persona que desde que era una jovencita, me enamoré, fue de mi esposo.

E: Y tuviste la suerte de realizar tu amor con él.

D: Sí, después de sufrir mucho, claro, y pasar muchos trabajos, a veces humillaciones, pero lo logré.

60 El último lo publicó en el año 2000.

E: ¿Qué clase de humillaciones?

D: Pues, muchas, de las que prefiero no hablar ahora. Ja, ja, ja...

E: Te debe haber pasado lo que a muchas muchachas, cuando les gusta alguien que no les hace caso...

D: Sí, ese tipo de cosas y como yo era muy jovencita no me hacía mucho caso, pero yo estaba loquita por él.

E: Ay, Dominga, ¡qué bonito! Mira, y duraste 60 años casada con tu amor.

D: Sí, fíjate. Llevamos una vida muy tranquila, ya a las últimas cuando ya estábamos viejos los dos, éramos como unos hermanos aquí en la casa, unidos nomás por el cariño. Muy unidos. Yo siempre cuidándolo, dándole sus alimentos, sus medicinas y todo. Siempre a su lado como una hermana, como un ser muy querido, nomás.

E: ¿Se transforma el amor, Dominga?

D: Sí, sí, se transforma en una cosa muy pura, muy bonita, porque esos últimos años fueron muy bonitos. Unidos por el puro cariño. El cariño de dos personas que han vivido muchos años juntos.

E: Y superados los problemas que pudieron haber tenido, como cualquier matrimonio.

D: Sí, superado ya todo. Así es la vida, y aquí estoy esperando la cita...

E: ¿Cuándo tu esposo murió, todavía estabas bien, podías caminar?

D: Todavía, aunque, cuando él murió yo ya caminaba con andadera. Ya me habían operado de las caderas, pero todavía no me postraba en la silla. Podía atender mi casa y a él. Las caídas son las que me atrofiaron. Ahora me cuido de no caerme. Yo sigo atendiendo mi casa, a la vez que sigo escribiendo.

E: Es lo que sorprende y se admira en ti Dominga. Que a pesar de las obvias limitaciones y de las muchas obligaciones propias de las mujeres de tu tiempo, tuviste la capacidad y el valor de rescatar los espacios que tu realización como mujer-escritora requería.

D: Pues sí, ya te digo que él siempre me apoyó.

E: ¿En qué trabajaba tu esposo?

D: A él le gustaba decir que era obrero, siempre festejaba el día del obrero. Era jefe minero en la mina del general Olachea. Porque también el general estuvo aquí, fundía metal. Los franceses vinieron y tuvieron una planta muy bonita. Pero primero estuvieron los ingleses. Los del Triunfo eran de los mismos de aquí. Era una compañía inglesa, y aquí, estuvieron los franceses, pero después que había parado allá.

E: ¿Cuál centro minero fue más importante, el Triunfo o San Antonio?

D: En ese tiempo le dieron la importancia al Triunfo, porque allá estaba la fundidora más grande, ya ves que ahí están las chimeneas todavía. Es el recuerdo que queda, porque destruyeron todo lo que había ahí. Había casas y todas las tumbaron, no sé por qué. Aquí también, allá abajo las tumbaron, no sé por qué permitieron eso.

E: ¿Conociste a don Francisco Cota Moreno, el escritor del Triunfo?

D: Sí, cómo no. Él escribía cuento. Llegué a bailar con él, cuando era joven.

E: ¿Y a Javier Manríquez, lo conoces?

D: Sí, cómo no. Él es mi nieto. Su mamá era mi hija adoptiva. Pero ellos me tratan como abuela y yo los trato como nietos, y él de pilón es mi ahijado. Está en México trabajando.

E: Se dice que Javier Manríquez es el mejor poeta de Baja California Sur, ¿tú qué opinas?

D: Que es muy bueno. Ha escrito poco porque no se ha podido dedicar a eso por su trabajo.

E: ¿Otras actividades tuyas Dominga?

D: Fui fundadora de la APYR... Ahí estaban todos los compañeros...

E: ¿Félix Ortega, por ejemplo?

D: Sí, Félix Ortega. Él era muy orgulloso. Había estudiado para licenciado pero no se había recibido. Se murió joven.

E: Era hijo de un revolucionario, ¿verdad?

D: Fue uno de los revolucionarios. ¡Ay, tiene su historia! Para unos era un “robolucionario” de las playitas. ¡Ah, que don Félix! Lo conocí al señor, era descendiente de yaquis, era bien trigueño.

E: De don Arturo Sotelo, ¿qué me dices?, ¿también era de ese tiempo ¿no?

D: Sí, también escribí con él, pero fue un tiempo corto nada más. Ya tenía credencial del periódico, pero resulta que un día le hice un escrito y no me lo pasó. Era muy raro él, muy malinchista. Todavía vive, ya está viejito también.

E: ¿De qué trataba el artículo que no te pasó?

D: De la salinidad del Valle de Mexicali y de todo lo que sucedía allá. Yo había estado allá y me había dado cuenta como quedó el Valle, era una ruina. Ciertamente, después se volvió a sembrar algodón, pero tuvieron que perforar pozos. Todo lo que era regado con el río Colorado que habían envenenado los Estados Unidos, se saló. El algodón no se daba, quedaba chiquito, empedernido, fue la ruina. Pero se volvió a levantar, como te digo, porque perforaron pozos.

E: ¿Conociste a Carlos Domínguez Tapia?

D: Ah, sí, pobrecito. Era mi nieto adoptivo. Lo sentí mucho porque se murió muy joven. Era menor que mi hijo menor. Estaba trabajando en el Municipio.

E: ¿Otras actividades, Dominga?

D: Pues, no, ninguna. Nada más ayudar aquí en lo que se ofrecía. En las Sociedades de madres, de padres, todo lo que fuera ayudar.

E: ¿Incursionaste en otros aspectos del arte?

D: No, yo no. Bueno, teníamos el “elenco artístico”; poníamos bailables, declamaciones, canciones y esquetches, para agarrar dinero para los niños. Íbamos hasta Santiago con el “elenco artístico” a dar funciones. En ese tiempo, le dábamos desayunos a 60 chamacos. Nos mandaban una ayuda de La Paz, pero después ya no nos mandaron galletas y las hacíamos aquí en la escuela. Mandaban un polvo para hacer la leche, y comprábamos frijol, queso y otras cosas para darle desayuno a los chamacos. Para eso trabajábamos. Hacíamos fiestas cada tanto tiempo, era muy bonito todo, muy alegre. Ensayábamos y desde los ensayos era pura fiesta, pura alegría. Entre todas poníamos los bailables.

E: ¿Quién era la directora?

D: Yo, se llamaba “Elenco Artístico de San Antonio”. Nomás terminaba de darles la cena a mis hijos y nos íbamos al ensayo. Era una vida muy alegre.

E: ¿Tú marido te apoyaba también en esto? Te lo pregunto, porque me dices que salían fuera con el elenco...

D: En todo me apoyaba él. Y es que todo era una lucha por nuestro pueblo.

E: ¿Puede decirse que fuiste una luchadora social, Dominga?

D: Sí, en todo lo que fuera para bien de nuestro pueblo, colaboraba. Aún ahora, pienso que aunque San Antonio está chiquito, hacen falta dos cosas muy importantes: una sala para velatorio y un salón para actividades sociales, porque a veces las bodas las tienen que hacer en la plaza y las bodas no deben ser públicas. –La mente de Dominga, se ausenta un momento. Quizás piensa en ese velatorio que tanta falta hace. Luego comenta, casi sin venir al caso– Tengo un nieto muy bromista en Ensenada, que me decía: “Mire abuela, si se muere aquí, no nos la vamos a llevar a San Antonio, aquí tenemos un panteón muy bonito”.

E: ¡Claro que no, Dominga! La gloria de San Antonio, no puede quedar lejos de aquí. Dime, ¿fue por eso que te regresaste de Ensenada?

D: Sí, por eso me vine –declara sonriente–. Quiero morir aquí, en mi tierra, en mi casa del recuerdo...

Y así fue. Dominga falleció en San Antonio en su “casa del recuerdo” el 20 de julio de 2005.

Tía Elodia

Esta es una charla con mi tía abuela Elodia Verdugo Pérez Vda. de Cortés, loretana nacida en 1913. Actualmente cuenta con 93 años de edad. Esta conversación fue realizada en La Paz, BCS el 8 de diciembre de 2006, en la casa de Ofelia Cortés Verdugo, su hija. Mi tía es hija de Eugenio Verdugo y Blanca Pérez.

La letra E corresponde a Estela Davis y las TE a tía Elodia.

E: ¿Se acuerda del nombre de sus abuelos maternos y paternos?

TE: Por parte de mi mamá, sí. Mis abuelos eran José Pérez y Dolores Larrinaga de Pérez, él era español y mi abuela era hija de mexicana y de español. Por parte de mi papá, eran Eugenio Verdugo, de Comondú, y mi abuela se llamaba Dolores Osuna.

E: ¿Así que sus dos abuelas se llamaban Dolores? O sea que su apellido es Verdugo Pérez. ¿Cuál sería su recuerdo más antiguo?

TE: ¡Uff tengo tantos, porque fui muy chiquiona! Yo tenía seis meses cuando murió mi papá. De modo que crecí reinando entre la familia

porque era la más chiquita y todos me consentían mucho. Era la socoyota.

E: ¿Quiénes eran sus hermanos?

TE: Primero las cuatas, Dolores y Soledad: Chole y Lola. Lola nació a las nueve de la mañana y Chole a las cinco de la tarde. Fueron dos partos separados de todo a todo. Totalmente diferentes. Cada una con su propia bolsa y placenta. Ya ves que físicamente no se parecían absolutamente en nada. En toda la familia, eran las que menos se parecían entre los hermanos y también las personalidades de ambas eran completamente distintas.

E: Pero cómo, ¿y había médico en ese tiempo?, ¿o quién atendió a Naca?⁶¹

TE: Nooo, que médico iba a haber, la atendió una partera.

E: ¿Qué edad tenía Naca cuando tuvo estas niñas?⁶²

TE: 17 años...

E: ¿Quiénes nacieron después de las cuatas?

TE: Ah bueno, después fue Abelardo, luego Noé y Alfonso. Naca había tenido antes dos hijos que se le murieron. Después de los dos, uno era Eugenio que murió de 3 años y Blanca que murió de 2. Eso fue después de las cuatas, nació Abelardo nació esa niña y después Eugenio. Después ya fueron Blanca, Rosalía, Carmen y al último yo, Carmen me llevaba 3 años. También tuvo algunos abortos. En total fueron 14 embarazos.

E: Pobrecita de Naca, tan jovencita que se casó.

TE: Esos abortos de mi mamá, se debieron a la vida tan dura que llevaban antes las mujeres, tan carentes de ayuda. Las mujeres trabajaban

61 Naca, era mi bisabuela, su nombre era Blanca Pérez Larrinaga.

62 Me refiero a mi bisabuela, una de las cuatas, llamada Soledad era mi abuela materna.

tanto... Luego a mi papá le gustaba bastante el trago y pobres que eran. Ella trabajaba mucho. Mi papá era contador público. Trabajaba con mi tío Juan que era el que tenía el contrato de la leña para Santa Rosalía, para El Boleo. La embarcaban en el *Kórrigan*, que era un barco muy grande, y mi papá llevaba las cuentas. El barco llegaba a cargar a San Bruno o a Bonó.

E: Para que era la leña. ¿Para la fundición?

TE: Sí, y también para el barco. También estos caminaban con leña. Además la necesitaban para las casas. En las cocinas de las casas también usaban la leña.

E: ¿Era el único combustible que existía? ¿Todas las estufas eran de leña?

TE: Sí pues, para todo se necesitaba de la leña. El barco venía cada mes y se iba cargado.

E: Me imagino que llevaban enormes cantidades. ¿Usted no recuerda si se notaba en el campo la depredación?

TE: Sí, como no, mucho se notaba. Sobre todo donde cortaban mezquite que era lo principal, era la leña que más les gustaba porque la brasa que hace la leña de mezquite es más pesada, más duradera. El palo blanco lo cortaban mucho también, aunque este lo usaban para curtir cueros.

E: El caso es que de todos modos cortaban los árboles...

TE: Si pues, lo cortaban porque le tenían que raspar la cáscara y llenaban la playa de costales de cáscara de palo blanco mientras llegaban los barcos a cargar. Era bonito aquello. Me acuerdo que en las noches de luna nos íbamos a la playa y ahí nos sentábamos en los costales de cáscara... era tan bonito... los montones de costales esperando el barco...

E: ¿Y si sólo usaban la cáscara, que hacían o en que usaban la parte interior del palo?

TE: Pues la usaban para enjaules para construir casas, para los corredores de las casas, o para cercar. La tinta del palo blanco era muy oscura y con eso curtían ahí en la Tenería Viosca las pieles. Todavía existen en La Paz los edificios de la Viosca. Ahora quedan muy céntricos. ¡Aquella cantidad de cueros que compraban!, de cuanta res se mataba en el territorio, el cuero iba a parar a la tenería. Tenían un barco que se llamaba igual, el *Viosca*, ese venía a recoger los cueros y la tinta.

E: ¿Al pensar en esa cantidad de árboles que cortaban, no cree usted que tenga que ver con lo desértica que es nuestra tierra?

TE: No, porque brotaban otra vez. Dejaban parte del tronco y al cabo de dos o tres años ya eran árboles grandes otra vez.⁶³

E: ¿Quiere decir que no los cortaban de raíz, que estaba reglamentado?

TE: Si, dejaban como metro y medio de tronco y volvían a brotar. Acá en los ranchos del norte, de San Bruno y San Basilio para dentro, donde había grandes mezquitales, ahí cortaban mucho árbol.

E: Así eran de insaciables los hornos de la fundición. Me imagino que acá en San Antonio y el Triunfo debe haber sido lo mismo. Se manejaban las fundiciones con leña, también. Ahora también se explota el carbón acá en Las Pocitas, es algo que no puedo entender en un estado semidesértico como el nuestro.

TE: Pues sí, siempre ha sido la misma cosa.

E: Además del Kórrigan, y el Viosca, ¿se acuerda qué otros barcos llegaban a Loreto?

63 Según Rodolfo Pérpuli Higuera, los árboles de “palo blanco” cortados para el cascalote, nunca brotaron. Ese fue el caso en los campos de Isla del Carmen, que don Fidencio Pérpuli explotó para este fin.

TE: No, no me acuerdo... zafado de que ya que empezaron a navegar los barcos de aquí, como el Araguán.⁶⁴ Ah, pero antes fue el Trieste, me acuerdo que el capitán del Trieste era Ascolani, un italiano que era casado con Leonor González de Santa Rosalía.⁶⁵

E: ¿Qué ruta hacían?

TE: La misma. La Paz, Los Dolores, Loreto, Santa Rosalía y Guaymas. Después entró el Blanco, y luego el Araguán. El capitán del Araguán era un Róbinson. No me acuerdo del nombre.

E: ¿Y qué transportaban?

TE: Mercancía y pasaje. Era la única manera entonces de salir de Loreto, porque no había ninguna otra. Ni caminos, ni carros, ni nada. Ningún otro conducto. Solamente el barco. Querías salir y no tenías más remedio que esperar ocho días a que pasara el barco, así te estuvieras muriendo no había de otra.

E: ¿Esos barcos eran de motor o de vapor?

TE: No me acuerdo fíjate. Creo que eran de motorcito. Y de aquí de La Paz llevaba mucha mercancía para Loreto: arroz, frijol, harina, café, azúcar, manteca, barricas de manteca de puerco y también iban a Santa Rosalía y de vuelta de Santa Rosalía también traían mercancía.

E: ¿También frutas y verduras?

TE: No, esas no. Las frutas más bien las traían de Comondú, venían las recuas de bestias, con mulas o burros cargados con unos zurroneos de cuero. Ahí empacaban el dátil y otros productos, higos, pasas. Allí los

64 Según el Prof. Raúl Agruel, reconocido investigador sobre la navegación en Baja California, el Araguán originalmente fue un yate de lujo que trajo un norteamericano y vendió aquí a un hombre de Guaymas. Tenía motor diesel y durante un tiempo fue capitaneado por Gumersindo Róbinson, más conocido como el Cap. Gúmez .

65 Según el Prof. Raúl Agruel, el Trieste era un barco pequeño, originalmente utilizado en el buceo de perlas. Tenía motor de gasolina y era capitaneado por el italiano llamado Guisseppi Ascolani.

recibía Fidencio Pérpuli y lo mandaba a Guaymas y de ahí en el tren a México. Una vez que había mandado cierta cantidad de mercancía, Fidencio se iba a México a cobrar. Recuerdo que una vez que fuimos Carlos y yo a México, lo encontramos allá y nos pusimos de acuerdo para ir a verlo al hotel donde estaba. Nos sorprendió, pues estaba en un hotel elegantísimo, no me acuerdo cual.⁶⁶ Lo encontramos vestido con una bata de seda la cosa más preciosa; estaba sentado fumando puro y tomándose una copa. Era un hombre muy bien parecido, muy italiano pues.

E: Él era Pérpuli Vidaurrázaga de Comondú, ¿verdad? No, de los Pérpuli Márquez de Loreto. Así que con bata de seda y toda la cosa, muy elegante el hombre.

TE: Sí, él era de Comondú, guapísimo. Además tenía mucho dinero.

E: Bueno tía, si le parece volvamos a la antigüedad. Hay un suceso que siempre se ha platicado en Loreto y ya forma parte de la tradición oral, pero en realidad no sabemos si fue cierto o no. Me refiero al maremoto o amenaza de maremoto que se dice que hubo a fines del siglo XIX. ¿Qué sabe usted de eso? ¿Fue cuando los temblores de 1878? ¿O fue antes, o después, tal vez?

TE: Pues no, no sé, creo que no fue cuando los temblores, la verdad, sabe Dios cuando habrá sido. Por cierto verás que hace poquito nos estábamos acordando de eso el Gutty Bastida y yo, porque mi mamá nos contaba que en San Javier estaba un cura. “El cura santo” le decían, y que un día estaba dando la misa cuando de pronto se detuvo y como si alguien le hubiera avisado, le dijo a la gente: “búsquenme una bestia ahorita mismo, me tengo que ir inmediatamente porque Loreto está corriendo mucho peligro. Me voy a ir yendo a pie y me alcanzan con la bestia en el camino”. Dicho y hecho, se fue a pie y ya luego lo alcanzaron con la

⁶⁶ Según Rodolfo Pérpuli Higuera, hijo de don Fidencio, su padre se hospedaba generalmente en el desaparecido hotel Regis de la ciudad de México, y en el hotel Francés en Guadalajara.

bestia. Llegó a Loreto y subió al campanario donde estaban las campanas amarradas en unos palos porque estaba caído el campanario.⁶⁷

E: Eso quiere decir que si fue después del terremoto.

TE: Pues sí, tuvo que haber sido después porque el campanario se cayó con el terremoto. Se puso a tocar las campanas para que se juntara la gente y desde ahí conjuró el mar, no sé que querrán decir con eso, cómo conjuró el mar, tal vez a lo mejor le hizo la señal de la cruz, no sé. La gente empezó a juntarse y todos estaban terriblemente asustados al ver que el mar se iba yendo para atrás, dejando el piso, el fondo pues, pelado y atrás se iba formando la ola inmensa, se hubiera venido sobre el pueblo, pues. Entonces les dijo el cura: “ahora vamos todos a la playa vengan conmigo, no tengan miedo no vayan a regresarse y por ningún motivo le den la espalda al mar”, entonces, mi mamá me contaba que agarró el bastoncito que llevaba y lo clavó donde era la orilla del mar, lo conjuró⁶⁸ otra vez y les dijo “ahora sí, vamos a rezar”. Todos se pusieron a rezar el rosario. De pronto se dieron cuenta que la ola se fue bajando, se fue bajando, hasta que el agua llegó mansita a la orilla justamente donde el cura había clavado el bastón.⁶⁹

TE: Pero verás, dice el Gutty que a él le platicaban sus tías viejitas Angelita y Sofía que el cura había llevado la virgen de Loreto y la había puesto paradita en la orilla y ahí había clavado el bastón y entonces la ola empezó a desinflarse y la mar se vino mansita hasta donde estaba el bastón y la virgen. Que a este cura le decían “El cura Santo”.⁷⁰

E: ¿Por ese motivo?

67 De acuerdo con este detalle, el maremoto (o amenaza de) debió haber sido después de los temblores, dado que el campanario ya había sido destruido por los sismos.

68 Conjurar, rogar, suplicar, exorcizar al diablo...

69 El Dr. En ciencias del Mar, Ángel Jiménez Illescas, nos dice que se trató de un Tsunami, pues de acuerdo con sus investigaciones el agua llegó casi hasta la iglesia. Y seguramente coincidió con los terremotos de 1878.

70 Pudo tratarse de los padres Gregorio Ramírez, Juan Jiménez o Pedro Berh, quienes de acuerdo con la Guía Familiar de Pablo L. Martínez estuvieron bautizando en esa zona, desde San Juan Londó hasta San Javier de 1876 hasta enero de 1883.

TE: Sí, por ese motivo.

E: Hubiera sido interesante averiguar quién era ese cura que estaba en San Javier en ese tiempo, si tuviéramos la fecha exacta no habría ningún problema. Y a propósito de San Javier, tía. ¿Ya desde entonces iban a San Javier los días 3 de diciembre? ¿Cómo se iban?

TE: A pie. Bueno mucha gente se iba en bestia, en burro o en caballo o lo que hubiera, pero la mayoría de la gente se iba a pie. Mucha gente ofrecía mandas de irse a pie. Mis hermanas Blanca y Chalia⁷¹ fueron muchas, muchas veces, es más siempre se iban a pie, se acompañaban con mi tío Paulino.

E: ¿Y cuánto tiempo hacían?

TE: Pues muchas horas, todo el día. Blanca y Chalia madrugaban mucho para llegar el mismo día. Otras personas dormían en algún rancho y llegaban hasta otro día. Todavía, hasta la fecha, se hacen caminatas a San Javier para esas fechas y lo hacen por gusto, no como una promesa.

E: ¿Y usted también fue cuando era chica o soltera?

TE: No fui de soltera, pero ya casada fui muchas veces con mi marido, porque él iba a visitar la escuela. Nos íbamos para el día del santo y había muchos bailes. Había baile en casa de Marina de Castro, con doña Luisa de Martínez, luego en casa de Chabelita la de Agapito Veliz. El de casa de Marina de Castro era el baile principal, el de “primera”. Regaban mucho el corredor que era muy grande y se ponía duro como una piedra. Ahí llegábamos nosotros, a la casa de Marina. O en la escuela, los maestros se salían de la escuela para dejarnos sus camas. Luego Rebeca y Pilar⁷² aprovechaban de irse con nosotros. A veces dormíamos en la escuela, nosotros en una cama y Pilar y Rebeca en una colchoneta en el suelo. Por cierto un día se despertó Pilar y tenía a un hombre pegado a ella con todo

71 Elodia se refiere a Rosalía y Blanca Verdugo Pérez, dos de sus hermanas mayores.

72 Se refiere a Rebeca Castro Verdugo, sobrina, y a Pilar Romero Mayoral, ambas fallecidas.

y familia. Y es que durante la noche se llenaba la escuela y todo mundo dormía en el suelo. Ahora, Gloria tiene su hotelito allá. Bueno, más bien la Chiquis,⁷³ tiene sus buenos cuartitos de renta y desde luego en estos días hacen mucho negocio, les va muy bien. Tienen sus poltronas para sentarse ahí afuera. Y tienen quien se los cuide, y por supuesto la gente que visita San Javier en días no festivos, me imagino que llegan ahí, pues ¿dónde más? El gringo que vive aquí enfrente compró un terreno allá para hacer un hotelito...

E: Escuché que el gobierno va a pavimentar el camino de Loreto a San Javier ¿sabe usted algo?

TE: ¡Ya lo están haciendo! Llevan como cinco kilómetros pavimentados, esa sería la primera etapa, y en enero van a hacer la que sigue y también se va a empezar el puente del arroyo de Las Parras y el de San Juan. Porque cuando llueve y corre el arroyo Loreto queda aislado. Quedan aislados el aeropuerto, Nopoló, Puerto Escondido y la Col. Zaragoza, del otro lado del arroyo y no pueden llegar a Loreto.

E: Sí, este arroyo es el que tradicionalmente más ha afectado a Loreto. ¿Recuerda usted algunas inundaciones que hayan causado daños?

TE: Sí, cómo no, cuando el ciclón del 59. En tu casa que está en un lugar alto hacía borbollones el agua. Hasta ese grado llegaba.

E: Si me acuerdo, pero entonces yo vivía en México y no lo presencié.

TE: Mira, el arroyo de Las Parras o de la colonia entonces, se metía por las Cuevitas y se desparramaba por todo el pueblo. No había un lugar que no estuviera inundado. Horrible, mira, esa vez el arroyo se salió por la calle de la casa del Polo, había una subidita, la subió y siguió su camino hacia el centro, hasta la casa de doña Cruz se metió. El otro pasaba enfrente de la casa rumbo a la playa. Cuando veíamos que venía

73 Se refiere a Gloria Davis de Benziger y a su hija Chiquis, dueña y administradora del hotel Oasis de Loreto, respectivamente.

el agua corriendo con una capa negra arriba quería decir que además de traer un mundo de agua el arroyo traía leña. Entonces nos poníamos en la orilla y agarrábamos los leños y nomas los aventábamos para adentro del solar o de la casa, juntábamos muchísima leña, esto mientras se podía porque ya cuando el agua subía mucho o traía mucha fuerza, pues nos teníamos que proteger quitándonos de la orilla y nos subíamos a lo más alto.⁷⁴ Estas calles eran los brazos del arroyo que se venían por el pueblo. A mi casa nunca subió el agua.

E: Sucede que esa casa, donde nacieron ustedes era en la época de la Colonia lo que llamaban “el Almacén Real”. Entiendo que su casa está cimentada sobre esas ruinas.

TE: Fíjate que mi papá tenía guardada una carta en donde mi papá Eugenio, Eugenio Verdugo, mi abuelo, le mandó al gobernador que estaba aquí en La Paz pidiéndole permiso para levantar ahí sobre esos cimientos una casa, entonces el gobernador en lugar de agarrar otro papel y contestarle, nomás le dio vuelta a la hoja y ahí mismo le respaldó el permiso para que levantara la casa.⁷⁵

E: ¿Y qué pasó con esa carta?

TE: No sé qué pasó con ella.

E: Aparte de la de 1959 ¿recuerda usted otra inundación?

TE: Si las hubo, muchas, pero no, no recuerdo fechas, pero verás fíjate que ahí donde vive Mario⁷⁶ le hicimos a la Pilla (se refiere a su hija Margarita) un cuartito para que vendiera refrescos. Le abrimos un ventanal grande para lado de la calle y por ahí se hacía la venta. Luego, ella mandó poner unos troncos de palmas de dátil y encima rellenaron y apisonaron

74 En este párrafo se refiere a las calles Madero, Hidalgo y Juárez.

75 Y si no era al reverso de la hoja, era al margen. Esto lo hacían las autoridades para ahorrar papel, pues muchas veces carecían hasta de una hoja para escribir un documento. En el AHPLM, se pueden encontrar infinidad de oficios contestados de esa manera.

76 Calle Hidalgo entre Madero y el callejón.

bien la tierra para que quedaran enterrados los troncos. Ahí puso ella unas mesitas con unas sillas y la gente pasaba y se sentaba a tomar su refresco. Enseguida había una enramada de techo de hoja donde dormíamos Carlos y yo en el verano. Entonces uno no sabía cuando iba a llegar un chubasco. Había empezado a llover mucho ese día y por la noche, ya estábamos dormidos, cuando empecé a oír un ruido muy fuerte y desperté a mi marido, y le dije “oye ese ruido, yo creo que está lloviendo demasiado fuerte” prendimos la luz y que vamos viendo que el agua del arroyo nos estaba pasando por debajo y que vamos viendo que una de las palmas recién enterradas nomás se dio la vuelta y se fue en el agua, y enseguida se cayó la otra. Ahí va mi marido corriendo a despertar a la Pilla y a América⁷⁷ para que vinieran a ayudarlo a subir las cajas de refrescos para que no se las llevara el arroyo. Me acuerdo que había un pozo que servía de basurero y le dije a mi marido no te vayas a caer en el pozo. Él no se cayó pero sí la Pilla, que a poco salió toda mojada y ya subieron las cajas de refrescos arriba de una mesa. Fue un chubasco muy fuerte y quién nos iba a avisar que venía...

E: Yo recuerdo que usted me platicó de un chubasco grande y que iba a haber una boda...

TE: Era mi boda, la mía, pues. Yo me iba a casar el 16 de septiembre, y el quince nos fuimos a la plaza a oír el grito y ahí estuvimos viendo la fiesta, entonces empezó a lloviznar y nos metimos debajo de los árboles hasta que pasó el grito. Ya para entonces empezaban a caer manguitas fuertes de agua. El baile se suspendió y nos fuimos. Al rato empezó a correr el arroyo y nos fuimos todas a casa de mi tío Ricardo Larrinaga porque el agua no subía hasta allá.⁷⁸ Fíjate que las olas y la marejada, llegaban hasta la casa de Isabel la de Juan Pablo,⁷⁹ dice Carlos (su esposo) que ahí reventaban las olas en la pared de la casa y él iba y venía. Claro está que la gente no durmió en toda la noche. Ahí en casa de mi tío Ricardo era una fiesta, todo el montón de muchachas Natalia, Angelita, Lupe

77 América Castro Verdugo, sobrina de Elodia.

78 Madero y Salvatierra (donde actualmente está Bancomer)

79 Isabel Meza y Juan Pablo Martínez. Casa de madera en la calle Salvatierra a una cuadra del malecón.

y nosotras, acostadas en el suelo, en la sala, en colchonetas. Angelita (esposa de Ricardo) no se acostaba, a cada rato nos daba vueltas a ver como estábamos. Y cuando llegaba Carlos a preguntar por mí, Angelita iba y me hablaba. Yo me iba con él hasta el arroyo. Ya a las últimas le dije a Angelita, “si viene y pregunta por mí, dile que estoy dormida”, ya no tenía ganas de estarme levantando a dar cumplimiento. Otro día era un lodazal enorme y el arroyo seguía corriendo, duró 24 horas el chubasco.

E: ¿Se llevó casas?

TE: No, no se llevó nada, pero se inundaba todo el pueblo. Como el arroyo se venía por Las Cuevitas...

E: ¿Dónde están Las Cuevitas?

TE: Ahí donde están haciendo el hospital, ¡está tan adelantado y tan bonito! En los pitufos, pues, donde termina la lomita. Por donde ahora pasa la carretera.

E: ¿Y no cree usted que sea peligroso que hayan construido precisamente ahí el hospital?

TE: Nooo, hicieron un trabajo muy bien hecho en la desviación del arroyo. Le metieron mucho cemento. Ahora hasta un puente van a hacer ahí.⁸⁰ El que sí estuvo muy fuerte fue el ciclón del 59, ese sí estuvo grande. Después del 59 llegó el presidente López Mateos a Loreto. Mira corría tan fuerte el agua y el viento tan fresco que el agua se metió hasta la casa de Lola mi hermana que tenía su casa en alto. Mira le llevó todas las fotografías y cosas que guardaba en el cuarto de abajo. Las Palmas de taco las volteaba y las doblaba hasta meter las hojas entre el agua y se enderezaban otra vez, son muy resistentes y flexibles. Las de dátil se caían, pues ya ves que tienen una raíz muy pequeña. ¡Ah y no te acabé de contar! pues cuando el ciclón del 59 que fue tan fuerte, mi marido⁸¹

80 El puente ya está construido.

81 El Prof. Carlos Cortés Leyva.

estaba entre la comitiva que recibió a López Mateos y buscó la manera de platicarle lo que había sucedido en Loreto con el ciclón. Luego lo llevó para que se diera cuenta de la anchura y la profundidad del arroyo de Las Parras y le explicó que era según él lo que se requería para desviar el arroyo del pueblo. Ahí mismo López Mateos llamó a su secretario y le dio órdenes de proceder de inmediato para que se hicieran los estudios y las obras necesarias que le quitaran a Loreto ese peligro. Mi marido fue el que consiguió que se canalizara el arroyo de Las Parras y dejara de ser un peligro para Loreto.

E: ¿O sea que ese muro alto que está a lo largo del arroyo se hizo por gestiones de mi tío Carlos?

TE: Sí, así fue. Una vez que corrió muy fuerte ese arroyo, antes de la canalización, el agua se vino sobre el pueblo, como siempre y me acuerdo que oíamos los gritos de la familia de Efraín Guzmán el panadero, entonces vivían en la que fuera la casa de Tachino,⁸² ahora de la Cuchi;⁸³ ella les rentaba esa casa. De ahí se fueron a refugiar en casa de la Cuchi precisamente, que es de dos pisos.⁸⁴ Por cierto que en el trayecto uno de los muchachos se soltó y se lo llevó la corriente, estaba muy hondo el arroyo, pero logró salir y llegaron.

Ofelia, la hija de mi tía entra con una charola de café y dejamos el tema de los ciclones e inundaciones.

E: ¿Se acuerda como era antes la zona del malecón? ¿Qué había ahí?

TE: Era playa, primeramente estaba el faro, enfrente de la calle (actualmente la Salvatierra), luego había una caseta muy bien construida, entonces se llamaba calle del Puerto, aunque no había precisamente una calle porque estaba cerrada por los terrenos de mi tío Ricardo, Adolfo Romero y Núñez. Entonces estaba Filiberto Bareño de delegado y fue

82 Tachino Talamantes. (finado)

83 Cruz Davis Pérpuly, Vda. de Salorio (finada)

84 Calle Madero e Hidalgo.

él, no sé como lo consiguió pero logró abrir calle hasta la playa (la Salvatierra) por eso el terreno de los Romero está partido en dos. No sé de qué se valió o como le hizo don Filiberto, porque abrió también la calle que pasaba enfrente de la casa de Núñez (la Madero). Ahí construyeron el edificio.⁸⁵ Por cierto ahí le hicimos una comida y un baile al presidente Miguel Alemán,⁸⁶ cuando fue a Loreto y me acuerdo muy bien porque nosotros nos fregamos mucho haciéndole la comida.

E: Y yo me acuerdo porque bailé con él.

TE: Nosotros nos amolamos, porque le hicimos caguama y muchas cosas más. Dos caguamas hicimos y por cierto, ¡les gustó tanto!

E: ¿Les gustó?

TE: ¡Mucho! Sobre todo a los aviadores, comieron hasta morir. Se repitieron varias veces. ¡Hartó esa gente como no tienes una idea! No se llenaban; platos y platos. Por cierto que la hizo Cotelo... o no, creo que fue Blanca la que preparó la caguama y Cotelo los demás platillos.⁸⁷

E: ¿Y al presidente le gustó la caguama?

TE: No sé, a él no le dieron caguama, pero los demás, ¡que bárbaros! No me acuerdo que le sirvieron al presidente, pero fue otra cosa, ya ni sé. Había mucha comida. Me acuerdo que Rosita Pérpuli le llevó un vaso de refresco y saltaron los del Estado Mayor y se lo cambiaron por uno cerrado que ellos le abrieron. Yo creo que tenían miedo que le diéramos otra cosa. Conseguimos unos cubiertos finos con doña Camila,⁸⁸ para servirle al presidente por lo menos, a los otros no le hacía que comieran con cubiertos corrientitos. Yo no le serví al presidente, le serví a los aviadores y esto fue comer y comer. No se llenaban.

85 Donde está la Presidencia Municipal.

86 Se refiere al Presidente de la República Miguel Alemán Valdés, quien visitó Loreto en 1951.

87 Se refiere a Consuelo Garayzar y a Blanca Verdugo (su hermana), famosas cocineras loretanas. Ambas fallecidas.

88 Doña Camila Mayoral Vda. de Romero

E: ¿Por qué no hiciste tú la caguama, Biloyo? Siempre he sabido que eres de las mejores para prepararla, ¿pláticame cómo la hacías?

TE: Verás, el otro día me dijo Ramón, el de Margarita, allá está un fulano y tiene tres caguamitas ¿no quiere comprar una? Si quiere yo la mato y se la traigo lista ya para que la cocine. ¿Y si me agarran con la caguama?,⁸⁹ le dije. No, me dijo, que la van a agarrar. Bueno, pues fue y me trajo la más grandecita, ¡quinientos pesos costó la caguama! Fíjate que de pura casualidad estaban en Loreto, Lupita, Ofelia, Margarita, Yadira, Leonor y la Cali todavía, muy enferma estaba la pobre ya, y le dije no te voy a dar más que la pura carne porque está muy condimentada y le serví pura carnita en una tortilla y me dijo, “no seas mala ponle tantito juguito”. ¡Tenía una cara la pobre!, no entró en baza porque no podía. En cambio las muchachas estaban felices, todas las primas juntas. Estaban también Mario y la Pupé con sus hijos y sus mujeres. El caso es que hubo una comilona en grande a la sombra del mango. Verás, yo me fui a bañar, pero ya tenía toda la verdura y la carne de la caguama picada. Entonces le dije a Ofelia, “Mira, me voy a bañar, pon el aceite y échale la verdura”⁹⁰ y cuando esté sazónada le pones una harinita para que espese y le vas agregando el caldo donde se coció la caguama, poco a poco para que agarre sabor, luego le pones orégano y un poquito de vinagre y le agregas una lata de valvita,⁹¹ para que tome más sabor le pones unos cubitos de caldo de pollo y pimienta desde luego”.

E: ¿No le pones ejotes, zanahorias o esas cosas...?

TE: Chicharos de lata solamente. Y en lugar de vino, vinagre.

89 La Caguama se considera un animal en peligro de extinción y tiene veda permanente, desde la presidencia de Salinas de Gortari.

90 La verdura consiste en partes proporcionales de cebolla, ajo, chile verde (poblano) y tomate, todo picado.

91 Puré de tomate enlatado.

E: Oiga tía ¿es verdad eso que cuentan que el presidente Carlos Salinas de Gortari mandaba un avión desde México para que llevara a Erasmito⁹² para que preparara almejas chocolatas, en Los Pinos?

TE: Sí, si es cierto. Llevaban todo de aquí, hasta la grava.

E: ¡Vaya, yo pensaba que no podía ser cierto!

Hicimos un receso para tomar el café de Ofelia que es muy bueno.

E: Cuando usted y el Prof. Cortés se casaron, ¿vivieron siempre en Loreto?

TE: No, a los doce días de casados nos fuimos a Mulegé. Allá nació Carlitos. Después nos venimos a Loreto otra vez. Pero de ahí cambiaron a Carlos a San Miguel de Comondú, después nos venimos a Loreto, y otra vez de vuelta a San José de Comondú. Estando ahí, volvió a ir a San Miguel. En ese tiempo trajeron a Rodolfo Salgado y los citaron a él y a Carlos aquí para hacer la primera escuela secundaria aquí, en La Paz. Porque no había secundaria aquí. Carlos era el maestro de matemáticas, Rodolfo no sé de qué y Margarita Silver era la maestra de inglés.

E: ¿Cuántos hijos tenían ustedes ya?

TE: Teníamos a Carlos, Mario, Margarita y Dagoberto. Por cierto que no lo habíamos bautizado porque en Comondú y en Loreto no había cura.

E: Dagoberto y yo somos de la misma edad. Ya teníamos doce años cuando llegó el padre Modesto Sánchez a Loreto, para quedarse.

TE: Si, pues, pero de todos modos Dagoberto ya tenía como dos años o más, cuando venimos aquí y lo quise bautizar y le dije ¿mira mijito aquí están Chabelita y Garrido no quieres que te bauticen? No, no me gustan; me contestó, y luego le ofrecí a la Fina que era de Todos Santos, casada con Miguel Verdugo un hermano de Pilar Verdugo la suegra del Poncho.

92 Erasmo Arce (ya fallecido), es el mejor cocinero de almejas tatemadas que ha habido en Loreto.

E: ¿Del Poncho Verdugo Davis, mi primo?

TE: Si, pues, acuérdate que el Poncho estaba casado con Jesusita. El caso es que tampoco le gustaron la Fina y Miguel, no los quiso. Pues nos fuimos a Comondú otra vez. Cambiaron a Carlos para que se fuera hacer cargo de la dirección de la escuela en Comondú. Nos teníamos que ir porque ya estaba encima la fiesta del 16 de septiembre. Nos llevaba Manuel Galindo en un camión. Él nos trajo desde Santiago, porque Carlos estuvo trabajando un año en Santiago. Y resulta que quíebrasele el camión en un rancho por allá no sé dónde y nos quedamos. Luego nos mandó en otro carro para Comondú. Sin maletas ni nada, hasta los catorce días nos llegaron las maletas y Carlos tenía el compromiso de las fiestas del 16 de septiembre, lo del grito, la ceremonia y todo el programa, pues no nos quedó más que pedir ropa prestada. A Carlos le prestó un traje Marcos Payén que le quedó pintado y yo me puse un vestido de la Tito Meza, la de Mariela la de mi tío Tomás, hermana de Lupe Verdugo. Luego a mis hijos los vestimos con la ropa de los hijos de un hermano de José Luis Meza que estaba ahí con su esposa que eran de la misma edad que Carlos y Mario, y les quedaba la misma ropa. Por cierto que para cambiarlos les quitaba la ropa y los acostaba mientras se las lavaba, se secaba y la planchaba. Un día llegó Ricardo Aguilar, los vio y me dijo: “¿Elodia, qué tienen estos niños, están enfermos?”, pues sí, le dije yo, han andado malitos. “¿No es cierto de mi mamá –brincó Carlitos, que siempre fue muy imprudente–, es que nos está lavando la ropa porque no tenemos otra”.

Me acuerdo que a veces, cuando Carlos y yo nos íbamos al cine en la tarde, aquí en La Paz, había una señora en la esquina, bien encerrada en su casa, pero para lado de la casa de la Chita de la Peña tenía una ventana, se asomaba y me decía: déjemelos aquí, Elodia. Lo que te voy a decir son palabras mayores. Esta señora, dicen que era la querida del gobernador y vivía así porque él no la dejaba salir a ningún lado. No me acuerdo como se llamaba el gobernador,⁹³ pero sí que ella era una mujer muy guapa y muy simpática. Y sí, le dejábamos a los niños, frente a una ventana con

93 Probablemente se trate de Rodolfo Sánchez Taboada, 1937-1944.

rejas, ella adentro sentada en una poltrona y los niños afuera, ahí me los entretenía hasta que salíamos Carlos y yo del cine.

E: Cuéntame cómo eran esos pueblos Biloyo, Comondú, Mulegé, ...

TE: Muy bonitos, me acuerdo que cuando llegamos en septiembre a Mulegé, ya andaba ahí Pancho Palencia trabajando y andaba noviendo con la Conchita Jordán, muy guapa, ¡muy bonita era Conchita! Ni bien llegamos ya se me empezaba a notar la panza, apenas alcancé a cumplir los nueve meses de casada cuando Carlitos nació.

E: ¿Cómo se fueron a Mulegé?

TE: Nos fuimos en barco a Santa Rosalía, llegamos a la casa de doña Victoria la de don Justo.⁹⁴ De ahí nos fuimos en carro a Mulegé.

E: ¿Se refiere a los padres de estos músicos de Loreto, el Prieto y el Charo García que fueron tan famosos?

TE: Sí, pero el que tocaba ahí era el Paquito, tocaba el clarinete y el violonchello. El que les enseñó a todos fue el viejito don Chema Muñoz de La Paz que se fue a vivir a Loreto.

E: Sí, recuerdo que los García fueron muy famosos en Santa Rosalía y los presumían mucho, hasta la fecha, siendo que en realidad eran de Loreto.

TE: Así es, pero en Loreto no los dejaban vivir. Hubo gente mala que los hizo salir de Loreto. Les hicieron la vida imposible hasta que los obligaron a irse de Loreto. Ya te imaginarás quienes fueron.

E: ¿Los mismos que hicieron salir a Alfonso y a Noé, su hermano?

94 Se trata de doña Victoria Meza y don Justo García, de Loreto, quienes abrieron ahí, en Loreto, la primera casa de huéspedes formal. Don Justo era músico y una de las primeras orquestas que hubo en Loreto, la formó él con sus hijos, los famosos músicos de Santa Rosalía, loretanos por cierto, el Prieto, Charo y Paco García. El maestro de todos ellos fue don Chema Muñoz, de La Paz.

TE: Los mismos.⁹⁵

E: O sea, los Garayzar, mis parientes y antepasados.

TE: Ajá. Luego se hicieron músicos famosos en Santa Rosalía el Charo, el Prieto y el Paco. Tenían muy buenos trabajos y además lo de la música. Ganaban muy bien, Victoria vivía muy bien en Santa Rosalía. Pero luego murió el Paco, después don Justo. Y Victoria quedó sola, se le había casado Graciela con un señor de Guadalajara y se fue a vivir allá. Desde allá le mandaba calzado a Isabel para que vendiera y así se ayudaban.

E: Oiga tía, en ese tiempo todavía no había camino de Loreto a Santa Rosalía, no había camino de carro quiero decir.

TE: No, no había, cuando yo me casé no había. Pero mira, cuando Carlos y yo nos venimos de Mulegé con Carlitos recién nacido, nos venimos con Chale Cunningham, el de María Luisa, nos venimos, por una brecha medio mal hecha, yo creo que fue cuando abrió la brecha Morfín del Orbe, quien por cierto era muy borracho, y lo seguían como veinte perros porque toda la vida andaba con un racimo de huesos.

E: ¿De dónde salió ese hombre?

TE: Era el que estaba haciendo el camino transpeninsular, él fue el primero que abrió brecha para que circularan los carros.

E: ¿Morfín del Orbe? ¿Y de dónde salió? ¿Lo mandó el Gobierno?

TE: Sí, creo que era ingeniero, y lo mandó el gobierno. Pero era muy borracho. No sé ni donde vivía.

E: ¿Pero si recuerda que traía una sarta de huesos?

TE: Sí, y lo seguían el montón de perros y ahí donde se quedaba a dormir les daba los huesos a los perros.

95 Se refiere a don Juan Garayzar Larrinaga, que en ese tiempo era el cacique de Loreto.

E: Y ustedes se vinieron por esa brecha hasta Loreto...

TE: No, hasta Loreto no, nada más hasta Canipolé donde se apartaba el camino para Comondú. Pero de todos modos como ya se agarraba el llano de San Juan y monte parejo los carros se venían desde Canipolé hasta Loreto sin brecha, nomás le sacaban la vuelta a las choyas porque ahí no había camino ni árboles grandes ni nada y nos trajo hasta San Bruno. Eran un Ford grandote...

E: ¿Un camión, quizás?

TE: No, era un carro cerrado. Veníamos mi mamá, Carlos y yo, el niño y Chale que venía manejando. Y digo bendito sea Dios, pasaba uno las buenas y las malas y tan felices que éramos careciendo de tantas cosas...

E: ¿Ya se habían casado mi papá y mi mamá, tía? Porque el camino pasaba por el rancho de La Ascención.

TE: No, todavía no se casaban la Mina y Víctor. Ellos se casaron cuando Mario ya tenía como seis meses. ¡Era tan bonita la Mina!,⁹⁶ me acuerdo que cuando estaba cosiendo en la máquina, porque cosía mucho, se ponía un cerillo sobre las pestañas y ahí lo detenía de tan largas y rizadas que las tenía. Prendía el cigarro y se ponía el cerillo apagado sobre las pestañas. Era muy bonita tu mamá.

E: ¿Fumaba mi mamá, tía?

TE: Mucho, tenía toda la máquina quemada...

E: Mira nada más, nunca supe que fumara.

TE: Mucho fumaba. Escondida de tu papá Alberto, por supuesto.

E: Me imagino que mi papá no le permitió fumar ya de casados.

96 Se refiere a Guillermina Elena Garayzar Verdugo, mi madre.

TE: No sé, yo nunca la vi fumar delante de Víctor. Me decía tu mamá, “mira vamos a cumplir 27 años (siempre se ponía dos de más)” lo hacía por chiste eso de ponerse dos años de más porque éramos de la misma edad, pero decía que yo era muy tiburcia, y yo le contestaba pues esos cumplirás tú, porque yo tengo 25.

E: ¿Y eran tía y sobrina, verdad?

TE: Sí, y para dondequiera andábamos juntas tu mamá, la Mema y yo. Me iba a comer con ellas porque odiaba el arroz con caldo de frijol que hacía mi mamá.

E: Yo recuerdo que por temporadas no comíamos otra cosa que no fuera arroz y frijol.

TE: Pues sí, no había más. Mi mamá para variarle un poquito, le echaba caldo de frijol al arroz y a mí no me gustaba. En casa de Chole por lo menos lo hacían separado. En esos tiempos no había carne ni se conseguía otra cosa que comer.

E: ¿Y el pescado tía?

TE: Pues sí, había mucho pescado pero nos aburría. El pescado es algo que por lo menos yo, no puedo comer todos los días.

E: Cuénteme algo más de las tradiciones ¿Qué tal lo de los paseos a caballo?

TE: Ay sí, era muy bonito. Me acuerdo siendo yo chamaca, de Zarina Álvarez que era novia de Alfonso Núñez, tan guapa la pareja. Zarina y Alfonso eran guapísimos. Ella era hija de Don Pancho Álvarez y de Lolita la de mi tía Martina. Y se paseaban a caballo tan a gusto con aquellos caballos de mecidita. Iban desde Bonó con sus bonitos caballos hasta Loreto.

E: ¿Tenían muy bonita casa en Bonó?

TE: Sí, estaba bonita y grande. Tenían una araña⁹⁷ y cuando mi papá se iba al corte de leña, Consuelo y la Chola⁹⁸ estaban chicas y venían a la escuela, entonces mi papá se las traía a Loreto y cuando pasaban por el salitral, para hacerlas enojar mi papá les decía ahorita voy a tirar ese “cochinero” de muñecas y les tiraba la caja donde venían las muñecas. Entonces ellas pegaban el grito, llorando. Luego él se devolvía y ya recogía las muñecas.

E: ¿Una araña es una especie de carruaje?

TE: Si, era un carruaje chiquito, tirado por un caballo con tres asientos para pasajeros y uno para el conductor.

E: ¿Así venían a la escuela?

TE: Sí, y cuando salían se las llevaban en la araña.

E: ¿Quiénes eran las principales familias en Loreto en ese entonces, tía?

TE: Pues las Davis, las Garayzar, eran las principales familias.

E: ¿Las Davis Drew o las Davis Monroy?

TE: Las Davis de mi tía Juana Drew. Eran familias muy acomodadas. Nosotras éramos muy pobres pero también éramos de la sociedad.

E: Efectivamente tía, eso me llama mucho la atención ¿En qué consistía ser de la sociedad o no ser?, porque yo me acuerdo que había una gran diferencia de clases, pero no estribaba en el dinero. ¿En qué consistía?

TE: La familia Romero por ejemplo, era muy rica, eran de la sociedad también. Tenían comercio. Me acuerdo que si llegaba algún pobre muchachito de la colonia a comprar panocha o algo para comer, no

97 Especie de carruaje tirado por caballos.

98 Se refiere a Consuelo y María Luisa Garayzar Larrinaga. Bonó era el rancho donde vivía la familia Garayzar.

le vendían porque apestaba mucho a pescado.⁹⁹ ¡Váyase a bañar y luego venga! ¡A lavarse las manos y la cara para que no apeste a pescado y luego venga! Les decía don Juan Antonio.

E: ¡Ay pobrecita criatura, que ingratitud!

TE: Odiaban el pescado y hasta la fecha sus descendientes no comen pescado, ni mariscos ni caguama, nada. Ninguno de los Romero comía pescado. Era como una tradición familiar.

E: ¡Qué extraño! Pues siendo de un puerto y sobre todo de un lugar donde se pasaban tantas privaciones, por la escasez de alimentos, como ya lo platicamos, que no tanto de dinero para adquirirlos, sino que no había.

TE: Pues sí, y es que a don Juan Antonio no le gustaba el pescado y prohibía a los hijos que lo comieran para que no olieran a pescado.

E: Y ya que hablamos de las familias antiguas e “importantes” de Loreto, ¿es cierto que en el Zacatal, el rancho de los Garayzar sembraban amapola?

TE: Pues, sí, si es cierto. Fíjate que entre los primeros chinos que llegaron a Loreto venía uno que se llamaba Luis Yee. Él tenía una tienda de abarrotes. Este chino le rentó el Zacatal a don Juan Garayzar Larrinaga, y se puso a sembrar amapola. Muchas muchachas de Loreto y de las principales familias, se iban a trabajar al Zacatal. Ahí las ponían a hacerle unas cortaditas a la cabeza de la adormidera (donde va la flor) y por ahí escurría la goma que juntaban para luego irla poniendo en latas.¹⁰⁰ ¡Que iban a saber las pobres de lo que se trataba aquello! Tan es así que todo mundo tenía sembradas en los jardines de sus casas amapolas de todos colores. Las niñas cuando iban a ofrecer flores llevaban sus ramitos de

99 Al decir la colonia, se refiere a un barrio de pescadores muy pobres conocido antiguamente como “La Zorra”, hoy Colonia Zaragoza.

100 Otros datos de la tradición oral indican que la goma se envasaba en latas de lámina de aluminio de 20 litros, con tapas redondas y bien soldadas. Así eran enviadas en barco a Guaymas conteniendo en apariencia, dulces regionales como el colache, melado o guayabate.

amapolas. ¡Que iba a saber la pobre gente lo que eran esas flores! Ay, cuando se supo de qué se trataba todo aquello, fue porque llegó el ejército y agarraron al pobre de Juanito (el chico) que estaba encargado del rancho y lo metieron a la cárcel.

E: ¿Y al chino?

TE: También, por supuesto que lo metieron a la cárcel.

Nota agregada el 25 de marzo de 2008

En reciente viaje a Ensenada, visité a mi tía Chata,¹⁰¹ de 96 años de edad y en plática con ella llegamos a este tema. Confirma todo lo dicho por Tía Elodia y agrega que el pueblo de Loreto, además de ignorante, era tan exageradamente pobre, que estaban contentos ya que por primera vez había algo de dinero circulante con los sueldos de las muchachas y de los hombres que trabajaban en el Zacatal. De tal manera que cuando llegó el ejército, quemaron los sembradíos y encarcelaron a Juanito, el pueblo entero protestó y logró que casi inmediatamente lo dejaran en libertad, pues las mismas autoridades se dieron cuenta de que ni él ni el resto de la gente estaban realmente conscientes de la clase de negocio en que estaban involucrados.

Nota: De la amapola (adormidera) se extrae la goma que una vez desecada se convierte en opio. Contiene también alcaloides como la morfina y la papaverina utilizadas en la medicina.

E: Y revolviendo un poco de todo, tía, ¿la reconstrucción de la iglesia sí le tocó presenciarla a usted?

TE: Pues sí, pero por partes, pues ya ves que a Carlos lo cambiaban mucho en su trabajo. Se reconstruyó, se hizo mucha fiesta cuando el padre Sánchez terminó el primer arco de la iglesia, el primer arco interior de la nave principal. Luego los “habaneros” ¿cómo les decían? A

101 Me refiero la Profa. Alta gracia Davis Pérpuli, en charla sostenida el 11 de marzo de 2008.

los que le hicieron al papá de Castorena un busto de madera de su hijo, el doctor.¹⁰²

E: Ah, sí. Los tallistas. Se apellidaban Ávila y eran de Guanajuato. Buenos escultores de madera.

TE: Ellos hicieron el altar. ¡Ebanistas eran, ya me acordé! El cementerio estaba lleno de tumbas y las fueron quitando. Estaba la tumba de don Agapito Veliz, un monumento de cemento grandote. Y para lado de donde hicieron la capillita que tiene el padre afuera, ahí estaban mi tía Dolores y mi tío José Garayzar.

E: Pues sí, verdaderamente es una tristeza que hayan demolido ese panteón tan antiguo. Pero el padre Sánchez, en su ignorancia, no tenía conciencia del daño al patrimonio histórico de Loreto que estaba consumando y yo creo que tampoco la gente, pues se lo permitieron. También quitó y seguramente tiró las ofrendas de los indios que adornaban los muros interiores de la iglesia, que ni los temblores de 1878 dañaron. Yo las recuerdo perfectamente y también que algunos muchachos las apedreaban para tirarlas, pero por fortuna estaban muy altas y bien amarradas. En general eran dos jaras cruzadas y en el centro un par de bules pequeños adornados con plumas y pedernales. Al padre Sánchez no le interesaba conservar esas manifestaciones de los indios y tal vez las reprochaba.

TE: Y los cuadros también los quitaron, tú. Ahí están guardados en la sacristía. Entonces ya no hay nada que admirar ahí. No sé por qué los tienen guardados. Cada cura tiene sus mañas. Vino gente especializada de México, un grupo grande fueron enviados para reconstruir esas pinturas.

E: Sí, los recuerdo perfectamente. Habría que investigar qué papel juega el INAH en todo esto. ¿Se acuerda usted tía de una casa que colindaba con la iglesia, creo que es donde ahora está el restaurante Canipolé y que

102 Se refiere al Lic. José Jesús Castorena Zavala y a su hijo el Dr. José Jesús Castorena Bringas, originarios de Guanajuato, Gto. Este último hizo su servicio social en Loreto.

antes fue la casa de don Ricardo Larrinaga? En esa casa había un cuartito pegado a los muros de la iglesia donde por muchos años se guardaron pinturas de la iglesia.

TE: Si me acuerdo de esa casa. Era la casa original de los Garayzar, de don Agustín Garayzar y doña Loretito Encinas. Esa casa se construyó en gran parte con las piedras de la iglesia que quedaron desparramadas por ahí cuando los temblores. Era pura piedra labrada. Pero no me acuerdo del cuartito ese que dices tú.

E: En alguna crónica histórica se le menciona y se dice que las pinturas estaban tiradas en el suelo. Guardadas, por supuesto, mas no protegidas. Alguien más me habló de ese cuartito donde se guardaban las pinturas pero no recuerdo quien fue.

TE: La gente no le daba importancia a esas cosas porque no sabían el valor que tenían.

E: Pues sí, era muy ignorante la gente entonces. ¿Tía y que pasó con la corona de la virgen? Aquella abombadita, con piedras preciosas y con una crucecita arriba, y con la del niño, que era igual.

TE: ¡Se la robaron! Fíjate que yo tengo una foto de la virgen con esa corona que era preciosísima, muy calada con muchas piedras. Porque una vez estaba yo en mi casa rezando la novena de la virgen y pasó el padre y me preguntó: “¿Qué está haciendo hija?” Estoy rezando la novena de la virgen, padre, le contesté. “Ah, qué bueno me dijo”, y al ratito regresó y me trajo a regalar esa foto que te digo y hasta la fecha la conservo. Ahí tienen la virgen y el niño las coronas que les robaron.

E: Luego los mismos curas se las llevan, como se sienten los dueños de las iglesias.

TE: Sí, mira antes estaba ahí todo lo de oro, el cáliz, la cosa ésa que usan para bendecir con agua bendita, todo se ha perdido. Cada cura que viene se lleva algo.

E: ¿De modo que mandaron a Mexicali a la virgen sin corona?

TE: Sí, de allá regresó con la coronita que traen ahora ella y el niño.

En esta parte de la charla se terminó el caset y se da por terminada la conversación con mi tía Elodia. Ella falleció el 5 de enero de 2013, justo un mes después de su hijo Mario.

Mariana Amador Verdugo

Estamos en La Paz, en la casa de Mariana Amador Verdugo, el 8 de julio de 2011. La sala muy amplia, por un lado tenemos un mueble tipo mexicano, del otro lado tenemos un mueble en escuadra una mesita de centro, del otro lado un sillón y un sofá donde estamos sentadas marianita y yo... Desde luego se puede apreciar que esta casa corresponde a una familia acomodada, es bonita y está bien arreglada, con muebles de calidad y llena de recuerdos: porcelanas, fotografías, cristalería.

Marianita y yo empezamos a platicar y me encantó la idea, porque además de ser una persona muy agradable está por cumplir los 92 años, plenos de sabiduría y lucidez. Ella nació en San José de Comondú el 8 de marzo de 1918. Me hizo gracia que lo primero que me dijo fue: “tengo que cuidar lo que digo, que no diga lo que no debo, no vaya a ser que Olga vea lo que salga en este libro...”¹⁰³

E: ¿Cómo se llamaba tu esposo?

M: Mi esposo se llamaba, Ricardo Aguilar Miranda.

E: ¿De dónde era él?

M: De Mulegé.

103 No le pregunté a Marianita quien era Olga, y ahora no he podido encontrar a nadie que me lo diga.

E: ¿De qué familia?

M: De los Aguilar Miranda de Mulegé.

E: Yo creía que los Aguilar eran de Santa Águeda, tengo amigos con ese apellido que eran del rancho de Santa Águeda.

M: No me acordaba de Santa Águeda.

E: ¿Qué edad tenías cuando se conocieron Ricardo y tú, Marianita?

M: Yo tenía 16 años y nos conocimos en un paseo a un rancho que se llama San Julio, cerca de Comondú. Ahí empezó a buscarme y a visitarme, estuvimos como un año de novios y a los 17 me casé.

E: ¿Qué edad tenía él?

M: Él tenía 31.

E: Casi te doblaba la edad. Yo me acuerdo de él, un señor maduro muy bien parecido. Tenía fama de ser muy guapo tu esposo.

M: Un poquito gordito, pero no mucho, ya tiene 22 años que murió.

E: Tú debes haber sido preciosa, ¿cuántos hijos tuviste?

M: No tuvimos hijos y nunca quise adoptar uno, me ofrecían tantos y no adopté porque tenía miedo de no quererlos. Yo quería un hijo, pero mío. Yo le decía a Diosito: ¿por qué no me das un hijo, pero mío?

E: ¿Tenías miedo de no quererlos?

M: Sí, tenía mucho miedo.

E: ¿Y tu esposo no quería hijos?

M: Fíjate que no, él vivía muy tranquilo. Vimos muchos médicos y todos le decían que no podíamos tener hijos, creo que el problema era él por eso nunca me exigió hijos.

E: Marianita ¿cómo era la vida en Comondú, cuando eras soltera?

M: Era muy feliz, no nos faltaba nada, teníamos todo, vivíamos con comodidad, íbamos a la escuela, y muy tranquila la vida de Comondú. Muy felices fuimos allá. Claro que yo como mis hermanas teníamos la ilusión de casarnos con uno que viniera de fuera, para salir de Comondú y conocer otras cosas, vivir otra vida, pero resultó que cuando nos casamos él decidió vivir en Comondú.

E: Marianita y yo nos reímos a gusto...

M: Puso tienda y luego ya nos pusimos a trabajar, formamos un rancho, compramos huertas, compramos casas y allá nos quedamos, hasta que él envejeció. Ya era demasiado grande, estuvo muy enfermo, entonces salimos a varias partes de la república y hasta fuimos a los Estados Unidos a ver médicos, fue cuando nos vinimos a vivir aquí a La Paz. Ya me habían hecho la casa, a pesar de que él no quería tener casa aquí y llegábamos a hoteles cuando veníamos; pero yo quería mi casa y un arquitecto amigo de nosotros me dijo: Yo te voy a hacer la casa y cuando Ricardo se dé cuenta ya va a estar lista. Nada más le pedía dinero que gírame tanto y que gírame tanto. Y él, muy tranquilo, giraba el dinero. Cuando acordó, nos entregó la casa: ¡lista para amueblarla!

E: Mira nada más. ¿Y qué arquitecto dices que era?

M: El arquitecto Rafael Cervantes, compadre de nosotros, le habíamos bautizado un niño, ya murió él.

E: Dime, ¿a qué se dedicaban tus padres, qué hacían, eran de posición acomodada verdad?

M: Pues sí, tenían ranchos, ganado, huertas, después cuando mi papá murió nos quedamos con las huertas y con el rancho. Y ahí seguimos. Ricardo y yo tuvimos mucho ganado. Él hacía embarques para diferentes partes, para Ensenada, o venían aviones para llevar la carne.

E: ¿En dónde la recogían?

M: En Comondú.

E: ¿Llegaban ahí directamente los aviones?

M: Bueno, no. Pero en el rancho San Julio había un aeropuerto.

E: ¿Eran avionetas o aviones grandes?

M: Pues yo nunca los vi pero creo que eran grandes porque eran 30 o 40 reses que mataban.

E: Deben haber sido aviones de Aerocarga, seguramente. Los mismos que iban a Loreto a recoger carne también. Así era tu marido, muy emprendedor, muy bueno para los negocios.

M: Sí, muy negociante. Aquí compró muchas propiedades, muchos terrenos. Le gustaba trabajar. Pero por mala suerte, murió a los 82 años. Hubiera seguido trabajando todavía pero se enfermó del corazón y murió de un infarto.

E: ¿Y las propiedades, los bienes, quién te las maneja?

M: Mira, él todo ponía a mi nombre, las casas y los carros que compraba los ponía a mi nombre, todo, todo, así es que no tuve problemas, pocas estaban a su nombre y son las que no puedo recoger, he gastado mucho en abogados y nada han podido hacer.

E: ¿De modo que no salían de Comondú y eran felices ahí?

M: Sí, pero viajábamos mucho.

E: Pero hasta que te casaste...

M: Pues sí, de soltera nunca salí de la casa. Hasta que me casé vine a conocer aquí (se refiere a La Paz). El general Domínguez nos invitaba a su casa, él fue nuestro padrino de bodas, era muy amigo de nosotros. Él nos invitaba cada que había una fiesta.

E: ¡El general Domínguez! Mira nada más, ya siendo gobernador él, por supuesto, muy bien muy bien.¹⁰⁴

M: Sí, ya siendo gobernador él. Éramos muy amigos, seguido íbamos a desayunar o a comer a su casa, nos invitaba mucho.

E: ¿Recuerdas haber conocido a Pablo Martínez, cuando estuvo en Comondú?

M: Pues no, no recuerdo bien...

E: Entonces era maestro.

M: Sí era maestro, lo veo mucho en revistas, en libros, conozco su vida más o menos, todo eso, pero a él no recuerdo haberlo conocido. A María del Pilar sí, porque era la novia de él.

E: ¿Sería cierto eso de que le cortó la cara a María del Pilar?

M: Dicen que la quiso matar...

E: ¿La quiso matar?

M: Allá en San Miguel, donde vivían. Es el otro pueblito, yo vivía en San José...

E: Me parece que María del Pilar vivía enfrente de mi tía Rosa y de mi tío Alfonso...

104 Juan Domínguez gobernó en Baja California Sur de 1932 a 1938.

M: No, no tenía casa propia ella, vivía al final de la calle.

E: ¿Vivía sola?

M: Sí, ahí vivía, sola, porque hermanas no tenía, sólo hermanos...

E: ¿Es verdad que era muy hermosa? Me han dicho que fue famosa por eso.

M: Sí, era muy hermosa.

E: Dicen que por eso le cortó la cara Pablo, para quitarle lo bonita.

M: Sí, si eso dicen, apenas me acuerdo era yo muy chiquita

E: Si has de ver estado muy chiquita, yo conocí a María del Pilar ya grande, siendo maestra todavía.

E: ¿Eras feliz en Comondú?

M: Sí, vivíamos muy felices en Comondú, viajamos mucho, yo tenía una hermana que vivía en México casada con un ingeniero que... ¡Ay mamacita se me va la memoria! Era jefe de Caminos y Puentes se llamaba Carlos Hernández, y tenía también una hermana en San Diego. Ricardo tenía una en Tijuana, así que nos la pasábamos viajando de México a Tijuana y a San Diego. Josefina se llamaba mi hermana...

E: ¿Tú hermana de San Diego estaba casada con un americano?

M: Pues no, era mexicano pero era nacido en San Diego, ella se llamaba Ángela...

E: ¿Eran muy bonitas las hermanitas?

M: Nosotras éramos las feas...

E: Nosotras, ¿quiénes?, no inventes, he visto tus fotos y eras y eres preciosa.

M: Mi hermana Josefina y mi hermana María Nieves eran las bonitas, por cierto mi hermana María Nieves estaba casada, y vivía aquí en La Paz.

E: ¿Con quién estaba casada?

M: Con Alberto Yee, de La Purísima.

E: ¡Mira nada más!

M: Se vinieron a vivir aquí, porque él era recaudador, trabajaba para el gobierno del estado.

E: ¿Así que tú eras de las feas, Marianita?

M: Te digo que mi hermana Ángela y yo éramos las feas y Nieves y Josefina eran las bonitas...

E: Jajaja, no me puedo imaginar siquiera como serían tus hermanas si tú, que eres tan bonita, eras la fea.

M: Te voy a enseñar las fotos de mis hermanas —se levantó para buscarlas y volvió—... Fíjate que no encuentro las fotos.

E: No te preocupes al cabo no van a salir en la grabación.

M: Aquí estamos mi esposo y yo...

E: ¡Pero si eras preciosa! y Ricardo guapísimo también. Mi mamá nos platicaba que tu marido era reconocido como un hombre muy atractivo e inteligente.

M: Mi papá también era muy guapo.

E: ¿Cómo se llamaba tu papá?

M: Gilberto Amador.

E: Marianita me muestra una foto de su papá, guapísimo también, ¿esta señora es tu mamá?

M: Fíjate que no encuentro las fotos –dice Marianita desde el lugar donde las busca.

E: No te preocupes, ya vente... mejor cuéntame quiénes son estas señoras, ¿tu mamá?

M: Ésta es mi mamá y ésta es Ángela, me las puso Lupe en el altar de muertos.

E: Muy bonitas, como tú. ¿Esa pieza que se ve allá es tu recámara?

M: Sí, es mi recámara y la otra es la de Ricardo Alberto, hijo de Lupita, Lupita era hija de Nieves, pero yo la crié desde que nació porque ella trabajaba mucho, tenía una tienda de mayoreo y menudeo, trabajaba mucho y me la pasó a mí, después de que se casó tuvo un hijo Ricardo Alberto Ybarra,¹⁰⁵ es un médico muy famoso que hay ahora aquí. Él tenía su consultorio en México pero se casó con una muchacha de aquí y sus suegros insistieron en que se vinieran a vivir a La Paz.

E: ¿Te refieres al doctor Ibarra Yee que trabaja en el Seguro?, es mi doctor.

M: ¡No me digas! Es mi nieto porque yo lo crié, él me dice que yo soy su segunda madre porque lo crié desde chiquito, su mamá y yo fuimos a Guadalajara a llevarlo a la Universidad y no quería que se quedara porque decía que estaba muy chico, y la carrera de medicina es muy costosa, muy cara, y muy larga. Él insistía, yo me enojé y le dije a su mamá: por favor inscríbelo y si no puede, entonces que se vaya... Ahora dice que es feliz con la carrera que escogió que no había podido escoger otra mejor, que le encanta.

105 Se refiere al Dr. Ybarra Yee, Oncólogo y Ginecólogo, muy reconocido en La Paz.

E: ¿Su mamá es Lupita Yee que nació en Loreto?

M: Sí, ella nació en Loreto.

E: ¡Mira nada más! ¿De quién es hija Lupita?

M: De mi hermana Nieves...

E: Cambiando de tema Marianita, dime una cosa. Las compras como ropa, calzado ¿dónde las hacían cuando eras soltera?

M: Cuando vivíamos en Comondú la encargábamos a Estados Unidos y nos la enviaban por correo reembolso.

E: ¡Ah sí! ¿De casualidad no las encargaban a la National o la Montgomery?

M: Sí, era a la Montgomery, y la gente de fuera se admiraba de que viviéramos en un ranchito y vistiéramos tan elegantes.

E: Igual lo hacíamos en Loreto. ¡Fíjate nomás qué maravilla!

E: Yo sé que Comondú fue un pueblo muy próspero, cuando tu marido trabajaba ahí ¿qué hacían?

M: Creo que ya te dije, teníamos una tienda y vendíamos de todo: fruta, zapatos, abarrotes..., hasta gasolina vendíamos; 40 años trabajé en la tienda.

E: ¿Cuál era el sistema que tenían para vender, el trueque, crédito o contado?

M: Algunas veces vendíamos a crédito y al contado. La ropa la mandábamos pedir a México con gente que iba a la ciudad, nos traían calzado, pantalones, camisas, todo, todo, de todo vendíamos. Mi esposo se quería venir a vivir a La Paz porque tenía negocios que atender aquí, pero mi mamá vivía en Comondú y mi papá ya había muerto. Y siempre le dije a

Ricardo que mientras mi mamá viviera yo no me iba a ir de Comondú. Ella no vivía conmigo, pero al despertar, lo primero que hacía era ir a verla... Mi mamá murió de un infarto, aparentemente no estaba enferma. Acabábamos de regresar de México porque Ricardo se había puesto muy malo y yo me había ido con él. Entonces, Al morir mi mamá le dije: ahora sí, vámonos. Vendimos todo a otras personas que tenían tienda. Fue cuando nos venimos a vivir aquí a La Paz y para entonces ya tenía yo la casa.

E: Por ejemplo las ventas a los rancheros, ¿cómo las hacían? ¿Vendían la mercancía por cartera o crédito? ¿Ellos les pagaban con queso y otros productos del rancho?

M: Sí pagaban con queso, dátil, pasa, higo y ganado... Ricardo embarcaba mucho ganado a México. ¡Ahora ya no hay nada!

E: Entonces, ¿la paga de la mercancía era al contado y a crédito?

M: Sí, todo era al contado y a crédito.

E: ¿Cuándo empieza a decaer Comondú?

M: Por la falta de la lluvia. En los ranchos ya no había ganado, ni chivas, pero no había para comprarles pastura y se morían... Así se fueron acabando las huertas y ahora todo está abandonado.

E: ¿Se fue yendo la gente?

M: Sí, eso fue.

E: ¿Influyó tal vez que la carretera transpeninsular no pasara por Comondú?

M: Sí, sí. También influyó mucho. Muuuy solo está ya, muchos se fueron para Loreto, todo está ya muy solo. Muuucha gente de Comondú se vino aquí a La Paz, todos se fueron y dejaron las huertas solas y abandonadas.

Ahorita están haciendo la carretera por Insurgentes, a ver si se compone o se pone peor...

E: Tú crees que la decadencia de Comondú empezó por la falta de lluvia, y todo eso...yo creo que la falta de lluvia ha sido de toda la vida, había temporadas que llovía mucho y temporadas que no llovía. Yo me acuerdo que mis papás decían que cuando yo nací empezó una sequía que duró 7 años y se acabaron muchos ranchos porque se les murió el ganado y la gente se iba a trabajar fuera: al norte, a Santa Rosalía, a Isla del Carmen...o yo que sé. Se salían de los pueblos.

M: Nosotros en ese tiempo nos habíamos ido a vivir a Mazatlán porque el director de caminos y puentes, que era mi cuñado, le dio trabajo a Ricardo para que se encargara de los trabajadores y nos fuimos, en el tiempo de la sequía... Entonces un día nos hablaron los rancheros que dejamos "decían que se estaba muriendo todo el ganado"; Ricardo me dijo: ¡No!, primero es el trabajo de toda mi vida, mi rancho. Entonces renunció y nos regresamos a ver como salvábamos el rancho. Empezamos a comprarle pastura al ganado y todo eso.

E: ¿Regresaron Marianita?

M: Sí, regresamos a recoger el rancho, porque ya sabes que no estando uno todo se acaba, faltó él y me quedé para vender las casas y las huertas, el ganado, las chivas y todo ya se vendió. Lo poco que quedaba.

E: ¿En qué año sería eso, Marianita?

M: Sería como en 1935,¹⁰⁶ porque yo tenía de casada como 5 o 6 años...o quizás como en 1941 más o menos

E: ¡Ya en el tiempo de la guerra! Qué recuerdos tienes de la segunda guerra mundial, desde Comondú, ¿cómo se enteraban de esas cosas?

106 Mi año de nacimiento.

M: Ya teníamos radios, las televisiones no las conocíamos pero ya teníamos radios, y así nos dábamos cuenta de todo y periódicos de México mandaban muchos, ahora ya no veo periódicos de México.

E: Sí llegan todos, los puedes buscar en la Ramírez...

M: Yo compro el Peninsular y me harta porque solo veo cosas malas como robos y asesinatos. Ya casi no leo porque tienen la letra muy chiquita, ya no veo, Lupita me los trae pero no veo ni con los lentes.

E: Jajaja no te pierdes de gran cosa jajaja yo he optado por no leerlos, les digo que es como si compraras un kilo de papel lees dos cositas y lo tiras... ah qué caray...

M: Jajaja. Pues yo vivo sola aquí, mi hermano hace dos años que murió éramos los que quedábamos, Juan José de 94 años, la mamá de Lupita que murió de 37 años, y mi hermana Nieves.

E: ¿Te refieres a Juan José Amador, que fuera el esposo de Elena, tía de Ricardo García Soto?

M: Sí, él era mi hermano, mi hermano mayor.

E: Fue muy amigo de mi papá, mi papá lo estimaba mucho...

M: Pues ya nada más me queda de sobrina Lupita, hija de Juan José, y ya pues estoy solita, Lupita se va a trabajar, su hija se va a la escuela y ya... Me quedo soliiiita. Me encierro, pongo candado y me quedo aquí. Me pongo a leer, a coser o a alzar la casa ya que todo está tirado, todo abandonado...

E: Pues yo veo todo muy limpiecito.

M: Vienen señoras a pedirme trabajo cuando me ven barriendo afuera y les digo: "y entonces yo que voy a hacer...me voy a sentar a engordar nada mas, no, yo no quiero eso".

E: ¿Oye dime una cosa...aquellos radios que decías que tenían eran de baterías?

M: Sí, eran de baterías. El primer radio que hubo en Comondú lo llevó mi esposo y la primera televisión también.

E: ¡Mira nada más, no tiene remedio que Ricardo era un hombre emprendedor! ¿En qué año sería lo de la televisión?

M: No me acuerdo bien, yo creo que fue por los años cincuenta.

E: ¿El radio lo usaban con batería de carro?

M: Sí, batallábamos mucho con el radio para andarlo cargando en el rancho...

E: Jajaja, me lo imagino, eran demasiado grandes las baterías, además producían mucha estática.

M: No había corriente (luz eléctrica). Hubo un tiempo y la quitaron, no teníamos luz y usábamos puras lamparitas de petróleo.

E: Qué maravilla las lamparitas de petróleo. Tiempos de mucho calor, zancudos... ¡qué cosas!

E: ¿De modo que la primera TV la tuvieron ustedes?

M: Sí, cuando éramos chiquitos no había y no la necesitábamos porque éramos felices, teníamos ropa, juguetes, comida, íbamos a la escuela y teníamos otras formas de jugar ¡que nos preocupaba! Ahora sí, todo es diferente.

E: Yo creo que los niños son infelices cuando les creas necesidades que no tienen y que después extrañan.

M: Mi familia eran mi papá y mi mamá, 6 hermanos, 4 hermanas y pues éramos felices ahí, todos juntos. No conocíamos más, no salíamos a ningún otro lugar nunca.

E: ¿Ni Loreto conocías?

M: No, conocí Loreto cuando mi hermana vivió allí, su esposo era recaudador de rentas.

E: ¿Quién era su esposo?

M: Alberto Yee, el esposo de mi hermana Nieves, entonces iba mucho a Loreto. En ese tiempo mi esposo era muy amigo de don Juan Garayzar, esposo de doña Güerita, ahí llegábamos con ellos, muy buenas personas...

E: Te refieres a los papás de Juanito el esposo de mi tía Blanca, ¿eras amiga de ella?

M: Sí, pues yo la conocía mucho porque ahí llegábamos, ahí dormíamos... tenían una casona.

E: ¿En la casa de huéspedes de mi tía Blanca?

M: No, en la casa de don Juan y doña Güerita. Blanca no tenía casa de huéspedes, ella trabajaba.

E: Creo que sí. Ahora que lo dices, mi tía Blanca trabajó desde muy joven, con don Fidencio Pérpuly.

E: En ese tiempo, ¿cuáles eran las familias de más alcurnia por decirlo así, en Comondú?

M: Pues eran Eulogio Verdugo y Alfonso Verdugo, eran los ricos de San Miguel de Comondú, los Verdugo de San Miguel. Porque mi mamá

también era Verdugo pero era de San José de Comondú y ellos, los ricos se decían de San miguel, y los pobres eran los de San José... según ellos.

E: Jajaja hacían la diferencia.

M: Jajaja sí pues, así eran, así eran...

M: Pero luego les fue mal cuando pusimos la tienda nosotros y pusimos muchos negocios y ya creció San José... ahora ya está muy acabadito. Hay muy poca gente.

E: ¡Así es!

M: Nunca dejé de ir para allá. Yo iba mucho con Oscar mi sobrino, Oscar Amador, digo, esposo de mi sobrina... qué esperanzas que fuera al rancho o a Comondú que no me hablara: "alístate, mañana nos vamos a Comondú, llévate a la niña para que juegue con mi nieta, la hija de Lupita". Y ya me las llevaba yo, estaban chiquitas las dos. Desde que él murió me puse tan triste. Dije: ya no voy a volver a Comondú, seguramente. No, me dijo Norma, tú vas a seguir yendo conmigo, y así fue, seguí yendo con ella, pero ahora ella está mala, no puede viajar porque se acaba de operar de una pierna y no ha podido ir y le digo: yo quiero que vayas porque quiero irme a despedir de Comondú, porque ya va a ser la última vez que voy y quiero ir a despedirme del rancho, tengo el terreno que lo quiero vender.

E: ¿Te refieres al de San Julio?

M: Es un rancho muy bueno, tiene manantial tiene una poza donde andábamos en panga, nunca se acaba el agua, es una tierra muy llovedora y queda muy cerca de Loreto, queda como a medio camino entre Loreto y Mulegé. Se llama San Juan el rancho, no se llama Comondú Viejo, era de mi papá nos lo heredó a mi hermano y a mí. Yo les digo a mis sobrinos vamos vendiendo, hijos, ustedes ya no van, a ustedes ya no les interesa. Imagínate, unos son abogados otros ingenieros.

E: ¿Y todos viven aquí?

M: Norma es la única que queda en el rancho con ganado, tiene muy buen ganado pero no tiene buenos rancheros. Son los que disfrutan lo que ella tiene, ellos venden, hacen y deshacen, me imagino... Ella tiene una casa muy bonita en el rancho, y yo le digo: no te vaya a pasar lo que me pasó a mí, que después quedé sin nada... ¿por qué no vendes el ganado antes que te dejen sin nada, antes de que te acaben todo?

E: Ay ayayay, bueno ya vamos a tener que apagar esta cosita, se acabó el casete, esperemos en Dios que salga bien todo.

Marianita Amador Verdugo murió en La Paz, el 11 de enero de 2014, a los 96 años de edad.

Platicando con Yoya Romero

Este epígrafe lo tomé de una conversación con mi tia Elodia Verdugo Pérez de Cortés, que lo recuerda como una muy especial vivencia, siendo vecina de Yoya:

[...] una madrugada me despertaron los acordes de una serenata. Me asomé al balcón del segundo piso. Era en la casa de enfrente. La escena se iluminaba por una esplendorosa luna llena de octubre. Las hojas del “macapul” se desprendían con la suave brisa otoñal y caían plateadas, como una llovizna, sobre los músicos de la orquesta del Talo Rubio, que interpretaban un hermoso vals, mientras, Félix Sánchez declamaba en la ventana de la Yoya Romero un romántico poema...

Espera –me decía suplicante–.
Todavía el desengaño está distante...
No me dejes recuerdos ni congojas;
Aún podemos amar con mucho fuego:
No te apartes de mí, yo te lo ruego;
Espera la caída de las hojas...¹⁰⁷

Las historias de amor que cuentan las mamás y las tías; historias de mujeres capaces de despertar grandes pasiones; de vivir románticos

107 Datos aportados por Elodia de Cortés, para el artículo “Gloria a los Músicos de Loreto”, de Estela Davis. Publicado en las V, VI y VII *Memorias de las Jornadas de Literatura Regional*, Rubén Sandoval, UABCS, 2001, p. 243.

amores, muchas veces desdichados, siempre me han conmovido. Así, por el camino de la emotividad, llegué hasta la Yoya Romero, la muchacha de 18 años de la historia, aquella que tras la ventana escuchara emocionada la hermosa poesía de Fernando Celada, en la voz de su infortunado amor.

Así llegó el día que apareció ante mí, con su esbelta figura de 82 años. Su piel lechosa y sus cabellos blancos contrastando con su vestido verde. Un día antes habíamos concertado la entrevista y sus fines, sin objeción alguna de su parte.

E: Yoya, cuéntame dónde naciste, ¿cuándo?

Y: Nací el 17 de junio de 1919, en Loreto. Mi papá era Salvador Romero y mi mamá María Luisa Bango.

E: Bango, ¿de dónde era tu mamá?

Y: De Guadalajara. Mi abuelo llegó a trabajar a Loreto de guarda faros. Ahí se conocieron ella y mi papá y se casaron. Fuimos tres hermanos Juanito, Consuelo y yo.

E: A Juanito lo conozco muy bien, ¿qué fue de Consuelo?

Y: Murió, siendo muy niña. Mira, nos enfermamos las dos. Ella tenía 9 años y yo once. Nos dio paratifoidea, imagínate nada más. El único médico que había en Loreto era don Juan Felipe Lagos, homeópata. Entonces nos llevaron a Santa Rosalía para que nos atendiera el doctor Velarde. Recuerdo que nos envolvieron en unas cobijas para subirnos a la canoa y así nos embarcaron en el Kórrigan. El barco hacía doce horas de viaje. Salía en la noche y amanecía en Santa Rosalía. Cuando llegamos, no sé por qué, pero nos tenían separadas, a mí en una casa y a mi hermana en otra que estaba enfrente. Ahí nos cuidaban. Yo estuve muy grave, no me acuerdo si me daban medicinas o me inyectaban, sólo que me metían en una tina de agua fría para bajarme la calentura. Ya cuando supe de mí, le pregunté a mi mamá por Consuelo, ella me dijo “ya se fue” y yo me quedé muy tranquila pensando que ya se había ido a Loreto. Fue

hasta que regresamos que me di cuenta que había muerto, porque a ella le dio peritonitis.

E: ¿Recuerdas si hubo más casos en Loreto?

Y: No, te digo que nos fuimos por muchos días, no sé cuantos.

E: Cuéntame del doctor Velarde, sé que fue un tipo muy interesante, ¿lo conociste bien?

Y: Sí, cómo no. Era muy linda persona, peloncito, bien parecido...

E: Eso mismo decía mi mamá. Leí que era de Chihuahua y que en 1937 se lanzó como candidato a diputado independiente por el único Distrito Electoral que había en el Territorio Sur, y que ganó las elecciones, porque era muy querido, muy popular.

Y: Así es, cuando ganó se fue para México y ya no regresó a Santa Rosalía, por lo menos no a vivir ahí.

E: Dime, Yoya, ¿ustedes eran muchachas de la sociedad en Loreto, verdad? ¿Es cierto que la gente era muy pretenciosa en ese tiempo?

Y: Ja ja ja, ¡de la sociedad...! Pues, sí, era muy pretenciosa la gente. Las diferencias sociales eran muy marcadas. Fíjate que a mí, en los bailes de la plazuela, ¡nunca, jamás!, me invitó a bailar un muchacho que no fuera de mí... de mí...

E: ¿De tu clase social quieres decir?, dilo, ¿por qué no?

Y: Pues, sí, de mi clase social. Fíjate que aunque no tuviera uno dinero... porque no era cuestión de tener dinero... era que... bueno, siempre había diferencias... pero ahora ya no...

E: ¿Qué tipo de diferencias? ¿La clase?, ¿el color?

Y: La clase, tal vez... Por ejemplo, déjame decirte. Dicen que mi abuelo, don Juan Antonio Romero, tuvo muchísimo dinero, pero a mí ya no me tocó nada de eso. Mi mamá trabajó mucho para sacarnos adelante.

E: ¿De qué manera?

Y: Pues, haciendo tamales, tortillas, cosiendo, ¡todo lo que ella podía hacer! Y yo, déjame decirte, que desde muy jovencita aprendí a coser, sola.

E: Para hacerte tu ropa...

Y: ¡Cosía ajeno!, y también para mí, por supuesto. En ese tiempo te enseñaban a coser en la escuela, ahora ya no se usa para nada que te enseñen esas cosas.

E: Yoya, me da la impresión que todas las mujeres eran luchonas, así como tu mamá, y que ayudaban mucho al sostén de la familia, ¿qué me dices de eso?, ¿trabajaban más que el hombre?, ¿aportaban igual o menos al hogar?

Y: Menos que el hombre, por supuesto. Era dinero para la familia, como un complemento, porque acuérdate que además tenían todo el trabajo de la casa y los hijos... Los hombres, todos trabajaban si no era en oficina, era en el rancho si lo tenían, en las huertas o en la pesca... Pero, efectivamente, la mayoría de las mujeres aportaban dinero al hogar sin importar la clase social. Por ejemplo: doña Eva Haro, esposa de Ricardo Larrinaga, era muy luchona, siempre estaba haciendo dulces para vender. Lo mismo Consuelo Garayzar, hacía dulces, pasteles, mi tía Lola Garayzar cosía muy bien, y muchas más, no faltaba qué hicieran para ganar algo... Mi mamá sabía hacer malla y deshilado y nos enseñaba a varias muchachas. Nos sentábamos con ella en la banqueta: Angelina, Adita, la Güicha, Rosina y Chabela.¹⁰⁸ Adita y Rosina eran menores que nosotras.

108 Se refiere a Angelina Cunningham, Ada Salorio, María Luisa Larrinaga, Rosina Garayzar e Isabel Lagos.

E: ¿Y los amores, Yoya? Sé que eres la protagonista de una famosa historia de amor, ¿quieres contármela?

Y: HUUUY, sí. Sánchez y yo estábamos muy enamorados. –Lo dice con el brillo de sus ojos café, que la edad ha respetado–. Anduvimos como dos años. Un día nos enojamos por una simpleza, ni siquiera me acuerdo por qué. Entonces mi papá y mi mamá aprovecharon para mandarme a La Paz, a veces creo que lo hicieron para alejarme de él... ¡Qué injusticias tan grandes cometen los padres con los hijos! Ellos tuvieron la culpa de que todo se acabara. Ya como al año de estar en La Paz, me llevaron a Loreto a dar una vuelta, la Licha¹⁰⁹ iba conmigo. Pero algo había pasado, como si se hubiera enfriado el noviazgo, no sé.

E: ¿No te buscó él?, ¿no propiciaste un encuentro?

Y: ¡Sí, cómo no! A pesar de que mi mamá decía que yo era demasiado orgullosa... Una noche estábamos la Licha y yo en la plazuela y llegó Sánchez, muy bien, muy contento. Entonces me pidió una caja de fósforos y no se me ocurrió pedirle a la Licha que fuera a traérsela para quedarme a solas con él y fui yo. Cuando regresé ya había cambiado. No sé si en ese ínter la Licha le contó que yo andaba con Pedro Salas en La Paz, que me iba a casar con él o quien sabe cuántas cosas, pero él ya había cambiado.

E: ¿Y era cierto que andabas de novia?

Y: Pues, sí, si era cierto. De esas veces que anda uno... ¡Ya después de mucho rogarme Pedro!, ¿eh?, pero nunca tuve intenciones de casarme con él. No lo quería. Me acuerdo que cuando me quería besar lo empujaba. Yo tuve muchos... muchísimos... Anduve como las mariposas...

E: ¿Muchos pretendientes, quieres decir?

109 Se refiere a Licha Taylor de La Paz.

Y: Pero, ninguno me... Pedro me decía, “me vas a llegar a querer”...
¡No, no, no!

E: ¡Seguías enamorada de Félix, Yoya!

Y: Sí, yo estaba muy enamorada de él... ¡Todo lo que hacen los padres!
Qué barbaridad...

E: Destruirle la vida a los hijos, a veces... ¿Era un buen hombre Félix?

Y: ¡Muy bueno! Pero, luego se volvió, no sé si supiste... muy borracho...
no sé qué le pasó.

E: ¿Sería decepción por no haber podido realizar su amor contigo?

Y: Yo creo. Me contó la Chata¹¹⁰ que el día de la boda había llorado
mucho...

E: Quiere decir que fue un romance que terminó por las intervenciones
familiares y las intrigas. ¿En qué trabajaba Sánchez en Loreto?

Y: Era el Administrador de Telégrafos y Correos. En ese tiempo se mane-
jaban juntas las dos oficinas. Ya me había regresado a La Paz, cuando
me escribió mi mamá para decirme que Sánchez se había casado con una
prima mía –y al decir esto, los ojos de Yoya se llenan de lágrimas.

E: ¡Ay, Yoya! ¿Qué sentiste?

Y: ¿Que qué sentí? Lloré toda la noche... Nos queríamos mucho... dema-
siado...

E: ¿Qué pasó después?

Y: Pues pasó el tiempo. Regresé a Loreto, casi de paso para Santa Rosalía,
pues mi papá se enfermó y se habían ido a vivir allá. Juanito, mi hermano,

110 Se refiere a Altagracia Davis Pérpuly.

ya se había ido y trabajaba en la Aduana con Enrique Garayzar. Eso fue en 1945, cuando yo tenía unos 26 años.

E: ¿Y luego?

Y: Pues, pasaron varios años y me volví a enamorar de un licenciado que conocí en Santa Rosalía. Era un hombre, ¡prieto, prieto! No era guapo, pero si muy simpático. Pues ya ves que Sánchez tampoco era guapo.

E: O sea que te gustaban los feos, como a mí.

Y: Ja ja ja... Yo tenía más de 30 años y me había vuelto a enamorar... Fue cuando tuve a mi hijo.

E: ¡¡Tuviste un hijo de Félix!!

Y: ¡No!, ¡ojalá y hubiera tenido un hijo con él!, ¡ojalá y me hubiera entregado a él! Otra cosa hubiera sido mi vida. El padre de mi hijo era este licenciado que te digo...

E: ¿Te casaste o fuiste mamá sola?

Y: No, no me casé. Él se había ido a Salina Cruz y ya había nacido el niño, cuando en una de tantas se apareció un primo de él, que venía a casarse conmigo por poder y no quise... Tú sabes... Ni siquiera había mandado una carta para avisarme, nada.

E: Seguramente él no podía venir... ¡matrimonio por poder...! ¿Por qué no te casaste?, dime, ¿por qué no, si estabas enamorada?

Y: Porque no me escribió pidiéndomelo, diciéndome que no podía venir o lo que tú quieras y que ahí mandaba a un primo en su representación... ¿no?

E: Ahí te salió el orgullo a que se refería tu mamá. ¡Claro y también la dignidad! ¿Por qué no? Las cosas no se hacen así. Los hombres, más aun los de tu tiempo, no entienden que las mujeres no somos cosas sino per-

sonas, con los mismos derechos que ellos. Pues, qué bien que no aceptaste casarte de ese modo. ¿Y luego, qué hiciste?

Y: Bueno, yo trabajaba en el jardín de niños que estaba ahí, enfrente del parque Morelos, por donde vivía Rigoberto Garayzar. Por cierto ese trabajo me lo dio el general Mújica. Él y su esposa eran magníficas personas. Ella se llamaba Carolina y todas las muchachas nos llevábamos muy bien con ella. Trabajé diecisiete años en ese jardín. Ahí también trabajó Carmen Santiesteban, la Pina González, la Kena Ojeda, la Mina Beltrán, precisamente cuando entró la Mina me casé yo, cuando mi hijo tenía siete años.

E: ¿Con quién te casaste?

Y: Con el señor Pola. Nos habíamos conocido, simpatizamos y nos casamos, aunque él era mucho mayor que yo; me llevaba como dieciocho años. Era muy buen hombre, le dio su apellido a mi hijo. Vivimos en Santa Rosalía unos dos años y luego nos fuimos a Coatzacoalcos. Dieciocho años estuvimos viviendo allá.

E: ¿Tuvieron hijos?

Y: No, yo no quise porque ya tenía cuarenta años cuando me casé y él ya estaba grande, además tenía ocho hijos de su primer matrimonio.

E: ¡Madre mía! No me digas que los adoptaste a todos como mamá...

—Ja ja ja, —se ríe sabroso Yoya, y al hacerlo admiro su impecable dentadura.

Y: No, sus hijos ya estaban grandes y hasta casados, cuando me casé con él.

Muestra fotografías de su marido, de ella, de los hijos y de los nietos. Me sorprenden sus canas, desde muy joven.

E: ¿Por qué las canas tan joven, Yoya...?

Y: Empecé a encanecer a los 22 años...

E: ¿Los sufrimientos? ¿Qué edad tenías cuando te hiciste novia de Sánchez?

Y: Diecisiete o dieciocho años.

E: ¿Fue tu primer novio?

Y: No, mi primer novio fue Chamaco Davis.

E: ¡Chamaco Davis! Pero si era tremendo de travieso.

Y: Sí, era muy juguetón. Te voy a contar una anécdota de cuando éramos novios. Creo que había por ahí un conflicto familiar que tenía dividida a la sociedad, así que hubo dos bailes de año nuevo, uno en la casa de doña Agustina Garayzar, aquí pegadito a mi casa,¹¹¹ donde iban a ir todos los viejos y otro donde irían los jóvenes que iba a ser en la casa de Amalia Meza. Naturalmente, mis papás iban a ir al de doña Agustina, y yo me puse a llorar mucho, y le dije a mi mamá “¡yo no quiero ir a bailar con puros viejos!” Entonces Blanca Verdugo, la esposa de Juanito Garayzar, intercedió por mí y gracias a ella me llevaron al otro, a donde iba a ir Chamaco.

E: Cuéntame más cosas de esos tiempos... Los paseos, adónde iban, en fin...

Y: Pues, nuestros paseos favoritos eran a la playa de Nopoló, o la Primer Agua. Nos gustaba mucho también ir a sacar almejas chocolatas. En ese tiempo las sacábamos en la orillita. Las tocábamos con los dedos de los pies y las sacábamos con las manos. Llenábamos baldes de almejas.

E: ¿Y las almejitas de piedra?

¹¹¹ Las casas de las familias Romero y Garayzar, contiguas. Se localizaban a un costado del actual Palacio Municipal, donde ahora se localiza la Escuela Primaria Civilizadores de Baja California.

Y: ¡Cómo no! Cuando había bajamar... También íbamos al rancho del Zacatal. Don Juan Garayzar, el viejo, siempre festejaba ahí o en La Primer Agua, cada día de San Juan. A esos paseos nos íbamos en un camioncito. Eran muy bonitos ranchos, había mucha uva, mucha fruta y árboles. Cuando estuve en La Paz íbamos a las tardeadas del Hotel Perla. Empezaban a las cinco de la tarde y terminaban a las ocho de la noche. Yo me iba con Socorro, Alicia y la Mena Taylor; con Bertha Lara, la Chuco.

E: ¿Dónde vivías en La Paz?

Y: Con las Taylor.

E: ¿Quiénes eran tus amigas en Loreto?

Y: Las Pagés, Rosita y Graciela, la Tito y la Chofi Pérpuli, la Güicha Larrinaga, Chalina Higuera y Emma Garayzar que vivía a un lado de nosotros, pero luego se fue a vivir a Mexicali.

E: ¿Tu nombre, Yoya?

Y: María Esther...

E: Nada que ver con Yoya, ¿verdad?

Y: No, es chistoso. De bebé me decían rorra, pero mi hermano Juanito no lo podía pronunciar, me decía Yoya y se me quedó.

E: Dime, la ropa, ¿se la compraban hecha o se la cosían?

Y: No, en ese tiempo no se vendía ropa hecha, creo. Mi mamá encargaba las telas a México o las comprábamos en la tienda de don Fidencio Pérpuly.

E: Ya para terminar, cuéntame más de tu matrimonio, ¿cuántos años te vivió tu marido?

Y: Pues, mira, vivíamos como te dije en Coatzacoalcos, entonces él se enfermó y nos fuimos a Chiapa de Corzo, porque él era de allá. Un lugar muy hermoso por cierto. A los dos años de estar ahí murió. Eso fue en 1989. Después, me vine a La Paz, con mi hijo y mi nuera. Desde entonces vivo aquí.

E: Eres una loretana que vivió muy pocos años en Loreto...

Y: Pues, sí. Hasta los dieciocho, creo...

Me despedí de esta mujer extraordinaria, que dice que su hobby ha sido leer, cuidar de su familia y coser. Me llevo sus recuerdos en un casete.

Actualmente (abril de 2016) Yoya tiene 96 años, está perfectamente lúcida, nunca la han operado de nada y sólo usa un bastón para caminar. Vive en La Paz.

Lucía Melgar Sánchez

Lucía Melgar Sánchez, mujer cálida, extrovertida, de fácil sonrisa. Maestra por vocación. Fundadora de la primera escuela primaria ambulante de Punta Abreojos, del albergue rural de San Joaquín, cofundadora con la profesora Antonia Ibarra de la escuela “Narciso Mendoza, el niño Artillero”, y socia fundadora del Club de Mujeres Profesionistas y de Negocios de La Paz, hace más de 40 años.

E: Cuéntame, ¿dónde naciste?, ¿cuándo?

L: En Santa Rosalía, fui la quinta hermana de una familia numerosa. Nací el 29 de enero de 1929. Tuve una niñez muy precoz, porque de 5 años fui y me inscribí en la escuela, sola.

E: ¿Tú sola te inscribiste?

L: Sí, yo sola, porque fíjate que mi papá tenía una lonchería en lo que entonces era el mercado. Me dejaron ahí, encargada, porque mi papá se fue a comprar unas cosas, y mi mamá tuvo que ir a la casa por algo. El caso es que me quedé sola. Entonces llegó un limosnerito, tocó el mostrador, y me dijo: “quiero una taza de café”. Se lo serví y me preguntó: “¿cuánto es?”, cinco centavos, le contesté, y me pagó. Mis papás se lo hubieran regalado. Con ese dinero me compré un cuaderno y un lápiz, y

me fui a la escuela que estaba junto al cine Trianón. La maestra me preguntó: “¿vienes a la escuela, niña?” Sí, le dije. “¿Cómo te llamas?” Lucía Melgar Sánchez, “¿el nombre de tu papá?” Felipe Melgar, “¿y tú mamá, cómo se llama?” Concepción Sánchez. “Pasa al salón y siéntate”. Desde entonces entré a la escuela. Terminé de escasos doce años la primaria, en la escuela de Ranchería “Antonio F. Delgado”. De ahí me fui a estudiar a San Ignacio cuatro años. Dos de enseñanza agrícola y dos de enseñanza normal rural, porque era el plan de cuatro años, nada más que del 44 al 45 se le ocurrió al general Francisco Mújica traerse la escuela acá a La Paz. Fui graduada en la primera generación que egresó de la escuela normal.

E: ¿En qué año entraste a la escuela?

L: Pues, en el ciclo 41-42. El ciclo 44-45 lo terminé aquí.

E: ¿Ya estabas casada, entonces?

L: No, era una chamaca de escasos 16 años. Cuando salí de la Normal, me mandaron al campamento de Pilares y Gavilanes, ¡que para ir allá, bueno! Porque era un campamento donde se trituraba el manganeso cuando la guerra, se lo llevaban en grandes barcos a los Estados Unidos.

E: ¿Te refieres a Los Gavilanes, un mineral que estaba por la costa del Golfo a la altura de Bahía de Concepción?

L: Exactamente, así le decía la gente, pero el nombre correcto era Pilares y Gavilanes. Don Chico Gutiérrez nos llevaba en una lanchita de Róbinson. Atravesaba de Sombrerito a Puerto de Guadalupe, y de ahí subía uno la serranía para ir a caer al golfo de California, en Los Gavilanes. Después de ahí, cuando afortunadamente terminó la guerra, me nombraron a San Ignacio. En la Escuela del otro lado, ahí trabajé dos años, me parece, y después me cambiaron a la Vicente Guerrero, donde yo había estudiado, ahí trabajé otros tres años. Luego, vino un señor de Bahía de Tortugas, Manuel Murillo, era el gerente de la empacadora de los Rodríguez, y me dijo: “maestra yo quisiera que usted se fuera a trabajar con nosotros a la empacadora, nomás que es un lugar muy feo”. Se refería, naturalmente,

a Bahía de Tortugas, que en el mapa figura como Bahía de San Bartolomé. Los japoneses, descubrieron en aquellos tiempos que había mucha tortuga, por eso le pusieron así, Bahía de Tortugas. Ahí estaba sola la profesora Antonia Ibarra, y don Manuel me dijo. “¿Sabe por qué quiero que se vaya con nosotros, maestra? Porque quiero que mis hijas tengan una persona que les enseñe a platicar. Porque son muy... de muy pocas palabras. Pida usted su cambio para allá y yo voy a mover mis influencias a ver si lo logramos”.

E: ¿Quería decir que las hijas eran muy mesteñas?

L: Sí, pero eran gente muy buena, de muy buen corazón. Eran de la tierra de don Nemesio Murillo, de San José de Gracia. De ahí era él, de ahí eran sus raíces. Has de saber, que a mí me tocó ser la organizadora del primer carnaval, que por cierto este carnaval ya cumplió el cincuentenario. Y es uno de los carnavales, ¡carnavales! Hace poco me distinguieron invitándome a ir y me dieron un pergamino con una leyenda que dice más o menos así: “El pueblo y gobierno de Tortuga le entregan un reconocimiento a usted profesora Lucía Melgar Sánchez, por ser la creadora de una de las mejores tradiciones de nuestro pueblo, el carnaval”.

E: ¡Qué interesante, Lucía!

L: Ay sí, y lo presumo, porque hasta se me enchina la piel y ¿por qué no voy a presumirlo si ahí está el reconocimiento?, ¿y sabes quién me llevó? El subdirector de la Benemérita Normal Urbana. Porque es un muchachito que allá en Tortugas estudió su primaria, su mamá era mi compañera de baile, porque organizábamos bailes, junto con las cinco o seis muchachas que había. Los hacíamos en la casa del gerente, don Manuel Murillo. Y digo recordar es vivir, porque yo nunca me imaginé que iba a volver en ese plan. Había vuelto una vez, cuando anduve de mitotera en la campaña de Alberto y Prisca. Fue muy bonito encontrarme con muchachos que habían sido mis alumnos, y me decían: “¡profesora que gusto, que volvió!”. El caso es que me tocó coronar a la reina junto con otra de las iniciadoras del carnaval, doña Acosta Flores, pariente de

Norberto. La gente decía: “quién va a creer que aún viven dos personas de las que iniciaron los carnavales, aquí en Tortugas”. Porque ésta es una fiesta Estela, que ya ha trascendido la península. Vienen Tamboras de Sinaloa, Mariachis de Guadalajara y va mucha gente de fuera, porque verdaderamente es un carnaval muy bonito el de Tortugas.

E: No sabía yo nada de este carnaval. Eso me hace pensar en las muchas cosas que ignoramos de nuestra tierra...

L: Verás, te llevé hasta Tortugas, porque ahí trabajé tres años. De ahí me vine a San Joaquín, un lugar distante de San Ignacio 15 kilómetros, que los caminaba a pie para llegar, porque tenía un pequeño albergue para 12 niños de las rancherías de San José de Gracia, el Patrocinio, de lo que es ahorita la Laguna de San Ignacio, del Aguajito y los niños de San Joaquín que formaban la escolita, que por cierto llevaba el nombre del profesor Vicente Meza Murillo, un autodidacta de Santa Rosalía, que fue y fundó su escolita, como aquel maestro de la película, del cual se burlaban los chamaquitos. Don Vicente era un viejito que no leía, devoraba libros, tanto que fundó su escuela, para difundir sus conocimientos. Ahí trabajé tres años, pero yo ya conocía y trataba a la familia de Gabriel Arce Arce, mi esposo. Vive todavía la familia, al pie de la presa de San Ignacio donde terminan tres puntas volcánicas: la primera cercana al pueblo que es la Baña, la que sigue es San Vicente y la tercera es San Juan, el atajo donde está el asta bandera.

E: ¿Hay una bandera monumental en esa zona?

L: No es tan grande, como otras en el país. Pero si es muy grande. Cuando hay soldados la izan todos los días. Se ve muy bonita porque domina todo el paisaje, la ves cuando vienes de la costa o por el camino del norte. De modo que ahí me casé y me fui a Punta Abreojos, siguiendo a mi marido...

E: ¿Ahí conociste a Gabriel? Cuéntame de él, ¿cómo era?

L: Era un pescador, un hombre moreno, pelo chino. Sus tatarabuelos eran de ascendencia filipina, y el abuelo José Rosas era amiguísimo del general Olachea, tan amigos eran que el general le decía papá, nosotros le decíamos “Tatalocha” o “Tíolocha”. Yo era muy amiga de él y también lo era de don Anastasio y de doña Rita.

E: ¿Don Anastasio y doña Rita eran tus suegros?

L: Sí, éramos tan amigos, que por eso le puse Rita a mi hija. El abuelo, “Tatalocha” era muy amante de los chistes, de la anécdota, sobre todo del chiste ranchero. Yo iba un domingo sí y otro no, para no cansarlos, a leerle el LIFE, aquella revista... Le leí los esponsales de la reina Isabel, la actual.

E: ¡Qué linda, Lucía! ¿Ellos no sabían leer?

L: Sí, sí sabían. Lo que pasa es que no tenían que leer, y Tatalocha ya tenía su vista muy mal... Le gustaba que le llevaran periódicos o revistas de Cachanía... Y surge, la charra irónica de Tatalocha: “tan orgulloso que me sentía yo de tener una amiga maestra, que venía y me leía, y resulta que andaba queriendo robarme un nieto”. Fíjate que el abuelo y el papá de mi marido, llegaron a los 94 años. Antes la gente duraba más, porque se acostaban temprano y se levantaban temprano también, al trabajo. – Reflexiona Lucía–. El caso es que yo duré trabajando en Punta Abreojos doce años. Cuando me casé tuve que pedir un permiso, más bien renuncié, pero en vacaciones, porque en la pesca de aquel entonces, siempre se les daba la requisición a los pescadores, en septiembre.

Las casitas, que más bien eran unas casuchas. Las hacían de latas, de aquellas latas cuadradas como las del alcohol, que las usaban para las almejeras, y las que ya se agujereaban las dejaban abandonadas y con esas latas se construían las casitas, de muy poca altura. El techo se le ponía de cartón alquitranado. Para protegerse de los vientos que comenzaban a las puras doce. Los vientos eran tan fuertes que movían los médanos.

E: ¿Te referes a los médanos que cambian de lugar durante la noche?

L: Sí, los habrás visto en las películas. Ahí en la bocana de Punta Abreojos hay esos médanos cambiantes, y hay más viniendo por la llegada de San Ignacio. Ahí también hay un faro muy bonito, con muchas habitaciones, abandonado.

E: Cuéntame más de tu vida de casada en Punta Abreojos.

L: Pues mira, los hombres iniciaban la temporada, haciendo las trampas para la langosta y se reunían a trabajar. A mí, me llamaba la atención que a los niños les gustaba irse a jugar, enfrente de la cocina de mi casa, porque las casitas tenían dos cuartos, la cocina que era sala y comedor y la recámara, chiquitas. Era a todo lo que podías aspirar. Yo me ponía a ver a los niños. Ellos sabían que yo era maestra y que me había casado con Gabriel Arce. Me acercaba a verlos jugar. Dibujaban en el suelo casitas y otras cosas, entonces yo les dibujé una vocal y les pregunté: —¿saben cómo se llama esto? Uno de ellos me dijo: “Mi mamá dice que se llama ‘a’, pero en realidad ninguno sabía ni la ‘o’ por lo redondo”.

E: ¿En el suelo dibujaban?

L: Sí, en el suelo. Y así empecé a jugar con ellos, enseñándoles las letras. Luego, las formaban con caracolitos. Hasta que un día dijeron los pescadores: “miren a la maestra, tiene su casa nublada con tantos niños. Mis hijos, mis sobrinos, todos están ahí con ella”. Así que en la primera junta que hubo le dijeron a mi marido: “oye Gabriel, no seas egoísta, ¿por qué no le das permiso a la profesora para que le dé clases a los niños?, que comience ahora que está de vacaciones” —por cierto que en ese tiempo las juntas se hacían cada tantos años, porque venían de Ensenada donde estaba la cabecera principal de la Federación de Cooperativas—. “No, les contestó él, ya no está de vacaciones, estamos en septiembre”, y así empecé a darles clases, porque yo nunca abandoné el magisterio, pues entre que eran peras o manzanas yo daba clases a 28 niños.

E: ¿Te pagaban por esas clases?

L: No, si en aquel tiempo se tardaban hasta 9 meses para pagarles a los maestros en servicio activo, menos a mí que enseñaba por amor al arte. Después, los cooperativistas se acercaron al profesor Palencia, que ya pasó a mejor vida, y les dijo que estaba buena la idea de la escuela, pero que iba a llevar el nombre de la escuela del yeso que la tenía que dar de baja, porque era mucha lata, se llamaba “Estado de Michoacán”. Los pescadores querían que se llamara Teniente Nicolás Ramos Palacios. Un hombre que estuvo aquí en servicio activo. Era su sueño construir una escuela, porque él no quería que los niños crecieran sin aprender, pero por desgracia el teniente iba en un avión que llevaba un cargamento de langosta a Ensenada. El avión se desvió de la ruta por la neblina y fue a estrellarse contra el pico de Calamajué y se mataron todos.

E: ¿El teniente murió sin realizar su obra?

L: Así es, yo traté de interceder por los pescadores con el Prof. Palencia, porque me parecía de justicia lo que pedían, pero él me dijo terminantemente: “tú no me vas a imponer el nombre. Se va a llamar *Estado de Michoacán*, para no dar de baja la escuela del yeso”.

E: ¿Por qué el yeso?

L: Es un lugar, que está en tierra firme, entre Santa Rosalía y...

E: ¿En Santa María?

L: Ándale, en Santa María. Entonces, así transcurrieron doce años que para mí fueron tan felices, a pesar de que se batallaba mucho, se tenían muchas carencias. Nos daban un tabor de 200 litros de agua para toda una semana. Para cuidarla, lavábamos los trastes con agua de mar. Tal y como dice el Sr. King, había que cuidar hasta la última gota, para que nos alcanzara. La traían desde el Carrizo, que está en la parte baja de los picachos de Santa Clara a una distancia de 17 kilómetros. A la cooperativa le costaba mucho dinero el acarreo hasta Abreojos, entonces había 20 ó 22 casitas.

E: Sin embargo, tú eras una mujer muy feliz. Cuéntame de tu esposo, ¿cómo era?

L: Era el reverso de la medalla de mí. No hablaba, era de esos... —sus hermanos eran igual—. No hablaba, pero ¡Dios mío, cuando llegaban a hablar! Era de esos que estaba captando todo lo que decías... Hombre de pocas, pero contundentes palabras. Uno de sus hermanos le dijo un día: “Oye Gabriel, pensábamos que cuando te casaras con la ‘Profa’ le ibas a quitar el modo de ser”, él nomás se le quedó viendo y le contestó: “Pero si fue lo que me gustó de ella”. Gabriel no tomaba ni una copa, excepto el día de San Ignacio, nada más se tomaba unas copas y se volvía muy platicador, a mí me encantaba. Pero eso era una vez al año.

E: ¿Para verlo platicador tenías que esperar al año siguiente?

L: Sí, cuando se tomara unas copas. Yo le decía don Gaby, de cariño. Mucha gente me oía y empezaron a decirle así. Porque has de saber que nuestra casa era muy concurrida, gente que venía de México o de Ensenada, siempre había visitas.

E: Así sucede en los pueblos chicos, el maestro es una personalidad.

L: Fíjate que cuando terminaba la temporada de pesca regresábamos a San Ignacio y yo seguía dando clases a los niños ahí, donde se pudiera, para terminar el año escolar. Hasta que un día la Cooperativa, decidió que esta situación era muy problemática para los niños y me propusieron quedarme a vivir en Punta Abreojos, acepté y nos quedamos. Además a mi marido le encantaba la vida en el mar. Ya que nos quedamos, el resto del año se dedicaba a la pesca de escama.

L: Doce años estuve dando clases en Punta Abreojos con cuatro grupos, hasta que Juan se incorporó.

E: ¿Te referes a Juan, tu hermano?

L: Sí, Juan Melgar, me ayudó con tercero y cuarto año.

E: Mira nada más, no lo sabía. Con razón es un hombre con una personalidad tan especial.

L: Ay sí, muy buen maestro. Todos somos maestros.

E: Sígueme platicando, querida Lucía... ¿Y los hijos?

L: Mi única hija, nació aquí, pero me la llevé para allá. Después, la Melgarada de aquí y la de Santa Rosalía, me tramitó mi cambio a La Paz, con el fin de que Gabriel también trabajara aquí.

E: ¿Cuándo fue eso?

L: El día que mataron al presidente Kennedy, me avisaron que ya tenía mi cambio listo.

E: En 1963.¹¹² ¿Tu marido estuvo de acuerdo en venirse para acá?

L: No y sí, porque tuvo que pedir permiso a la Cooperativa. Aquí trabajaba como administrador del hotel San Carlos, junto con Samuel Tuchman, el esposo de Prisca. Antes de eso trabajó en Salubridad, y uno de sus jefes quiso llevarlo con él a Bahía Tortuga, porque Gabriel era hombre rana, y el jefe quería que le sacara unas langostas. Pero sucedió que llevaban en el carro un rifle salón y Gabriel lo tomó para darle vuelta y se le salió un tiro que le pegó en el costado. Por fortuna, no le interesó ningún órgano vital y pronto se restableció, pero de todos modos, Samuel le dijo que para que no anduviera batallando, se fuera a trabajar con él al hotel. Estando ahí, se le acabó el permiso de la Cooperativa y tuvo que irse, pero ya solo, yo no podía irme con él, por el trabajo. Así estuvimos como tres años, venía cada vez que tenía vacaciones. Hasta que un día al llegar de la escuela me entregaron dos telegramas, donde me llamaban porque estaba muy grave. Uno de los telegramas era de la Cooperativa, a cuenta de ellos me decían que rentara un avión y me fuera, porque Gabriel estaba muy grave. Alfredo Fisher me ayudó. Se hizo cargo de contratar una avioneta

112 22 de noviembre de 1963.

que nos llevara a mi hija Rita y a mí, él nos acompañó. Para el piloto era su primer vuelo, fuera de La Paz y ella tuvo que indicarle donde estaba el aeropuerto. Cuando llegamos, nos enteramos que mi marido había muerto ese día a las 10 de la mañana. Rita estaba por cumplir sus quince años y él tenía muchos planes para la fiesta.

E: ¡Qué tristeza, Lucía! ¿Murió del corazón?

L: No, le dio una pulmonía fulminante. Andaba malo de gripa y se puso a rasurarse y bañarse para irse al carnaval y como no había médico, ni en la Bocana ni en San Ignacio. Pues no pudo salvarse. Allá me entregaron la última carta que me escribió. Recuerdo que el día que murió, tembló en San Ignacio. Cuando Gabriel murió tenía 45 años y yo 44. Tengo 29 años de viuda y lo recuerdo como si fueran 29 semanas o 29 días, siento que cualquier día va a regresar, así lo sentía su mamá también. Murió en marzo de 1973.

E: ¿Lo quisiste mucho, Lucía?

L: Ay sí, mucho, mucho, hasta la fecha.

E: ¿Tus padres estuvieron de acuerdo en que te casaras con un pescador?

L: Sí, lo querían mucho. Porque mi papá y mi mamá vivían en San Ignacio, mi papá siempre fue un verdadero trashumante, gustaba de cambiar de residencia y lo mismo te vendía pan, que te vendía menudo en olla, atole o agua de cebada, lo que fuera. Quería mucho a Tatalocha.

E: ¿Al abuelo?

L: Sí, al abuelo de mi marido.

E: Me conmueve esa sensación tuya de que Gabriel no ha muerto.

L: Sí, porque mucha gente lo dice en San Ignacio. “Qué raro se nos hace Profa., que usted se acostumbró a llamar papá y mamá a los padres de

Gabriel”, pues sí, les digo, es que soy tan “encimosa”,¹¹³ que el primer día que aparecí en el palacio del barrio de San Joaquín, —una casona vieja de esas típicas de allá—, me dijeron: “mira Lucía queremos que veas en nosotros no a los suegros sino a un papá y a una mamá”. Se murió Gabriel y para mí fueron mis segundos padres, cuando murieron, fue como si hubiera vuelto a perder a mis papás. Han transcurrido los años y he seguido sosteniendo correspondencia con la descendencia familiar. Algunos llevan el nombre de Gabriel, el mío y el del Tíolocha, José Rosa. Por cierto este José Rosa, sobrino de mi marido, es el maestro de la sierra de San Francisquito. Él vino a estudiar a la normal aquí, porque has de saber que fue muy aplicado e inteligente. Desde la escuela primaria obtuvo el primer lugar, secundaria primer lugar en San Ignacio. Luego hizo la prepa por cooperación, que como dicen, es un brazo de la preparatoria Flores Magón de Santa Rosalía, y también obtuvo primer lugar. Vino aquí con el sueño de ser maestro. Hizo la prueba entre 600, y la capacidad era para unos pocos. Buscaba su nombre al final de la lista de los 600 que hicieron la prueba, cuando un amigo le dijo: “¡puchi! Aquí estás, en tercer lugar”. Como te digo, ahorita está en la Sierra de San Francisquito.

E: Sirviéndole a su región, como debe ser.

L: Y no lo quieren dejar venir, porque has de saber que es muy buen maestro. Él tiene ganas de seguir estudiando, precisamente llega hoy a inscribirse en la normal superior, para trabajar con grupos de secundaria. Yo le pido que no deje su escuela. Allá le dan una compensación por trabajar en zona alejada, y los padres de familia se turnan para darle los alimentos.

E: ¿Qué pasó contigo, después de que enviudaste? ¿Seguiste trabajando en la Miguel Hidalgo?

L: Sí, seguí trabajando.

113 En el lenguaje coloquial sudcaliforniano podría significar: amorosa, querendona.

E: ¿Cuántos años estuviste ahí?

L: Once largos años. Tenía que echarme cuatro viajes todos los días, en punto de mediodía. Por eso, ya después me cambié a la Simón Bolívar.

E: ¿Trabajabas mañana y tarde en la Miguel Hidalgo?

L: Sí, en ese tiempo se trabajaba mañana y tarde. Yo creo que eso es lo ideal. Aprovechabas la tarde para dar ciertas clases, labores manuales, costura, caligrafía, música. Dice mi hija, que cuando uno iba dos veces a la escuela, como que le tenías más amor.

E: ¿Y tu hija qué estudió, a qué se dedica?.

L: Pues mira, terminó la secundaria y con el dinero que me dieron por la muerte de Gabriel, le pagué la colegiatura en el colegio Anahuac. Se recibió de Secretaria Auxiliar de Contabilidad, pero se casó y se tuvo que ir con su marido a Sonoyta. En un desierto que si nopales sembraban, se secaban.

E: ¿Y él qué hace, es maestro?

L: Sí, es maestro en la ciudad de los niños. 10 largos años como maestro de sexto año, hasta ahora solicitó quinto. Él se apellida Gajón, hijo de uno de los fundadores del valle. Nació en el DF pero él dice que es choyero. —Se acerca a saludar, el nieto, un guapo muchacho de veinte años, y Lucía nos presenta.

E: Cuéntame, ¿cuándo te jubilaste?

L: Me jubilé por el corazoncito.

E: ¿Te enfermaste del corazón?

L: Sí, resultó que era una hipertensa asintomática. Un día me enfermé en la Simón Bolívar. Atendía el primer año, —yo creo que a una maestra

vieja no le deben dar primer año—. Se batalla mucho, es el más difícil, y decidí jubilarme.

E: ¿Cuántos años tenías de servicio?

L: 37 años. Hace veinte, justamente la edad de mi nieto.

E: ¡Dios mío, pero si fueron un montón de años!

L: Toda una vida, para merecer tres mil doscientos al mes, que no me alcanzan para nada. Vivo pagando préstamos. Si no fuera por Rita y mi yerno, que vivo con ellos, no sé qué haría. Rita dice, que al contrario, son ellos los que viven conmigo. Esta casa, que me compró mi marido es para ellos, por supuesto...

E: (La casa es una buena propiedad, muy céntrica, con mucho terreno y árboles. Lucía habla con amor de sus plantas, de sus palmas de dátíl traídas de San Ignacio) aprovecho para preguntarle: ¿Cómo era San Ignacio en ese tiempo?

L: ¡Tan bonito!, ¡tan precioso! Te estoy hablando de un San Ignacio de cuando tenía yo 12 años, porque esa edad tenía cuando me fui a estudiar. De manera que, cómo no voy a querer yo al municipio de Mulegé, empezando por la Bahía de Concepción y terminando con el paralelo 28. Todos esos lugares hermosos que conocí entonces, que ahora son ejidos...

E: Seguramente, te tocó ver el nacimiento de Guerrero Negro...

L: Sí, de alguna manera, porque mucha gente de San Ignacio emigró, aunque esté mal decirlo, a Guerrero Negro y mucha de Santa Rosalía. Cuántos hay que ya hasta se jubilaron y ¡cuántos muchachos y muchachas que fueron alumnas mías y de mis hermanas, son ahora cabezas de familia en Guerrero Negro, Tortugas, Bahía Asunción, Punta Prieta, Puerto Nuevo, Abreojos.

E: Todas tus querencias, Lucía...

L: Sí, seguido me hablan... El otro día me habló un muchacho, Gilillo. Él iba mucho a mi casa y estuvo acordándose de eso. Cuando jugábamos con la gente que venía de Ensenada. Todas las noches jugábamos algún juego de mesa...

E: Insisto, el maestro en esos pueblos, era personaje principal, ¿no es cierto, Lucía?

L: Sí, porque ser maestro en la ciudad mmm... En cambio allá, eras un personaje, aunque me esté mal el decirlo.

E: No, ¿Por qué va a estar mal? Era lo natural. Así eran las cosas.

L: Porque era la escuela de la acción, la escuela socialista, la escuela que nos infundió Cárdenas... porque me tocó conocerlo, me vio y preguntó: "¿quién es esa niñita que está formada ahí?"

L: Es nuestra alumna más pequeña, le dijo la profesora Chepita. Ay, no se me olvida ver al general Lázaro Cárdenas, con traje de montar, porque no iba en carro rumbo al norte, iba en bestia.

E: ¿Te tocó verlo, Lucía? Cuéntame, por favor.

L: Sí, sí, fue a visitarnos...

E: ¿En dónde Lucía?

L: En San Ignacio, en la escuela. Mira, si tú lees una revista "YA", creo que yo la tengo por ahí, hablaban de esa visita. Lo escribió este muchacho, ¡ay no me acuerdo del nombre!, pero es contemporáneo de Moisés Coronado, no me viene a la mente el nombre, este amigo alemán "alzheimer" que no me suelta.

E: Cuéntame, ¿qué pasó con el general?

L: Pues iba rumbo al norte, entró a San Ignacio y fue a visitarnos a la escuela. Entonces era el presidente de la república, y lo más curioso es que iba en bestia, recorriendo toda la península. No se me olvidan sus ojos verdes y su arrogancia. Se veía muy bien con su traje de montar y sus ojos verdes. Nunca se me olvida.

El casete se termina, y seguimos charlando sabroso con esta extraordinaria mujer sudcaliforniana y su encantadora hija Rita.

Lucía falleció en La Paz, el 10 de noviembre de 2005, a los 76 años de edad. En su honor la Biblioteca Pública Municipal de Mulegé lleva su nombre.

Conversación con Abelardo Verdugo Cota

Transcripción de audio a texto por: Ariadna Mendoza Romero, ayudante académica de la UABCS.

Estamos en la casa de mi amigo el profesor Abelardo Verdugo para una conversación relacionada con Comondú. Esta conversación, que no entrevista, se dio a solicitud de mi hija, la doctora Lorella Castorena Davis, maestra de la UABCS, que está escribiendo sobre los oasis de BCS.

E: Primero que nada Vilugo,¹¹⁴ quiero darte las gracias por darme esta oportunidad de platicar contigo y permitirme que grabe nuestra conversación. Te pediría primero que por favor me dijeras tu nombre completo, dónde naciste y cuándo:

AV: Mi nombre completo es José Abelardo Verdugo Cota. Nací en San Miguel de Comondú el 26 de marzo de 1931.

E: Muy bien, yo nací el 29 de marzo de 1935, somos casi contemporáneos. ¿Quiénes fueron tus padres y tus abuelos?

114 Vilugo es el sobrenombre con que siempre ha sido llamado por su familia y amigos.

AV: Mis padres fueron Alberto Verdugo Garayzar y Teresa Cota Meza, hija de Manuel Cota Osuna y Francisca Meza... no recuerdo el otro apellido.

E: Lo de Garayzar ¿por dónde te viene?

AV: Lo de Garayzar me viene porque mi abuelo Ramón Verdugo se casó con una señora Garayzar de Loreto, Carolina Garayzar.

E: ¿Entonces sí somos parientes? Qué gusto me da.

AV: Yo creo que sí, a mi también.

E: Nomás tantito [risas], por el lado de los Verdugo y por el lado de los Garayzar. Tú seguramente sabrás si descienes de los Verdugo de Mariano Verdugo, de esa rama.

AV: No.

E: ¿No? ¿De quién entonces? ¿De qué Verdugos?

AV: De los Verdugos de Alfonso Verdugo, de esa rama de los Verdugo.

E: Entonces tú eres de los Verdugo de mi tío Alfonso.¹¹⁵

AV: Sí, así es. Mi papá era primo hermano de mi padrino Alfonso.

E: ¿De dónde eran estos Verdugo?

AV: Pues tengo entendido que estos Verdugo llegaron de Sinaloa.

E: Bueno. ¿Cómo era Comondú en tu infancia?

AV: En mi infancia pues era un pueblo muy alegre, muy productivo, era autosuficiente en la mayoría de los bienes que necesita la gente para vivir,

¹¹⁵ Mi tío Alfonso Verdugo, de Comondú, estaba casado con mi tía Rosa Davis Pépuly, hermana de mi papá, por eso le llamábamos tío.

como es la alimentación. Entonces, importaba nada más café y ropa, lo demás, ahí se producía. Frutas, verduras, carne, huevo, leche, queso, mantequilla, requesón, todo los derivados de los lácteos. Era muy diversa la producción.

E: Ya veo, carnes de todo tipo también, ¿no?

AV: Sí, pues ahí por ejemplo cada familia tenía su patio grande, su corral para los animales. Allí había una vaca o dos para la leche todo el año y estaban las porquerizas rústicas, pero, ahí había cuatro o cinco puercos, gallineros con quince o veinte gallinas o más, patos, guajolotes de manera que se complementaba la alimentación con el producto de estos animales, domésticos...

E: Claro, claro, por supuesto. Y cuando ya eras un joven adulto, ¿seguía siendo lo mismo?

AV: Seguía siendo lo mismo. En este papel que me diste¹¹⁶ hay una pregunta sobre la decadencia de Comondú.

E: Sí, pero si te parece vamos a hablar más delante de eso.

AV: Entonces te digo que sí, cuando yo ya era un adulto, las cosas seguían igual. Toda la década de los 40' fue para mí la época de oro de Comondú. Fue también la década de los 40' cuando yo me di cuenta de las cosas. Mira, pasamos una niñez bonita, pobre, pero muy bonita porque nunca nos faltó la alimentación ni el vestido, no había riquezas pero, como te digo, éramos felices en ese medio donde crecimos. Nos educaron, hicimos la escuela, aprendimos a leer y escribir, teníamos un panorama general, pero importante de la República mexicana y del mundo, porque a mi abuelo le gustaba mucho leer. Él recibía el *Excelsior*, la revista *Siempre* y otros vecinos también leían otros periódicos de los grandes de México. Les llegaba, desde luego, por correo. Cada ocho días llegaba el correo con

116 El papel a que se refiere es la guía que me dio Lorella.

un costal lleno de periódicos de las diferentes fechas, generalmente de ocho días atrás. Pero pues lo leíamos todo.

E: ¿Y en dónde estudiaste? En general ¿dónde estudiaban los jóvenes de tu generación?

AV: Yo hice la primaria en San Miguel de Comondú e hice la secundaria aquí en La Paz.

E: ¿Y dónde te hiciste maestro?

AV: Me hice maestro en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio. Yo empecé a trabajar nada más con secundaria. Y había o hay mejor dicho, un Instituto Federal en que nivelaban a los maestros, yo me titulé en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio. Y muchos maestros, el profe Memo Yee, Medardo Meza, Chavalito Rubio, todos nos titulamos ahí, Valdivia allá andaba con nosotros también.

E: Y en general los muchachos de Comondú qué hacían para estudiar, ¿a dónde se iban?

AV: Pues la única salida que había era para acá o para Santa Rosalía.

E: Estudiaban en La Paz o en Santa Rosalía. ¿Había secundaria en Santa Rosalía?

AV: No, nada más aquí, en La Paz. Todos veníamos aquí.

E: Todos venían aquí a la ciudad.

AV: Nadie se quedaba allá.

E: Claro, pues sí. ¿Quiénes eran en ese tiempo los ricos del pueblo y en qué consistía más o menos su riqueza?

AV: ¿Nombres?

E: Sí, nombres.

AV: Pues eran los Verdugo, Alfonso Verdugo, Eulogio Verdugo, Loreto Verdugo porque había tres ramas de Verdugo. Estaban los cultos, los broncos y los ricos [risas]. Fíjate, en un pueblito de 700 habitantes más o menos.

E: 700 habitantes, fíjate nada más. Eso fue en la década de los 40's que tú dices.

AV: En el florecimiento del pueblo. Otros tantos había en San José de Comondú, había también allá otra sociedad.

E: A mí me contaron un chiste que decían los de San Miguel: "los Verdugo ricos son los de San Miguel y los Verdugo pobres son los de San José" [la Misión] [risas]. ¿Es cierto eso?

AV: No, eso no lo oí decir, lo que sí oí decir de esas ramas de Comondú. Los ricos lo eran porque tenían comercio, o sea un comercito a la medida de la comunidad.

E: Claro.

AV: Tenían también sus huertas, muy buenas huertas, y tenían su ganado, también a la medida. Ahí eran los que más ganado tenían.

E: ¿Y trapiches?

AV: Tenían sus trapiches. Sí, en Comondú llegó a haber uno, dos, tres... como unos diez trapiches sólo en San Miguel.

E: Fíjate nomás y la producción principal qué era, ¿la panocha?

AV: La panocha, panocha de gajo, colache de calabaza y conserva le decían a la cáscara de toronja. Había mucha producción de toronja, le sacaban la comida, secaban al sol la cáscara y la guardaban para el dulce de toronja.

Interviene la esposa de Abelardo: Mijito, permítanme tantito, te hablan del INAH que si no sabes el nombre de la calle de San Javier, la principal.

AV: No.

Esposa de Abelardo: ¿Y tú Estela?

E: No, yo tampoco, creo que la calle principal es la carretera ¿no?

AV: Si, secaban la cáscara y lo mismo la panocha de gajo...

E: Perdón,... Ya me acordé, es la calle del Calvario, hija.

AV: Entonces la cáscara de naranja la picaban en pedacitos y era para hacer la panocha de gajo y la cáscara de toronja la dejaban entera, nada más separaban los gajos.

E: Con todo y su cascarita exterior, esa amarguita que tiene.

AV: Con todo porque la hervían en un cazo, aparte para desamargarla. Y luego ya la pasaban a hervir en el cazo de la miel de jugo de caña, ahí se conservaba, todavía se conserva y se llamaba así: conserva.

E: Qué rico. Se me antojó [risas].

AV: Y luego el colache pues, de calabaza, producían mucha calabaza. Picaban la calabaza y se echaba a la caña.

E: A la miel de la caña.

AV: A la miel de la caña.

E: Y todos esos dulces eran endulzados con miel de caña.

AV: Pura miel de caña, sí.

E: Nada de azúcar.

AV: No, no, no, nada.

E: Qué maravilla.

AV: Es dulcísimo pues.

E: Pues claro, pues de ahí sacan el azúcar, ¿no?

AV: Y luego el piloncillo pues que guardaban en las casas, casi en todas las casas había un cuartito aquí le llamaban la despensa. Ahí se guardaban ajos, cebollas, colache, conserva, los costales de piloncillo para todo el año, un costal o dos de frijol para todo el año.

E: Y todo producido allí en Comondú, por supuesto.

AV: Producido allí. Hacían también un rollo de petate de carrizo y lo llenaban de mazorcas de tal manera que todos los días, me acuerdo yo, mi abuela se sentaba después del desayuno a desgranar las mazorcas para poner el nixtamal para las tortillas de medio día.

E: Mira nada más que recuerdo tan bonito. El petate enrollado era una especie de silo pequeño.

AV: Exactamente. Ahí guardaban el maíz y así guardaban también chícharo, habas, garbanzo y como bien dices tú era un silo o un granero. En enero, febrero, marzo estaban las molindas y las últimas producciones de dátil y de cítricos, porque el dátil empieza en octubre pero tardaban, como el proceso de deshidratación era al sol, al calor del sol, entonces duraba mucho el proceso, empezaban a pisar en octubre, terminaban a fines de noviembre y luego seguía el empaque del dátil en zurrone de cuero de res. Tú los conociste.

E: Sí, cómo no. Claro.

AV: Luego la uva pasa. La uva pasa es en septiembre, cortaban la uva y la secaban y luego la empacaban en latas de lámina o latas de madera, unas

cajitas de madera que se hacían para eso, para darle más presentación al producto.

E: ¿Forradas con algo o con la pura madera?

AV: Le ponían una etiqueta dependiendo de la huerta de donde fueran. Había una etiqueta muy bonita que era de la huerta de Santa Brígida, que era la de mi padrino Alfonso. El vino también lo etiquetaban. Les mandaban de México, los mismo clientes que compraban el vino, mandaban cientos de galones en cajas de cuatro galones y mandaban el paquete de etiquetas.

E: Ya los mandaban etiquetados.

AV: Listos, nomás se los ponían al galón.

E: ¿Y por dónde los mandaban?

AV: Por Guaymas, vía Loreto.

E: Vía Loreto.

AV: Sí.

E: ¿Y a Loreto como lo transportaban? ¿En recua?

AV: En recua. En Comondú había tres recuas, recuerdo que a una le decían la recua del Tebano, la otra era del Tojito Murillo, medio hermano, creo, de aquel señor que se llamaba Juan Pablo Martínez, el que era dueño de los villares de Loreto. Y había otra recua que era la de doña Marillita, no me acuerdo del apellido. Pero esta señora no sólo transportaba carga, también transportaba familias a Loreto, Santa Rosalía y adonde se ofreciera. Al mineral de Los Gavilanes llevó muchas familias que se fueron a trabajar allá, era una mina de manganeso que estaba por la Bahía de Concepción. Por cierto ella siempre al frente de la recua. Te voy a contar una anécdota de doña Marillita. Una vez llevó una familia a Tijuana y coincidió que en esos días se había inaugurado el telégra-

fo acá y cuando llegó mandó un telegrama, que te has de acordar en esos tiempos se exigía que los mensajes fueran muy breves, así que el mensaje decía más o menos así: “Llegué bien, burros cansados. Ando de pluma volando”. El breve mensaje de doña Marillita causó mucha gracia en Comondú y muchas personas como Vilugo, lo recuerdan. En aquellos tiempos la palabra “pluma” se adjudicaba a las mujeres fáciles y “andar de pluma volando” podría significar que doña Marillita andaba dándole vuelo a la hilacha, aunque lo único que quería decir es que se había comprado un elegante sombrero adornado con una pluma que se movía con el viento. Era pues, a través de las recuas que la producción salía de Comondú rumbo a Loreto donde lo embarcaban a Guaymas para de ahí ser trasladada a México y a Guadalajara. El higo pasado lo empacaban en zurrónes de cuero, iba a las pastelerías. Cosa que ahora no se hace.

E: Cosa que ahora no se hace, por supuesto. Y bueno, esa producción llegaba a Guaymas, ¿y de Guaymas a México y a Guadalajara cómo llegaba?

AV: En el ferrocarril.

E: En el ferrocarril. ¡Qué maravilla!

AV: Ya había personas ahí, en Guaymas, que se encargaban de recibir los envíos y remitirlos hasta su lugar de destino. Igualmente se encargaban de mandar las mercancías que se requerían en Loreto o Comondú, tales como azúcar, ropa, calzado y cosas así. También llegaba mercancía proveniente de Mazatlán. De que tenga memoria yo pues, de don Fidencio no me acuerdo muy bien, casi no sé nada sobre él. Pero sé que en un barco de su propiedad llevaban y traían la carga, tanto de Guaymas como de Mazatlán. Además compraba la fruta de La Purísima y Mulegé. Fíjate que lo que sé de don Fidencio son algunos detalles muy importantes de su forma de ser.

E: ¿Ah sí?, cuéntame. Porque vale aclarar que don Fidencio Pérpuli siendo comundeco se había establecido en Loreto con su comercio. Y se

dice que en su tienda podías comprar desde una correa para tus zapatos hasta una bestia ensillada. Que en ese tiempo era casi como comprar un automóvil.

AV: Si, así es. Me platicaba don Antonio Castro de San Gabriel, y es algo curioso que yo le he alabado a este señor, me refiero a don Fidencio, que tenía gestos muy humanos. Ya ves que en Loreto en esos tiempos, como en muchos otros, había una crisis muy severa, y platicaban que don Fidencio cuando estaba la crisis más dura le compraba a la gente los huesos de res que se encontraban tirados y los almacenaba, llegó a juntar mucho hueso, y otra cosa, también compraba piedra, la piedra que le vendían, se las compraba o se las cambiaba por alimento. Verdolagas también, ya ves que no hay mucha verdolaga, pero la que le llevaban a vender también se las compraba, sobre todo a las gentes más humildes que no tenían para comer pero eso yo valoro mucho el gran corazón de ese señor, que para no dejar a la gente morir de hambre, les compraba esas cosas que no les costaba más trabajo que ir las a juntar y traerlas como la verdolaga, los huesos y la piedra.

E: ¿Y qué hacía con los huesos?

AV: Pues... en principio todo mundo decía que estaba loco don Fidencio.

E: [Risas], era Pérpuli, ¿verdad?

AV: [Risas], al fin Pérpuli.

AV: Ah, pero un buen día amanece fondeado un barco frente a Loreto y luego, luego, se supo que iba a comprar hueso, así que se lo compraron todo a don Fidencio, y se lo llevaron. Has de saber que lo embarcaron en Puerto Escondido.

E: Fíjate nada más. Él viajaba mucho a México, dicen, ¿no?

AV: Él viajaba, y desde luego tenía sus contactos por allá pues ya ves que utilizan hueso para hacer alimentos para los animales, grenetina y no sé cuantas cosas más, antes hacían botones de hueso, ¿no?

E: Qué bonita anécdota, Vilugo. Preciosa de verdad.

AV: Y la piedra poco a poco la fue vendiendo, conforme se fue desarrollando la construcción [risas]... Pero ahí estaba ya no tenían qué ir a buscarla.

E: Ya no era necesario.

AV: No, ahí estaba almacenada con don Fidencio.

E: Que en su momento la compró para darle de comer a esa gente.

AV: Para que no se murieran de hambre los que no tenían diatiro qué comer.

E: Mira nada más.

AV: Es que esto me parece tan bonito. Yo creo que por eso le iba bien.

E: Claro, por eso le iba bien. Dejando a don Fidencio dime una cosa Vilugo, ¿en ese tiempo la gente de Comondú viajaba a los Estados Unidos?

AV: Que yo sepa, no.

E: ¿De dónde es tu esposa y cómo la conociste?

AV: Mi esposa es de Loreto, y la conocí cuando fui a jugar el sorteo para conscripto. Ahí la conocí.

E: ¿Loreto era delegación?, ¿ya la había perdido Comondú?

AV: Ya era delegación. Y pues ahí nos relacionamos Elia y yo, pues estuve varios meses en Loreto. Ahí vivía un primo hermano mío que era recaudador de rentas Beto Yee.

E: Ah sí, era familiar de Ricardo Aguilar y Marianita, pues, creo que ellos criaron a Nieves, la esposa de tu primo.

AV: José Amador se llamaba el papá de Nieves. Has de saber que estando mi primo allí en Loreto, nacieron dos hijos: Lupita y Néstor. Por cierto Néstor fue agregado naval de la embajada de México en España.

E: Mira nada más, pero en realidad yo no lo conozco.

AV: Y ahorita es nada menos que jefe de la Zona del Pacífico, de la frontera con Guatemala hasta los Estados Unidos. Jefe de todas las Zonas Navales.

E: Un comundéño.

AV: Nacido en... bueno él nació en Loreto [risas]. Se llama Néstor Yee Amador.

E: Fíjate nomás. Y Lupita por su parte es la mamá del doctor...

AV: Del doctor Ibarra Yee, que es un Ginecólogo muy famoso. Ayer precisamente vio a Elia.

E: ¿El nombre completo de tu esposa, cuál es?

AV: Elia Davis Ramírez.

E: Sí, claro, su papá era don Manuel Davis, de Loreto, y su mamá la maestra Felicitas Ramírez, de Colima, ¿verdad?

AV: Sí, de Colima.

E: Cuando tú ya eras un adulto joven, ¿había caminos que comunicaban a Comondú con otros pueblos?

AV: Sí, cómo no.

E: ¿Qué pueblos eran esos?

AV: La Paz, Santa Rosalía, Mulegé, La Purísima, Loreto. Eran los pueblos circunvecinos.

E: ¿Ya podías ir en carro?

AV: Sí, cómo no. Estábamos comunicados porque en la década de los 30's el general Domínguez que era el sucesor del general Olachea en el gobierno, tenía los caminos de tierra, pues, las brechas quiero decir, en perfecto estado, tenían cuadrillas equidistantes entre pueblo y pueblo para mantener en muy buen estado los caminos.

E: Vilugo, el general Olachea fue gobernador del territorio en ese tiempo, ¿fue antes o después de Juan Domínguez?

AV: Pues Juan Domínguez fue el 30 o 31, yo no me acuerdo la verdad.

E: Cómo te vas a acordar si no habíamos nacido [risas].

AV: Pero fue, creo, antes del general Olachea.

E: Del general Olachea, ¿verdad?... Sí, mira, yo tengo esas fechas, ya me acordé. Las voy a buscar y las vamos a agregar aquí. El general Olachea gobernó de 1929 a 1931, luego el general Domínguez gobernó de 1932 a 1938 y años más tarde volvió Olachea y gobernó de 1946 a 1956, 10 años...

AV: Y Domínguez, como era de La Purísima se preocupó mucho por esa parte del estado, es más, creo sin exagerar que ha sido el único gobernador que se ha preocupado por esa zona.

E: Claro. Parece que éste de ahorita también, ¿no?

AV: Hasta ahorita que está este señor Agúndez que se ha preocupado, no había habido otro.

E: Dicen que porque tiene intereses allá, pero en ese caso Juan Domínguez también los tenía.

AV: Sí, porque él era de allá.

E: Claro, por supuesto.

AV: A pesar de que nació en un rancho muy humilde, el general Domínguez, era sobrino del dueño del rancho, era el becerrero.

E: El “Macho prieto” le decían ¿no?

AV: Sí. [risas], era analfabeta y fue gobernador. Aprendieron a leer después de ser militares.

E: Sí, sí, claro, dicen que el general Olachea también, era analfabeta.

AV: A propósito, en una ocasión, platicando con el doctor Olivares, ¿no oíste mentar a un doctor Olivares muy famoso por su sapiencia como médico? Era de Hermosillo.

E: No, la verdad.

AV: Ese doctor me dijo: “¿de dónde eres tú?”. Soy de Baja California Sur, le dije, de San Miguel de Comondú. “¿Y qué dice mi general Olachea?”, me dijo él, pues allá está en el territorio, le contesté. “Fíjese” me dijo “que yo fui secretario privado del general Olachea; yo le hacía los partes al general porque no sabía escribir”.

E: Porque no sabía escribir, qué maravilla [risas].

AV: Qué maravilla que yo tuve la oportunidad de hablar con ese señor en 1951, fíjate, y en Hermosillo.

E: Y creo que ahorita los hijos del general están interesados en escribir su vida. Y al parecer lo iba a hacer Juan Melgar nomás que según Juan no le han vuelto a decir nada. Muy interesante la vida del general Olachea. A mí me encantaría, y también la de Juan Domínguez.

AV: ¿De Juan Domínguez?

E: Ah, qué bárbaro, es que hizo cada cosa...

AV: Que deberíamos de conocer todos los sudcalifornianos.

E: Pues que te parece si dejamos a estos ilustres personajes y pasamos a otra cosa: dime por ejemplo, para ir a Santa Rosalía, ¿cuál era la ruta que seguían?

AV: Por Canipolé.

E: Salían de Comondú y...

AV: Salíamos de Comondú a Canipolé, de Canipolé a Rosarito, de Rosarito ya tomábamos la orilla de la bahía y así llegábamos a Mulegé.

E: Y de ahí hasta Santa Rosalía.

AV: Claro, hasta Santa Rosalía.

E: ¿Y la ruta para ir a La Paz cuál venía siendo.

AV: Salíamos de Comondú, pasábamos por la Poza Grande, Santo Domingo, lo que es ahora Benito Juárez y el Refugio, allá por los llanos de Hiray. Eran los puntos que años después el general Pedrajo, me parece, construyó unas casas, como estancias para descanso de los viajeros, hizo una aquí en el kilómetro cien, hizo una allí en el Refugio; hizo otra en Benito Juárez; otra en el Rosarito y para el Norte no sé cuántas más.

E: Fíjate nomás, eran posadas.

AV: Como posadas para que durmieran, para que descansaran los viajeros.

E: En aquellos caminos tan pesados y tan largos, ¿no?

AV: Ah qué visión tenían, y con unos presupuestos bajísimos.

E: Te acuerdas que ya a su manera, y en tiempos más modernos, Echeverría hizo lo mismo. Construyó junto con la transpeninsular aquellas posadas, *Las Pintas* se llamaban ¿no?, en Loreto, San Ignacio...

AV: Las Pintas... Todavía tengo buenos recuerdos de Echeverría.

E: Pues sí, yo también. Nosotros debíamos de hacerle un monumento, nos fue muy bien con él.

AV: Me acuerdo que Tony¹¹⁷ lo invitó a San Javier.

E: Sí, ¿de veras?

AV: Pero no sé qué actividad tenía que se disculpó muy atentamente con él y le dijo pues que tenía un compromiso ineludible que no lo podía cancelar. Muy atento se portó.

E: Pues pregúntale a Ángel César, dice que a él no le negó nada que le haya pedido para Baja California Sur. Ahora, que allá en el centro no lo puedan ver, que por esto y por lo otro, es otro rollo pero en Baja California Sur... La verdad, acá si lo queremos.

AV: Aquí nos comunicó, éramos una isla entonces y nos comunicó entre sí, además de incomunicados con el resto del país, incomunicados entre nosotros. Nos puso los barcos,¹¹⁸ la Universidad, los desarrollos de

117 Se refiere a Tony Verdugo Davis, su hijo.

118 Se refiere a los transbordadores.

Loreto y Los Cabos, los aeropuertos internacionales, también la carretera transpeninsular.

E: La carretera transpeninsular, principalmente.

AV: Te has de acordar que esa carretera tenía 35 kilómetros. Era un pedacito, de aquí de La Paz a la Virgencita.

E: Así es y párale de contar.

AV: Ah, y otra, dejó aulas para escuelas rurales hasta en los ranchos donde había mínimo dos familias.

E: Y además nos dejó la Universidad pues... el Tecnológico, los institutos de investigación, todo lo que Ángel César le pidió, se lo concedió el presidente.

AV: Me gustó mucho que homenajeara a Ángel César. Muy merecido. Él dejó las bases para el desarrollo de diversos programas.

E: Ahora, cambiando de tema, dime una cosa, por dónde se iban de Comondú a Loreto, para terminar con eso.

AV: Para ir a Loreto se iba uno por el Rosarito.

E: ¿Quiere decir que pasaban por Canipolé también...?

AV: Sí, también. Si de La Paz ibas a Loreto tenías que pasar por Comondú, Rosarito y los...

Otra persona: "Vilugo..." (Interrumpe Elia, la esposa de Abelardo).

AV: Mande.

Otra persona: Discúlpame te habla Jorge de allá de la oficina (INAH), que le urge. Ahí está en el teléfono, verás.

(Segunda parte de la conversación)

E: Entonces para ir a Loreto o Comondú se iban a Canipolé, de Canipolé a Rosarito y de Rosarito a Loreto. Rosarito era un rancho muy conocido porque fue donde hizo una de las posadas el general Pedrajo que nos mencionaba “Vilugo”, todavía existe esa casa y la atendían Jesús Higuera y su esposa Amparo ambos fallecidos (esto lo agrego por mi cuenta).

Regresa Vilugo y cambiamos de tema.

E: Bueno, es pregunta, eso de que en el comercio local podían conseguir todo lo que necesitaban, dices tú que...

AV: Bueno, en cuanto a alimentos.

E: En cuanto a alimentos no necesitaban comprarlos fuera, ¿verdad? Pero digamos ropa, sombreros...

AV: No, eso sí, desde luego...

E: Zapatos, telas, mercería, ropa hecha.

AV: Si, todo eso venía de fuera. Y se vendía en el comercio local.

E: Ya hablamos también hasta qué punto Comondú fue autosuficiente por su producción agrícola y ganadera, ya me lo comentabas hace un rato y también cuál consideras tú que fue la mejor época de Comondú, creo que me decías que en los años...

AV: La década de los 40's.

E: La década de los 40's, ¿a los 50's? ¿O de los 30's a los 40's?

AV: De los 40's a los 50's.

E: Muy bien. Entonces aquí te pregunto, ¿cuándo empieza la decadencia de Comondú y a qué se debió? Según tu opinión.

AV: La decadencia empezó en la década de los 50's, a mediados de los 50's que fue cuando el Valle se empezó a abrir a la agricultura, el 50 que fue cuando se fundó Constitución, en lo que llamaban El Crucero. Le llamaban así porque en ese tiempo los caminos que iban de Loreto a Bahía de Magdalena por ejemplo, y el de los Comondú a La Paz, conformaban un crucero. Fue a mediados de los 50's, cuando empezó la producción en el valle de Santo Domingo y como se empezaron a producir grandes volúmenes, se propició el abatimiento de los precios que abarataron el precio de los productos como el maíz, el frijol y de otros que se producían en Comondú, ¿verdad?... Luego, la gente comenzó a irse a trabajar allá donde podía adquirir esos productos más baratos y poco a poco ya fue incosteable sembrar en Comondú.

E: Claro, y sin batallar mucho.

AV: Sin batallar mucho, como tú dices. Entonces la producción de Comondú fue aminorando. Pero hubo otra razón muy importante, que fue la pulverización de las propiedades: la familia que tenía, por ejemplo, 4 o 5 hijos, cuando esos hijos se casaron quisieron su parte de la propiedad, entonces comenzó a reducirse la propiedad, a ser menos costea-ble porque cuando todos comían en familia todos comían de lo mismo, vivían de lo mismo, de los mismo ingresos que adquirían por el rancho, por la huerta y por el ganado. Pero al repartirse la propiedad eso se pulverizó.

E: Entiendo. Se repartió la tierra entre la familia, el ganado y ya cada quién tenía menos.

AV: Se minimizó todo. Esa fue la otra razón por la que empezó a salir la gente. El que ya no se pudo mantener bien allí, como estaba acostumbrado, pues buscó la manera de salirse a donde hubiera mayores expectativas.

E: Y una de esas posibilidades las ofrecía el Valle pues, de propietarios pobres pasaron a ser asalariados.

AV: El Valle y también Santa Rosalía, que eran los centros de trabajo más importantes, esa fue pues, la causa de la decadencia. Y también, ¿por qué no?, los olvidos gubernamentales porque yo pienso que los pueblos, sobre todo los de un estado como éste, el gobierno no debe olvidarlos porque son los hijos del gobierno. Entonces, así como un padre de familia está pendiente de sus hijos: “a ver, tú cómo estás, mira hazle así, hazle asado” para que estén mejor, ¿verdad?... Nos ha faltado consejo, apoyo para que la gente viva mejor en el pueblito. Por ejemplo, yo soy de Comondú, estamos hablando de San Miguel y San José de Comondú, ¿por qué no buscar nuevas técnicas o nuevos productos? Por ejemplo, yo siempre he pensado que Comondú podría surtir a Loreto de productos genéricos: las verduras, algunas frutas, sobre todo verduras, genéricos, es una tierra muy buena, no es mucha, es poca pero el mercado de Loreto lo podría surtir con puros genéricos.

E: Como hacen acá la gente del Pacífico, ¿cómo se llama este lugar que está más delante de Todos Santos?

AV: Ah, el Pescadero.

E: Pescadero sí, que surten aquí gran parte de lo que se vende en La Paz, en cuestión de verduras, son genéricos y creo que también surten algunos comercios de Los Cabos.

AV: Por ejemplo, para el turismo en Loreto sería, y qué bueno sería, que el turismo supiera que esos productos que le están sirviendo y que está consumiendo, son genéricos. Ahí podría haber también granjas de gallinas ponedoras, de conejos, de puercos, yo qué sé. Porque hay los elementos pues.

E: Sobre todo el agua.

AV: El agua y la poca tierra que hay, es bastante, ¿no? Como para producir verduras, yo calculo que podrían surtir a Loreto y Santa Rosalía de verduras genéricas que sería muy importante y que ellos tendrían muy buenas utilidades.

E: Sería una gran alternativa para sacar del pozo a esos pueblos.

AV: Una alternativa para sacarlos porque ya se están acabando. Tienen historia y la misma historia nos da derecho a seguir siendo lo que fuimos. A seguir existiendo.

E: Si, sí, tienes toda la razón.

AV: Y tiene los elementos. Faltan los apoyos económicos y técnicos. Porque sería triste que empezaran a desaparecer estos pueblos por la pobreza o porque hay otros centros que se están desarrollando, pero hay que tener memoria histórica y no se debe permitir que desaparezcan, pues ellos nos dieron historia, lo que nos hace vivir.

E: Exactamente.

AV: Yo le decía al candidato a diputado federal algo que yo creo que no le gustó porque se levantó y se fue.

E: ¿Quién era?

AV: Marcos Covarrubias. Como que yo no sabía que él había sido presidente municipal y otros dos o tres de los que lo acompañaban.

E: ¿No le gustó la conversación?

AV: No, porque le dije yo: ah, porque me dijo: “¿Y de dónde son ustedes?”, y le contesté —yo soy de San Miguel de Comondú, un pueblito que está al norte de Ciudad Constitución y que le dio el nombre al municipio de Comondú, y que los presidentes municipales, hasta ahorita, los que ha habido, no le han dado la menor importancia. Tiene manantiales, tiene paisaje, tiene producción, clima; un montón de atributos mucho, muy valiosos pero están completamente olvidados por el gobierno —y vio el reloj diciendo— ya me voy porque tengo mucha gente que visitar. Bueno, pues que le vaya muy bien.

E: Pues sí, no le convino que le recordaras de la existencia de esos pueblos.

AV: Que le vaya muy bien [risas].

E: No le convino que le recordaras de la existencia de esos pueblos, si es que sabía que existían. Qué barbaridad, pues sí. Hay qué cosas, “Vilugo”. Tremendo de veras. ¿Cuándo fue la época en que Comondú tuvo mayor índice de habitantes?

AV: Pues yo creo que en esa época que te dije, que era en la década de los 40's porque era cuando estaba en plena producción y tenía mucho mercado la fruta.

E: ¿En ese tiempo todavía era San José de Comondú la cabecera delegacional?

AV: Todavía era cabecera delegacional.

E: Vino perdiendo la cabecera, traspasándola a Loreto, en 1949, me parece, ¿sería así más o menos?

AV: Sí, fue a finales de la década. Por lo menos fue cuando empezó a decaer. Pero en ese tiempo también Loreto empezó a levantarse. Loreto a pesar de su historia y su riqueza pesquera con aquellos paisajes preciosos que tiene, estuvo olvidado, dormido por mucho tiempo. Y de pronto Loreto empezó a crecer, empezó a ser más importante que los otros pueblos. En ese tiempo no había partidos. Estaba el PRI, pero aquí nomás en La Paz. Allá no pintaba, ni en Loreto ni en ningún pueblo era mayoría ni minoría, no era nada. Allá había una democracia como la que sigue habiendo en Loreto. Te lo digo porque creo que el pueblo más democrático de Baja California Sur es Loreto, porque allá vota la gente por el que quiera.

E: Así es, hay antecedentes en la historia que en Loreto se dio el primer ensayo democrático de las Californias, propiciado por Salvatierra...¹¹⁹

119 Ensayo Loreto. Estela Davis, 2011. Ese mismo año de 1701, se da en Loreto el primer ensayo democrático de su historia. Salvatierra, buscando que los soldados, en medio de tantas privaciones, estuvieran más contentos, les dejó en libertad de elegir mediante el voto secreto al jefe del presidio; resultando

Pero qué bueno que tocas el tema del crecimiento de Loreto, “Vilugo”. Porque has de saber, que las primeras cuatro décadas del siglo XX no creció, se mantuvo entre 700 y tantos habitantes por década. Por ejemplo, en el año de 1910 tuvo, por decirte una cifra, 750 habitantes, la siguiente tuvo 765, la tercera tuvo 780 y cuando finalmente logró rebasar los 1000 habitantes fue precisamente en 1950.

AV: Y para entonces ya era la Delegación.

E: Eso te está dando la razón.

AV: Luego que ya entró el primer avión, que ya empezaron a llegar más barcos. Luego hicieron el primer hotel.

E: Si pues, fue en 1951, como te digo.

AV: Entonces, al crecer Loreto, fueron perdiendo mucha importancia los otros pueblitos. Además de que decayeron en su producción con la apertura del Valle de Santo Domingo, que prácticamente los absorbió y luego, al crecer Loreto fue innegable el cambio. Yo lo reconozco y estoy muy contento que así haya sido, ¿verdad? Yo no soy de los comundeños que se enojan por eso.

E: No claro, si tomas en cuenta además que a Loreto le ha costado tanto trabajo.

AV: Además te voy a decir una cosa. Oye, yo tuve una acogida tan bonita en Loreto. Te lo digo yo y no me da vergüenza, yo llegué a Loreto en un burro, y sí es verdad, llegué en un burro cuando iba a presentar mis papeles como maestro. Dejé mis petacas en *Las Parras* y me dice Lolita:¹²⁰ “¿Oye y para dónde vas tú?”, voy a trabajar en *San Ramón*, le dije, es

electo el portugués Esteban Rodríguez de Lorenzo. Este hombre que había llegado con Salvatierra en 1697, además de prestar valiosos servicios a la colonia, permaneció ahí hasta su muerte en 1746. Las viejas familias Rodríguez de Loreto, descienden de este caballero.

120 Se refiere a Lolita de los Santos, una mujer muy popular, una de las dueñas del rancho Las Parras en el camino a San Javier.

un rancho que esta por acá, enfrente de *Agua Verde*, pero arriba en la Sierra. “Óyeme no”, me dijo, “no te vayas para allá la gente es muy mala”, me dijo Lolita [risas]. ¿Pero qué tan mala puede ser?, le dije, ni modo que me maten ni nada porque nomás les voy a enseñar a leer y escribir [risas]. Entonces me dice: “Óyeme no, es que yo no quiero que te vayas para allá, ¿no sabes que yo fui novia de tu tío Alberto?”, pues no, “sí, fui novia de tu tío Alberto, lo quise mucho y dile a Carlos Cortés¹²¹ que hace unos tres días estuve en *Los Dolores*, y me puse a averiguar porque hay otros *Dolores* para acá para el sur. Dile que digo yo que ahí hay una escuelita de adobe muy bien hecha y que hay como unos veintitantos niños que no tienen maestro”. Yo ya lo que quería era irme para Loreto, pues ya había estado allá en el 48 y me gustaba. De todos modos le dije al profesor Carlos Cortés que se quedó pensando, y luego me dice: “Está bien pues, nada más que vas a ir a levantar un censo y si hay 20 niños te quedas allí” pero yo fui tan honrado que no los completé. Había 18 niños y a los 18 los apunté y así se lo presenté al profesor Cortés. A él le dio una risita y me dice “¿No habrá algunos muchachones que tengan 16 o 17 y que no sepan leer y escribir?, apúntalos también para que completes”.

E: Ay qué lindo. ¿Y sí te fuiste a Los Dolores?

AV: Sí, me fui a Los Dolores. Y como estaba cerquita de ahí pues empecé a ir a Loreto los fines de semana.

E: Y fue cuando te pusiste de novio y...

AV: Así fue.

E: ¿En qué año fue eso, Vilugo?

AV: Fue en el 51 pero te digo que me trataron muy bonito en Loreto: las muchachas, los jóvenes, la familia Garayzar trató de jalarme, Consuelo, la Chola, mi padrino Juanito.

121 Se refiere al viejo Prof. Carlos Cortés, ya finado que en ese tiempo era Inspector de Zona.

E: Por el parentesco.

AV: Mi padrino y ellos sabían que yo era de la familia.

E: Claro. ¿Tu abuela Carolina de quién era hija dices?

AV: Carolina, era pues hija de...

E: ¿De don José sería?

AV: Pues era prima hermana, no sé que era, de Juanito Garayzar.

E: Si, debió haber sido hija de don José Garayzar. Oye y había en esa época que te estás refiriendo de –digamos que de auge–, ¿en Comondú había servicios médicos, doctores?

AV: Había médicos, había un español, que me acuerdo, hubo un español y ese español después se fue a Loreto.

E: ¿No sería el Dr. Arguello? No, no, no.

AV: No me acuerdo, pero siempre había doctor en ese tiempo y ahora no hay.

E: Fíjate, lo que son las cosas.

AV: Lo que es la decadencia [risas].

E: Y al profesor Pablo Martínez, ¿lo conociste?

AV: No, no lo conocí yo pero mi familia lo conoció mucho y el profesor Pablo L. Martínez trabajó ahí en Comondú y fue novio de María del Pilar Verdugo.

E: Que era una mujer hermosísima, dicen ¿no?

AV: Muy bonita mujer, sí.

E: ¿Y es verdad esa anécdota que cuentan que cuando se enojaron él le cortó la cara para que...?

AV: Le cortó la cara para que no anduviera con otro.

E: Y que nunca volvió a tener novio María del Pilar.

AV: Nunca volvió a tener novio.

E: Qué cosas.

AV: Es más se fue a México y estuvo muchos años ahí.

E: ¿Ella?

AV: Ella. Ya después volvió a fines de los 40's, volvió a Comondú y ya se quedó allí.

E: Ya grande.

AV: Pero no sabes una anécdota de Pablo L. Martínez.

E: A ver cuéntame.

AV: Que se robó un niño.

E: No. Esa si no me la sabía.

AV: Una familia que fue de la Purísima a Comondú llevaba un niño y se lo robó Pablo L. Martínez.

E: ¿Y para qué o qué hizo con él?

AV: Se escondió en las huertas, estuvo en la cárcel, estuvo preso.

E: Y cuál fue el objetivo o la razón ¿lo sabes?

AV: Yo creo que no estaba muy bien de la cabeza. Y se fue a México, no sé cuánto tiempo estaría en la cárcel pero después se fue a México y se metió a estudiar historia en los archivos de nación, en...

E: En el Archivo General de la Nación.

AV: En el Archivo General de la Nación se metió a estudiar Historia de la Baja California. Se empapó de historia de la Baja California, toda.

E: Dicen que de poeta y loco, todos tenemos un poco, ¿verdad? Y él al fin poeta no fue la excepción porque fíjate ya por lo pronto ahí en Comondú pues dos delitos muy graves, haber desfigurado a una mujer y luego robarse a un niño, que por fortuna se lo quitaron.

AV: Se lo quitaron.

E: Por supuesto a él lo encontraron.

AV: Sí, no es muy grande ahí.

E: Sería esa soledad en que debe haber vivido porque dicen que era un hombre monstruosamente feo, ¿no?

AV: Si, la soledad, más o menos.

E: Y esa mujer de la que estuvo enamorado finalmente no lo quiso.

AV: No tuvo un hijo, no pudo tener un hijo.

E: Nunca pudo tener un hijo. Bueno, pudo ser un motivo aunque bien pudiera ser que hubiese sido pederasta, pedófilo de pasada.

AV: Pudiera ser, sí.

E: ¿Verdad? Al general Domínguez pues ya me contaste muchas cosas de él. ¿Alguna anécdota que te acuerdes del general?

AV: ¿Del general Domínguez? Pues la que me sé es muy conocida, cuentan que estando en una gira de trabajo por el norte dijo que quería conocer el Paralelo 28 y le dijeron que era una línea imaginaria, y dijo “pues yo quiero conocerla” [risas].

E: Empeñado en conocer el Paralelo 28. Sin palabras, Vilugo [risas].

AV: Sin palabras [risas].

E: Oye, eso de las clases sociales, Vilugo, ¿existían aquí?

AV: Ah sí, eran muy marcadas como en Loreto. Si acuérdate, el baile del edificio, el baile de doña Clara, el baile de los Quijano.

E: O sea, eran de primera, ¿no? Le decían en Loreto. El de segunda...

AV: Ah, era con doña Clara la de don Lucas. Y el otro...

E: El de tercera era el de la colonia Zaragoza. ¿Cómo se llamaba allá?

AV: Don Tacho Quintana. Pero lo que alababa yo en Loreto, era una cosa, que en el baile de segunda eran bien recibidos con abrazos y brindis cuando se venían los del baile de primera y llegaban a la colonia y era la misma cosa. En serio, siempre le admiré a Loreto en eso de las clases sociales que generalmente no se tomaba en cuenta, pero si había una boda, unos quince años o algo especial, la gente solita se separaba, pero no enojada. Acuérdate, eran muy amigos unos y otros pero...

E: Pero ellos sabían, yo soy de segunda, por lo tanto yo me margino ¿no?, me separo y me siento acá.

AV: Pero lo que te quiero decir es que no se fijaban, no se enojaban pues. No, no, sin comentarios nomás cada quien agarraba sus cosas y ocupaba su lugar.

E: Y el otro como era de primera, pues a ellos les tocaba el lugar principal.

AV: Pero respetaban la categoría o el estatus, no sé. Lo respetaban los demás y no se enojaban. Pasaba la fiesta y todo mundo era igual, tan amigos como siempre, muy amigables.

E: Y cuando se daban las bodas entre primera y segunda.

AV: Ah, no. Era un derroche [risas]. De amistad...

E: Deja tú, un derroche, pero siempre había uno de los cónyuges bajaba de categoría o subía no me acuerdo yo si cuando el hombre era de segunda o la mujer de primera, la mujer bajaba el estatus del hombre.

AV: Sí, cuando la mujer era de primera y el hombre de segunda, la mujer bajaba al estatus del marido y viceversa.

E: Y viceversa. Cuando el hombre era de primera y la mujer era de segunda, la mujer ascendía al estatus del marido [risas]. Increíble, ¿verdad?

AV: Cosas muy bonitas.

E: Muy bonitas. Y sobre todo pienso que sociológicamente muy interesante.

AV: Muy interesante. Y en Comondú era igual. Un baile pues en la casa de mi padrino Lorenzo en un cuarto muy grande de piso de madera me acuerdo. Y el otro allá con doña Chavala, segunda allá iba yo. Y acá en el Cardón, del otro lado del Cardón había otro baile.

E: Era el de tercera.

AV: Era el de tercera. Y todos tenían su gentecita.

E: Claro, si había las clases sociales pues sí.

AV: Y como te digo otro día era igual a todos.

E: Así es la cosa, fijate qué cosa tan simpática. ¿Las mujeres trabajaban?

AV: Trabajaban en el empaque de la fruta, por ejemplo en el zafra de higo, de dátil, de pasa, hacían cajitas de cogollo de palma, hacían unas cajitas así de 1 kilo, tejidas, así como un petatito formaban una cruz y la iban cerrando. Y luego bordaban mucho, mandaban muchos trabajos de bordado.

E: ¿Muchos, a dónde?

AV: A Santa Rosalía.

E: ¿Y eran actividades bien remuneradas?

AV: Remuneradas, desde luego. Muy bien remuneradas. Y empacaban pura fruta de primera porque en ese tiempo se seleccionaba el dátil de primera y el de segunda.

E: Como la sociedad.

AV: Como la sociedad y el de los cochis era el último.

E: El de los cochis [risas]. Para engordar a los cochis ese era el último, como decía Edward Tabor¹²² que la carne de los puercos de Loreto era excelente porque los engordaban con puros dátiles.

AV: ¿Te imaginas? Los dátiles tienen todas las vitaminas. El dátil, es la fruta perfecta, ¿lo sabías, no? Pues ya ves los árabes.

E: Parecen gente muy fuerte.

AV: Son fuertes. Leche de camella y dátil. Una vez me llevó mi mamá con el doctor Mondragón, era viejito y así estaba, fuerte y grandote.

E: El papá del famoso ortopedista.

122 El dueño del primer hotel para turistas en Loreto.

AV: Si, así es. Me llevó mi mamá para que me diera vitaminas, porque yo siempre fui muy delgadito. Y le dice “Mire, señora”, él estaba comiéndose un dátil y traía uno en la mano y tenía las cajitas de dátiles ahí a un lado, porque tenía farmacia también. “Mire señora, –dijo mostrándole el dátil– aquí tiene las vitaminas y en su pueblo, así que no le cuestan nada. Estas vitaminas son las que necesita el niño, dele muchos dátiles, en vez de darle otra comida” [risas].

E: Yo recuerdo que cuando éramos chiquitos, a la hora de comer, –mamá quiero más de esto o aquello, (cuando hacían para comer algo que no fuera lo normal, el arroz y el frijol), mi mamá nos decía: “Coman dátiles para que se acaben de llenar”. Y agarrábamos los puñados de dátiles, ¡imagínate! [risas]. Estábamos bastante fuertes y sanos, creo.

Oye, Vilugo y dejando de lado los dátiles, ¿en tu experiencia personal, pudiste advertir si había violencia contra la mujer?

AV: No, era muy respetuosa la gente, muy bonito en ese aspecto el respeto para la mujer.

E: ¿No se sabía que los hombres las maltrataran?

AV: No, qué esperanza. Tal vez en la prensa vendría alguna cosa que sucedía en México o por aquellos lugares.

E: ¿Pero aquí no?

AV: Pero aquí en el pueblo no, nunca.

E: ¿Dentro del hogar, tampoco?

AV: No, nunca.

E: Y algunas personalidades que se hayan distinguido, y que hayan salido de aquí, ya me hablabas del señor Néstor Yee, ¿verdad? Que es una persona muy importante, ¿alguien más que tú recuerdes?

AV: Pues sí, hubo otras personas aquí en el estado que figuraron dentro de puestos políticos o administrativos, pero no de gran trascendencia.

E: Ah, pues ha sido verdaderamente un placer. Alguna otra cosita que quieras agregar a esta charla.

AV: Pues que el día que salga ese libro les encargo uno. Y que tengan mucho éxito, que se informen bien, es una cosita muy pequeña mi aportación aquí pero sé que van a sacar cosas interesantes sobre todo de la historia que no conozco, como te digo, porque en el mismo caso cuando nosotros fuimos niños y jóvenes nadie le daba importancia a la cultura ni a la historia, que son parte de lo mismo. Pero yo nunca vi ese interés.

E: Saben más de la historia nacional: que Juárez, que Zaragoza, que Emiliano Zapata, que la Independencia, que la Revolución. Pero de nuestra historia regional, nada.

AV: En tercer año nos debió de haber tocado la historia de Baja California Sur pero nunca nos la dieron. Como también eran maestros de cuarto año de primaria no tenían ese conocimiento. Entonces no existía la Escuela Normal...

E: La primera fue la de San Ignacio, ¿no?

AV: San Ignacio. Pero te digo que los maestros, muy buenos maestros que iban saliendo con cuarto año de primaria, yo te garantizo que sabían más que los de prepa ahorita.

E: Sí, estoy de acuerdo contigo...

AV: Pero cómo no. Y estaban más educados y tenían buenas costumbres porque ahorita vamos mal con esas cosas de la educación sobre todo y las de las costumbres. Esas cosas de educación que no hemos...

SE ACABA LA GRABACIÓN.

Persiguiendo a El Urano

Después de leer el libro *El mar rojo de Cortés*, me quedé profundamente impresionada por ese viaje que realizara Fernando Jordán a través del Golfo de California en un bote tan pequeño. Quise saber que había ocurrido con El Urano, así se llamaba el botecito, héroe de esta odisea, me parece. Primero me comuniqué con amigos de Bahía de Los Ángeles, donde Jordán lo dejó. Ahí me informaron que durante un tiempo el bote estuvo bajo custodia en el hotel de Antero Díaz, pero que de repente desapareció y nadie recuerda que pasó con él. Después me fui a ver a mi amigo don José Petit, cuyo padre vendió el bote a Jordán. Platicué un rato con don José y luego me llevó con su hermano Lorenzo, que es en realidad el marinero de la familia y quien enseñó a navegar a Fernando Jordán.

Fue muy agradable la charla con los dos hermanos, ambos de la tercera edad, altos, fuertes y extrovertidos. Por lo mismo decidí compartirla.

E: Don José, ¿conoció usted a Fernando Jordán?

José: Sí, cómo no. Vino aquí, pero ¿qué iba a saber? no sabía nada. No sabía nada de manejar un bote.

E: ¿Quién no sabía manejar un bote don José? ¿Jordán?

José: Jordán pues, y el hermano mío fue el que lo enseñó a manejar el bote. Ya después se fue él solo con un muchacho de Todos Santos que era ingeniero y era amigo de él, ese fue su compañero... pero lo que yo le digo va a ser más errático, porque aunque yo viví esos tiempos, el que le enseñó a navegar fue mi hermano...

E: ¿Quién construyó ese botecito, su papá?

José: Lo reconstruyó más bien, porque usted sabe que los marinos de antes eran carpinteros y todo sabían hacer. Ese bote estuvo mucho tiempo, por años, por años estuvo metido ahí en un solar donde vivía un señor que se apellidaba Durán, pegado anca el Cocol Allison, ahí estaba el bote metido en la sombra. Este Sr. Durán era compadre de mi papá y un día que andaba por ahí en el muelle este señor le dijo “oye Pepe, le dijo, ahí tengo un bote, te lo voy a regalar, nomás que tú lo reparas”. “Lo voy a ir a ver le dijo mi papá. En un camión se lo llevó, estaba viejón pero todavía tenía la forma... nosotros en todas las carreras que había metíamos el bote, pero era mucho bote para cualquier canoa de por aquí, era muy ligero El Urano y el que lo manejó más fue el Toño, porque yo era un chamaco y ya estaba trabajando.

E: ¿Quién es el Toño?

José: Un hermano mío, Lorenzo se llama. Él fue el que le enseñó a navegar a Jordán, pero él fue el intrépido y por eso se fue hasta allá.

E: Don José, no me ha dicho quién construyó ese bote.

José: El señor Durán, él fue el que lo construyó, así se apellidaba.

E: ¿No se acuerda del nombre?

José: Durán era el apellido, no, no me acuerdo del nombre.

E: Yo sé que hay diferentes tipos de embarcaciones que funcionan para distintos propósitos, en el caso del Urano, ¿cuál era el objetivo?, ¿servía para pescar, para navegar?

José: Ahorita no le voy a dar explicaciones correctas, porque no las recuerdo...

E: Y por mi parte no sé nada de botes...

José: Era para navegar aquí en la bahía, para pasearse, pero podía salir afuera, a las islas porque era de vela y muy buen bote. Era muy seguro, muy ligero no se podía voltear fácilmente.

E: ¿Cuántas personas cabían en el bote, qué capacidad tenía?

José: En el botecito pueden haber cabido fácilmente unas doce personas, todo depende del peso, 10 ó 12 personas.

E: ¿Tenía cubierta?

José: No, no tenía cubierta, era un bote chico, abierto, no tenía cubierta.

E: ¿Cuánto mediría?, ¿unos seis metros?

José: Más o menos, era como de aquí a allá... señalando un árbol. El Toño es el que sabe todo eso, si quiere la llevo para allá con él. Al cabo está solo ahorita.

E: Bueno, don José, vamos, por mi parte, encantada.

Rápidamente nos trasladamos a la casa de don Lorenzo Petit Meléndrez, para que nos platicara más acerca del Urano, con mejor conocimiento de causa, ya que como bien dijo don José, fue él quien enseñó a navegar a Fernando Jordán para que realizara la travesía a través del *Mar Roxo de Cortés*.

E: Cuénteme lo que sepa de esta historia, Lorenzo, por favor.

Lorenzo: El interés de Fernando Jordán era el de comprar ese botecito de nombre El Urano.

E: ¿Por qué ese botecito precisamente?

Lorenzo: Porque era chico era un bote de 14 pies.

E: ¿De eslorá?

Lorenzo: Sí, de eslorá. Era un bote de una vela, la mayor que le decíamos, y la trinquetilla, de dos velitas, una en la parte de proa y otra de medio barquito para atrás. Jordán vino con el interés de hacer el viaje por el golfo, según le platicó a mi papá.

E: Perdón ¿quién era su papá y a qué se dedicaba?

Lorenzo: Mi papá era capitán de barco, capitán precisamente del Viosca, (al mismo tiempo me muestra una fotografía de José Petit, su padre, parado en el puente de mando del Viosca y una pequeña escultura de madera del mismo barco, aquel que muchos sudcalifornianos viejos recordamos con cariño). Entonces el trató de comprarle El Urano a mi papá, mi papá le dijo “con mucho gusto te lo vendo”, y Fernando Jordán le dijo: pero yo tengo el interés de que usted me enseñe a navegar, porque de eso Jordán no sabía nada (Lorenzo se ríe a carcajadas) mi papá le respondió “bueno, pero para lo que es manejar la embarcacioncita, ahí tengo un hijo que lo sabe manejar muy bien”. Ese era yo. “Bueno, encantado dijo Jordán, entonces que me lleve su hijo”. Y efectivamente otro día lo empecé a enseñar: Cómo se llama esta vela, cómo se llama esta otra, cómo se llama la parte donde sube al palo, la botavara, el peco, la driza, esto se llama guacalón, todo lo que conformaba el barquito. Salíamos a la isla (Espíritu Santo) a veces no llegábamos porque no nos alcanzaba el día.

E: ¿Por qué no les alcanzaba el día?

Lorenzo: Sí, porque realmente aquí en la bahía sí podía decirle como iba a navegar. Mire ahorita está acá el viento del suroeste, lo que uno llama el Coromuel aquí, si vamos a salir para afuera un poquito, pues tiene que llevar la vela haciendo casi una escuadra, un ángulo recto, eso le llamamos nosotros en popa.

E: ¿Llevar viento en popa?

Lorenzo: Sí, viento en popa, por atrás por decirlo de alguna manera. Cuando se tiene la vela un poco casada, digamos a unos 45 grados ya es de bolina o de la vuelta. Cuando le flamea la vela, entonces le da usted más timón para que la vela se llene de viento que no flamee para que la embarcación ande más o corra más. Bueno, era todo lo que le tenía que decir yo: la corriente ahorita está para dentro de la bahía, ahorita está para afuera, cuando tenga el viento en contra se tiene que venir en zigzag, porque va de bolina.

E: Me parece que toda esa terminología que usted le enseñó la utiliza Jordán en el libro que escribió sobre ese viaje, o sea que se la aprendió muy bien y tuvo muy buen maestro.

Lorenzo: Exactamente. Por ejemplo si el viento es de acá de afuera del norte y va tratar de salir entonces tiene que ir al zigzag, de bolina pues, porque el viento se aprovecha mucho cuando es de popa, cuando viene el viento en popa ¡va para afuera! y cuando el viento es de proa lo detiene.

E: ¿Jordán no llevaba un motor de gasolina?

Lorenzo: Al principio, aquí en la bahía no, pero después ya cuando ya salió si le metió un motor portátil, fuera de borda.

E: Ahora se lo voy a preguntar a usted ¿de dónde salió El Urano? ¿Quién lo hizo, cuál fue su origen?

Lorenzo: Lo hizo un compadre de mi papá. Cuando mi papá lo compró era casi el puro carcaje, las puras costillas, y poco a poco lo fue armando hasta que lo reconstruyó.

E: ¿Qué edad tendría su papá ahora, en qué año nació?

Lorenzo: Nació en 1700...

E: No puede ser, debe haber sido en 1800 y tantos...

Lorenzo: Así es, fue en 1874.

E: ¿De qué edad murió o en qué año?

Lorenzo: En 1964, de noventa años pasaditos [lo dice mostrándome otra vez la foto, donde don José Petit luce su gallardía y elevada estatura].

Interviene don José para decir, “lo interesante de esta gente de antes, es que eran extremadamente honrados, hombres muy dignos y muy honrados. Enseñaban a la gente, querían mucho a sus hijos y los enseñaban a ser honrados y trabajadores.

E: ¿Hasta qué edad navegó su papá?

Lorenzo: Navegó 45 años, cuando él tenía 70 años dejó de navegar.

E: ¿Recuerda usted en qué fecha compró su papá ese barquito?

Lorenzo: Fue por los años 50 creo, yo estaba chamaco todavía. Nací el 34, pero el mero 10 de mayo.

E: ¿Qué pasó con el bote después de que Jordán lo compró?, me refiero a antes de hacer el viaje.

Lorenzo: Cuando Jordán compró el botecito lo mandó a reformar un poquito ahí con Abaroa, o sea a ponerle camarotitos, le hizo una especie

de castillito para abrigarse, para defenderse de las aguas, era como una casetita o algo así. Lo reformaron ahí con Abaroa.

E: ¿Ahí llevaban todo, cámaras, comida y equipaje?

Lorenzo: Si, pues, yo creo que hasta la máquina de escribir, para que no se le mojará, pues ya ve que él escribía.

E: Según dice en su libro, Jordán dejó ese barco en Bahía de los Ángeles.

Lorenzo: Él iba a recorrer hasta cerrar el golfo y darse la vuelta por la costa de Sonora, y creo que fondeó en Bahía de los Ángeles con la marea subida, pero como allí baja mucho la marea, cuando bajó el agua empezó a golpear el casco hasta que lo desfondó, entonces él dijo “hasta aquí llegué” y lo dejó en Bahía de los Ángeles.

Pero la condición que había en el convenio de compra era que él iba a hacer su viaje y luego le regresaría el bote a mi papá. Así que mi papá lo rescató y se lo trajeron en el Viosca.

E: ¡Pero como así!, ¿no se quedó en bahía de los Ángeles?

Lorenzo: No, se quedó unos días nada más y luego se lo trajeron.

Don José interviene nuevamente para aportar lo que sabe del asunto:

Don José: Jordán dejó el bote en Bahía de los Ángeles porque en realidad hasta ahí quería llegar y nada más. Su idea era escribir un artículo que se llamaría “Un reto al mar”, entonces ahí quedó el bote y mandó una carta a su papá, con el mayor Abente, dándole las gracias y diciéndole que el bote había llegado limpiécito y estaba en perfectas condiciones, que hiciera lo posible por rescatarlo, pues era de su propiedad, y se fue.

Nosotros somos descendientes de marinos, teníamos un primo hermano en Santa Rosalía que navegaba en barcos pesqueros, Juanito Petit se llamaba, él andaba pescando tiburón, y mi papá le escribió contándole lo del bote y él le respondió que no se mortificara, que él se lo iba a traer.

Lo trajo a Santa Rosalía y ahí quedó; ya estando ahí mi papá habló con Rivera, el capitán que lo sucedió en el Viosca, y él se lo trajo de Santa Rosalía a La Paz en el Viosca.

E: ¿Cómo así! ¿Y dónde está El Urano? ¿Qué pasó con él?

Lorenzo: Ahí se quedó tirado hasta que se despedazó.

E: ¿Pero cómo es posible? ¿Por qué...?

José: No, no, no, mire, el bote se fondeó. Ahí estaba fondeado y era visto como un héroe, la gente lo admiraba, pasaba y decía “mira ese barquito, así como lo ves de chiquito, hizo un recorrido por el golfo hasta el norte”. Pero un día cayó un noroeste muy fuerte y el bote se guerrió, es como barrerse y ahí estuvo golpeándose ¡pas, pas y pas! Hasta que se varó y le fueron a avisar a mi papá que estaba varado. Mi papá fue a querer rescatarlo. No sé quien le fue a ayudar, pero en eso se sintió mal y tuvieron que llamar al doctor Plike y es que la presión se le había subido a más de 400, el caso es que, para no hacerle la historia larga, al final ya nos trajimos solamente las piezas del barco. Ahí lo tuvimos años debajo de los pinos. La curva, la proa, por cierto que el timón se lo llevó Enrique Peña para escribir un artículo sobre el bote. Este Peña era historiador y escribió varios artículos.

E: ¿De qué madera era el bote?

Lorenzo: Yo creo que era pino, pero después se le metió madera de mezquite. Era muy ligero para navegar, todas las carreras que organizaba la palomilla las ganaba El Urano, pues antes aquí era puro velero, no había embarcaciones de motor.

E: Cuénteme, cuándo dice palomilla a qué personas se refiere, ¿quiénes integraban la palomilla?

Lorenzo: La palomilla la formaban Loreto y Leonel Amador, los Jordanes del Manglito, ellos salían en sus canoas y yo en El Urano, y casi siempre les ganaba. ¡Era muy ligero!

E: ¿De modo que El Urano nació y murió en La Paz...?

José: Sí, por cierto, Enrique Peña se llevó el timón, para adornar un artículo sobre El Urano. Él era un historiador de Baja California y escribió varios artículos sobre El Urano.

Lorenzo: Fíjese que nosotros siempre hemos criticado mucho que el día de la marina aquí solamente se celebra a los de la armada, pero de los marinos de aquí, que fueron tantos, ni quien se acuerde. Fíjese que mi papá fue 45 años el capitán del Viosca que era un barco de Mr. Nahl de la tenería de la suela Viosca. Ese barco viajaba hasta las costas de Guatemala, Salina Cruz, Manzanillo y desde allá se traía las pieles de todo el país. Este barco lo trajo mi papá de los Estados Unidos en 1927. Lo trajo de Oakland en la bahía de San Francisco.

Me voy con don José para mandar hacer una réplica de la foto de su padre, don José Petit. Me despido de estos caballeros, agradeciéndoles que me contaran la hermosa historia de El Urano, el gran buque que condujo a Fernando Jordán a través del Golfo de California, para escribir uno de los libros más apasionantes que he leído: *El mar rojo de Cortés*.

Actualmente, 2016, los hermanos Petit, han fallecido.

Johana

Era domingo, observaba a una joven que vendía muñecos de peluche en el parque, frente a la iglesia donde voy a misa. Su alegre desparpajo, su forma de vestir y un arete en la nariz, me llevaron a proponerle una plática para “La Mala Mujer”, como una forma de abrir el espacio al pensamiento de los y las jóvenes. Su reacción inmediata fue palmotear y gritar: “¡Ay sí! ¡Entrevísteme! ¡Le voy a contar muchas cosas de mi pasado!”

Me reí con ganas. ¿Qué pasado podría contar una chica de su edad? “¿Oyeron todos?, ¡me van a entrevistar!” Parloteaba...

A su consideración, la plática que Ana y yo sostuvimos con Johana en un café donde había una televisión encendida. Frenética admiradora de Britney Spears, pero le disgusta que su novio sea admirador de Shakira, de quien dice ni siquiera sabe cocinar, ni hacer café, ni lavar ni planchar.

Tuvimos que editar nuestras intervenciones para acortar esta charla y por la edad de Johana, proteger lo más posible, su identidad.

J: Me llamo Johana, nací en 1985 a las doce del día. Tengo 16 años, los acabo de cumplir. A mí me hubiera gustado terminar la escuela, pues, hacer la secundaria, para hacer algo, pero ya después... me sacaron de la escuela.

E: ¿Por qué?

J: Porque nos íbamos a cambiar a otra casa, ahí donde vivimos ahorita, y ya pues me quedé en cuarto. Entonces yo solita me fui a apuntar a la Escuela Fernando Jordán. Casi un año estuve estudiando ahí y ya después me salí, pero no pedí la boleta.

E: ¿Tú quisiste salirte?

J: No, pues ya ves los problemas. Ya ves que piden las cuotas, los cuadernos y todo. No tenía dinero, pues. Luego que los zapatos y que esto y que lo otro.

E: Los uniformes y todo lo demás...

J: Si, pues, y luego una vez quemé la falda con la plancha y no tenía dinero para comprarme otra y todo eso. Pero ya me acabo de meter a la Vicente Guerrero.

E: ¿Para terminar la primaria? ¿En qué año te inscribiste? ¿En quinto?

J: No, porque no tenía boleta, a ver en qué año me meten.

E: ¿Te hicieron examen?

J: No, no me van a hacer examen. Pero me dieron unos libros, de la familia y todo eso, para que los estudie. Como no tengo la boleta, pues...

E: Sé honesta, ¿de veras tienes ganas de estudiar?

J: Sí, sí quiero estudiar.

E: ¡Claro! Al menos lo elemental, primaria y secundaria. Creo que es lo mínimo que te exigen en un trabajo, e incluso la prepa, creo... porque está también la escuela para adultos, ¡pero tú no lo eres todavía! ¿No trabajas?

J: No y yo quisiera buscar un trabajo. No quiero estar en mi casa, pues, porque me aburro.

E: ¿Quieres trabajar porque te aburres o por otro motivo?

J: ¡Porque me aburro! Aunque ya no me voy a aburrir tanto, porque a la escuela voy a entrar a las seis y salir a las siete y de ahí me voy a ir a aeróbicos; a unas clases que me va a dar una maestra y voy a entrar a las ocho y salir a las nueve y ya voy a tener en que entretenerme.

E: ¿A la escuela nada más vas a ir una hora? ¿Por qué? ¿Es escuela nocturna?

J: No sé, así es yo creo...

E: ¿Es nocturna, entonces?

J: Sí, yo creo que sí.

E: Yo te conocí trabajando, vendiendo muñecos de peluche... ¿Eso no lo consideras trabajo?

J: Es que eso no se me hace trabajo... Lo hago por ayudarle a mi mamá.

E: ¿Son muñecos nuevos o son de segunda?

J: Son de segunda y algunos nuevos que hace mi mamá. Los sábados ella se va a comprarlos a la segunda del Mezquitito y el domingo los llevamos a vender allá.

E: ¿Y el arete de la nariz?, ¿qué pasó con él?

J: Me lo quité. Es que a mi mamá no le gusta que me ponga arete en la nariz.

E: ¿Sabe que lo usas?

J: Sí, sí sabe, pero, ¡ay! No me lo pongo delante de ella.

E: ¿Y tu papá, qué te dice?

J: Nada, no, mi papá no dice nada. Nomás se queda callado.

E: ¿Y por qué te lo pusiste?

J: Es que como yo, o sea, ya ves que cuando vino..., el tianguis. Ahí te estaban cobrando cinco pesos por el arete y diez por ponértelo. Me metieron una aguja en la nariz, ¡ay! Un lloradero. Verá agárrese la nariz de aquí y le duele.

E: ¿Y por qué querías usar arete?

J: Nomás, porque veo a mis amigas, pues. Como tengo unas amigas que son medio locas y se drogan y todo eso.

E: ¿Y tú, no te drogas?

J: No, yo no.

E: ¿Nunca te has drogado?

J: Le voy a ser sincera, ¿eh? Sí, a veces, cuando me sentía triste. A veces me escapaba de mi casa, pues, porque sentía que no me querían, y sí, me escapaba, pues. Pero me empezaron a llevar a unas pláticas y ya me empezó a gustar ir a las pláticas y no, ya no me drogo ahorita.

E: ¿Por cuántos días te ibas de tu casa?

J: No, pues como dos semanas. Me buscaban los policías, los judiciales me andaban buscando. Traían fotos mías.

E: ¿Y con quién te ibas?

J: Con unas amigas del panteón...

E: ¿Qué más hacían?

J: Nada, a veces ya que nos juntábamos, muchas chamacas nos reuníamos, pues. Unas se iban con su dinero y otras iban a su casa por ropa y así.

E: ¿Qué drogas usaban?

J: Este..., pues, la... la mariguana.

E: ¿Y cómo la conseguían?

J: Con un muchacho que vendía arriba.

E: ¿En cuánto te salía un cigarro, por ejemplo?

J: No, es un veinte. Así se le dice, un veinte. Y nosotros la enrollamos en canalla.

E: ¿Qué es eso?

J: Enrollarla en papel de cigarro. O también le sacas el tabaco a un cigarro con mucho cuidadito y le metes la mariguana. Pero ya no me junto con ellas, porque todas ellas están en el tutelar. Imagínate si me siguiera juntando con ellas todavía, ¿dónde estaría? ¡En el tutelar!

E: ¿Y por qué están en el tutelar?

J: Porque se pelean, porque las corren sus mamás, y otras porque se drogan o porque las encuentran drogándose en la calle. Por eso se las han llevado... Y está muy mal todo eso, ¿verdad? Imagínese.

E: Dímelo tú, ¿tú qué piensas de eso?

J: Bueno, pues yo pensaba que era fácil, que, este, que iba a agarrar mucha diversión, pero no. Primero, primero, sí se ve que es diversión, pero luego ya no... Pues porque, porque luego ya no tienes con que comprarla.

E: ¿Se convierte en una adicción rápidamente?

J: Sí, bien rápido. También depende como tenga uno la mentalidad de la persona, pues. Si le gusta mucho o si le gusta cualquier cosa, depende como sea la persona.

E: ¿Y en tu caso, te habituaste rápido?

J: Sí, yo sí. Por ejemplo: una vez fumé mariguana y me gustó y después no me podía sacar de eso hasta que yo misma me dije: ¡no, no, no, estoy muy mal! Yo solita agarré la onda y dije ya no. Ya después fui con un padre y me confesé. Él me estaba ayudando.

E: ¿Y las pláticas?

J: Sí, también.

E: Así que tus compañeras están en el tutelar...

J: Sí, y las que no, andan en Los Cabos, otra tuvo un hijo y otras se andan prostituyendo.

E: ¿Y tú, has tenido relaciones íntimas con alguien?

J: Sí, con un muchacho, pero ya no. Ahorita tengo novio, pero en otro plan. Por ejemplo, yo antes, cuando me drogaba, tenía un novio que se drogaba y andaba todo tatuado y todo eso, pues, luego llegó otro muchacho que me gustó mucho y él me ayudó. Por él cambié, porque él hablaba conmigo y me decía que me quería y yo, como una vez me engañaron... Yo decía, ¡no existe el amor! Y ya me fui enamorando de él y me hizo cambiar. Él va a mi casa, me quiere mucho y me ayuda. Él me hizo cambiar. Él trabaja en un restaurante. Es muy trabajador.

E: ¿Están pensando en matrimonio?

J: No, es que yo estoy muy chica y él también, apenas me lleva cuatro años. Tiene 21.

E: Los dos son muy jóvenes.

J: Pero es muy lindo. Yo lo quiero mucho. No me gustaría perderlo. Vamos al parque, me lleva a su casa y así.

E: Esas muchachas con las que te juntabas, ¿cómo las conociste?

J: A una la conocí en la escuela, a otra en el parque, otra en la calle y así...

E: ¿Qué música te gusta?

J: Me gusta la música disco...

E: ¿Y la grupera?

J: No, casi no, es muy raro. Me gusta mucho Selena, ¡me encanta!, pero ya se murió. Me gustan mucho Shakira y Britney Spears, y sí, es lo que me gusta. La música grupera casi no me gusta. Me gustan más las canciones en inglés, aunque no les entiendo, pero me gustan. Porque algunas se oyen muy tristes y a mí me gustan mucho las canciones tristes, no sé...

E: ¿Por qué te gusta la música triste?

J: No sé, escucho las canciones en el radio y se me hacen tristes y me gustan, no sé por qué. Me hacen llorar... Soy muy sentimental yo, pues. Soy muy enamorada.

E: ¿Enamorada? ¿Qué significa ser muy enamorada?

J: No, pues..., cuando conozco a un muchacho, no me fijo si es guapo, ni en su cara o en su físico. Por ejemplo yo me fijo como trata a las personas, como sea él, si dice cosas lindas. Hay que saber cómo se expresa un muchacho para saber si te gusta. Claro, si es grosero por supuesto que no. Es lo primerito en que me fijo en un hombre, y ya, con eso tiene para enamorarme.

E: Te importa más su modo de ser, que sea atento y dulce...

J: Exactamente. Imagínate, soy del signo sagitario...

E: ¿Platícame de tu infancia? ¿Cómo fue tu vida, la relación con tus padres?

J: Yo viví, ¿cómo te diré? Era muy alegre, muy feliz. Cuando era chiquita yo era muy dulce. Por ejemplo: yo veía una muchachita que me daba lástima y le regalaba una muñeca o cosas así. Era muy feliz. Ya fui creciendo y me di cuenta cómo era la vida y ya me fui poniendo triste. No es igual cuando has pasado por momentos en la vida y que ya estás grande..., ya no puede ser igual.

E: Cuando dices que te volviste triste al darte cuenta como es la vida, dime, para ti ¿cómo es la vida?

J: La vida es muy bonita, pero hay que saberla disfrutar, con quién, cómo, cuándo y dónde.

E: ¿Qué te hace pensar que la vida es triste?

J: Pues mira, por ejemplo: ver a mis amigas como se drogaban. Ellas, ¿cómo te diré yo? Dicen quiero esto, quiero lo otro, entonces lo pueden tener, es cuestión que ellas quieran. Me di cuenta que no se puede tener todo. Se puede tener poquito, pero sabiendo. Por ejemplo, a mi me gustaría tener muchas cosas, pero no puedo. Se necesita mucho, mucho valor y, aparte de valor, muchas cosas ¿verdad? y...

E: ¿Disciplina, tal vez? ¿Qué quisieras tú?

J: Me gustaría aprender inglés, ir a la escuela, estudiar, estudiar mucho. Quiero hacer una carrera, diseño de modas, ser modelo tal vez... Hacer una carrera, porque me gustan mucho los artistas y los veo y les veo la ropa y más o menos me figuro la ropa...

E: ¿Cómo piensas conseguir todo eso?

J: Estudiando mucho y teniendo empeño en lo que quieres.

E: ¿Qué más te gustaría hacer?

J: ¡Artista! ¡Ay, artista! Porque si fuera artista iba a componer canciones, y iba a ser natural si fuera artista, no creas que así como la (...) como otras.

Iba a ser muy natural si fuera artista. Iba a querer mucho al público. Así como a mí me gustan mucho las artistas así me iba a gustar que me quisieran mucho a mí.

E: ¿Quieres ser cantante o actriz? ¿Cantas bien?

J: Cantante. Pero, ¡ay señora! No, no canto.

E: Si no cantas, ¿cómo es que quieres ser cantante?

J: Cuando era chiquita cantaba como Shakira. Pero ya no tengo la voz como Shakira, pero sí la imitaba. Ahora me cae mal.

E: ¿Por qué te disgusta Shakira, ahora?

J: No me disgusta, lo que pasa es que me encelo, porque a mi novio le encanta Shakira. Pero sí me gusta mucho como canta y es muy bonita.

E: ¿Cuáles son tus planes entonces?

J: Pues yo tengo planes de estudiar, ¡voy a estudiar y voy a estudiar! ¡Y claro! Quiero estar delgada. Bueno, quiero hacer aeróbicos y todo eso para estar delgada.

E: Te veo muy delgada. ¿Por qué te preocupa tanto?

J: Es que mire, le voy a decir una cosa. Yo vivo frustrada, veo a Britney y a Shakira con una cinturita y tienen un cuerpazo y me veo yo, pues, y digo: ¡ay yo estoy muy gorda! Y de hecho yo estaba provocándome el vómito para adelgazar.

E: ¿Tenías bulimia? ¿Sabes que esa es una enfermedad muy grave que puede matarte? Actualmente está considerada como un problema de salud a nivel mundial, que ataca principalmente a las adolescentes.

J: Una vez me desmayé en el baño y me asusté, pues, y me desperté y me dolía mucho el pecho no podía ni comer, y dejé de hacer eso, me decían los doctores que es muy malo.

E: No es la manera de adelgazar. ¿Por qué no estás conforme como eres?

J: Mire usted, la verdad yo no estoy conforme con mi vida. No me conformo con lo que Dios me dio.

E: ¿Cómo es la situación en tu casa? ¿Tu papá, tu mamá, son buenos padres?

J: Pues sí, mi mamá es muy regañona, pero me aconseja mucho y me cuida. Mis hermanos también. Ya ves como son los hermanos de rebeldes, te regañan a veces. Pero sí me llevo bien con ellos.

E: ¿Tienes hermanos mayores?

J: No, yo soy la más grande. Uno tiene doce, otro once y la más chiquita cuatro años.

E: ¿Te regaña tu hermano de doce?

J: Sí, me regaña: ¡Ana! ¡No te pongas a bailar!... ¡¡Mira, Shakira!! –Exclama de repente viendo la TV–, ¡¡ese comercial me encanta!!

E: ¿Cuánto tiempo hace que tuviste bulimia?

J: Hace como un mes.

E: ¿Sabes lo peligroso que es eso? ¿Segura que estás consciente de lo grave que es? ¿Sabes que las muchachas se mueren a cada rato por eso?

J: Es que yo no sabía nada de esto.

E: ¿Te llevó tu mamá con el doctor?

J: Sí, me llevó una vez y le dijo que yo me provocaba el vómito para adelgazar, y él me dijo que no lo hiciera porque era muy malo.

E: Quisiera insistir contigo y pedirte que no lo hagas.

J: A mí me gustaría no haber crecido. Quedarme niña, porque... como los grandes..., yo no sabía nada. Lo único que sabía es que me gustaba mucho jugar. Me gustaba mucho..., no sé, yo, ¿cómo le diré? Era muy linda, pues. Me gustaba mucho confiarme en mí misma, pero ahora yo no confío en mí misma. No creo en mí, no creo en mí. Yo no puedo ser feliz por algo... ¿Cómo le diré? La felicidad no me sale del corazón, soy feliz por fuera, pero por dentro no. No voy a poder ser feliz.

E: ¿Por qué?

J: No sé, ni yo misma me lo explico, pero se lo digo que no soy feliz, yo...

E: A qué atribuyes tu infelicidad..., ¿no te gusta ser pobre?, ¿ser morena?, en fin, ¿cuál crees que es el problema?

J: No sé, por eso le digo que yo tampoco..., no sé ¿cómo le diré?... también tiene que ver algo la pobreza.

E: ¿En qué aspecto?

J: Dijera ¿cómo le diré?, dijera, ¿cómo le diré? O sea, tuviera un poquito más y me iba a conformar. Por ejemplo que yo fuera a la escuela y me iba a conformar. Por ejemplo, yo no me conformo como soy, no.

E: Esa inconformidad, deberías aceptarla y usarla para superarte, no para destruirte. Eres una muchacha maravillosa. Por eso estamos aquí charlando contigo, para conocerte y saber cómo piensas. Dices que tu felicidad es externa..., ¿qué más hay por dentro?

J: Pues sí, pero, ¿cómo le diré?

E: ¿Has prostituido?

J: No, eso no. Mire, lo bueno es que nunca me he prostituido, y mire le voy a decir una cosa. El señor que está con mi mamá, no es mi papá. Es mi padrastro.

E: ¿Cómo te llevas con él?

J: Pues mira, él nunca me ha tratado de violar ni me ha tratado de poner una mano encima, pero sí me regaña a cada rato y me desprecia, y a mí no me gusta que me desprecien, porque como él es güero y mis hermanos son güeros, me dice cosas...

E: ¿Qué cosas te dice?

J: Que cómo no me largo de esa casa, que serían más felices sin mí, que mejor no hubiera nacido y que esto y que lo otro. Y como esa casa es de mi abuelito, del papá de mi mamá. No me tengo que ir de esa casa, porque es de mi abuelito. ¡Qué se vaya él!, ¿verdad? No tengo por qué irme. Y como mis hermanos ven que mi papá me dice de cosas, ellos también me dicen de cosas y por eso es que casi no me llevo bien con ellos. Y a veces quisiera irme de mi casa, pero no, voy a aguantar todo hasta que sea grande y pueda hacer mi vida.

E: ¿Cómo podrías hacer tu vida?

J: Yéndome de mi casa, como le digo, seguir estudiando –suspira hondo– y pues..., no sé... Ya ve que cada día uno aprende cosas de la vida. ¡Todos los días! No hay un día en que no aprendas algo. Algo tienes que aprender ¿verdad? Pues yo me pondría a trabajar..., estudiar...

E: ¿Trabajar en qué?

J: Pues, por ejemplo en una tienda, hay varias formas de trabajar.

E: Sólo que para trabajar en una tienda necesitas tener el certificado de primaria, de secundaria, creo que incluso el de prepa. ¿Tú qué crees?

J: Pues sí, no me siento bien. Así como estoy viviendo, no me siento bien.

E: ¿Qué haces en la semana? Descríbenos un día de tu vida.

J: Me levanto, hago mi quehacer. Barrer el patio, limpiar el cuarto donde duermo con mis hermanos, lavar los trastes, y luego me acuesto y a puro pensar. Me la paso pensando y me enfado de estar en mi casa viendo las mismas caras. Me levanto y me salgo. Le hablo a mi novio para que vaya a mi casa. “No puedo”, me dice, y me enoja con él. Porque está trabajando y me encelo, se me figura que no quiere ir. ¿Usted se imagina, ese momento? Me encelo, ¿usted cree? y cuando me encelo y además, cuando me regaña mi mamá en ese momento. Entonces quisiera matarme. Una vez estaba a punto de cortarme las venas. ¡Mire! –Dice mostrando unas pequeñas cicatrices en sus brazos.

E: Sí, veo las cicatrices, ¿qué edad tenías cuando lo intentaste?

J: Tenía 16 años, cumpliendo los 16.

E: ¿Hace apenas dos meses?

J: Me sentía muy mal, no sé cómo le diré. A veces me entran nervios, no sé. ¡Nervios me entran! Se me vienen muchas cosas a la cabeza. Muchas ideas, no sé y todo eso, pues.

E: Entonces esa muchacha alegre, llena de vitalidad y alegría que yo conocí, no existe, ¿es falsa esa alegría?

J: Nooo, sí soy alegre, pero no sé. No sé como perdí esa alegría. A mí me regañaban y me daba igual y yo quiero recuperar a esa Johana de antes, quiero recuperarla y la voy a recuperar. A veces me digo yo: ¡no me voy a enojar!, ¡no me voy a enojar! Es que también soy muy enojona, pues. Digo, ¡no me voy a enojar! Me voy a llevar bien con mi mamá, con mis hermanos, pero no es así, pues. Y he tratado de...

E: ¿Sufriste alguna violación?

J: No, –responde sin énfasis.

E: ¿Segura?

J: Segura.

E: ¿Piensas que llamas la atención de los hombres?

J: No, yo creo que no les llamo la atención.

E: Pero tú tratas de llamar la atención.

J: A los hombres no, pero a mi novio sí.

E: Pero yo te vi vestida con un pantalón muy pegadito, enseñando panza y ombligo, muy arreglada, y con arete en la nariz.

J: Sí, y me vio con unos taconsotes, lucecitas y estaba pintada y todo, ese día. Pero yo me visto así, porque me gusta vestirme así, porque es la moda, porque me gusta.

E: ¿Cuánto hace que dejaste la mariguana?

J: ¿La mariguana? Hace como un año.

E: O sea que empezaste a los 13 ó 14... ¿Duraste un año drogándote?

J: Sí, y mi mamá no lo sabe ¿eh? No lo sabe, pero si sabe que me escapaba.

E: Y tu padrastro que decía.

J: Me buscaba. O sea que me quiere, pues, a su modo.

E: ¿Qué es a su modo?

J: O sea que me busca, que... Si me cuida y me dice que me debo portar bien, pues, y me aconseja que no me salga de la casa. De ese modo, me quiere.

E: Pero tú me acabas de decir que él te corre de la casa y que todos van a ser más felices sin ti...

J: Si ajá, por eso digo que me quiere a su modo.

E: Mira, nosotras no queremos decir muchas cosas. Nos interesa más que tú hables, que nos cuentes cuál es tu percepción de la vida, tus inquietudes. Sólo quisiera decirte algo. Tienes que aprender a quererte y a respetarte, pues en la medida que tú te quieras y te respetes, vas a lograr que el cariño y el respeto de los demás. Muchas de las cosas que te pasan son naturales. Yo a tu edad, también quería ser artista..., Ana quería ser princesa.

J: Es que cuando uno es joven, vive en un mundo de ilusiones ¿verdad?, y piensas que todo el mundo es color de rosa.

E: ¿Alguna muchacha que tu conozcas, común y corriente a la que quisieras parecerte, tener esa vida...?

J: La hija del patrón de mi papá. Esa muchacha es muy buena, muy dulce. Esa muchacha me regala ropa a la moda y me aconseja. Es muy bonita y sencilla, y me gustaría ser como ella. Ella estudió y terminó su preparatoria en la Gandhi. Es una muchacha muy noble muy sencilla. Es rica y es para que fuera presumida, pero no, es muy buena y sencillita, no se sabe vestir casi. No se crea, ella también sufrió mucho, porque cuando era chica eran muy pobres y poco a poco se fueron levantando. Era para que ella se hubiera creído mucho, pero no. A mí me hubiera gustado tener parecido con ella.

E: ¿Piensas que ser pobre es un motivo para no ser feliz, para despreciarte? ¿Lo consideras un estigma o un complejo?

J: A mí sí me gusta ser pobre, pero no tener necesidad ¿me entiendes? Por ejemplo. Tener necesidad de dinero para comprarme esto, para poder hacer esto, no tengo. Me gusta ser sencilla y natural. Imagínese si tuviera dinero, si tuvieran dinero mis papás. Yo no me iba a creer, al contrario si

conociera una amiga la iba a ayudar, yo no me iba a creer. Me gusta ser pobre, me siento bien, pero a veces necesito ropa y cosas que me gustaría comprarme, y ni modo, me aguanto.

E: ¿Por qué no estudiaste la primaria?, ¿por qué no te apuntaste?

J: No sé, mi mamá. No sé en qué mundo vive mi mamá. Me sacaba de la escuela, me metía, y así estaba nomás. Parecía que estábamos jugando a las escondidas.

E: ¿Te portabas mal en la escuela?

J: Pues, sí. Pero un año nada más me estuve portando mal. Pero ya después estuve bien. Mis hermanos también...

E: ¿No aprovechabas? ¿Tenías malas calificaciones?

J: No, era muy inteligente. En primer año pasé muy bien en la escuela. Pero, las maestras..., las calificaciones... Ya ves que cuando eres niño te distraes con cualquier cosa.

E: ¿A qué edad llegaste al cuarto año? ¿Ya estabas con problemas de la adolescencia? ¿Ya reglabas?

J: No, reglé hasta los trece años.

E: ¿Qué te gusta leer?

J: Me gusta leer revistas de artistas y cuando iba a la escuela me gustaba leer los libros de la escuela. Mucho me gustaba leer. Lo de Español, lo de los Niños Héroes..., todas esas historias que salen en los libros.

E: ¿Te gusta la vida?

J: Casi no, la verdad...

E: ¿Te gusta más la muerte?

J: ¡No, 'uta! ¿Cómo me va a gustar más la muerte? Yo sé que si me muero... Yo prefiero, la verdad, estar aquí en la tierra. Me he puesto a pensar que prefiero estar aquí en la tierra, porque si estoy muerta voy a estar muerta y yo sé que si estoy aquí, aunque sea un poquito puedo disfrutar la...

E: ¿Qué es la muerte para ti?

J: La muerte, es algo que... la muerte me imagino yo, que te mueres y anda tu alma...

E: Olvídate de tu alma, ¿qué pasa con tu cuerpo?

J: Pues te mueres y se sale tu espíritu de tu cuerpo y hasta ahí llega el correo... La verdad, me da mucho miedo la muerte.

E: ¡Qué bueno que te da miedo! ¿Y la vida, qué es para ti?

J: La vida... La vida, cuando uno llega a este mundo, viene a sufrir, ¡viene a sufrir oiga!, ¿eh? Porque, todo lo que uno va viendo. Eres chiquita y ahí vas, ahí vas y vas creciendo y te das cuenta de muchas cosas. Y viene uno a sufrir, porque trabajas, todo en esta vida cuesta... Bueno, sí te regalan a veces algo, que te regalan esto y lo otro, pero ¿cómo le diré? Las personas tienen que trabajar, sacrificarse para tener las cosas que uno quiere. Y a eso viene uno a este mundo, no viene a sufrir pero si a batallar. Se batalla y se viene a vivir y a batallar y a sufrir, a eso se viene a esta vida.

E: Y también a tener alegrías.

J: También alegrías, también.

E: ¿Qué piensas de la felicidad?

J: Hasta hace poquito la vine encontrando, porque mi novio me agarró y empezó a hablar conmigo y me empezó a decir que no siempre se tiene... Que yo viva mi vida, que como voy estar siempre triste, y que no. Y sí, me he dado cuenta que, ¿cómo voy a estar siempre triste, por una tontería? Por eso quiero borrar todo eso de mi vida, todo. Todo quiero borrar

y comenzar otra vez mi vida y vivir, ¿verdad? —dice ansiosa—. Comenzar otra vez y vivir sanamente.

E: Sobretudo sanamente y eso implica muchas cosas. Vivir sanamente incluye aceptarte como eres, aceptar tu medio familiar, porque luego no es fácil aceptar que vive uno en una casa muy pobre, que no puedes comprarte la ropa de moda.

J: Es mejor ser sencillo, ¿verdad, oiga?

E: Sí, ser sencillo del alma, pero no es fácil.

J: Del alma, ¿verdad?

E: ¿Es feliz tu mamá?

J: No, porque mi mamá quiere una casa, y ella no puede ser feliz, porque quiere una casa y mi papá no se la ha comprado. Ya metió los papeles en el Infonavit, pero no han salido sorteados. Yo le he preguntado: ¿mamá, eres feliz? Y ella dice que no, que hasta que tenga una casa.

E: ¿Por qué condicionar la felicidad?

J: Es lo que yo digo.

E: ¿Crees que la felicidad debiera ser un estado permanente? Siempre me ha parecido que más bien es de momentos. Por ejemplo, lo que vimos ahora en tu casa. El colibrí que llega a posarse en la cabeza de tu mamá y le jala los cabellos con su pico, ¿no te parece que en ese momento ella es feliz? ¿Tú qué piensas?

J: Si es cierto, ¿verdad? ¡La felicidad no es el dinero! La felicidad es, como, es ser sencilla... ¡La felicidad es el aire en que estamos viviendo! ¡Es el sol que ves cada mañana! Esa si es felicidad. La felicidad no es el dinero que va y viene, ¿verdad, oiga?

E: Es hermoso lo que dices, sí, creo que así es.

J: Yo digo, si es cierto que uno se debe distraer con algo, ya sea estudiando, o haciendo algo que te guste.

E: Contesta con toda honestidad, ¿la infelicidad que tú sientes a que la atribuyes? ¿Quién tiene la culpa? –Johana, medita la respuesta.

J: Pues yo pienso que yo la tengo. Yo la tengo. La culpa no se la echo a mi mamá, porque mi mamá no me dijo: no hagas esto. Mi mamá no me dijo haz esto, haz esto otro. Porque cuando uno tiene más o menos once, ya sabes que es lo bueno y que es lo malo. Yo me echo la culpa, porque si yo ya sabía qué es lo malo, pues yo tengo la culpa por haber sido así, ¿verdad? –pregunta con voz desvalida.

E: Entonces si tú tienes la culpa, como tú dices, ¿quién debe poner el remedio?

J: Pues yo misma me debo hacer a la idea de que debo ser feliz, que ya ni modo. Con lo que pueda hacer, se va poder hacer lo que no se pueda, pues ya ni modo. Pero voy a tratar de ser feliz.

E: ¿Qué es para ti la felicidad? –insisto.

J: Levantarme todas las mañanas y sentirme feliz.

E: Si tu felicidad depende de ti, es una cuestión que tú tienes que resolver. ¿Crees que el estado ideal es la felicidad? Porque aquí ya hablamos de intento de suicidio, de drogas, de bulimia. Fuimos a los extremos, desgracia y tristeza. Dicha y desdicha. Piensa que la vida no es un caminito de rosas, donde los pajaritos cantan y el sol brilla y todo es maravilloso. La vida también tiene muchos escollos, muchos problemas.

J: Sí, la vida tiene de todo. Te toca de todo. La vida es como una bolsita de dulces, te toca de todo. Igual te toca un cacahuete que no te gustan, que un caramelo, un chocolate o una galleta de animalitos.

E: Sí, y es pareja para todos, pobres y ricos. ¿Crees que los ricos son felices porque todo lo tienen. ¿Crees que la hija del jefe de tu papá es feliz?

J: Al contrario, ella dice que quisiera ser como antes. Por eso te digo, la vida es como una bolsita de dulces. Por ejemplo, Shakira y Britney son muy famosas y ricas, lo tienen todo. Son felices...

E: ¿Tú crees? Yo creo que las artistas sufren mucho. ¿Has pensado en lo que han tenido que trabajar y trabajan para sostenerse en ese nivel? ¿Tienes alguna idea? ¿Cómo te imaginas que es un día de Shakira o Britney?

J: Pues, yo me imagino que se levantan, que van con su novio a dar la vuelta, de compras, comen, dan una entrevista y son felices, eso es lo que pienso.

E: ¿Y no piensas en que una canción la tienen que ensayar cuatro o cinco horas diarias, igual una coreografía. Hacer ejercicio y matarse de hambre para estar delgadas. Que la mayor parte del tiempo están demasiado ocupadas para ver al novio...?

J: ¿Entonces, no es fácil?

E: No, no es fácil. —Por largo rato, se habló del tema favorito de Johana, Shakira y Britney.

E: ¿Qué significa para ti la sencillez?

J: Es, como por ejemplo: mi novio está en la esquina esperándome, y siempre me ve muy arreglada y maquillada. Y otro día voy y me le presento en chancas y pescador sin una pinturita y le digo, ¡mira esta la verdadera Johana! Eso es para mí la sencillez.

E: ¿Por qué relacionas la sencillez con el aspecto?

J: Bueno, porque yo veo a los artistas cuando cantan en la televisión. Cantan y ya. Todo el mundo les aplaude y se ven muy felices.

El casete se terminó. En la sobremesa volvemos al tema de las drogas. En sus juveniles brazos, nos muestra pequeñas cicatrices dejadas por las inyecciones de cocaína (además de marihuana, hubo cocaína y cemento). Explica la forma en que se prepara una inyección de coca, y uno se horroriza. Cualquier corcholata sirve para mezclar el polvo con el agua, sin ninguna asepsia. ¡Cualquier corcholata y cualquier agua! Así la inyectan en la vena, después de ligar el brazo con un mecate. Y uno no puede dejar de pensar en la cantidad de bacterias y microbios que junto con la droga, penetran en la sangre de estas pobres criaturas. Pensar que tuve el cinismo de reírme cuando me dijo que me contaría muchas cosas de su pasado. Pensar que a los 67 años, uno cree con soberbia torpeza, que está de vuelta de todo y por supuesto, que el pasado nos pertenece en exclusiva. ¡Qué gran equivocación! ¡Dios proteja a Johana y a todos nuestros niños!

Estamos en el año de 2016, tengo 81 años y no he vuelto a saber nada de Johana.

Memorias e imágenes de Estela Davis

Nacimiento

Nací en Loreto, el 29 de marzo de 1935, a las 3:30, o a las 11:30 de la mañana, no lo dice mi acta de nacimiento, quizás porque me registraron a los cuatro años, cuando ya a todos se les había olvidado. Ni siquiera mi mamá estaba segura de la hora. Tal vez porque fuimos ocho, o quizás porque mi nacimiento no fue precisamente fácil para ella sino terriblemente doloroso. Pesé 4,800 Kg. O tal vez porque yo no era lo que esperaban, una niña tan bonita como mi hermano mayor que fue un ángel de largos rizos dorados y cándidos ojos del color de la miel. Era tan lindo su cabello que mi papá, con todo y su machismo de ranchero sudcaliforniano, no permitió que se lo cortaran hasta que tuvo cinco años. En cambio yo era una niñota grande, gorda y torpe; con lacios cabellos negros, y enormes ojos, también negros como los de un toro.¹²³ De nada de eso me acuerdo, pero mi familia lo tenía muy presente. Cuando empecé a tener uso de razón escuché muchas veces esa historia y la seguí escuchando por años, aún cuando ya no era gorda me quedó el estigma de serlo, además del de torpe y pachorruda.

123 Digo de toro, porque así me lo decían. Jamás nadie me dijo “ojos de vaca”, por ejemplo.

La perla hueca (1937)

Hace unos meses (que ahora son años), Leonardo, mi nieto, me preguntó:

—Nana, ¿cuál es tu recuerdo más lejano?

Esa sencilla pregunta me remontó al primer recuerdo nítido de mi infancia. Y desde entonces, esa pregunta ha andado revoloteando alrededor de mi como una mosca en la oreja, también logró destapar la caja de la memoria que en cierta forma había permanecido cerrada; de ella brotaron nítidamente multitud de imágenes y recuerdos. En esa evocación de imágenes casi fotográficas. Encontré en algunas, dicha y en otras dolor. He creído, incluso, hallar en ellas señales premonitorias o cabalísticas, de lo que ha sido mi vida.

He aquí las imágenes de mi recuerdo más lejano:

“Una vereda gris y terregosa, hollar que se perdía entre la seca vegetación chaparra y espinosa. Lomeríos y cerros áridos. Hasta adelante cabalgaba mi papá, de sombrero, cuera, armas y la maleta atada en las ancas de la bestia. Atrás de él, cabalgaba mi mamá con un bebé en los brazos (mi hermana Celia) y una pañoleta atada a la cabeza. Enseguida, mi hermano Ricardo y yo, amarrados sobre un burro con aparejo. Creo que dormitábamos, pues a cada rato resbalábamos y mi papá se detenía para acomodarnos y amarrarnos de nuevo. Más atrás mi tío Carlos, montaba un burro y cabestraba a otro que traía muchos envoltorios, ollas y sartenes.”

“Una ensenada redonda con una larga punta. Playa de grava gruesa y pedregosa. Un gran mangle en la orilla donde se ataba una cobija a cuadros para proyectar algo de sombra sobre unas hornillas.”

“Estoy dentro del mar con el agua a las rodillas, siento los calzones mojados y fríos. Encuentro algo y me inclino dentro del agua para recogerlo. Grito a mi papá, él viene hacia mí, se sienta en cuclillas, le entrego aquello y él sonríe. Me toma de la mano para dirigirnos a la enramada a mostrárselo a mi mamá. Los calzones me llegan a las rodillas, me molesta lo mojado y lo frío. Pero me siento orgullosa, creo que participé en algo importante. Tenía dos años.”

Más tarde, cuando tuve uso de razón supe que ahí, en El Mangle, había encontrado una perla de oriente y forma perfecta, tan grande como un huevo de paloma, sólo que la perla estaba hueca.

Esa fue la primera de las perlas huecas que he encontrado a lo largo de mi vida, muchas de ellas con una apariencia perfecta y un oriente maravilloso.

El cancionero Picot y Chema Tamales (1937-1939)

Mi Cuchita¹²⁴ fue a vernos al rancho de Bombedor donde vivíamos. Yo era su nieta consentida, tal vez porque tenía una fama de lista que, naturalmente, se me quitó con los años. Me llevó un cancionero Picot, para que viera a Chema Tamales y a Juana. Me fascinaron, era lo primero y lo más parecido a las revistas de historietas que veía en mi cortísima vida. Durante horas hojeaba el cancionero junto con mi Cuchita. Ella los señalaba y me preguntaba:

—¿Quién es éste ?

—Chamatamales, —le contestaba y ella lo encontraba muy gracioso (favor de considerar que yo era una niña).

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Estelitalblora, —contestaba cuando estaba de buen humor, o “Estelotablota”, cuando no, lo más frecuente. Mi papá hasta la fecha me dice “Estelitalblora”.¹²⁵ Debo haber sido una niña destructora, porque muy pronto el cancionero Picot quedó deshojado y sus hojas se las llevó el viento y yo me quedé llorando por Chamatamales. Mi abuela me tomó de la mano y caminamos hacia el monte rumbo al panteón, en el trayecto, ensartadas en las espinas de las choyas y los cardones, encontramos algunas de las hojas del cancionero y las rescatamos.

A partir de entonces cada vez que mi Cuchita iba a visitarnos al rancho procuraba llevarme un cancionero Picot que disfrutábamos juntas.

¹²⁴ Mi abuela paterna, Cruz Pérpuly Márquez.

¹²⁵ Esto lo escribí antes del 30 de diciembre de 1999. Fecha en que mi papá murió.

¡Cuánto nos queríamos mi abuela y yo! En mi mano aún persiste el suave calor de sus manos amadas.

El vestido azul de mi mamá (1939)

Recuerdo que fue en la boda de mi tío Güero. Mi mamá se paró en la puerta de la sala, agarrándose del marco, y los pliegues de las mangas de su vestido azul eléctrico, colgaron hasta su cintura. Era la mujer más bonita de todas. Su ondulado cabello negro, partido con raya en medio, se restiraba hacia atrás recogido en un pequeño chongo. El vestido, con un escote discreto se entallaba a la cintura y las caderas. El adorno estaba en las mangas de corte ranglán y profusamente plegadas en la sisa y el puño. Se lo había hecho ella, pues era una excelente costurera, la tela era brillante, con mucha caída, recuerdo que la llamaban tela espejo, raso o chamú.

Habíamos venido del rancho para la boda, y aprovecharon para registrarnos y luego bautizarnos, porque en esos días había llegado un cura. Quizás mi mamá no tenía dinero, o tal vez pensó en la inutilidad de conservar su hermoso vestido azul si en el rancho no iba a necesitarlo, no lo sé. Pero lo descosió para hacernos un vestido a mi hermanita y otro a mí para que fuéramos bautizadas. Sólo recuerdo vagamente que sufrí porque se me deshizo la imagen de su belleza.

El bautizo y la luna llena

Supongo que todos los bautizos de niños de cuatro años, son cómicos. Por lo menos el mío lo fue. Por muchos años la familia rió al comentar que durante la ceremonia, cada vez que el cura mencionaba el nombre de Estela Aurora, yo le contestaba muy propia, ¡mande usted!

Volvimos al rancho. Mi hermanita y yo adorábamos nuestros elegantes vestidos de “tela espejo” azul eléctrico. En las noches de luna solíamos jugar afuera del corredor donde gateábamos eufóricas sobre la tierra suelta,

solamente para dejar que la luna se nos reflejara en las espaldas cubiertas por nuestros relucientes vestidos.

Una parálisis pasajera

Al despertar una mañana, me deslicé desde el alto tapeiste donde dormíamos mi hermanita y yo, las piernas no me sostuvieron, no pude pararme y me quedé tirada en el suelo llorando. Mi mamá vino a verme y me sacó casi a rastras. Tenía entre cuatro y cinco años. Creo que era muy grande para que me cargaran. Estábamos solos. No sé donde estaría mi papá, pues al paso de los años pregunté y nadie, excepto yo, recordaba el incidente. Tal vez porque no había sido importante, quizás entonces era común que los niños se engüilaran y dejaran de caminar. Quién sabe.

Mi mamá me sentó en el corredor en una silla de esas con asiento de baqueta, hondo por el uso. Supongo que ahí comí sentada. Luego mi mamá y mis hermanitos se fueron a la huerta dejándome sola. Creo que lloré a gritos por horas. Me oriné una, dos, tres veces, no sé cuantas, solamente recuerdo que mis orines inundaban el fondo de la silla y se derramaban en cascada a mi alrededor por los bordes. Me parece que estuve así tres días, por los menos eso creo. El último día de mi parálisis me habían llevado a la huerta, creo que en una carretilla, y me sentaron en el suelo, sobre una cobija. Desde mi lugar, miraba con envidia a mis hermanitos que chapoteaban alegres en la pila, entre las nubes de bitachis y avispas, que frecuentemente nos picaban. Quise orinar, mi mamá me sentó en la bacinica y siguió lavando. Cuando terminé, me paré sobre mis piernas, fuertes de repente, grité de felicidad y cinco minutos después jugaba feliz con mis hermanos entre la pila. Esa pierna siempre fue ligeramente más delgada que la otra y de manera casi imperceptible, más corta.

Café con leche ordeñada en el vaso

Supongo que después de siete años de sequía, fue la razón por la que ese año, lloviera en abundancia y... hubo ordeña. Creo que se ordeñaban 40 vacas, que no sé de donde salieron tantas porque tengo entendido

que muchas se habían muerto con la sequía. Pero recuerdo que mi papá y mi mamá apoyados por mi tío Carlos y otro hombre que no recuerdo su nombre, se levantaban a ordeñar a las cuatro de la mañana, con un frío terrible. En el corral, se instalaron unas hornillas de piedra, donde se encendía una fogata que servía, deduzco, para calentar el ambiente, iluminar el corral y sobre una parrilla, directo al fuego se ponía la olla donde se hervía el agua para el café que se colaba en una gran jarra de peltre azul, ahí mismo en el corral. Una vez colado, se servía endulzado, en vasos de peltre a la mitad y cada quien le ponía la leche al gusto, ordeñándola directamente de las tetas de la vaca hasta dejarlo copeteado de espuma, listo para beberse. Era un brebaje tan exquisito, que me volví adicta al café con leche. Ahora, 62 años después, los doctores me salen con que tengo que dejarlo... ¿Queeeé queeeé? Por supuesto no lo he hecho, ni lo haré. (Releo esto y es el año de 2016 y hasta la fecha me tomo dos tazas grandes de café por las mañanas... y vivo aún).

Los amansadores

Había varios muleros, potrillos y potrancas de buena alzada, listos para integrarse a las labores del rancho. Mi papá mandó llamar a un amansador, y se encerraron en el corral del bebedero, que estaba junto a la pila. Por cierto que en el puro centro había un esbelto cardón como de unos dos metros y medio de alto. El amansador inició su trabajo, jine-teando a los animales y golpeándolos con el ramal, hasta dejarlos mansos, listos para la silla. Cuando ya casi habían terminado, mi tío Carlos,¹²⁶ que era muy farolón, dijo que amansar una bestia era un trabajo muy fácil, que él lo hacía muy bien y que de hecho no tenían porque haber contratado a un extraño... Mi papá, bastante flemático, le dijo “pero hombre tío, me lo hubiera dicho antes”, pero mire, todavía queda una potranca muy briosa. Así que esa le toca a usted.

¹²⁶ Se trata de un hermano de mi abuela paterna Carlos Pérpuly Márquez. En mi libro, *La Perla del Mojó* aparece un texto sobre él.

Mi tío Carlos era cualquier cosa menos rajón, así que puso manos a la obra, primero tuvo que lazar a la potranca, y no era precisamente un as de la reata. Pero finalmente lo logró, la atrincó y se dio a la difícil tarea de ensillarla, cosa que la bestia no quería admitir por nada del mundo. Se paraba en las patas traseras y le manoteaba al tío, o en las delanteras para aventarle de patadas. Mi tío que era además bastante abusivo casi la medio mata a ramalazos en el proceso. Finalmente logró ensillarla, pero en cuanto la montó, el animal empezó a corcovear peligrosamente tratando de sacudirse al inexperto jinete, a quien el orgullo no le permitía caerse. Hasta que en una de tantas la potranca salió a la disparada y al pasar por el centro del corral mi tío le tiró el agarrón al cardón y se abrazó de él con un brazo, logrando frenar a la bestia que empezó a darle vueltas al cardón sin que mi tío dejara de abrazarlo. Al cardón no le quedó una sola espina, porque todas se le quedaron al tío, y mi mamá tuvo que pasarse varios días sacándoselas y untándole pomada alcanforada para calmarle los dolores.

El espantapájaros

Mi mamá dijo que los pájaros se estaban comiendo los almácigos en la huerta. Estábamos solos.¹²⁷ Mi mamá descolgó la carabina que mi papá colgaba en un horcón de la enramada, se la echó al hombro y salió, seguida por nosotros y nuestros azorados ojos infantiles. ¿Qué iba a hacer mi mamá?

Preparó el arma, apuntó, disparó, y el aura que descansaba en un altísimo cardón, dio un salto que hizo volar sus plumas para luego caer limpiamente en el suelo. Corrimos con mi mamá a recogerla, luego nos fuimos a la huerta, enterró dos palos en el suelo y ahí la colgó con las alas extendidas. ¡Qué enorme admiración sentíamos por ella! Con una madre así, ¿qué podía pasarnos?

127 Mis recuerdos más nítidos coinciden con las ocasiones en que mi papá no estaba.

Navidad en el rancho con buñuelos y un zorrillo

Esa Navidad, vinieron los Higuera del Rosarito. El matrimonio formado por Jesús y Amparo con sus hijos: Chema, el Chuy, la Queta, María Luisa, la Payo, Arturo y Silverio. Mi mamá había preparado con tiempo los postres que consistían en buñuelos, cubiertos de biznaga y una bandeja de turrón. La cena sería de carne y costillas del puerco sacrificado esa misma mañana, asadas en las brasas, como complemento, un platón de sopa fresca, ensalada de rodajas de papas y frijoles refritos. Los Higuera llegaron a media tarde, muy guapos y pulcros, llevaban unas botellas de mezcal. Los brindis empezaron temprano, pues hacía un frío terrible. Mi papá había colocado unas lonas en el corredor de caballete para evitar los chiflones y ahí mismo se hizo la fogata, que al mismo tiempo serviría para asar la carne y calentarse.

A manera de fuegos artificiales mi papá arrojó unos tachinacos¹²⁸ en el arroyo, y como no nos dejaba acercarnos, lo festejábamos corriendo y gritando, tapándonos los oídos, sólo veíamos la polvareda que cada explosión levantaba.

A los niños nos dieron de cenar temprano para mandarnos a la cama. Recuerdo que a mí me fascinaron los buñuelos, comí más de la cuenta y no me quise acostar, porque además de ser muy “desentendida” me encantaba estar entre los grandes para oírlos platicar, creo que en esa ocasión me lo permitieron por ser Navidad, o tal vez para no regañarme delante de la gente.

De pronto la lona que cubría el corredor empezó a moverse en la parte inferior que arrastraba en el suelo. Algo arañaba, como si quisiera abrirse paso a la fiesta. No eran los perros que dormitaban ahítos en el corredor. Mi papá, ni tardo ni perezoso, empuñó la carabina y le soltó un tiro. El movimiento cesó, los hombres agarraron sus focos de mano y dieron la vuelta al corredor para ver de qué se trataba. Era un zorrillo atravesado por una bala.

128 Tercera o cuarta parte de una barra de pólvora.

Creo que en la madrugada me regañaron para que me fuera a la cama. Tímidamente dije que sí a condición que me dieran más buñuelos. Desde que empecé a comerlos, me causó repulsión aquella cosa grasosa y helada. El resto de la noche la pasé vomitando. Se determinó que tenía una congestión y finalmente logré dormirme. Mientras fui niña no volví a probar los buñuelos. “Los aborreció desde que se congestionó una nochebuena”, solía explicar mi mamá años más tarde. Muy temprano despertamos para ver que nos había traído el nada espléndido “Santo Clos” de mi infancia.

Las chinas poblanas que nos trajo Santo Clos

Debe haber sido esa Navidad, no recuerdo bien, pero nos amanecieron unas muñecas vestidas de china poblana. Eran hermosas, con sus brillantes trenzas de hilos de artisela negra y sus moños tricolores. Naturalmente, lo primero que hicimos fue destejerles las trenzas para peinarlas de otra manera. Jamás lo logramos. Jugamos con ellas un rato. Las acostamos en el “chirín”¹²⁹ de la máquina de coser de mi mamá. Les quitamos la ropita a nuestras chinas poblanas y todos los adornitos, entre otros, esas maravillosas cositas brillantes llamadas lentejuelas. Para media mañana nuestras muñecas lucían horribles, desvestidas y desgredadas. Aunque intentamos dejarlas como estaban ya habían perdido todo su encanto. Berreamos un rato y las dejamos tiradas en el suelo con sus largas melenas revolcadas.

¡A piiintar monas!

Nos encantaba dibujar monas. No teníamos papel y lápiz, pero sí abundante tierra suelta. ¡A piiintar monas!, decía a mi hermanita Celia o ella a mí. Había una especie de competencia en la que yo siempre salía triunfadora, porque aparte de ser dos años mayor, siempre dibujé mejor, aunque ella no lo aceptara entonces. Con la palma de la mano aplanábamos

¹²⁹ Al pedal de la máquina le llamábamos chirín, porque quizás por falta de aceite emitía un ruido que nosotros escuchábamos como “chirín, chirín, chirín.”

la tierra y con el dedo índice dibujábamos el perfil, siempre perfiles. Los labios, las cejas muy arqueadas, los ojos grandes con pestañas muy chinas. Luego, con los cinco dedos trazábamos el cabello, ondulado o rizado, nunca lacio. ¡Claro!, al final discutíamos cuál era la más bonita.

¡Allá viene un vaquero!

Frente a la casa del rancho de La Ascensión, viendo hacia el sur había una gran explanada. Al lado derecho estaba un mezquitón grande que se usaba como sillero y para amarrar las bestias.¹³⁰ Del lado izquierdo crecían juntos un mezquite y un guamúchil que sombreaban parte de los corrales de las chivas y los chiqueros de los cochis.¹³¹ Enseguida, la huerta. La explanada enfrente de la casa, se partía como a unos ciento cincuenta metros por el arroyo y continuaba así hasta el chaparro lomerío que bajaba al rancho de Bombedor.

El camino que venía del Rosarito pasaba por La Ascensión y continuaba en línea recta hacía Bombedor, por unos dos kilómetros, casi la distancia entre rancho y rancho. Así, que cuando alguien venía por el camino, podíamos distinguirlo sin ninguna dificultad. Primero se divisaba la polvareda y luego la silueta del hombre a caballo. Generalmente era alguien de los ranchos vecinos, del mismo Bombedor, del Rosarito, San Nicolás o Canipolé. El caso es que a la distancia podíamos identificarlos por la forma de montar y solíamos jugar con eso.

—¡Es el Chuy Higuera!

—¡No, es Arturo!

—¡Es don Chale!

—¡No, es mi tío Güero!

130 El sillero, siempre bajo la sombra de un árbol, era un horcón de dos, tres o más metros de longitud, según la necesidad del rancho, se ataba horizontalmente sobre dos horquetas en forma de triángulo formadas por dos palos en cada extremo, bien enterrados. Ahí se colocaban las sillas de montar y se ataban los caballos.

131 Cerdos.

El Chuy montaba un poco torcido y recogía las riendas de lado apoyando la mano en el muslo. Arturo montaba muy derecho y sostenía las riendas por delante. Don Chale, que vivía en Canipolé, era gordo, y también montaba muy erguido, mientras que mi tío Güero vivía en Bombedor.

Por cierto don Chale Murillo era un tipo excéntrico y pintoresco. Tenía un ojo de vidrio sin movimiento.¹³² Vestía de vaquero, al estilo yanqui. Hablaba muy fuerte y golpeado e intercalaba en la conversación exclamaciones en inglés como “sanababich” y “catdemon”, aprendidas en los años que vivió en Estados Unidos. Lo que le confería, cierto aire de superioridad que nunca lo abandonó mientras vivió, lo cual no le quita que haya sido una buena persona.

El día que no llegaron las chivas ni mi mamá

Ya había nacido mi cuarto hermano, un niño precioso y gordo de enormes ojos verdes. Esa mañana, descansaba en su cuna de cacaixtle que colgaba del corredor donde nos turnábamos para mecerlo cuando lloraba, lo que era muy frecuente. Mi mamá estaba sola con nosotros. ¡Bonita compañía la de ella! Mi hermano mayor iba a cumplir seis años, yo tenía cuatro, mi hermanita dos y el bebé unos ocho meses.

Supongo que mi papá andaría pescando, pues en los primeros años de su matrimonio, siendo un ranchero más o menos acomodado, la sequía de los siete años lo dejó en la ruina, al morírsele todo el ganado, excepto las chivas, que comen hasta piedras. Pero esa mañana las chivas fallaron y no amanecieron en el rancho. Supongo que mi mamá se angustió por ello, pues aparte de ser nuestro único patrimonio, representaban también nuestro alimento: leche, queso, y eventualmente, carne. Mi mamá se asomaba aguzando el oído en un intento de captar el cencerreo de la caponera o los ladridos de la chivera, hasta que creyó escucharlos a distancia. —Mihijitos, no se muevan de aquí, pórtense bien y cuiden a su hermanito, voy a atajar las chivas, no me tardo. —Dijo, y se fue.

132 Yo me dedicaba a espiar los ojos de don Chale. Su ojo fijo me miraba, mientras el otro se movía en todas direcciones y como yo no sabía distinguir cuál era el bueno, me desconcertaba. Mirar fijamente a las personas no se consideraba de buen gusto y me costó muchas regañadas espiar los ojos de don Chale.

Mecimos al bebé, jugamos, volvimos a mecerlo, volvimos a jugar y mi mamá no aparecía. El bebé, orinado y cagado, empezó a llorar sin parar. Ya no le importaba si lo mecíamos o no. Tenía hambre, y nosotros también. Hambre y miedo. No pasó mucho tiempo para que todos, formados bajo la enramada y agarrados de la mano, empezáramos a llorar a gritos llamando a mi mamá. Ninguno de los cuatro dejó de llorar y gritar hasta el oscurecer, cuando ella llegó. Venía arañada, ensangrentada y con el vestido roto por todos lados. Al verla callamos instantáneamente, no así el bebé que arreció el llanto. Lo cargó y tomó asiento para amamantarlo. Con el otro brazo nos abrazó a los tres y tomó su turno para llorar desconsolada. Así, entre sollozos nos confió su odisea, ¿con quién más iba a desahogarse?

Oyendo el cencerro de la caponera, mi mamá fue tras las chivas, que se adentraban en la zona serrana en busca de alimento sin la menor intención de volver al redil. Empecinada las siguió tratando de alcanzarlas para atajarlas y obligarlas a volver. Las chivas agarraron la falda del cerro y subían, subían, cada vez más arriba. Mi mamá las seguía por una vereda que bordeaba el cerro y cuando iba en la parte más alta se despeñó rodando hacia el precipicio. Antes de caer, logró agarrarse de un pequeño torote que crecía entre las rocas, de ahí se agarró y quedó colgando en el vacío. Permaneció así, colgada quien sabe cuantas horas, hasta que su inquebrantable determinación y el amor por las criaturas indefensas que la esperaban, le dieron las fuerzas y la astucia para alcanzar de nuevo la vereda.

Recuerdo que escuché aquella historia con un extraño rencor en mi corazón de niña y con un dolor que todavía duele. Cuando se hubo desahogado, nos dijo: pasado mañana va a pasar mamá Chole¹³³ para Loreto. Prométanme que no le van a contar nada de lo que me pasó, porque va a sufrir mucho. Se lo prometimos, pero yo nunca pensé en cumplir mi promesa. Mi lógica infantil era simple. Así como ella nos protegía a nosotros, sus hijos, de igual manera, su madre tenía el deber de protegerla a ella. La visita de mamá Chole fue muy breve, pero me di maña para contárselo todo. Lloró mucho y que yo recuerde, nadie me regañó por mitotera.

133 Mamá Chole era mi abuela materna.

La lectura, llagas en la cabeza y artistas burlonas

La única distracción de mi mamá era la lectura. Mamá Chole vivía en Santa Rosalía, y en los “troques” de carga y del correo le mandaba cajas con novelas y revistas: “Para Ti”¹³⁴, “Confidencias” y “La Novela Cinematográfica”. Antes de casarse, mi mamá había vivido más de un año en Mazatlán con la tía Adela Garayzar, casada con el dueño de un cine, por supuesto mi mamá había visto todas las películas de aquellos tiempos, y nos las contaba: insisto, ¿a quién más iba a contarle esas cosas? En las revistas nos enseñaba a las artistas que había visto en el cine. Así nos aprendimos los rostros y los nombres de Lupe Velez, Claudete Colbert, Ann Sheridan, Shirley Temple, Olivia de Havilland, Dolores del Río, Mary Pickford, Pola Negri, Paulette Godard, Bety Davis, etc. Recuerdo que mi hermanita y yo nos subíamos al tapeiste y jugábamos a adivinar los nombres de las sonrientes monas de las revistas:

—¿Quién es ésta?
 —¡An Cheridán!
 —¿Y ésta?
 —¡Olivia de avillan!
 —¡Bety Deivis!
 —¡Mauren oara!

Yo ansiaba con toda mi alma aprender a leer. No me conformaba con las novelas y películas que mi mamá nos contaba. Desde entonces ya quería descubrirlo todo por mi misma y al repasar hoja por hoja los libros, en vano intentaba descifrar su contenido.

Me salieron llagas en toda la cabeza y mi mamá rápidamente echó mano de la herbolaria, así empezó a lavarme todos los días con agua de copal y jabón amarillo. ¡Ah!, pero antes me cortó las trenzas y me dejó el pelo muy cortito. Esa fue la tragedia. Podía haber soportado cualquier cosa, incluso la lavada diaria de cabeza, la desenredada con el destramador de

¹³⁴ Se trata de una revista argentina que aún se edita.

carey, pero quedarme casi pelona, creo que estaba más allá de lo que una niña de cinco años podía soportar. Durante horas lloré y lloré encaramada en el tapeiste, mientras lloraba, hojeaba las revistas y les sacaba los ojos a todas las sonrientes artistas que se burlaban de mí desde el papel.

Las sandías

Mi papá consiguió unas semillas de sandía muy especiales. Sembró varias eras y las matas dieron una gran cantidad de fruta. Eran unas sandías enormes, largas, verde claro, rayadas de verde oscuro y de un sabor exquisito. Pronto los escasos camiones que pasaban por el rancho las probaron y se mostraron interesados en comprar la producción. Obviamente éramos unos rancheros pobres y vender las sandías significaba un ingreso en efectivo que permitiría comprar otros productos o intercambiarlas por café, frijol, arroz, azúcar y manteca. Para nosotros, los niños, la sandía equivalía a una golosina, de tal manera que nuestros sueños de comerlas hasta reventar se esfumaron. Pero entonces nos la ingeniamos y después de ponernos de acuerdo, nos robamos la más grande, nos fuimos a la orilla de la huerta, la aventamos al otro lado donde se reventó. Saltamos la cerca y con las manos comimos hasta no dejar nada. En este latrocinio participamos mis hermanos Ricardo el mayor, Celia y yo. Seguimos haciendo lo mismo por varios días, pero no contábamos con que mi papá casi a diario revisaba los frutos que iban a proporcionarle los ingresos que tanta falta hacían. Empezó a notar que faltaban algunas piezas de las más grandes, no tardó mucho en descubrir quienes eran los ladrones. Ahí terminó nuestra aventura pero nos dimos el gusto de comer sandía a reventar.

¡Adios pintura de labios!

Dudo que para una niña de escasos seis años haya cosa más bonita que poder cambiar el color natural de los labios por un rojo encendi-

do, al menos eso creía yo entonces, pues mi color favorito era y sigue siendo el rojo.

Mi mamá cumplió 30 años y mientras se peinaba y pintaba los labios en un espejo, dijo: “hoy cumplo treinta años y me pinto la boca por última vez. Ya soy una vieja...”

El gato con la rabia

Una tarde mi hermano Ricardo nos paseaba, por riguroso turno, a mi hermanita Celia y a mí, sentadas en la concha de una pala. Él la jalaba del mango haciendo que se deslizara sobre la tierra esponjada y seca donde iba quedando una marca parecida a la huella de una enorme culebra. Luego, nosotras lo paseábamos a él que era el más grande, jalando entre las dos la pala.

De pronto, oímos que mi mamá empezó a gritar y corrió hacia nosotros. Mi papá a su vez corrió hacia la enramada y descolgó la carabina. Mi mamá como pudo nos arrastró hacia la casa, desde donde pudimos ver que mi papá seguía con la mira a un gato montés que caminaba lento, trazando un círculo alrededor del mezquite del sillero, aquel que crecía junto a los tepetates donde también estaba el leñero, y tantito más allá el basurero.

Mi papá le disparó al gato que dio un salto en el aire y cayó patas arriba. Mi mamá nos soltó y corrimos a verlo. Mi papá lo empujó con el cañón de la carabina y el cuerpo del animal, totalmente rígido, dio una vuelta para quedar de lado con sus cuatro patas extendidas.

—Tenía la rabia, —dijo mi papá.

—¿Cómo lo sabes?

—Por que se entiesó al trancazo, además un animal sano no se arrima a las casas y a la gente...

Luego, lo roció con petróleo, lo cubrió con astillas de leña y ramas secas, y le prendió fuego.

—¿Por qué lo quemas?

—Para matar el microbio. No vaya ser que lo coman otros animales o se piquen ustedes con algún hueso...

El pleito de los toros

—¡Ven, vamos a ver. Se van a pelear los toros! —Me gritó mi hermano Ricardo. Corrimos y nos encaramamos en un pequeño “Palo San Juan”, que estaba atrás de la casa. Allá frente a los mezquites del sesteadero, el toro hosco de la Ascensión, retaba al intruso, un toro mascarillo de muy buena cría del Copalito,¹³⁵ lo habían traído para ayudar a cargar todas las vacas, situación que al hosco no le hacía ninguna gracia.

El toro hosco, de afilada cornadura, rascaba el suelo con las manos y bramaba enfurecido retando al mascarillo que como no era ningún cobarde, aceptó el reto respondiendo de la misma manera. Pronto estuvieron en posición de ataque rascando el suelo y bramando pavorosamente. De pronto arrancaron a toda velocidad, embistiendo, hasta que sus poderosas cabezas se estrellaron al mismo tiempo. Con las cornaduras trenzadas, sus cabezas empujaban con fuerza brutal por largos minutos sin ceder terreno. Se zafaron y volvieron a la posición de ataque para arremeter de nuevo.

—¡Yo le voy al hosco!

—¡Yo también! —Ni modo que no, era el nuestro.

Una y otra vez los toros se zafaban de los cuernos y volvían a embestirse. Así hasta que el mascarillo lanzó un bramido y ante nuestros gritos de júbilo corrió rezongando hacia el monte. El hosco, enfurecido todavía, seguía rascando y rezongando hasta que se convenció de que el mascarillo había huido cobardemente. Después de unos minutos se calmó y se dirigió muy erguido a los sesteaderos donde tomó su sitio en el harén. El pleito había terminado. Nosotros, felices porque había ganado la pelea nos bajamos del palo San Juan.

135 El Copalito era el rancho de mi tío Luis Salorio, casado con mi tía Cuchi, hermana de mi papá.

De todos modos, el intruso se las ingenió para demostrarle al hosco que aunque le había ganado en el pleito, como semental era tan bueno como él, y en esa parición nacieron un buen número de mascarillos.¹³⁶

Un potaje y otras viandas

La escasez de todo constituía un elemento cotidiano. El garbanzo se comía en sustitución de los frijoles, cuando estos escaseaban, con ellos se condimentaban los cocidos de huesos o de carne cuando la había, para sustituir lo insustituible; el café, se tostaba y molía para preparar un brebaje parecido. El garbanzo era pues un comodín, servía incluso de harina para hornear. Siendo en ese tiempo, como la mayoría de los niños, bastante mala para comer, pocas cosas recuerdo con más gusto que el pastel de garbanzo que hacía mi mamá en el rancho. En estos últimos días (julio de 2003) he recordado esto y me puse a elaborar la posible receta de este pan. Al término de este relato se las daré. Yo lo único que recuerdo es que mi mamá le ponía azúcar y huevos no sé en que cantidad y para hornearlo ponía encima de las hornillas una cama de buenas brasas vivas, sobre ellas una parrilla con cuatro patitas, el potaje a hornear en una sartén que tapaba con una lámina y sobre esta, más brasas. Así se horneaba hasta que se doraba y se comprobaba su cocimiento al insertarle un tenedor y este salía limpio. (Esta era la forma de hornear en los ranchos, cuando no se conocían las estufas de gas). A continuación la receta del pan (o pastel) de garbanzo, inventada y probada.

Poner a cocer dos tazas de garbanzo (dos tazas en crudo) con un palo de canela y $\frac{1}{4}$ de cucharadita de sal, hasta que esté suave y se pueda moler fácilmente con el molidor de los frijoles.

- 4 yemas
- 4 claras
- 1 $\frac{3}{4}$ de azúcar
- 2 barritas de mantequilla

136 Mascarillo, es tener sólo la cara blanca, como una máscara.

2 cucharaditas de royal
2 cucharaditas de vainilla

Se muelen los garbanzos con el moledor de frijoles hasta que queden bien tersos, con un poco del agua ($\frac{3}{4}$ de taza) en que se cocieron. En seguida se bate con la batidora de mano la mantequilla (dejando $\frac{1}{4}$ de barra para el molde) con el azúcar hasta que acrete, agregar poco a poco las yemas y seguir batiendo. Después se agrega el garbanzo, el royal y la vainilla. Al final se incorporan con movimiento envolvente las claras a punto de turrón. Se coloca en un molde engrasado y enharinado y se mete al horno por unos 35 o 40 minutos.

Nota: Nótese el uso de la batidora y otros modernismos que no existían en aquel tiempo. Se batía a mano y los ingredientes (los que hubiera) eran al cálculo. De todos modos a mamá Mina le hubiera gustado y a mí papá, también.

El emparrado

Mi papá sembró un emparrado que iba desde la puerta de la huerta hasta la pila proyectando una sombra muy agradable. Lo cuidaba mucho, regándolo y abonándolo. Así que pronto empezaron a brotar los racimos de uvas. Recuerdo que en verano y a la sombra del emparrado, mi papá extendía un catre de lona para dormir la siesta. Las uvas maduraron y en todo el trayecto del emparrado colgaban los racimos, apretados de tantas uvas moradas. Desde el catre, uno podía extender la mano y cortarlos o pellizcarlos, cosa que a los bitaches no les hacía gracia y no fueron pocas las veces que nos disputaron las uvas a picotazos.

Las trampas para pájaros de mi hermano Ricardo

Mi hermano Ricardo, desde pequeño fue muy hábil para hacer cosas manuales. Le gustaba la carpintería, la mecánica y muchas cosas más. Creo que habría sido un gran inventor si hubiese recibido la educación

adecuada. En el rancho solía hacer trampas para agarrar pájaros. Era una especie de pirámide, hecha con palitos de madera muy ligera que preparaba muy bien. Los cortaba a la medida, desde el más grande hasta el más chico, los limpiaba de corteza y los pulía con una navaja. Luego, los iba acomodando de abajo hacia arriba, amarrándolos por las cuatro esquinas con un hilo, como se amarran los guacales, y en la parte superior le ataba una piedra para que al caer tuviera peso. Luego lo acompañábamos a “parar la trampa”, lo que hacía con mucho cuidado. Abajo, en el suelo, ponía granitos de arroz, luego levantaba la trampa de un lado sostenida apenas por un palito de donde pendía un hilo que se tensaba a un extremo, casi al ras del suelo y al ser tocado por un pájaro, por pequeño que fuera, la trampa caía dejándolo adentro. Así agarró los cardenales y zenzontles que cantaban en las jaulas que colgaban de la enramada.

Ricardo era un niño y ya sabía hacer cuchillos. Recalentaba un cincho¹³⁷ de acero con el fuelle, recortaba el cuchillo con un formón y un marro, luego lo pulía hasta dejarlo brillante. Después preparaba el cuerno de venado o de res y lo remachaba en la cache como adorno. Por último le sacaba filo en la gran piedra de amolar que estaba en el brocal de la pila.

Esponjando los colchones de lana

Las camas que usábamos eran tapeistes¹³⁸ con colchones rellenos de lana de borrego y en las camas de nosotros, los niños, se tendían zaleas encima de los colchones para evitar que nuestros orines los mojaran. En los ranchos, era un espectáculo común ver las zaleas orinadas por los niños, secándose al sol.

Los colchones de lana eran muy cómodos cuando estaban recién hechos, pero conforme pasaba el tiempo, la lana se iba compactando, adelgazando y formando bolas, hasta que resultaba imposible dormir

137 Aro de hierro que sirve para ajustar la madera de un barril.

138 Tapeiste, cama común de los ranchos, totalmente hecha de troncos. Se armaba sobre cuatro horquetas cuyos horcones se enterraban en el suelo. La parte superior consistía en una estera de troncos delgados, no siempre uniformes, amarrados con lías de cuero con una distancia entre sí, de tres a cinco centímetros. Se cubría con colchonetas, colchones de lana o zaleas, si no había para más...

encima de ellos. Entonces había que descoserlos, sacarles la lana y lavarla. Después se ponía a secar al sol sobre una lona y conforme se iba secando se golpeaba con un varejón para que volviera a esponjarse (escarmenar se llamaba a este proceso). Una vez logrado ese propósito, el colchón se rellenaba nuevamente y a dormir a gusto. Esta ceremonia la presencié varias veces en mi infancia.

A propósito de niños que se orinan en la cama; “miones” nos llamaban. Cuando todos los remedios fallaban, nos amenazaban con quemarnos el ombligo. Para este remedio, metían a la lumbre un leño verde y cuando empezaba a quemarse despedía una especie de goma que nos untaban en el ombligo. Naturalmente, ante la amenaza previa, dábamos de gritos, pensando que, en efecto, iban a quemarnos el ombligo.

El quequi de mis sueños

“Soñaba que jugaba con mis hermanos en la explanada de tierra que había enfrente del jacal. De pronto escuchaba la voz de mi mamá que nos llamaba:

—¡Vengan a comer “quequi”!¹³⁹

Mis hermanos acudieron al llamado corriendo, como si nunca en su vida hubiesen probado semejante manjar, y yo sufría un ataque de pena ajena. En un arranque de dignidad (mismos que sufro hasta la fecha), y con el ánimo de darles una lección, me quedé rezagada sin acudir al llamado.

—¡Estela, ven a comer “quequi”! —Llamó mi mamá.

—No, gracias, no me gusta. —Respondí muy digna.

Sin embargo, después de dar varias vueltas con la boca hecha agua, me acerqué humildemente a mi mamá:

139 Pastel. Del inglés cake.

—Mamá, dame “quequi”.

—Ya se acabó mihijita, como dijiste que no querías...

“Me solté llorando con toda la fuerza de mis pulmones de seis años”.
Mi mamá, asustada, se levantó a ver que me pasaba.

—¿Qué tienes mihijita?, ¿qué te duele?

—¡No me guardaste “quequi”!, le grité, ya despierta..., ella me abrazó y me dijo “estabas soñando hija”, y me parece recordar que entonces la que lloró fue ella.

La herbolaria y algunas medicinas de patente de uso en el rancho

Las llagas eran muy contagiosas. Se curaban lavándolas con agua de copal y jabón amarillo. Cuando salían en la cabeza, era frecuente que se rapara al enfermo. Más tarde, cuando apareció el sulfatiazol se espolvoreaba sobre las llagas con excelentes resultados. También se usaba la pomada de la Campana si se tenía a mano. Los “maldeojos” (conjuntivitis) en los niños, se aplicaba cualquiera de estos remedios: leche de pecho, el orín del bebé en turno,¹⁴⁰ o gotitas de savia de mezquite, exprimidas a los cogollos o retoños de este árbol. Como medicina de patente, se usaba la pomada “Ojo de Águila”. Para la diarrea y vómito en los niños, era muy bueno el té de cáscara de mezquite, pero no la superficie áspera, sino la segunda corteza que es fresca, bien hervida y endulzada, si el enfermito no mejoraba, significaba que tenía caída la mollera y había que llamar a una curandera que supiera levantarla. Era todo un rito. La curandera, con una mano colgaba al niño de los pies y con la otra le golpeaba las plantas, luego le frotaba el paladar con la yema del dedo pulgar¹⁴¹ y finalmente recortaba un parchecito circular, preferentemente de mezclilla y lo adhería a la mollera con una especie de engrudo de harina amasado

¹⁴⁰ En las familias de rancheros, las mujeres si no estaban criando estaban embarazadas.

¹⁴¹ “Paladear” le llamaban.

con leche de pecho. El parche debía caerse por sí solo, cuando el niño estaba curado y la mollera levantada, aunque en realidad y por eliminación natural, se caía cuando el cabello les crecía. Si aún así no mejoraba, quería decir que el bebé estaba empachado. Entonces había que recurrir a las cucharaditas de agua de añil, o a las de carbón de cuerno o pezuña de res quemado, molido y mezclado con manteca. Con estos remedios se lograba que el enfermito arrojara el empacho. Mientras tanto se les alimentaba con aguüta de arroz.

En los adultos las diarreas se curaban con el amarguísimo té de yerba del indio, y para la úlcera gástrica el té de gobernadora tomado como agua de uso. Para la calentura, el té de yerba del manso, y dependiendo del caso, no estaba por demás una lavativa de malva y si se tenía al alcance podían tomarse las tabletas de bromoquinina para bajar la temperatura demasiado alta, sobre todo si era provocada por el “morrongo”.¹⁴² Para aliviar el dolor de espalda bastaba untarla de yodo con una pluma de zopilote, y si se tenía a la mano, se aplicaba un parche de antiplogestina. Para los piquetes de animales ponzoñosos era inmejorable el aguarrás con “guaco”, untado en el piquete, y si se carecía de aguarrás, bastaba tallarlo con ramas frescas del “guaco”. Para las almorranas se untaba el jugo del cogollo de lomboy. Para el piquete de la víbora de cascabel la “yerba sin raíz”¹⁴³. Para ahuyentar los zancudos bastaba con quemar excrementos de vaca, alrededor de los catres donde dormía la familia en el verano. Para el dolor de oídos, tapones de ruda con aceite de oliva. Para la tos, la “infundia”, un aceite obtenido de freír la grasa de la gallina; era excelente tomada a cucharadas y untada en el pecho en caso de problemas bronquiales. Para el dolor de muelas careadas, tapones de clavo de comer insertados en las cavidades. Para la anemia, el aceite de tiburón o de caguama y en las medicinas de patente, los tónicos: Wampole, Hemostyl y Emulsión de Scott. Para el estreñimiento el Agarol o las píldoras del Doctor Ross (“píldoras de vida”). Para el estreñimiento infantil, eran inmejorables las “calillas” de jabón, aplicadas como supositorios.

¹⁴² Nombre popular para denominar el Paludismo.

¹⁴³ Infusión de excremento humano, bien hervida.

La inflamación de las anginas se curaban con gárgaras de agua de sal o de cáscara de granada, y en caso de temperatura, hojas de higuerilla untadas de vaporub en las sienes y amarradas a la cabeza con un paliacate.

Las recién paridas no debían bañarse hasta terminada la cuarentena y en caso de fiebre puerperal, eran muy recomendables los emplastes de azufre con manteca alcanforada en las sienes, cubiertos con hojas de higuerilla, sostenidos por un paliacate bien apretado a la cabeza, debían usar medias de popotillo y evitar exponerse al aire. En los casos de bronquitis, la manteca alcanforada también era muy eficaz untada en el pecho y cubierta con trapos previamente calentados en los tubos de las lámparas de petróleo.

Mientras estaban menstruando, las mujeres no debían comer frutas frescas como la sandía o el melón, consideradas casi un veneno para esto. Y para la gripa se consideraba fatal comer frutos ácidos como naranjas, limones, tamarindos, etc.

Mata y el morrongo

Mata era un vaquero amigo de mi papá. Recuerdo que una noche llegó al rancho y llegada la hora de dormir tendió su cama en el suelo, sobre la cuera, a unos metros de la enramada. Al despertarnos por la mañana vimos el bulto arropado con una cobija de cuadros con barbitas. Temblaba ostensiblemente y curiosos preguntamos el por qué. Mi papá nos explicó que Mata padecía del “morrongo”¹⁴⁴ y que todos los que tenían esa enfermedad temblaban así. Por mucho tiempo recordé esa escena y me horrorizaba pensar que me diera esa enfermedad.

La llegada de Chayo

El trabajo del rancho era excesivo, aún para mi mamá que no conocía el descanso y además, nuevamente estaba embarazada. Entonces mi papá consiguió una muchacha de un rancho de la sierra para que le ayudara y

¹⁴⁴ Se trataba del paludismo. En esos tiempos era una enfermedad muy común en el pueblo de Mulegé, donde proliferaban los zancudos por el agua del río y los esteros.

viviera con nosotros. Los padres de la muchacha eran rancheros amigos de mi papá.

Así llegó Chayo, serrana y mostrenca. Rápidamente se adaptó a su nueva vida que en cierta forma no era muy diferente de la anterior. Pero al menos, por la Ascensión pasaba un carro dos o tres veces al mes; ya fuera el troque de don José Gorosave, el de Chico Arias o la diligencia del correo que venía de Comondú, vía Canipolé y el Rosarito. De todos modos, Chayo pasó de un rancho a otro sin haber pisado la zona urbana (si es que al Loreto de ese tiempo se le podía llamar urbano).

Chayo era fea. Grandota, güera, de ojos azules. Fornida, de hombros anchos y cintura breve. Su talle muy largo, remataba en unas nalgas prominentes y duras. Sus extremidades inferiores eran gruesas y torneadas, sus pies enormes y anchos no conocían los zapatos de mujer, pues no existían de su medida, y se veía precisada a no usarlos o a ponerse guaraches de llanta. Sus brazos eran tan fuertes como los de cualquier hombre (cuando he visto en el cine alguna película antigua donde aparecen campesinas rusas, Chayo se me viene a la memoria). Pienso que tal vez no hubiera sido fea de no haber sido por sus dientes superiores, que encimados unos con otros le levantaban el labio y le respingaban la nariz. Naturalmente, Chayo también era extremadamente ignorante y ordinaria, sin embargo no era tonta, al contrario, era ingeniosa, simpática y a pesar de su tosco aspecto, muy femenina y sobre todo, saludable. Mi mamá, poco a poco se dio a la tarea de pulirla y enseñarle cosas. Le contaba completas las novelas que leía y Chayo la escuchaba extasiada. Tenía 16 años y enseñada por mi mamá, pronto aprendió a leer y a escribir razonablemente bien.

Mientras eso sucedía, Chayo se convertía en mi ídolo y yo en su sombra. Andar con ella significaba dar cumplimiento a mis sueños infantiles de aventura y conocer aquel universo incógnito que rodeaba el rancho que era mi mundo. Andaba atrás de ella a todas horas. Si se iba a atajar las chivas yo la acompañaba. Con ella aprendí a conocer más de las ramas del monte. A distinguir la huella de un gato montés de la de un gato doméstico. Las de un coyote a las de un perro e incluso las de un león. Aprendí a conocer los nombres de las enredaderas y las flores silvestres que me faltaban. A cortar una pitahaya de la mata, quitarle las

espinas y comérmela. Aprendí también cuáles frutillas podían comerse y cuáles no. Chayo tenía una agilidad asombrosa para montar una bestia en pelo. Nada más les echaba un bozal y sin soltar la reata corría para agarrar aviada, le saltaba por las ancas para caer montada sobre el lomo del animal, luego, con un soberbio jalón de la mano me hacía volar por el aire para sentarme en las ancas. Así paseábamos por el monte, tan libres y felices como si se hubiera tratado de un moderno malecón. Chayo sabía hacer muchas cosas: parar una trampa para animales silvestres, matar y destazar un chivo, ordeñar, hacer queso y asaderas. Recuerdo que entre otras cosas hacía brillantina mezclando grasa de tuétano de canilla con flores de huizache que son como unas bolitas amarillas, peluditas y muy perfumadas. Con eso nos desenredaba y nos tejía las trenzas.

Chayo y mi tío Jorge

Chayo era chapeteada, saludable y tan fuerte como un hombre para el trabajo. Eso conquistó al tío Jorge Cunningham, un solterón empedernido, famoso por perezoso. Empezó a cortejarla aún cuando sabía que Chayo lo aborrecía. Un día fuimos al monte para traer al macho de la noria que andaba pastando por ahí, maneado¹⁴⁵, luego no podía andar muy lejos. Cuando lo encontramos, Chayo le quitó la manea, le echó un bozal y nos fuimos a pasear en él por todo el arroyo que estaba muy verde y llovido. Ahí, entre el verdor de las yucas y los San Miguelitos nos encontramos, también maneado, al caballo del tío Jorge. Estaba amarrado a un palo blanco con una reata muy larga. El animal comía tranquilamente los quelites y el zacate que crecían en el ancón.

—¡Es el caballo de Jorge! —Dijo Chayo, apeándose.

—¿Qué vas a hacer? —Pregunté.

—Voá desmaniarlo y a quitarle la reata pa' que se vaya.

—Pero, se va a enojar mi tío...

¹⁴⁵ Se les amarraban las dos patas delanteras para que los pasitos fueran muy cortos, lo que no les permitía alejarse demasiado de donde lo dejaba el dueño.

—¡Me importa madre que se enoje! Además le voá dejar mis juellas, pa'que sepa que yo fui, y le voá dejar una buena cagada y una miada de recuerdo. Se bajó los calzones, se puso en cucullas y pasó del dicho al hecho. Las huellas de sus enormes pies quedaron marcadas en la arena del arroyo junto con sus deshechos.

—¿Pero qué es eso, Chayo? Una señorita decente no hace esas ordinarrezas, —la regañaría mi mamá, más tarde.

—¡Ah, pues para que se le quite la maña de andarme fregando, al malvado viejo aguado...! ¡Como si él fuera tan decente...! Y Chayo tenía toda la razón. El tío Jorge, en efecto, no era tan decente, pues en su afán de cortejarla, no desaprovechaba ningún descuido para plantarle una nalgada o para decirle algún piropo vulgar.

Las sandías

En la huerta del rancho, mi papá sembraba sandías de esas largas y rayadas que se daban enormes. No nos dejaban comer en exceso, pues existía la creencia de que la sandía “hacía daño” para muchas cosas. Pero nosotros nos las robábamos. Entre el cerco de la huerta que daba al monte, crecía un mangle retorcido cuyo tronco nos servía de escalón para brincar al otro lado, o sea al monte. Primero aventábamos las sandías para que se partieran al caer enseñando su roja pulpa, luego, nos comíamos el puro corazón sacando la pulpa con las manos y la dejábamos tirada. Nos descubrieron porque mi papá las cuidaba, y llevaba la cuenta de las que iban madurando para venderlas a los camioneros que pasaban por la Ascensión, y si mal no recuerdo tal descubrimiento nos costó unos cintarazos.

La visita de Loreto y sus hermanos

Un verano, la tía Loreto, hija mayor de mi tío Pedro, prima de mi papá, y muy amiga de mi mamá, se fue a pasar las vacaciones escolares al rancho con sus hermanos menores, de los cuales se había hecho cargo desde que mi tía Josefa murió. Para nosotros era la felicidad total. La familia

de pronto era enorme. La Tata y la Prieta eran mayores que nosotros, pero Aquiles y el Yigo, eran de nuestra camada. Naturalmente, mi hermano Ricardo había venido de Santa Rosalía de vacaciones y andábamos como locos. Todo el día en el monte convertidos en unos auténticos “birachis”, como decía mi Cuchita.¹⁴⁶ Los muchachos, así los llamábamos, se subían a lo más alto de los palo sanjuanés que estaban en el arroyo, más allá de los sesteaderos, y desde ahí nos aventaban las frutillas que recogíamos en las enaguas y por supuesto, nos las comíamos. Recuerdo que precisamente estaba recogiendo las frutillas en cuculillas cuando de pronto pasó por entre mis piernas una culebra amarilla, enorme. Empecé a dar de gritos a los muchachos, no asustada, porque ver una víbora no era ninguna novedad para nosotros, sino porque en ese momento la culebra se convertía en una pieza de cacería y en una aventura. Bajaron del árbol y la perseguimos hasta que acabamos con ella a pedradas. Más tarde en una pequeña cuevita que se formaba en el ancón del arroyo, encontramos un coralillo hecho yagual, junto a una matita de pitahaya que crecía dentro de la cuevita. Nuestra temeridad nos hizo sacarlo de ahí picándolo con un palo, el coralillo salió y lo apedreamos hasta darle muerte. ¡Pobre animal, sólo faltó que nos lo comiéramos, como perfectos “birachis”! Pero, así nos fue cuando lo contamos en la casa, y como yo había sido la caponera, según el testimonio de los demás, mi mamá decidió para pronto que merecía unos azotes y agarró el cinto. Muy lucida delante de la gente, salí corriendo disparada dando de gritos hacía el monte y mi mamá atrás de mí. ¡Ven acá chirota, vaquetona!, gritaba mi mamá furibunda corriendo atrás de mí, y yo corría más fuerte. En una de esas por voltear a ver si ya mero me alcanzaba, no vi un ceribe que se me enredó en el tobillo clavándome sus espinas y caí al suelo. Ni modo, me alcanzó y sobre tirada me dió de cintarazos. Luego, me quitó el ceribe que finalmente era lo que más me dolía, además de la vergüenza por los muchachos con los que había querido lucirme.

146 Tal vez se refería a algún grupo de los antiguos californios.

Mi hermanita y el coralillo

A propósito de coralillos. Recuerdo que una vez mi mamá estaba co-siendo en la máquina, en el corredor. Mi hermanita Celia, muy chiquita todavía. Salió de la cocina y le dijo a mi mamá:

—En la cocina hay un animalito muy bonito. —Mi mamá atareada, no le prestó atención. Mi hermanita volvió a entrar a la cocina y salió.

—Mamá, en la cocina hay un animal. —La escena se repitió varias veces y la niña entraba y salía a la cocina. Hasta que mi mamá se paró a ver de qué se trataba. Encontró a la niña en cuclillas observando atentamente a un hermoso coralillo, hecho yagual abajo de la tina del agua. Entonces la que tuvo que matar el coralillo fue mi mamá.

¡Mamá, está pariendo la chiva!

Fue un día que mi mamá no quiso soltar a la chiva más cargada, pues al parecer estaba a punto de parir y la dejó en el corral. Cuando las demás se fueron la soltó para que rameara por ahí. Más tarde, ocupada ella con sus quehaceres no escuchó el balido del animal y nosotros fuimos a ver qué le pasaba. ¡Estaba pariendo!

—¡Mamáaaa, está pariendo la chiva! —Le gritamos. Nació el chivito y su mamá empezó a lamerlo hasta que se le secó el pelito que le quedó muy brillante.

Esa fue la primera de las muchas veces que vimos parir un animal. El concebir y el parir, no era un secreto para nosotros y por lo que a mí respecta nunca me lo cuestioné en relación a los seres humanos. Nos parecía algo simple y natural, por los menos en los animales. Si una vaca se cargaba de un toro barroso, seguro que la cría tendría el mismo color. Solíamos hacer apuestas que luego olvidábamos. Eran tantas las vacas, las chivas, las burras que parían. Incluso la perra chivera se las arreglaba para parir regularmente, hubiera o no un macho en el rancho. Seguramente, por ahí en el monte, se entrevistaba secretamente con algún perro del Rosarito o de Bombedor. No era frecuente, aunque tampoco extraño que la veleidad de las chiveras las llevara a cruzarse con algún coyote. Obvia-

mente, en un lugar donde apenas si había alimentos para las personas y algún animal, no se podía aceptar la aparición de una docena de perritos recién nacidos. Luego, había que sacrificarlos y el encargado de hacerlo, ante nuestros gritos desesperados, con cualquiera y a cual más cruel de los métodos (como estrellarlos contra las piedras), el Pilo era un primo de mi papá. Había venido a vivir al rancho para ayudar en las faenas sencillas como acarrear agua, montar el burro de la noria, encaminar las chivas, rastrillar, tirar basuras, preparar y arrojarles el sancocho a los cochis, etc., pero sobre todo para servir de compañía a mi mamá.

El Pilo

El Pilo padecía de cierto retraso mental, pero era muy alegre, trabajador y con un apetito envidiable. A la hora de comer, mi mamá le ponía dos tortillas y él escondía una abajo del plato. —Nada más te di una tortilla Pilo, ¿quieres más? —Sí, contestaba muy serio, y la escondía abajo del plato. La escena se repetía varias veces durante la comida. Cuando terminaba sacaba sus tortillas y se las guardaba para comérselas más tarde.

Al Pilo le gustaba mucho cantar, pero no se sabía ninguna canción completa. Por lo mismo inventaba las propias. Se fabricó una guitarra con una penca de palma de dátil, le puso unas cuerdas que rascaba mientras cantaba:

“El troqui de Chico Arias, el troqui de Chico Arias...”

¡Se perdió el Pilo!

Un día, muy de mañana mandaron al Pilo a atajar el burro de la noria, ya estando en el monte se le volteó el mundo y se perdió. Se hizo de noche y no llegó. Mi papá había salido a buscarlo montado en un macho. Anduvo dando vueltas por el monte, llamándolo por su nombre y no lo encontró. Mi mamá estaba enferma. Le había picado un gusano quemador en el tobillo y como se le había infectado, ardía en calentura. Mi papá decidió mandar llamar a mi tío Güero y otros hombres que se hallaban en Bombedor. Sólo que no había nadie que fuera, porque él no

podía abandonar la búsqueda y Chayo tenía que cuidar de mi mamá y del bebé que era mi hermana Luz. Entonces nos enviaron a Ricardo y a mí por ser los más grandes. Sin más compañía que un foco de mano iniciamos el camino. Unos tres kilómetros de nocturna vereda, que por el miedo nos parecieron 100. Caminábamos casi a tientas. Tropezando, porque yo me abrazaba por detrás a la cintura de Ricardo, impidiéndole casi dar un paso. ¡Qué satánicos pueden ser los ojos de una vaca prieta brillando en la noche negra y solitaria! ¡Qué aterradoras las ramas que se quiebran al paso de un animal desconocido! ¡Qué espanto estremecedor el aullido de un coyote o el canto de un tecolote para dos niños de casi siete y casi cinco años!

A unos 300 metros de Bombedor estaba un arroyo donde nacía un pequeño ojo de agua. Teníamos que cruzar por ahí, e imaginábamos que con toda seguridad, todos los leones, gatos monteses y coyotes de la comarca habrían bajado a esas horas a beber al ojo de agua. Estremecidos de horror y tropezando el uno con el otro cruzamos el arroyo, continuamos al lado del cerco de pitahayas de la huerta y doblamos la esquina para dirigirnos a la casa que estaba a oscuras. Antes de llegar al mezquitón del sillero, se soltó la jauría que acudió a nuestro encuentro ladrando enfurecida. ¡¡Tío Güeeerooo!! Gritábamos a dúo. Se encendió una lucecita y el querido tío Güero acudió a rescatarnos, regañando a los perros. ¡Entonces sí que empezamos a llorar a gritos! Nos dieron un vasito de agua endulzada, porque alguien dijo que al parecer nos quería dar “alferecía”, al fin nos tranquilizamos para dar el recado. Los vaqueros de Bombedor pusieron manos a la obra, ensillaron sus bestias y partieron hacia la Ascensión. Esa noche nos dejaron ahí, en Bombedor, al cuidado de mi tía Chuy.

Después se agregaron a la búsqueda los vaqueros del Rosarito y Canipolé. Pasaron tres días con sus noches y el Pilo no aparecía. Mi mamá, entre la infección de su tobillo y la preocupación, deliraba en la cama. Nosotros vivíamos en la expectación, escuchando diversas opiniones: unos decían que a lo mejor se lo habían comido los leones, que abundaban en el arroyo de las Vírgenes, otros que a lo mejor se había caído en algún despeñadero y se había quedado por ahí con los huesos rotos e inconsciente. Los más opinaban que para entonces seguramente

el Pilo ya había muerto de sed. Al cuarto día, muy temprano, pasó un vaquero que venía de los ranchos que están de Canipolé hacia la sierra, rumbo a Comondú. Él dijo que había visto a un hombre desenterrando unas raíces para comérselas y que cuando él quiso acercarse y hablarle, el tipo había corrido. Las señas coincidían con las del perdido, así que se fueron a buscarlo por esa dirección y lo hallaron. Para entonces, el Pilo ya había perdido totalmente la razón y así se regresó a Loreto con su familia.

Chistes de mi hermano Ricardo y su partida en 1939

¡Minalgaa dame cafeé!, gritaba al despertar Ricardo a mi mamá que le decían Mina. A mí me parecía lo máximo del ingenio que mi hermano convirtiera el Mina en minalgá. Como suele suceder Ricardo era mi ídolo y todo lo que él dijera o hiciera se convertía en algo excelso.

Ricardo cumplió siete años y lo mandaron a Santa Rosalía con mi tía Rebeca para que entrara a la escuela primaria. Mi tía Rebeca y mi tío Román eran sus padrinos de bautizo. No habían tenido hijos y lo adoraban, pues era un niño precioso y muy inteligente. Le decíamos “Cala”, no sé por qué. A lo mejor yo misma le puse así y no lo recuerdo o nadie me lo dijo. Lo extrañábamos mucho. Ahora pienso que tal vez por eso me encariñé tanto con Chayo, pues ella sustituyó al hermano que había sido mi compañero de aventuras.

Una nueva hermanita en la familia 1940

Fuimos a Loreto para que mi mamá tuviera a su quinto hijo. El 6 de octubre de 1940, la casa de mi Cuchita se engalanó con el nacimiento de dos niñas. Doña Fidelia Gastélum, la partera, no se daba abasto para atender a mi mamá y a mi tía Chuy, que dieron a luz a dos nenas. Fue así que el mismo día nacieron mi prima Rebequita y mi hermana Luz. Eran muy parecidas, sólo que Rebequita era morena y Luz, güerita.

Mi hermanita Luz era una niña muy bonita con unos cándidos y enormes ojos verdes, gordita y bien formada.

La burla de mis primas por culpa de un barquillo

En ese mismo viaje, un domingo mis primas convidaron a la primita ranchera, que era yo, a dar la vuelta a la playa. “Dar la vuelta” le llamaban al paseo dominical que consistía precisamente en eso, dar la vuelta, generalmente por la playa y alrededor de la plazuela. En la playa, uno podía observar, escandalizada, el comportamiento de las señoritas grandes, algunas acompañadas por sus novios y con suerte se les podía sorprender abrazándose o besándose con el novio.

Fuimos todas juntas a la tienda de don Lalo Estrada, a comprar un cono, me dijeron, cosa que yo no tenía ni la menor idea de lo que significaba un cono. Lo probé, me encantó el rico sabor a nieve de vainilla. Recuerdo que me lo comí como desesperada sin moverme del lugar. Mis primas siguieron caminando lamiendo su cono y al darse cuenta que no las seguía me gritaron:

—¡Apúrate!, ¿por qué te quedas parada?

—Es que tengo que devolver el vasito, —les contesté, muy atenta.

—No seas simple, —fue la respuesta—. El cono también se come y para demostrarlo, empezaron a mordisquearlo.

Por muchos días se relató la anécdota entre risas burlonas, mientras yo me moría de la vergüenza por mi ignorancia.

Cuidar a mi hermanita Luz, acabó con el encanto

Tú eres la más grande, así que te va a tocar cuidar a tu hermanita, anunció mi mamá, poniéndomela entre los brazos. Me sentó en una silla y se fue a hacer sus quehaceres. Al rato yo sentía los brazos entumecidos por el cansancio, pues mi hermanita Luz estaba bastante pesada. Sigilosamente me paré y me metí al cuarto para depositarla en el tapeiste. Como el tapeiste estaba muy alto y yo muy chiquita, la deposité en la orillita y la empujé para que rodara al centro. Ni bien me di la vuelta, cuando mi hermanita se rodó hacía la orilla, cayendo hasta el suelo, dando de gritos.

—¡Qué le hiciste a la niña! —gritó mi mamá entrando y dándome de cachetadas.

La recogió, le dio el pecho para calmarla.

—Ve y siéntate donde te dije —ordenó mi mamá, poniendo en mis brazos aquel envoltorio de cobijas y pañales con una niña adentro.

Salí cargándola en los dos brazos, pero el bulto no me dejaba ver el suelo, así que tropecé con un cajón (de jabón), y le caí encima. Sólo escuché un ruido así como ¡cuachch!, y los gritos de mi mamá y los de la nena. Nuevamente me dieron unos manazos. Me relevaron de cargarla, pero no de mecer la cuna de cacaixtle que al igual que a mi hermano Sergio, le colgaron en el corredor.

Por suerte, Chayo a quien ya he mencionado, pronto apareció en nuestras vidas y se hizo cargo de ayudar en el cuidado de la nena.

Viaje a Loreto para asistir a la escuela (1941)

Pocas situaciones recuerdo con más tristeza que la salida de mi casa para irme a Loreto, a la escuela. Para empezar, iba a vivir con una tía a la que le tenía miedo. No recuerdo por qué, aunque después pude comprobar que no me faltaba razón.

Se trataba de mi tía Mercedes, una mujer muy estricta, que se distinguió como maestra de primer año, grado que atendió por más de 40 años. Ella le enseñó a leer y a escribir perfectamente a incontables generaciones, incluyendo a la de mi hija Lorella.

Mi tía Mercedes tenía una sola hija, Leonor, cuatro años menor que yo. Nonó, le llamábamos, era una prima que todas las demás adorábamos. Sin embargo, eso no le quitaba que hubiese sido una niña exageradamente consentida, sobre protegida y caprichosa.

Como buena niña y además ranchera, yo le tenía terror a las inyecciones que a lo mejor por enfermiza o no sé por qué razón, le aplicaban

a la pobre Nonó, quien nada más veía llegar a Amalia, y empezaba a dar de gritos.

Amalia Meza, era una maravillosa mujer a la que mi mamá siempre quiso mucho. Era la enfermera del pueblo, lo mismo atendía a una parturienta que a cualquier enfermo de gripa, bronquitis o infección intestinal. La recuerdo acompañada de su inseparable estuche de acero inoxidable que contenía una jeringa y las aterradoras agujas de diversos tamaños. Mi tía, como cualquier otro enfermo, la mandaba llamar y ella acudía diligente. Llegaba a la casa con sus ámpulas, que según el caso, olían a guayacol, a eucalipto o a aceite de hígado de tiburón. Tomaba asiento en una silla del comedor y mientras platicaba, destapaba el estuche, le agregaba agua hasta cubrir la jeringa y las agujas; después encendía una mota de algodón empapada en alcohol y sobre la flama colocaba aquella cajita alargada sosteniéndola con una pinza. En la misma flama encendía un cigarro y mientras el agua alcanzaba la ebullición para desinfectar la jeringa, se fumaba su cigarrillo, generalmente acompañado de un café servido por la dueña de la casa.

La Nonó observaba la escena con espanto. Someterla, nunca fue empresa fácil para mi tía. Así que para que se dejara inyectar dispuso que yo fuera una especie de objeto, no de sujeto experimental y seguramente contra la voluntad de Amalia. Aterrorizada tenía que soportar que la pobre mujer me diera tres o cuatro piquetes con la aguja, sin enterrarla, para que la Nonó viera que no dolía y se dejara inyectar. Por supuesto que yo, siendo una niña que a los seis años de edad, jamás le habían puesto una inyección, no tenía derecho a asustarme y mucho menos a llorar. Lo mismo pasaba con los supositorios (calillas de jabón), que le ponían a la Nonó para el estreñimiento, también me los pusieron a mí que nunca supe lo que era ese problema hasta que entré a la tercera edad.

Así, en esa etapa de mi vida, la Nonó se convirtió en mi tirana, sin embargo tenía muy claro que no era su culpa y ha sido una de las primas que más he amado en la vida.

Otro de mis amargos recuerdos de esa época, eran los platos de avena espesa, hervida con agua, que tenía que tragar hasta no dejar rastros en el plato, cuidándome de no vomitar.

Pero no todo era terrible en ese tiempo. Mi tío Agustín era muy bueno y cariñoso conmigo y por otro lado, resulté una alumna muy aventajada y creo que a la primera semana de clases ya era capaz de leer casi cualquier cosa que mi tía escribiera en el pizarrón, en ese sentido, ella estaba bastante orgullosa de mí. Y por qué no decirlo, mi tía era una maestra maravillosa, muy hábil para enseñar y también muy hábil para manejar la regla con la que castigaba a sus alumnos (en ese tiempo los maestros practicaban aquello de que las letras entran a golpes, aunque conmigo no hubo necesidad).

Recuerdo que al salir de la escuela, mi tía Mercedes y la profesora Beatriz Zumaya regresaban juntas a casa, pues vivían la una enfrente de la otra. Mi tía llevaba a la Nonó de la mano, la hija de la profesora Beatriz, Pitín, una de mis mejores amigas de la infancia y yo caminábamos atrás. En el trayecto, las escuchábamos presumir de nuestros respectivos adelantos en la escuela: mi tía afirmaba que yo era la niña más inteligente del mundo y la profesora Beatriz, a su vez afirmaba que era la Pitín. Eso originó una especie de amistosa competencia entre ellas que las llevaba a exagerar nuestras respectivas aptitudes, pero mi amiguita y yo nos sentíamos muy importantes de ser el centro de la conversación.

Entre los compañeros de clase de aquellos años, recuerdo a un muchacho que me daba mucha lástima. Era conocido con el cruel apodo de Armando “El cabezón”. Su cuerpo era tan pequeño y delgado que apenas podía sostener su enorme cabeza, padecía de hidrocefalia. Naturalmente, Armando tenía varios años en primero y nunca había podido pasar a segundo. Otro de mis compañeros fue el Paye Amador, quien era varios años mayor que yo y también llevaba varios años en primero. Se decía que no aprendía por lo tímido que era. Yo pensaba que no aprendía por el terror que le tenía a los maestros y a los reglazos. Tuve otro compañero que también era muy tímido y buen niño, además de muy bonito. Era Humberto Larrinaga. Me acuerdo que siempre iba muy limpiecito y bien arreglado, con pantalones blancos. Le tenía tanto miedo a la maestra, mi tía, que una vez se orinó sentado en la banca porque no se animó a pedir permiso para salir. La bancas estaban pintadas con pintura de tierra roja y se le mancharon los pantalones blancos con ese color.

—¡¡La mmm, con la á, má, la mmm con la é, mé, la mmm con la í, mí, la mmm con la ó, mó, la mmm con la ú, mú!! Repetía incansable mi “tilliti”, que así le decíamos los sobrinos.

—A ver, ¿quién puede leer esto? La mmm con la á, má, y la mmm con la á má. Si las juntamos ¿qué dice? ¡Mamá! grité desaforada el primer día de clases. Pues aunque era ranchera y tímida, ya desde entonces me las arreglaba para llamar la atención.

—¡Muy bien! —dijo mi orgullosa tía. Ese mismo día, aprendí a leer “mamá ama a Memo” y “Lalo ama a Lola”.

Desde luego, aquí estoy escribiendo vivencias infantiles. Con los años aprendí a comprender a mi tía, a corresponder al cariño que sin duda me tuvo y a agradecer a la vida que al cabo de los años, mi hija Lorella aprendiera las primeras letras precisamente con ella.

¡Cuando la familia se vino a vivir a Loreto! (1942)

Mi hermanita Celia alcanzó la edad escolar, así que ya éramos tres los que iríamos a la escuela. Entonces mi papá decidió que la familia se viniera a vivir a Loreto para que estuviéramos todos juntos. Se trajeron a mi hermano Ricardo de Santa Rosalía para que hiciera el tercero, yo el segundo y Celia el primero. La escuela estaba en una casa frente a la plazuela, donde ahora se ubica un hotel.

Mi hermanita entró a primero y yo era la encargada de cuidarla, cosa que tomé muy en serio. Mi salón y el de ella estaban en el corredor de la casa divididos por petates. Por cierto, un día mi hermanita, espiaba hacia mi salón por los hoyitos de los petates, lo cual no le pareció a Chona Baeza y le clavó un lápiz que le enterró en un poro de la nariz sacándole la sangre. Me enojé tanto, que sin medir las consecuencias insulté a la agresora, varios años más grande que yo. Por supuesto, me pegó “a la salida”, como se estilaba entonces. Era curioso pero todo sucedía “a la salida”. Dentro de la escuela, el amago terrible era “vas a ver a la salida”, “te voy a pegar a la salida”, etc. Pues, así fue, Chona con la reata que llevaba para saltar a la cuerda, me pegó en la espalda varios reatazos. En

ese tiempo les tomé aborrecimiento a las Baeza, por abusivas, aunque ya de grande las quise mucho. Días después, hablábamos de los ríos y Lupe, también Baeza se volvió y me dijo “río de Estela”, “río de tu abuela” le contesté rápida y temerariamente, pues era mucho mayor que yo. Naturalmente también me pegó a la salida. Pero ni así se me quitaba lo retobada. Aunque después se me quitó a fuerza de azotes, pero sólo por unos años, porque volví a serlo y hasta la fecha no se me quita. Genio y figura...

La calle Davis y los vecinos

Me incorporé a la familia y nos fuimos a vivir a la casita de la calle de los Davis, por supuesto todos nuestros vecinos llevaban nuestro apellido, Davis. Al lado vivía la familia de Poncho y Marillita. Enfrente la familia de mi tío Pilar y mi tía Marcelina y un poco más allá, hacia el sur, sobre la misma calle, la de Ernesto Davis y Lupe Verdugo. Pasando el estero del “Agua dulce”, vivían mis tíos Rómulo y Mema, “El Bule” Villalobos y Lucía Davis. Al lado norte, enseguida del Poncho, vivían la familias de tío Plácido y tía Lola, la de Alberto y Natalia, la del Pelón y Herlinda, la del Chino y la Nena, la del Cayo y Vicenta, la de don Amancio y doña Gregoria y otras más. Al final de la calle, por el rumbo donde ahora está el Hotel La Pinta, había un batequi y muchos árboles de “huitatabe”, que según nosotros cortábamos para las gallinas, pero nos los comíamos hasta escaldarnos la lengua; tenían un sabor dulzón y desabrido, pero no se nos quitaba la costumbre de comernos cuanta frutilla encontrábamos.

Chayo y su ingreso a la población urbana

Ya en Loreto, Chayo llamaba la atención de los hombres por la nalga, el piernón, el color sonrosado y la buena salud que proyectaba. Pero como era tan extremadamente bronca la agarraron de risión, y ahí sí, colocada fuera de su medio, la muchacha no sabía cómo desenvolverse ni defenderse. Las primeras veces que mi mamá la mandó a los bailes de la plazuela acompañada con las muchachas del barrio, regresó furiosa

porque la molestaban mucho. Sobre todo un grupito comandado por Chamaco Davis y Poncho Castro, ya la amagaban con nalguearla, ya con un agarrón, todo para reírse de sus reacciones de potranca cerrera. Mi mamá le aconsejaba que no les hiciera caso, que los ignorara, pero las bromas fueron subiendo de color, coreadas por las risotadas del grupo, hasta que un día mi mamá se hartó de aconsejarle prudencia y la amonestó:

—¿Y por qué te dejas?, No quiero que vuelvas a quejarte de lo mismo. ¡Pégales unos moquetes con todas tus fuerzas, a ver si les quedan ganas de seguirte molestando!

El siguiente domingo, cuando Chayo daba la vuelta con sus nuevas amigas, Poncho Castro, envalentonado, le metió una zancadilla a la pasada, ella trastabilló, pero no se cayó, recordando el consejo, se plantó frente al agresor y agarrando vuelo le metió un recto al plexo solar que lo mandó al suelo, desmayado. El resto del grupo enmudeció, mientras ella se iba muy oronda a dar la vuelta con las amigas que habían contemplado incrédulas la escena. Nadie volvió a molestarla jamás.

Recuerdo que una vez, mi mamá le hizo un vestido rosa de cantón¹⁴⁷ y le compró un frasquito de brillantina Tabú. El día que se estrenó el vestido, agarró la botella y vació una buena dosis en sus manos las talló y se las untó por todos lados, como si fuera perfume, dejándole grandes lamparones de aceite, que no le impidieron lucirlo en el baile de la plazuela.

Chayo era muy cantadora. La recuerdo jalando agua del pozo y cantando a pecho abierto:

“porto das las ofensas que mihachecho
acambio deldolor queme quedooó...
por lashoras inmen-sas del recuerdo
tequie-ro dedicarestacan-ción
con mú-si-ca la lu-na se desvelaaa

147 Tela ligera de seda artificial, muy de moda en aquellos años.

y al sol selihace tarde pa' saliiir
 (...)

Sivamos agozar yosoy primerooo
 (...)

soló car-tas marcadas hede ver..."

Meses después, Lupe, nuestra vecina, la sonsacó¹⁴⁸ y se fue a trabajar a la casa de enfrente.

Años más tarde, cual cenicienta, Chayo se casó con un topógrafo, se fue a vivir a Ensenada, tuvo muchos hijos y fue muy feliz.

El hallazgo de gran cantidad de pompas, ¡gratis! 1943

En lo que ahora es la calle Juárez, entre la Davis y el malecón, estaba el basurero del barrio¹⁴⁹ y luego un estero, mezcla de agua de mar y del agua dulce que le daba nombre a la calle,¹⁵⁰ donde los puercos disfrutaban bañándose de lodo. Mi hermanita y yo nos íbamos a incursionar al basurero a buscar cositas para jugar, especialmente tiritas para vestir a las muñecas que nosotras mismas hacíamos.¹⁵¹ En una de esas búsquedas, nos encontramos montones de unas bolsitas alargadas de hule y creyendo que se trataba de pompas nos dimos gusto inflándolos y así llegamos a la casa, aventando nuestros enormes globos. Mi mamá los vio y puso el grito en el cielo.

—¡¡¡Cochiiinas, puercas!!! ¿¡De dóoonde sacaron eso, grandísimas ordinarias!? ¡¡¡Vengan acaaá, ahorititita mismo les voy a lavar la boca

148 "Sonsacar" una sirvienta a alguien, ofreciéndole más sueldo o más prestaciones, se consideraba un agravio.

149 Entonces lo normal era que los basureros estuvieran entre la zona urbana, ya fuera dentro de los mismos solares o en baldíos dentro del poblado.

150 Antiguamente la actual calle Juárez, era un callejón por donde corría un arroyuelo que se unía al estero que desembocaba al mar. El callejón llevaba el nombre de "Agua Dulce".

151 Las muñecas formaban familias completas. Las hacíamos de trapos, no más grandes de un palmo, y también de pequeños trozos de tallo de palma de taco, mismos que vestíamos. El chiste era tener muchas, con esposos y niños y con ellas formábamos casas completas, que eran una especie de corral que dividíamos con cualquier cosa para formar los cuartos.

con jabón!!! Nos quitó nuestros globos que en efecto lucían unas nubes blanquecino-amarillento, para nosotros de origen desconocido, los tiró al excusado y después nos “sinquechó”¹⁵² en el lavadero para restregarnos la boca con jabón amarillo, alternando la lavada con merecidos estrujones y abundantes cachetadas, por puercas.

A pesar de desconocer la razón de tal castigo, no lo volvimos a hacer. Tiempo después, escuchando a escondidas como de costumbre, las conversaciones de los mayores, sacamos en conclusión que esas pompas, eran condones y que se las ponían los señores en la bichola.¹⁵³ ¿Por qué y para qué?, eso tardamos bastante más en averiguarlo.

Del basurero obtuvimos también los adornos para nuestro primer árbol de navidad. Nos dimos a la tarea de recoger cajitas de fósforos y de cigarrillos, vacías, que las había por montones. A las de cigarros les quitábamos el papel plateado y con el forramos las de fósforos, que adornaron el árbol de navidad más hermoso del que tengo memoria, quizás por ser el primero en nuestras vidas.

Las visitas a mi Tilliti

El tiempo que viví con mi tía Mercedes, me dejó tal secuela de temor hacia ella, que por nada del mundo aceptaba ir a saludarla (a lo mejor yo pensaba que si lo hacía me iban a obligar a vivir en su casa otra vez). Pero mi mamá insistía en que visitarla en agradecimiento al tiempo que viví con ella. Entonces me arreglaba y me mandaba para allá, como me daba miedo ir sola. Salía de mi casa y escondida llegaba a casa de Gloria para rogarle que me acompañara, por cierto una vez no le dieron permiso y me fui a invitar a Betina, la hija de la profesora Juana Agruel y tampoco le dieron permiso. En esas idas y venidas se me hizo tarde y ya no fui. El chistecito me costó una buena zumba.

152 Agacharse y mantenerse así empujada por la fuerza.

153 Pene.

Por cierto, ya que menciono a Gloria y a Betina, traeré a colación mis primeras experiencias de niña ranchera con niñas de pueblo. Ellas eran primas hermanas, pues sus padres, Ernesto y Eulogio Davis, eran hermanos, y desde luego, bastante más despabiladas que yo, así que dieron en hacerme víctima de sus burlas.

“El domingo vamos a pasar por ti para ir a dar la vuelta”, me decían. Yo me preparaba con toda ilusión, creo que hasta me bañaba. Me sentaba en la banqueta a esperarlas. Desde ahí veía llegar a Betina a casa de Gloria y luego las veía salir juntas, se volvían a verme y me decían adiós con la mano y se iban. ¡Cómo sufría yo sus desaires! Creo que me la hicieron tres o cuatro domingos consecutivos hasta que mi mamá me prohibió juntarme con ellas y sugirió que mejor saliera con mis primas Lila, hija de mi tía Maya y Bertha hija de mi tía Loreto. En efecto, la siguiente vez que Gloria me dijo “vamos a pasar por ti el domingo..., etc.” Les contesté muy digna. No, gracias voy a salir con mis primas.

Otra vez lejos de casa (tercer año en Comondú, 1944)

Hasta ahora, no entiendo por qué razón nuestros padres nos dejaban ir a vivir lejos de ellos, con familiares que vivían en otros pueblos. Tal vez haya sido por la situación económica (una boca menos). El caso es que como mi tía Rosa les pidió que me mandaran con ella a Comondú un año, allá fui a dar para cursar el tercer año de primaria. Debo decir que tanto ella, hermana de mi papá, como su esposo, Alfonso Verdugo, eran unos tíos maravillosos. Especialmente él. Creo que yo le caía bien porque en ese entonces era bastante lista y tenía una curiosa forma de expresión. Solía utilizar un léxico rebuscado, extraído, supongo porque apenas tenía yo 9 años, de las novelas que ya para entonces leía cada vez que me caía alguna en las manos. La abierta simpatía que me profesaba mi tío Alfonso, despertó, supongo, los celos de mi prima Titina que me llevaba siete años y no perdía oportunidad de demostrarme su antipatía. Recuerdo que cuando mi tía Rosa hacía cocido,¹⁵⁴ una comida que yo odiaba,

154 Potaje caldoso de huesos secos, condimentado con repollo, grandes trozos de calabaza y frijoles.

la Titina se sentaba por un lado mío a cuidarme que me lo terminara, desde luego, lo que menos le interesaba era me alimentara, le fascinaba torturarme. Con el pretexto de que estaba muy flaca y debía comer bien, mi tía lo aceptaba y la dejaba cuidándome para que comiera, cosa que aprovechaba para picarme el pecho con sus larguísimas uñas burlándose de mí. Recuerdo que cada bocado se me devolvía tres o cuatro veces como si fuera a vomitarlo y las lágrimas me corrían por las mejillas. En ese tiempo yo la odiaba tanto como ella a mí. Mi prima Bachí, la mayor de ellos, era el reverso de la moneda y yo la adoraba. También quería mucho a mis primos Beto y Poncho. Creo que si los padres entendieran a todo lo que exponen a sus hijos dejándolos en manos de los parientes, jamás se separarían de ellos.

Mi prima, a pesar de que no me podía ver, dio en insistir en que durmiera con ella y estando yo dormida empezaba a molestarme hasta hacerme despertar. Yo la amenacé con acusarla con mis tíos, el caso es que otro día se salió a dormir afuera con todo el mundo y yo me quedé durmiendo en una pequeña cama que estaba en un cuarto, pegada a la pared.

No sé si fue esa noche u otra, no lo recuerdo. Sólo sé que no podía dormir y me levanté para decirle a mi tía Rosa:

—Tía Rosa, no puedo dormir, tengo mucha desesperación.

—Deben ser chinches, —dijo mi tía levantándose con un foco en la mano. Cuando estuvo frente a mi cama lo encendió y contemplé horrorizada la pared y la cama cubierta de aquellos asquerosos animales, que al recibir el impacto de la luz desaparecieron. Me tendieron un catre afuera y ahí dormí, junto con todos los demás.

Por supuesto yo no era precisamente una perita en dulce y cada vez que tenía oportunidad le gritaba cosas horribles a la Titina: ¡cochi gorda!, ¡botijona! y otras lindezas. Creo que no me acusaba porque tenía delito conmigo, ya que le conocía sus malas mañas. En ese tiempo me volví bastante lamida. Me iba con mi tío a la molienda y cada vez que se descuidaba desmoldaba una panocha y me la comía, o me robaba un alfeñique, hasta que me sorprendieron y por primera vez, mi tío me regañó.

En la escuela me encontré con niños diferentes a los de Loreto, de muy malas mañas¹⁵⁵ por cierto. Los de Loreto podían ser groseros, pero nunca supe de ninguno que se desabrochara la bragueta para enseñarle la bichola a las niñas. Los de tercer año de Comondú lo hacían cada vez que la maestra se descuidaba.

Tenía una amiguita inseparable, se llamaba Norma. Sobrina de mi tío. Todo el tiempo andábamos juntas, jugando de arriba a abajo. La relación con Norma, de alguna manera me marcó para siempre. Un mediodía andábamos jugando, husmeando por los cuartos de la casa y hable y hable, más yo que era la extrovertida. Mi tío fingía dormir la siesta en el corredor, pero en realidad estaba pendiente de todo lo que hacíamos y decíamos. Entramos al cuarto de mi primo Beto, que era hombre grande. Él no estaba y vimos que en el cuarto había un rifle recargado en la pared, lo que originó entre nosotras el siguiente diálogo.

—Uyy, mira el rifle del Beto, —dijo Norma.

—A que te mato, —le dije yo.

—Ay, yo no me animo ni a tentarlo —dijo Norma,

—Ni yo tampoco. ¿Te imaginas que terrible sería? Si yo te matara sería la deshonra de mi familia y de la tuya. —Dije con mi acostumbrada manía de crear frases novelescas y rimbombantes. Nos salimos sin siquiera tocar el rifle.

Mi tío Alfonso, que nos escuchaba, en cuanto se levantó comentó con mi tía Rosa y la Titina lo mucho que se había divertido escuchándonos, los dos se rieron bastante de mi frase de la deshonra familiar. Cosa que a la Titina no le hizo ninguna gracia y creo que a Norma tampoco.

Como buenas amiguitas, Norma y yo nos peleamos esa tarde y ella se fue para su casa. La Titina iba para allá todas las noches y regresaba cuando todos dormíamos. Pero esa noche regresó más temprano acusándome a gritos que según Norma, yo había empuñado el rifle para matarla y que

155 Cuando hablo de malas mañas, me refiero a lo que entonces se consideraba tener malas mañas. Tocarse el sexo era una de ellas.

le jalaba el gatillo y que si no la había matado era porque el rifle estaba descargado. Mi tía puso el grito en el cielo y me despertaron las primeras y únicas nalgadas que me dio. Mi tío estaba confundido y trataba de aclarar. “Bueno, yo las estaba oyendo, pero no viendo. Donde me iba a imaginar que las cosas habían sido así...”

El caso es que se armó un escándalo. Al día siguiente, después lo supe, mi tía Rosa le escribió a mi mamá para decirle que yo había intentado matar a mi amiguita, por supuesto la Titina estaba muy satisfecha. Norma y yo nos contentamos ese mismo día y seguimos tan amigas como siempre, como si nada hubiera sucedido y en realidad, nada había sucedido. Días después recibí una carta de mi mamá muy dura, demasiado dura, pero no me dolió porque me daba una gran noticia. Debido a mi intento de asesinato y en castigo de ello, debía regresarme a Loreto al término del año escolar. Mi conciencia de 9 años nada me reprochaba y no le había dado mayor importancia al regaño.

El regreso de la “matona” y el encuentro con Chavalo y Librada (1945)

A mi regreso, en los primeros pleitos con mis hermanos, me hicieron la afrenta de gritarme “¡matona, matona!”. Eso me dolió entonces, cuando apenas tenía nueve años, y me duele ahora en el 2001, cuando soy prácticamente una anciana. Pero como nunca fui muy dada a los sufrimientos inútiles, pronto logré sustraerme del sufrimiento por mi condición de “matona”.

Encontré que teníamos nuevos vecinos. Manuela Rosas, una mulata menesterosa, a la que mi papá le prestaba una choza en un solar anexo: Manuela tenía unos hijos de los que recuerdo a Chavalo y a Librada. Unos pobres niños extremadamente sucios y llenos de piojos. “Me siento insolenta para quitarle tantos piojos a Librada”, solía decir Manuela a mi mamá, refiriéndose a la imposibilidad de agotar los piojos de Librada con simples espulgadas. Mi mamá, por su parte que se pasaba la vida despiojándonos y aún así siempre teníamos uno que otro. Nos recomendó discretamente,

que no nos juntáramos con Librada y Chavalo, dado que yo, que era “panino”¹⁵⁶ para los piojos, traía la cabeza limpiécita de Comondú, pues mi tía me limpió la cabeza de piojos antes de mandarme a Loreto.

Yo, recién llegada, andaba como chiva loca jugando con mis hermanos en el solar, cuando se agregaron a la chorchá nuestros vecinitos.

—¡Vete! —le grité a Librada, con la crueldad propia de cualquier niño, no me hizo el menor caso.

—¡Qué te vayas, te digo! —Y nada, se quedó, taimada la pobre criatura.

—¡Vete o te mato! —Le grité, para amedrentarla.

Mi mamá, que estaba lavando ahí cerca, me escuchó y se dejó venir amenazadora.

—¿Ah sí? Conque ya te gustó matar, ¿verdad? La que te va a matar, pero a palos, soy yo, vas a ver, para que se te quiten las ganas de andar matando a la gente.

Obviamente, además del susto me llevé la zumba de mi vida. Por lo menos diez cintarazos en las nalgas, en las piernas y donde me cayeran, borrarón de mi vocabulario la palabra matar. Pero el estigma de cuasi asesina y de mala, me persiguió a lo largo de mi vida. Porque en efecto, me convertí en una niña bastante mala, por lo menos al interior de mi casa, porque en el exterior no mataba ni una mosca. Eso, además de la pérdida de la inocencia, fue lo que tuve que agradecerle a mi prima Titina, pues finalmente, Norma no era más que una criatura de nueve años, igual que yo.

Las nuevas amistades de la calle Davis

Los niños de la calle Davis, de todas las edades, se constituyeron en nuestros compañeros de juegos. Los mayores de esa palomilla eran, Ernestito, Gloria, Oscar, Ricardo, Elías y otros. Entre los medianos, estaban Gloria,

¹⁵⁶ “Panino” fecundo, tierra fértil. Es decir yo era asombrosamente buena para criar piojos. Fui la mejor de mi casa.

la que esto escribe, el Teto, la Yaya, la Chayito, Elvirita, Eligio, Celia, el Tito, Librada e infinidad de palomilla menuda.

Todas las noches nos reuníamos a jugar a mitad de la calle, enfrente de mi casa. Los líderes, éramos los mayores: Ernestito, mi hermano Ricardo, Gloria y yo. La más ocurrente, Gloria. La señal para reunirnos la daba ella. Se colgaba un tambo del cuello que hacía sonar golpeándolo con un palo, mientras todos gritábamos: ¡a jugar!, ¡a jugar! De todas las casas a lo largo de la calle brotaban chamacos que corrían hacia el punto de reunión, enfrente de mi casa.

Al principio, los juegos consistían en rondas como el matarile, la huerfanita, la naranja dulce; o simplemente nos sentábamos a contar mentiras, después las escondidas o el caní caní y poco a poco se fueron tornando más audaces, pero no por eso menos inocentes.

El juego de las mentiras

Era muy divertido, pues se trataba de una competencia a ver quien contaba la mentira más grande y es cuando dábamos rienda suelta a nuestra imaginación infantil. Ricardo y yo teníamos cierta ventaja, pues éramos los únicos que habíamos vivido en otros pueblos, Ricardo en Santa Rosalía y yo en Comondú. Así yo podía contar mis aventuras sobre los grandes barcos que llegaban a Comondú y Ricardo de los enormes aviones que aterrizaban en Santa Rosalía. Ya desde entonces Ricardo soñaba con ser piloto.

Conforme la chorchá nocturna se popularizaba entre la palomilla de la calle Davis, y se agregaban nuevos elementos a la pandilla que cada día se volvía más y más grande, hubimos de inventar nuevos juegos y travesuras.

Un día a Ernestito, Ricardo y Oscar¹⁵⁷ se les ocurrió que podíamos molestar a los muchachos grandes que muy atildados pasaban hacia los

157 A Oscar, hijo mayor del Pelón y de Herlinda, le llamábamos “patas de resorte” por su agilidad, su forma de caminar como una garza y de aventar patadas. A los 13 años Oscar era muy alto y bien parecido. En una ocasión le dieron una pedrada en una pierna con las piedras del panteón que estaba en el atrio de la iglesia, le salió sangre y se contagió de osteomielitis y su pierna ya no creció. De la misma forma se contagió la Chinta Bastida, una compañera de escuela.

bailes de la plazuela los domingos. Nos sentaron en dos filas, una a cada lado de la calle, con instrucciones de formar un pilón de tierra lo más grande posible. Éramos alrededor de 20 de cada lado. Así, al primero que pasara le aventaríamos puñados de tierra. El primer incauto fue Arturo Davis Meza (el del Mercadito). Iba vestido de blanco muy bañado y perfumado. ¿Están jugando? Preguntó inocentemente cuando iba a la mitad de la fila. Entonces convertidos en verdaderas fieras empezamos a aventarle puñados de tierra. El pobre de Arturo corrió cubierto de tierra y supongo que ya no llegó al baile. Repetimos la historia un par de veces con otros incautos, hasta que a Ernestito le dieron una pedrada en las costillas y nos acusaron con nuestros padres. Así terminaron los juegos nocturnos en la calle Davis.

Las amistades de la escuela

En cuarto año, la Pitín seguía siendo mi amiga del alma. Para entonces, ya tenía otros amigos. Meneque¹⁵⁸ era uno de ellos. Un niño muy inteligente de mi misma edad. Era un extraordinario dibujante y hacía una revistita de historietas cuyo héroe era “Pinolillo”. Semanalmente Meneque sacaba una nueva aventura; “Pinolillo en el África”. “Pinolillo y los caníbales”. Yo que ya para entonces era una adicta a la lectura de todo lo que cayera en mis manos, esperaba con ansias cada número de Pinolillo. Empecé a visitar la casa de Meneque y me hice amiga de la Puri, una de sus hermanas un poco mayor que nosotros. La Puri también dibujaba muy bien y yo no lo hacía nada mal, pues casi siempre sacaba los primeros lugares en los concursos, siempre disputados entre la Puri y yo. Una vez dibujé una bailarina de vientre, vestida con gasas flotantes y medio rostro cubierto con un velo. Pero a mi bailarina se le veía la cintura y el ombligo, además de usar un brasier de pedrería, del cual pendían dos cintas de gasa a la altura de los pezones. Saqué un lugar, no recuerdo cual y lo exhibieron en el periódico mural, para después retirarlo, pues

158 Juan Manuel Romero Lagos.

un maestro opinó que era un dibujo inmoral. Ya desde entonces me daba por escandalizar a los viejos profesores.

De todos modos gané muchos concursos de dibujo. Dibujaba muy bien, pero no tanto como mi mamá que lo hacía extraordinariamente bien. Un día me hizo un dibujo para un concurso y gané el primer lugar. A partir de entonces, no fueron pocas las veces que, o bien me ayudó a hacer el dibujo o de plano me lo hizo ella, lo que me llevaba a ganar todos los concursos. En ese entonces no sólo competíamos con nuestros compañeros sino también con nuestros maestros. En una ocasión le gané el primer lugar a mi Tilliti, que hizo un retrato del general Lázaro Cárdenas, a quien se le rendía un verdadero culto, y yo, más bien mi mamá, me hizo un hermoso dibujo simbolizando a la patria.¹⁵⁹ Yo creo que el hecho de que yo ganara con sus dibujos, era para mi mamá una especie de incentivo secreto. Pobrecita, ¡cuánta sensibilidad y facultades desaprovechadas! Mi mamá, además de ser una mujer valiente y fuerte, a pesar de la fragilidad de su cuerpo, tenía una gran habilidad para las cosas manuales. Era perfectamente capaz de hacernos unos zapatos nuevos sobre las suelas viejas. De convertir un abrigo viejo raído de los codos, en uno flamante. De inventar un platillo de la nada para darnos de comer. En casa, éramos muchos y muy pobres, pero todas las familias de Loreto eran igual, pobres y prolíficas.

Pero, volviendo a los compañeros de escuela. Un día de tantos, a Meneque ya no le dio la gana de sacar el Pinolillo y todos lo lamentamos. No podíamos creer que nuestro héroe dependiera del capricho o de los estados de ánimo de un compañero, aunque este fuera su creador. Creo que hasta me peleé con él. Un día apareció una caricatura que yo identifiqué como suya, donde ridiculizaba a la Pitín que era muy parecida a su mamá, nada bonita por cierto. Luego, tal vez por miedo a la señora¹⁶⁰ Beatriz que era famosa por brava, dejó correr la voz de que yo la había hecho. La señora Beatriz se enojó tanto, que fue a mi salón a jalnearme e insultarme. Remató llevándome a la dirección, donde me encerró. Fue la

159 Imagen muy popular entonces. Una mujer de tipo indígena, vestida con una túnica y corona de laurel, envuelta en la bandera nacional.

160 A las maestras se les decía “señora” o “señorita” y a los maestros “señor”.

única vez que me dieron este castigo y también por una injusticia, pues la profesora no quiso escuchar razones. Como siempre pasa entre los niños, Meneque, la Pitín y yo nos contentamos y nos confesó que él había sido, en venganza por algo que ya no recuerdo.

Un día la Pitín me confesó que estaba enamorada de Gonzalo Rubio, un niño compañero del salón, pero resulta que Gonzalo me coqueteaba a mí y me mandaba “saludes” con algunos amiguitos y recientemente me había mandado preguntar si quería ser su novia y le había mandado decir que sí. Por eso cuando la Pitín me hizo la confidencia, entré en graves conflictos y terminé por mandarle la “quiebra” a Gonzalo, todo en aras de la amistad y tal vez inspirada en los novelones cursis que leía. Creo que Gonzalo y yo fuimos novios dos días,¹⁶¹ eso en cuarto año.

De lecturas y libros

Para esos tiempos yo me pasaba la vida leyendo novelas, generalmente a escondidas y por la noche, pues mi papá me tenía prohibido hacerlo. Pero aprovechando que mis papás se acostaban temprano, yo intentaba emular al “pequeño escribiente florentino”, la historia de Edmundo de Amicis que me encantaba, sólo que yo no escribía, leía hasta altas horas de la noche, a veces hasta la madrugada. Mis papás no tardaron en darse cuenta, porque todas las noches me acababa el petróleo de la lámpara. Por otra parte, andaba muy mal en la escuela. Mis continuas desveladas y la expectación que me producía cada historia que leía, me distraían en la escuela y me impedían concentrarme en las clases (de todos modos nunca reprobé).

Me parece que las novelas de entonces eran más extensas que las actuales. Mínimo 300 a 400 páginas. Así leí, cuanto libro le prestaban a mi mamá, después que ella los terminaba y censuraba. Aunque a veces me ganaba la prisa y me las ingeniaba para leerlos al mismo tiempo que mi mamá. Ella leía por la noche (no tenía tiempo a otra hora), en el corredor,

¹⁶¹ Los noviazgos eran de lejos y la cosa no pasaba de mandarse uno que otro recadito y si uno era muy atrevido, algún papelito. No era mi caso, por supuesto.

porque a mi papá le molestaba que lo hiciera en la cama, creo que por la luz ¹⁶²o quizás porque no le gustaba que las mujeres leyeran (la lectura en las mujeres siempre se ha considerado subversiva). Me recuerdo insomne, esperando que mi mamá abandonara el libro sobre su máquina de coser y apagara la luz, entonces me levantaba sin hacer ruido recogía el libro y cuando iba a dormirme volvía a dejarlo en su lugar. Así leí muchas cosas, algunas inadecuadas para mi edad de 10, 11 años. Normalmente mi mamá me permitía leer las románticas novelas de M. Delly (debo haber leído medio centenar de éstas), las obras completas de Julio Verne que me fascinaban y las de Shakespeare, que eran de doña Güerita Garayzar. Las novelas de Cronin y no sé cuántas más.

Una noche, recuerdo que estaba picadísima leyendo una novela llamada “El parque de los pájaros azules”, no recuerdo al autor ni de que trataba, aunque debe haber valido la pena, porque me llevó a desafiar a mi papá. Cosa rara en él, despertó y vio la luz de mi cuarto ¹⁶³ encendida, entró, me vio leyendo, me regañó para que me durmiera y apagó la luz. Me quedé esperando a que se durmiera. No era difícil, porque roncaba mucho y además ya lo había hecho otras veces. Cuando escuché el ronquido, volví a encender la lámpara y seguí leyendo. Mi papá despertó de nuevo y además de regañarme más fuerte, me quitó la lámpara. Cuando empezó a roncar, saqué las velas y los cerillos que para una eventualidad semejante, guardaba abajo de la almohada y continué leyendo. Creo que mi papá debe haber estado “indigesto”, porque al rato, cinturón en mano, entró enfurecido a mi cuarto, me puso una buena cintariza, que no me dolió mucho porque me pegó encima de las cobijas. Hasta entonces agarré miedito y tuve que dejar el final de mi novela para el día siguiente.

Estaba tan viciada en la lectura de novelas, que todo el tiempo andaba como lela, con la cabeza en las nubes (creo que por eso me identificaba tanto con el pequeño escribiente florentino de Edmundo de Amicis). Pero ni los castigos ni los regaños me quitaron el vicio. Encontré nuevas maneras de leer a escondidas. Especialmente revistas que ya no sé donde

162 De la lámpara de petróleo.

163 Mi cuarto, compartido con mi hermana Celia y una enorme tina para desamargar aceitunas, estaba cercado de petates.

me agenciaba, sobre todo “Confidencias” y “Para Ti”,¹⁶⁴ esta era una revista argentina que traía una sección que a mi mamá le encantaba. Se llamaba “Epistolario sentimental”, de Rosario Sansores, una poeta yucateca. Después me conseguí algunos libros de poemas de ella, muy sensuales por cierto. La ventaja era que tratándose de la Sansores, no pasaban censura.

En la escuela, no reprobaba nunca. En lengua nacional sacaba puro diez, pues escribía con muy buena letra y ortografía y me aprendía los poemas mejor que nadie. La historia era una materia que me fascinaba, quizás porque contaba historias. En geografía era muy ducha también, de algo me servían mis lecturas. En dibujo, no se diga. La materia de civismo me encantaba, tomaba muy a pecho mi infantil nacionalismo que perdura hasta la fecha. Me sabía todos los himnos a Justo Sierra, Benito Juárez y desde luego a la patria. Pero siempre andaba mal en matemáticas, pues mi concentración no me ayudaba. Para resolverlo, me ofrecí como voluntaria para atender la tienda escolar para que me agregaran un punto. Así por lo menos aseguraba el seis.

Mis maestros fueron en primer año, como ya lo mencioné, la señora Mercedes, mi Tilliti. En segundo año la señora Beatriz Sumaya, por cierto esta profesora tenía una curiosa costumbre. Cómo tomábamos clases mañana y tarde, siempre que volvíamos de comer nos preguntaba a uno por uno:

- ¿Qué comieron en tu casa? —preguntaba al azar.
- Arroz y frijol —contestaba mosqueado el interpelado (a).
- ¿En tu casa?
- Pescado y sopa —tratando de superar el menú anterior.

Así sucesivamente, los menús iba desde machaca; carnita guisada y arroz; calabaza y frijoles; librillo; menudo, etc. Desde luego, la mayor parte de nosotros inventaba el menú, pues la mayoría comíamos arroz y frijol. Y eventualmente, cualquier otro platillo de los mencionados. Cuando la señora Beatriz terminaba de averiguar lo que habíamos comido, decía:

164 Esta revista, todavía se edita en Buenos Aires.

—Pues yo, comí caldo de gallina y tamales... —claro, semejantes potajes hacían que a los pobres chamacos se nos hiciera agua la boca. Pues, de no ser para Navidad, no cualquiera se podía dar el lujo de matar una gallina para hacer caldo,¹⁶⁵ mucho menos matar un puerco para hacer tamales. En fin, esa era su muy particular forma de ser y por cierto muy criticada por la gente.

El tercer año lo hice en Comondú y mi maestra era una señorita Verdugo, ya viejita, creo que se llamaba Maria del Pilar.

En cuarto año, fue el señor Medardo Meza. Un maestro que recuerdo con singular afecto, porque a pesar de ser bastante irascible y regañón, era muy buen maestro. Cuando estábamos jugando o distraídos dibujando, nos aventaba con el borrador haciéndolo rebotar en el pupitre. Nos hacía pegar un brinco y así lograba que pusiéramos atención. Naturalmente, conmigo batallaba mucho, porque permanentemente andaba instalada en la lela. Sin embargo, me quería. Creo que las cuatro horas de clase se pasaba dos regañándonos:

—¡Qué buenas piedras tengo aquí!, me alcanzan y hasta me sobran para los cimientos de una casa, solía decirnos.

En cierta ocasión, nos dijo que el que primero y mejor se aprendiera una recitación, ese la iba decir en una fiesta escolar. Naturalmente, la que se la aprendió primero y mejor fui yo. Tratándose de esas cosas no había quien me ganara. La ensayé en el salón, frente al grupo mil veces. Pero una cosa es recitar frente al grupo de compañeros, con los que te quieres lucir y otra recitar ante el público. Así que el día de la fiesta, subí al estrado y sólo pude recordar la primera línea que, muerta de la vergüenza repetía una y otra vez, hasta que me metí.

—¡Qué bárbaro!, ¡qué bárbaro! Era todo lo que atinaba a decir el pobre señor Medardo moviendo la cabeza, pues lo había hecho quedar en ridículo. Jamás me volvieron a llamar para declamar.

165 Se creía que sólo el caldo de gallina era sabroso. Sin embargo, no las mataban porque se necesitaban para que pusieran huevos, ya fuera para el alimento de la familia, para venderlos o para que los empollaran. Eran épocas de tremenda escasez.

Vacaciones en El Salto

El Salto era el rancho de mi tío Fito y se localizaba al pie de la sierra de la Giganta. Era un lugar muy bonito. La casa quedaba en alto y el terreno tenía un declive que bajaba a un arroyo que pasaba entre la casa y la sierra. La sierra se veía hermosa en las mañanitas, como si fuera una gran catedral en colores ocres.

Creo que nunca había pasado unas vacaciones más felices que esas. Recuerdo que me subía a un alto palo San Juan y me sentaba en una rama para cantar a pecho abierto. Cantaba todo mi repertorio de los once años:

“¡Ay, mi casita de paja, ay mis naranjos en flor...”

“En mi rancho, vivo alegre... Rancho alegre, mi nidito...”

“Han nacido en mi rancho dos arbolitos...”

Con mis primos Elvira, Bertha, Lacho y Mono viví grandes aventuras. Íbamos juntos a cortar pitahayas, actividad en la que mis primos eran expertos. Armados con nuestras huichutas¹⁶⁶ y cubetas, salíamos al monte y regresábamos con los baldes llenos que luego comíamos hasta hartarnos. Mi tía Loreto, era una tía encantadora y complaciente.

Un día nos fuimos arroyo arriba a parar una trampa en la orilla de una poza con agua. Se trataba de una trampa dentada, que por cierto era muy dura para abrirla. La trampa debíamos dejarla toda la noche y al día siguiente teníamos que ir a revisarla para ver si había caído algún animal. Vale aclarar que la cacería no tenía más utilidad que cazar un pobre animal. Allí fuimos acompañados por los perros de la casa. Cuando íbamos llegando, los perros empezaron a ladrar y corrieron hacia la poza. ¡Había caído un gato montés! Pero cuando llegamos, los perros prácticamente

166 La huichuta es un palo delgado, lo más largo posible, en el cual se amarra al final un pedazo de alambre grueso (para ensartar la pitahaya) y en la base del alambre una especie de navaja para cortarla de la planta, la navaja se puede hacer de un trozo de lámina que se pueda afilar.

estaban encima del animal, que se revolvía furioso, agarrado apenas de una pata. Ahí estábamos de curiosos, contemplando a nuestra presa, cuando de repente creímos que se había zafado y casi nos desmayamos del susto. Corrimos arroyo abajo, muertos de terror, sintiendo que el gato nos perseguía. Así llegamos a la casa, con el corazón que se nos salía del pecho. Mi tía nos regañó y nos prohibió que volviéramos a hacer la gracia.

También en El Salto, estábamos cenando, cuando oímos el sonido del cascabel de una víbora, casi en la orilla de la enramada. Los perros se avisparon, y mi tía, auxiliada por un foco de mano, la mató. De no haber sido así, corríamos el riesgo que durante la noche, la víbora se metiera a la casa y mordiera a alguno de nosotros. Mi tío Fito no estaba en el rancho, por alguna razón que no recuerdo.

La provisión¹⁶⁷ se había terminado y mi tía Loreto había mandado a Lacho a El Rentoy para encargársela a mi tío Roberto Cunningham. Este querido tío, hermano de mi tío Jorge, también tenía fama de pachorrudo y perezoso, pues ambos habían sido niños bien. Así que pasaron varios días y la provisión no llegaba. Entonces, mi tía Loreto, que como buena mujer de rancho era valerosa y trabajadora, mató un chivo y lo destazó, para darnos de comer y así estuvimos hasta que finalmente apareció mi tío con el mandado.

167 Frijol, arroz, café, harina, maíz, sopa y manteca.

Mis memorias

Estamos en el año de 2016 y presento a ustedes este texto con las memorias de la querida tía Güera, prima hermana de mi papá, hija de mi tío Pedro Davis y mi tía Josefa Romero. Sus hijos siempre tuvieron la idea de publicarlo y de hecho, en una ocasión me dieron el texto para revisarlo, sin embargo transcurrieron los años y no se publicó. Los hijos murieron y ahora ella, a los 95 años me autoriza a hacerlo. La Güera actualmente vive en Loreto con una de sus nueras. Por alguna razón conservé copia de sus memorias y creo que en este proyecto de libro, donde también publico mis memorias infantiles y tantas conversaciones con diferentes personas, resulta idóneo para incluirlo.

En él van a encontrar abundante información de lo que representaba vivir en los ranchos sudcalifornianos durante el siglo pasado.

Soy María del Pilar Davis Romero Viuda de Drew

A la edad de 78 años decidí escribir estas memorias para legarlas a mis nietos. Quisiera empezar por el origen de mi familia: PETER DAVIS, inglés de origen, nacido en Londres, es el fundador de la gran familia que lleva este apellido en el Estado de Baja California Sur. Llegó a Loreto, después visitó los pueblos de Mulegé y Comondú. En este último lugar conoció a Susana Real siendo todavía una niña y dijo: “cuando esta niña

crezca me voy a casar con ella.” Se casaron y procrearon tres hijos: Pedro (1840), Pablo (1843) y Lucas (1845).

Pablo Davis Real, mi abuelo, se casó en Loreto con Lucía Monroy Ibáñez, hija de Marcos Monroy y de la india Jacinta Ibáñez. Pablo y Lucía tuvieron ocho hijos: Simón,¹⁶⁸ Pablo, Plácido, Simplicio, Pedro Juan, María Regina, Manuela y María del Pilar.

Pedro Juan Davis Monroy y Josefa Romero Estrada eran mis padres. Fuimos nueve hijos que de mayor a menor son: Loreto, Luis, María del Pilar, Juan de Dios, Fidencio, Josefa, María Ester, Aquiles y Pedro Rodrigo.

Mi mamá era maestra de primaria, sus estudios los realizó en Mulegé en 1910. Mi papá sólo concluyó la primaria, pero él y sus compañeros de escuela tomaron clases básicas de matemáticas y de gramática con un señor llamado Rodolfo Ruelas, jefe de Aduanas.¹⁶⁹ Les regaló este curso que les sirvió mucho, porque mi papá era un hombre de reconocida inteligencia y muy trabajador. A lo largo de su vida él se dedicó indistintamente a la explotación de productos del campo y del mar, así como a las labores del rancho y el comercio.

Cuando mis padres se casaron se fueron a radicar al Valle de Santo Domingo en un rancho llamado “El Romerillal”, muy cerca de lo que ahora es Ciudad Constitución. Ahí vivían unas ocho familias de las cuales recuerdo la de don Federico Álvarez.

En el Romerillal mi mamá ejerció su profesión de maestra por dos años y después la dejó para dedicarse a la familia.

Ella dejó escrita de puño y letra la información siguiente:

Pedro Juan y Josefa Catalina, nos casamos en Loreto, el miércoles 20 del mes de octubre de 1915. Nos casamos por lo civil y nos apadrinaron Juan Garayzar y Luisa Amador de Garayzar.

168 Simón Davis Monroy el padre de mi papá, era hermano de Pablo Davis Real, el abuelo de la Güera.

169 Rodolfo Ruelas, jefe de Aduanas fue quien construyó la plazuela de Loreto en 1912, aproximadamente.

Cronología de nuestra familia

(Descendencia de Pedro Juan y Josefa Catalina)

- Loreto: nació el 17 de julio de 1916, un lunes, en el rancho “El “Romerillal.”
- Luis: nació el 25 de agosto de 1920, también en el “El Romerillal”.
- María del Pilar: nació el 7 de marzo de 1921 en el rancho “El Huatamote.”
- Juan de Dios: nació el 8 de marzo de 1922, también en “El Huatamote.”
- Fidencio: nació el 16 de noviembre de 1927, en Loreto.
- Josefa: el 29 de agosto de 1929 en “El Huatamote.”
- María Ester: nació el 30 de octubre de 1932 en el “Puerto del Estuche.”
- Aquiles: nació el 24 de junio de 1934 también en “El Estuche.”
- Pedro Rodrigo: nació el 13 de marzo de 1936 en “Ligüí.”

El Huatamote – El Estuche – Isla del Carmen – Ligüí

En los años comprendidos entre 1921 y 1936 vivimos indistintamente entre Isla del Carmen, Loreto, el Huatamote, el Estuche y Ligüí. Según conviniera a los negocios de mi papá, y por qué no decirlo, los cambios de domicilio eran parte de su personalidad un tanto aventurera. En una ocasión, por encargo de don Fidencio Pérpuly, mi papá hizo un viaje a Santa Rosalía, a caballo. Iba con el doctor Velarde para traer un medicamento para don Fidencio. Cuando venía de regreso, ya de noche, se acercó a una playa donde estaban unos buzos que sacaban concha fina, amigos de él. Le mostraron una perla muy hermosa ofreciéndosela en venta. Mi papá la puso en la palma de su mano y a la luz de la luna la observó, acordaron un precio que dejó satisfechos a ambas partes y les dijo: “sí se las compro, vayan a Loreto por el dinero.”

Cuando llegó a Loreto, su amigo Fidencio le preguntó —¿Cuánto te debo Pedro? —No me debes nada —le contestó él.

Entonces don Fidencio le regaló un sombrero de pelo muy fino que tenía de venta en la tienda. Así son los amigos de verdad.

El Huatamote es la tierra que me vio nacer en una casita de madera del monte con techo de terrado. Me arrullaron en una cuna hecha de madera de cardón, de esta cuna me he sentido muy orgullosa desde que tengo uso de razón.

En el Huatamote había un pozo, se jalaba el agua con rondanilla en un cubo de vaqueta y con el mismo se vaciaba en el bebedero para los animales y para los demás usos de la casa.

Había un gran corral de piedra para el ganado y otro de madera del monte para las chivas. También había burros y mulas y dos perros que se llamaba el “Cual” y el “Guardián”.

El campo era muy fértil porque en aquel tiempo llovía mucho. El arroyo cercano era una hermosura, pues había multitud de flores y en la primavera se escuchaba el alegre canto de cenizotes, cardenales, gorriónes, güirigos, codornices y golondrinas negras. El lugar era muy hermoso, estaba rodeado de montañas y las cumbres más altas eran cantiles de intenso color verde y “malpais”. Los caminos de entonces eran de herradura, sólo se podía andar a pie y a caballo. Creo que eso no era preocupante para mis padres, pues para comer en el rancho teníamos el queso, la miel virgen, la leche, la carne, que nunca faltaba, pues en ese tiempo mi papá mataba la res y secaba la carne para la familia y en ocasiones alcanzaba para convidarles un poco a los habitantes de los ranchos vecinos.

Uno de ellos era la “Poza Seca”, un rancho donde había una capillita del Señor San José, patrono del lugar, y el 19 de marzo se llevaban a cabo los festejos en su honor. Ahí vivía Fermín Gómez y su esposa Bartola Bastida. Juanita nos llevaba a la fiesta y recuerdo que toda la gente rezaba con mucha devoción y que arreglaban todo muy bonito, con mucha alegría.

Juanita había llegado al rancho en 1921, acompañando a su madre, la partera que atendió a mi mamá cuando nació Luis. Mi mamá invitó a Juanita a quedarse unos días para que le ayudara en las tareas de la casa

y se quedó para siempre como un miembro más de la familia. Juanita se apellidaba Talamantes Torres.

* * *

Por cierto, en el tiempo que vivimos en el Estuche, un día llegó mi papá de Loreto con el padre Tortoledo para que nos bautizara. Eso fue el 24 de abril de 1924. Mis padrinos fueron Gilberto Larrinaga y María Murillo de Larrinaga; de Juan de Dios, Enrique Romero y Flora Gastélum de Romero. Mis padres a su vez fueron padrinos de los hijos de José y Luisa Bastida que vivían ahí en el Estuche y aprovecharon de apadrinar la boda de Antonio y Juanita Johnson.

Yo tenía seis años y recuerdo que Juan de Dios mi hermano, lo bautizaron con un traje de marinero y a mí con un vestido color de rosa con solapa y encajes que mi tía Hermelinda Romero me había hecho especialmente para ese día. El padre se mostró muy cariñoso con nosotros y nos sentimos muy contentos. Mi mamá le dio las gracias y mi papá lo llevó de regreso al pueblo. Por cierto, recuerdo que el padre me preguntó:

—Niñita, ¿quieres ir al cielo? —No, —Le contesté. —Pobrecita niña, es inocente.— Dijo él, sonriente. (la Güera sigue sin querer ir al cielo a los 95 años)

Mi papá nunca fue avaro, al contrario. Recuerdo que llevaba al rancho las provisiones y ropa para sus trabajadores. Llevaba una pieza de mezclilla para los pantalones, una pieza de rallado para las camisas, una pieza de manta trigüeña para la ropa interior de los hombres, y para la ropa interior de las mujeres, una tela que llamaban imperial. Llevaba también, variedad de telas para los vestidos, tales como carranclán, cabeza de indio, tusor, cantón, marroquín, charmés, brocado, cuadrillé, crespón, etamina, raso, sarga y listones y encajes para los adornos. El casimir se usaba sólo para los pantalones elegantes de los hombres. Y para la ropa de los niños se usaba la sedalina o el cambray, la felpa o franela especial.

* * *

Isla del Carmen 1927

Nos fuimos a vivir una temporada a la Isla. Ahí, mi papá puso una carnicería para el abasto de la compañía. Había una tienda y una escuela. La profesora era la señorita Amparo Ávalos, de La Paz. Era muy buena y le teníamos mucho afecto. Aquí hicimos el primer año escolar Loreto, Luis y yo. Los jefes de la compañía eran don Gabriel Miller, don Prudencio Pagés que estaba casado con Alejandrina Davis, parienta de nosotros, y tenían dos hijas: Rosita y Gabriela. Pasado un tiempo nos fuimos a Loreto en un barquito de la compañía que se llamaba “El Carmen”, por cierto que el capitán era el Tata Meza. En aquel entonces los pueblos del territorio se comunicaban por barco, pues no existían las carreteras. Algunos de los barcos que recuerdo son el “Araguán” y el “Sonora”. Estos transportaban pasaje y carga. En Loreto nació mi hermano Fidencio. Vivíamos en una casa que todavía existe, atrás de la casa de Juan Ángel Romero (Podochi). De ahí nos fuimos al Huatamote.

* * *

El Huatamote en 1929

La casita de terrado del Huatamote, era insuficiente para la familia y mi papá construyó una casa más cómoda. Un jacal grande cuyas paredes eran la mitad de piedra pegada y emplastada con lodo y la parte de arriba de tabla de cardón, con techo de hoja de palma de taco. Tenía un corredor y la cocina quedaba aparte de la casa, también hecha de piedra con lodo. En esa casa vivimos una terrible experiencia en 1929.

Mi papá se había ido para Loreto a bucear, llevándose a Plácido Fuerte y a Antonino Talamantes, los hombres que ayudaban en el rancho. Mi mamá se quedó sola en el rancho con Juanita y nosotros. Yo tendría unos ocho años y Tata mi hermana apenas diez días de nacida. Era el 11 de septiembre cuando cayó un temporal muy fuerte con mucha lluvia y viento. El arroyo que pasaba por un lado de la casa, corrió muy fuerte, y por el otro lado había un derramadero, así que la casa quedó aislada. El

techo voló en pedazos con el viento, la casa se destruyó y nosotros, dentro de la casa, nos mojábamos junto con todo lo que había dentro. Juanita arropó a mi mamá con una cobija, pero no sirvió de nada, de todos modos se empapó y le hizo mucho daño pues acababa de dar a luz. Se pasó toda la tarde, la noche y el día siguiente, con la recién nacida en los brazos sin recibir ningún alimento pues mi mamá no había dado leche y debido al mal tiempo y la destrucción de la casa, no se podía atizar ni preparar nada de comida. Esa vez, mi mamá amaneció con las mandíbulas trabadas y cuando se pudo cocinar algo, ella sólo podía pasarlo a cucharadas.

Al tercer día, cuando la lluvia ya había amainado y se podía medio caminar, llegó Lucas Davis, enviado por mi papá para que viera como estábamos y le llevara razón de nosotros. No sé por qué no habrá ido él personalmente. Lucas le llevó la noticia de la enfermedad de mi mamá, después de que ella le explicó muy bien que era lo que sentía. Así mi papá llevó al rancho al doctor Juan Felipe Lagos, quien le dio medicamentos y una vez que mi mamá estuvo bien de salud, mi papá pudo irse nuevamente a trabajar.

* * *

No sé si por sus negocios o por su forma de ser y quizás por las dos cosas, pero mi papá era muy dado a cambiar de lugar de residencia, así que después nos fuimos al “Estuche”, un rancho que quedaba a unos kilómetros al sur de “Ensenada Blanca”. Nuestra casa era un jacal donde vivíamos apaciblemente. Ahí nacieron mis hermanos: María Ester en 1932 y Aquiles en 1934. Desde Loreto llevaba mi papá las provisiones necesarias para nosotros y para sus trabajadores que cortaban leña negra y cascalote. Ahí también vivía la familia de José y Luisa Bastida con sus hijos: Luis, Francisco Javier, y Socorro y sus abuelos paternos, tío Lino y tía Chala.

Mi papá, como ya he dicho, era un hombre muy trabajador, lo que nos permitía vivir con cierta holgura. Además del corte de leña y el cascalote, pescaba y buceaba, en canoas de remos, pues en ese tiempo no existían las pangas de motor como ahora, y trabajaba también en todo lo relacionado con el ganado y la venta de reses.

Del Estuche nos cambiamos a Ligüi en 1935, mi papá siguió trabajando el corte de leña negra y el cascalote. Estos productos se vendían a la tenería Viosca de La Paz, y se enviaban en barco. Hasta Ligüi llegaba el Kórrigan a recoger la leña y el cascalote.

En 1936, mi mamá nuevamente estaba embarazada. Mi papá le dijo “te voy a llevar a Loreto para que tengas el niño allá”. Ella le dijo “No, dondequiera está Dios”. La atendieron en el parto la tía Trinidad Estrada y Matilde Osuna, pero le vino una hemorragia, no se la pudieron detener y murió. Cuando mamá estaba muriendo le dijo a mi papá “Pedro llama a los muchachos para darles la bendición”. Nos ordenaron hincarnos y mamá nos dio la bendición, después se quedó como dormida y murió. Fue un dolor muy grande. Mamá tenía apenas 41 años y no había nada que pudiera sustituirla. Quedamos cuatro jóvenes y cinco niños huérfanos. Los más pequeños le tocaban los pies y decían “está dormida mi mamá”.

Recuerdo que siempre que mamá iba a tener un hijo le hacía la novena a la Virgen de Montserrat y esa vez no fue la excepción. La tarde anterior había estado rezando junto a un arbolito. Ahí quedaron sus huellas y yo las anduve cubriendo con un papel para que no se borraran. La velamos y al día siguiente la llevaron en lancha a sepultar en un pequeño panteón que había en Tripuí. Las huellas de los pies de mi madre las borraron los vientos de marzo, pero la huella que dejó en nuestras almas no se borró jamás.

Loreto y yo cuidábamos de los chiquillos que eran Tata, Pilo, Aquiles y del recién nacido Rodrigo. Juanita por su parte, quien fue para nosotros como una segunda madre, cuidaba de todos. Era muy buena y todos la queríamos mucho, como ella nos quería a nosotros.

Pasado un año, nos venimos a radicar definitivamente a Loreto, pues después de la muerte de mamá, mi papá, aconsejado por mi tía Cruz¹⁷⁰ la esposa de Simón su hermano mayor, ya no quiso que viviéramos en el Rancho solas.

* * *

170 Se refiere a mi abuela paterna.

En Loreto llegamos a vivir a una casa de Enrique Romero que estaba sola enseguida de la casa de las Telechea. Después mi papá nos hizo una casa de madera de dos piezas con un corredor en la calle de Pino Suarez y Atanasio Carrillo, precisamente en parte de los terrenos que ocupara el panteón de Santa Paula en el siglo pasado donde enterraban a los muertos por el cólera. Enseguida, en el mismo terreno, construyó una de material y después una de ladrillo. El lavadero estaba junto a un “huitatabe” y a un mezquite muy grande. De esa casa salimos años después para casarnos. Primero yo, después Loreto, luego Juan de Dios y por último Luis.

A mí me gustaba hacer ropita de niño y la mandaba vender a la Isla del Carmen. Juanita preparaba las comidas y en la tarde nos hacía champurrado para cenar. Mi papá fue un padre muy bueno, nunca nos desatendió. Trabajaba en su canoa con mis hermanos Luis y Juan de Dios, con un ahijado llamado Francisco Javier Bastida Fernández y un sobrino de nombre Jesús del Carmen Romero Agúndez. Tanto Francisco Javier como Jesús del Carmen convivieron mucho tiempo con nosotros.

Durante una temporada mi papá se dedicó a la pesca del tiburón y durante la segunda guerra mundial vendió mucho aceite que extraían del hígado de estos cetáceos. También incursionó en el buceo de concha fina y sacó muchas y muy buenas perlas. Recuerdo con amor aquellos años, cuando Aquiles tenía ocho y Rodrigo seis, mi papá llegaba en su canoa “La Escondida” y mis hermanitos corrían a recibirlo. Después, cuando estuvieron más grandecitos y tenían vacaciones escolares, mi papá se los llevaba a los lugares donde pescaba: Isla del Carmen, San Basilio, San Nicolás, Los Mancenares, San Juanico, etc.

Como ya he dicho, mi papá siempre fue un hombre muy trabajador y emprendedor. Pasada la temporada del hígado de tiburón por la terminación de la guerra y agotados los placeres de perlas. Papá se dedicó al negocio del ganado. Llevaba partidas de reses a Santa Rosalía para la matanza. Y también le vendía a los rancheros de los llanos de Irai y Joaquiri. Los Ruiz y De la Toba eran sus clientes. Contrataba vaqueros para arrear el ganado y hacían hasta quince días de camino. Descansaban por las noches para que el ganado pastara. Eran faenas muy pesadas, pero en aquel tiempo

así se trabajaba. Años después, mi hermano Aquiles y otros muchachos de Loreto se fueron a Guaymas a estudiar en la Escuela Práctica de Pesca. Mi papá, quien definitivamente era un tanto aventurero, un día decidió irse a vivir a Guaymas llevándose a los hijos solteros: Josefa (Tata), María Ester (le decíamos la Prieta, a pesar de tener la piel muy clara y los ojos azules), Rodrigo, y Fidencio (Pilo). En Guaymas, Aquiles salía a practicar en un barco pesquero llamado “San Lorenzo”, después en las lanchas de pesca deportiva del hotel Miramar, luego en los yates de San Carlos y por último se convirtió en capitán y desde 1954 ese ha sido su trabajo.

En ese tiempo Guaymas era un puerto próspero y había trabajo para todo mundo. Rodrigo y Tata, rápidamente consiguieron empleo, él de recepcionista en el hotel Pacífico y ella como camarera en el hotel San Carlos. Mi papá, al principio trabajó en algunos barcos camaroneros y después consiguió un empleo como velador. Mi hermana la Prieta, era la que se quedaba en casa para atender las labores del hogar. Tuvo una niña muy linda a la que quisimos mucho. Le puso el nombre de María Ester. Tiempo después mi papá volvió a Loreto trayéndola consigo, pues María Ester siempre fue una nieta muy consentida por él, pues papá también fue un buen abuelo. En Loreto llegaron a vivir a mi casa, con Daniel y conmigo. Tiempo después papá se enfermó y aunque el Dr. Jesús Castorena, un médico muy reconocido, hizo lo posible por salvarlo, no se pudo recuperar y falleció a la edad de 83 años, dejándonos muy tristes. Jamás he olvidado infinidad de detalles de él y cosas que nos contaba.

Papá decía que su madre, Lucía Monroy (mi abuela), les contaba que la madre de ella, Crisanta Ibáñez (mi bisabuela), era una india de la sierra de San Javier, que cuando la trajeron al pueblo vestía una falda de manta, un rebozo cruzado para cubrir su pecho desnudo y no usaba zapatos. Mi abuela Lucía, a quien no conocí, dicen que era alta, delgada, casi negra, con los cabellos largos, lacios y negros. Tenía una magnífica dentadura y los ojos azules y muy grandes.

Nosotros fuimos muchos hermanos, pero además tuvimos dos medios hermanos, hijos de mi papá. Uno mayor que todos nosotros que se llamaba Rodolfo Davis y el otro Hilario Davis Amador, los dos reconocidos por

mi papá y les tuvimos mucho cariño, sin ninguna diferencia con los otros hermanos.

Recuerdo que nos contaba mamá que en 1925, en la tienda “El Vesubio,” de don Fidencio Pérpuli trajeron de Guadalajara, 5 máquinas de coser Singer, y mi papá le compró una. Esa máquina me quedó a mí y en esa coso todavía. Las tiendas más grandes de Loreto eran la de don Fidencio, y la de don Adolfo Romero que se llamaba “La Barata”. Había otras tiendas: la de Juan Ángel Romero que se llamaba “La Estrella”, y las tres de los chinos Luis Yee, Alfonso Yee y Pancho Yee.

* * *

Remembranzas

Recuerdo que en 1929 que mi papá me llevó a la escuela primaria, la única que había, las profesoras eran las señoritas: Eva Tamaríz de Larri-naga, Mercedes Davis Pérpuli, María Luisa Davis R. y Altagracia Davis Pérpuly de Loreto. Juanita Agruel, Lolita Sánchez, Pilar Manríquez y la directora era María Lara Vda. de Piñeyra de Mulegé.

Ahí cursé el segundo año con la maestra Pilarcita Manríquez de La Paz. Luego nos fuimos al rancho y después me mandaron con mi tía Cruz para que hiciera el tercer año, ahí mi maestra fue María Luisa Davis Drew. La escuela estaba en la casa de Tachino.

Loreto era un pueblo, y se acostumbraba que los domingos las muchachas y muchachos salían por la tarde a dar la vuelta por las pocas calles que había y por la orilla de la playa. En ese tiempo la iglesia estaba en ruinas. En la capilla se rezaba con mucha devoción un rosario todos los domingos y no había sacerdote de planta. Las bodas eran solamente por lo civil, a menos que de suerte llegara algún sacerdote, entonces se aprovechaba para celebrar algunos sacramentos como bautizos, confirmaciones, y matrimonios.

Cuando yo era soltera los bailes se hacían todos los domingos en la plazuela. Tocaba la orquesta del Talo Rubio con sus músicos. Él tocaba el

violín, el Chito Arce el banjo y Juanito Murillo la guitarra. Los bailes de año nuevo de “primera”, o sea los de la sociedad, eran en la casa de don Inocencio Higuera. Eran bailes muy elegantes. Los vestidos los mandábamos hacer con la Chata Davis, mi comadre Mina o mi comadre Mema. La ropa de hombre la cosía doña Blanca Pérez de Verdugo y doña Marillita Higuera, quien hacía trajes, inclusive.

Allá por el rumbo de Los Arenales se hacían los bailes de segunda en una casa grande que le llamaban El Cajón. Sin faltar los bailes de la Zorra. Desde luego había músicos suficientes para animar todos los bailes.

La Aduana estaba en la casa conocida ahora como “la casa del Negro”,¹⁷¹ y cuando cambiaron las oficinas a la casa de doña Sofía Romero, don Juan Felipe Lagos rentó la casa para vivir ahí con su familia. Me gustaba visitar esa casa porque Cande Lagos era muy amiga mía. Don Juan Felipe Lagos, practicaba la medicina homeopática y hasta su muerte en 1941, fue quien alivió a los enfermos en Loreto.

Porque en aquel entonces tampoco había médicos. Los doctores estaban en Santa Rosalía y había que tomar el barco para ir a “curarse”, operarse, o para arreglarse los dientes o ponerse placas con Maquino. En ese tiempo el mejor y el más famoso de los doctores era Adán Velarde. Me acuerdo que también anduvo en la política y hasta le compusieron un corrido muy bueno. En Loreto, además del doctor Lagos, había algunas mujeres que aplicaban inyecciones como Amalia Meza, Romanita Lagos (hija del doctor), y Juanita Higuera, son algunas de las cosas que recuerdo. También había parteras muy buenas como doña Fidelia Gastélum de Verdugo y doña Dolores Alvarado.

* * *

171 Donde ahora es el hotel de Marcheletti.

Los Drew Davis, mi familia

Mi esposo se llamaba Daniel Drew Higuera, nació en el rancho “Los Aguajitos”, hijo del matrimonio formado por Pablo Drew Verdugo y Francisca Higuera Fernández. Él y yo nos casamos por el civil el jueves 21 de noviembre de 1940. Nuestros padrinos fueron Juan Drew Higuera, hermano de Daniel y su esposa Delia Drew de Drew. Nuestros testigos fueron Juan Larrinaga, Félix Sánchez Corral, Alejandro Davis Pérpuly e Ignacio Taylor Higuera. De momento no nos casamos por la iglesia, porque en Loreto no había un sacerdote permanente, pero un día llegó uno que iba de paso, se llamaba Manuel Cordero, y aprovechamos para casarnos por la iglesia, informalmente, el sábado 30 de octubre de 1941. Nuestros testigos fueron Ignacio Taylor y Erasmo Arce.

La boda civil había sido en casa de Juan, mi cuñado. En la mesa donde se leyeron las actas de matrimonio había un ramo de crisantemas naturales, blancas. Yo usé un vestido blanco de raso, con velo y corona. Él, se vistió con un traje negro. Se reunieron nuestros familiares y amigos con quienes celebramos haciendo un baile, que amenizaban Ricardo Rubio, Talo al violín, Eulogio Arce el “Chito” el banjo y Juanito Murillo la guitarra a quien tengo muy presente acompañó con su guitarra a Angelina Cunningham, quien cantaba precioso e interpretó unas canciones que a Daniel y a mí nos gustaban mucho: “Desolación”, “Rayando el Sol”, “Presentimiento”, “Adiós en el Puerto”. Son canciones que siempre recuerdo y jamás olvidaré. Todos los invitados brindamos con vino y tequila y después disfrutamos de una cena familiar en la casa de mi suegra, doña Francisca Higuera Vda. de Drew. Nuestra boda fue muy sencilla, pero no por ello dejó de ser amena y sobre todo muy especial.

Después de casados vivimos un tiempo en Loreto, en casa de mi suegra que era una mujer muy cariñosa y buena hasta que mi papá convenció a Daniel que nos fuéramos con él y mis hermanos Luis y Juan de Dios, al lugar donde ellos trabajaban. Se trataba del mineral de manganeso “Pilares y Gavilanes”, ubicado por la costa del golfo en la península que cierra la Bahía de Concepción. Ahí estuvimos un año. Luego regresamos a Loreto donde nació nuestro primer hijo, Daniel “Neli”, a quien bautizamos el

11 de febrero de 1943, siendo sus padrinos Loreto mi hermana y Carlos Garayzar Pérpuly, “Chale”. Posteriormente, lo confirmamos y su padrino fue nuestro amigo Ignacio Taylor “Nacho”. Nuestro segundo hijo fue Rubén Humberto “Beto”. Él nació el viernes 23 de septiembre de 1942, también en Loreto. Lo bautizamos y confirmamos junto con su hermano siendo apadrinado por Rómulo Davis Drew y Emma Garayzar de Davis. Años más tarde, cuando hicieron su primera comunión, los apadrinó el padre Modesto Sánchez Mayón.

Francisca Olivia, nuestra tercera y última hija, nació el lunes 26 de julio de 1948, en Loreto. Fue bautizada y confirmada el mismo día, también en Loreto, el 8 de septiembre del mismo año, sus padrinos de bautizo fueron Alejandro Davis Pérpuly y María del Rosario, una de las hermanas de Daniel, mi esposo; de confirmación la madrina fue María de Jesús y de comunión María Rosa, ambas hermanas de Daniel.

Mientras Daniel vivió, vivimos en varios sitios y en otros estuvimos de paseo. Así conocimos y disfrutamos lugares como “La Higuera”, “El Sauce”, “El Cardonal”, “El Cayuco”, “San Pedro”, donde vivía mi cuñado Juan y su familia. “Los Aguajitos”, donde vivía Guillermo, otro de mis cuñados y su familia.

* * *

El Aguajito

Este era el rancho que hicimos Daniel y yo. Vivíamos en un jacal de madera del campo¹⁷² con techo de hoja de taco. Teníamos ganado vacuno, cabras, burros y unas bestias en las que viajábamos al pueblo, aunque después nos hicimos de un camioncito. Un pozo de agua que se jalaba con rondanilla y cubo de baqueta. Daniel hizo una pila chica junto al pozo y una pila grande para bebedero adentro del corral. Yo tenía gallinas y pajaritos en jaulas porque me gustaba mucho escuchar su

172 Se refiere a la tabla de cardón, utilizada para cercar los jacales.

canto. Teníamos tres perros que se llamaban: el “Guardián”, el “Tigre” y el “Chivero”. En 1961 nos fuimos a vivir a Loreto definitivamente y el rancho le quedó a mi hijo Daniel, quien fuera el dueño.

* * *

Las bodas de mis hijos

El primero en casarse fue mi hijo Rubén Humberto. Contrajo matrimonio con María de la Luz Arias Valdéz, en Loreto. Se casaron por lo civil el 11 de enero de 1964 y por la iglesia el 12 del mismo mes y año. Los casó el padre Modesto Sánchez Mayón. Él tenía 21 años y ella 20. Sus padrinos de velación fueron Víctor Manuel Davis Pérpuly y su esposa, Guillermina Garayzar de Davis.¹⁷³ Mi hija Francisca fue madrina de lazo, Obdulia Drew Romero fue madrina de ramo. Aída Davis Drew de arras, y los pajes fueron María de los Angeles Davis Pérpuly y Carlos Villavicencio Garayzar.

Mi hijo Rubén Humberto falleció el 23 de noviembre de 2006. Le sobreviven su viuda María de la Luz y sus 6 hijos: María de Jesús, Emma Luz, Francisco Humberto, Laura, Gloria Cruz y Alma Elizabeth.

Mi hija Francisca “Pachita”, se casó con Irineo Medrano Huerta, nativo de Matamoros, Tamaulipas. Ella tenía 18 años y él 33. Se unieron por la iglesia y por lo civil el 16 de diciembre de 1974, en Loreto, y la ceremonia la ofició el padre Modesto. Sus padrinos de velación fueron Alejandro Davis Pérpuly y María Rosa Drew de Davis, sus tíos. Sus madrinas de lazo fueron su prima Aída Davis Drew y Francisca Digna Davis Pérpuly “Pachita mi sobrina”; madrina de arras Beatriz Higuera R.; de ramo Guadalupe Arce V.; de libro y rosario María del Pilar Davis Castro. Los pajes fueron Gloria Cruz Arias y Pedro Arnoldo Sotelo Davis.

Mi hija Pachita falleció el 7 de mayo de 2012 le sobreviven su esposo Irineo y sus 3 hijos: Irineo Mauricio, Francisco Javier y Verónica Alejandra.

¹⁷³ Víctor y Guillermina fueron mis padres.

Por último le tocó el turno a Daniel mi hijo mayor. Se casó en Loreto con Rosalinda Lucero Castro. La boda civil fue el miércoles 19 de marzo y la religiosa al día siguiente. Mi hermano Luis y su esposa María Rosa fueron sus padrinos de velación. Su madrina de lazo fue mi hija Pachita, las madrinas de arras y de ramo fueron mis sobrinas, hija de Luis y María Rosa, Francisca Digna y María Rosa. Y los pajes Gloria Cruz Drew Arias y Pedro Arnoldo Sotelo Davis.

Mi hijo Daniel falleció el 15 de octubre de 2013 y le sobreviven su esposa Rosalinda y sus hijos Daniel Arturo, María del Pilar, Mercedes, Rosalinda, José Bernardo y Luis Fernando.

Tengo 95¹⁷⁴ años y mis tres hijos han muerto, pero no estoy sola, vivo con mi nuera María de la Luz que es una hija para mí, mientras tanto Dios me ha concedido 15 nietos y 17 biznietos.

174 La Güera cumplió los 95 el 7 de marzo de 2016, y goza de todas sus facultades físicas y mentales.

Contenido

Prólogo.....	5
Introducción.....	9
Víctor Manuel Davis Pérpuly	11
Conversando con Lupe Verdugo Gastélum de 90 años.....	41
Dominga G. de Amao.....	51
Tía Elodia.....	67
Mariana Amador Verdugo.....	95
Platicando con Yoya Romero.....	111
Lucía Melgar Sánchez	123
Conversación con Abelardo Verdugo Cota.....	139
Persiguiendo a El Urano.....	171
Johana	181
Memorias e imágenes de Estela Davis.....	203
Nacimiento.....	203

La perla hueca (1937)	204
El cancionero Picot y Chema Tamales (1937-1939)	205
El vestido azul de mi mamá (1939)	206
El bautizo y la luna llena	206
Una parálisis pasajera	207
Café con leche ordeñada en el vaso	207
Los amansadores	208
El espantapájaros.....	209
Navidad en el rancho con buñuelos y un zorrillo	210
Las chinas poblanas que nos trajo Santo Clos	211
¡A piiiintar monas!	211
¡Allá viene un vaquero!	212
El día que no llegaron las chivas ni mi mamá.....	213
La lectura, llagas en la cabeza y artistas burlonas	215
Las sandías	216
¡Adios pintura de labios!.....	216
El gato con la rabia	217
El pleito de los toros.....	218
Un potaje y otras viandas	219
El emparrado	220
Las trampas para pájaros de mi hermano Ricardo.....	220
Esponjando los colchones de lana	221
El quequi de mis sueños	222
La herbolaria y algunas medicinas de patente de uso en el rancho.....	223
Mata y el morrongo	225
La llegada de Chayo	225
Chayo y mi tío Jorge	227
Las sandías	228
La visita de Loreto y sus hermanos	228
Mi hermanita y el coralillo	230
¡Mamá, está pariendo la chiva!.....	230
El Pilo.....	231
¡Se perdió el Pilo!	231
Chistes de mi hermano Ricardo y su partida en 1939	233

Una nueva hermanita en la familia 1940.....	233
La burla de mis primas por culpa de un barquillo	234
Cuidar a mi hermanita Luz, acabó con el encanto.....	234
Viaje a Loreto para asistir a la escuela (1941)	235
¡Cuando la familia se vino a vivir a Loreto! (1942)	238
La calle Davis y los vecinos.....	239
Chayo y su ingreso a la población urbana	239
El hallazgo de gran cantidad de pompas, ¡gratis! 1943.....	241
Las visitas a mi Tilliti	242
Otra vez lejos de casa (tercer año en Comondú, 1944)	243
El regreso de la “matona” y el encuentro con Chavaló y Librada (1945)	246
Las nuevas amistades de la calle Davis.....	247
El juego de las mentiras.....	248
Las amistades de la escuela	249
De lecturas y libros.....	251
Vacaciones en El Salto	255
 Mis memorias	 257
Soy María del Pilar Davis Romero Viuda de Drew.....	257
Cronología de nuestra familia.....	259
El Huatamote – El Estuche – Isla del Carmen – Ligüí	259
Isla del Carmen 1927	262
El Huatamote en 1929	262
Remembranzas.....	267
Los Drew Davis, mi familia.....	269
El Aguajito.....	270
Las bodas de mis hijos.....	271

Conversaciones y memorias

Se terminó de imprimir en Editorial Color, S.A. de C.V. en mayo de 2017.

La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.

Impresión de forros en cartulina couché de 300 gr.

Su tiraje consta de 500 ejemplares.